

Diane Duane

# Por prescripción facultativa

10  
STAR TREK®



Lectulandia

Los científicos de la *Enterprise* tratan de establecer las pautas de comunicación con las tres especies que componen la población de un planeta periférico. El capitán Kirk desciende a la superficie de éste y deja la nave a cargo del doctor McCoy; Kirk desaparece misteriosamente y el médico se ve obligado a enfrentarse a imprevistos —incluidas la búsqueda de Kirk y una amenaza klingon— ante los que su falta de preparación técnica y psicológica tiene que sustituirse por el alto sentido de la responsabilidad y el buen criterio.

# Lectulandia

Diane Duane

## Por prescripción facultativa

Star Trek - 10

ePUB v.1.0

Huygens 22.04.12

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

*«En el ancestral nombre de Apolo el Médico, y de Esculapio, y por Salud y Curación, sus hijas, yo hago este juramento, aunque principalmente por el que está en los cielos. Juro ejercer mi arte con el único fin de intentar preservar la vida inteligente en su miríada de formas, y para permitir que dicha vida acabe dignamente. Evitaré cualquier acto, y cualquier omisión, que ponga fin prematuramente a cualquier vida. Dondequiera que vaya para curar a los enfermos, mantendré las cosas que allí vea en un secreto tan absoluto como los ministerios sagrados. Juro no adoptar procedimiento alguno para el que no esté cualificado. Tampoco utilizaré mi posición como herramienta para seducir a ningún ser. Enseñaré mi arte, sin percibir honorarios ni obtener estipendio alguno, a otros discípulos que se vinculen a él mediante el juramento, si desean aprenderlo; trataré a aquellos que me lo han enseñado como a mi propia familia y les ayudaré en los momentos de necesidad si así me lo solicitan. Pido al Poder que oye los juramentos que me oiga proferir éste. Que, mientras lo mantenga, pueda contar legítimamente con el respeto de mis congéneres: pero que si lo rompo, sea mi suerte la contraria.»*

**—Juramento hipocrático, edición revisada**

*Desearía que la blasfemia, la ignorancia y la tiranía dejaran de existir entre los médicos, y que ellos fueran felices y yo alegre.*

**Nicholas CULPEPER**  
**(especialista en medicina alternativa, fl. 1608)**

# 1

—¿Se acuerda usted —preguntó Leonard McCoy— de cuando robé su cadáver?

El hombre de cabellos grises y elevada estatura que yacía en la otra tumbona se echó a reír.

—Desastre —dijo—. ¡Ay! ¡Asesinato, muy asqueroso, clamores y fervorosa agitación, robos, sodomía, baratería, incompleta difusión!

McCoy sospechó que Dieter intentaba decir algo más preciso, pero parecía haber entrado en estado de *shock*. Siempre era una actividad adivinatoria dilucidar lo que quería decir. El dominio que Dieter Clissman tenía del inglés siempre había sido poco menos que perfecto, pero a veces parecía que él quería hacerle dudar a uno al respecto.

McCoy se inclinó ligeramente hacia delante para hacerle una señal a uno de los camareros que miraba hacia la terraza del hotel.

—Bueno, no tiene importancia —le dijo al otro—, eso ya ha pasado. Necesito otro vaso de leche. Voy a pedírselo.

El camarero miró a McCoy, asintió con la cabeza y se alejó. McCoy volvió a reclinarse en la tumbona, y contempló el paisaje por encima de la barandilla de la terraza. El viejo hotel se erguía sobre la loma más alta de la pequeña meseta en la que estaba la ciudad de Wengen, contra la Jungfrau, «la Doncella», montaña reina de los Alpes berneses. El cielo era de aquel luminoso azul claro perfecto del tardío verano alpino, el color de finales de julio, justo antes de que el otoño comenzara a manifestarse. Más abajo, entre los dispersos pinos de color verde oscuro, a medida que el día se retiraba hacia el ocaso y las casas emplazadas más al oeste caían bajo la sombra de la gigantesca Schilthorn, que estaba al otro lado del valle, empezaban a aparecer luces en las ventanas bajo los techos marrones a dos aguas. Un par de luces que se veían en la llanura, cerca de la Lauterbrunnen, señalaban la presencia de un tren que ascendía por la vieja vía dentada, cargado de turistas y de los viajeros diarios de Interlaken, Thun y Berna. Nada más se movía allí abajo, en las calles de la ciudad, excepto los peatones y los coches eléctricos y los de caballos; los vehículos de tierra más grandes y los aéreos no llegaban más arriba de Lauterbrunnen, una restricción que a McCoy le resultaba difícil criticar cuando el resultado era una quietud tan perfecta, rota sólo por los tintineos de los arneses de los caballos y de las campanillas de cabras y vacas que se hallaban en las verdes y elevadas laderas de la montaña. Por encima de todo, el afilado pico de la Doncella estaba semioculto entre velos de nubes, pero aquélla era una de las mejores noticias para McCoy. Las nubes al final del día en Wengen anunciaban puestas de sol de increíble belleza. Ésta era una de las razones por las que McCoy se encontraba en aquel lugar. La otra era su intención de ver a Dieter.

Había pasado mucho tiempo desde que ambos habían estado juntos en la Facultad de Medicina. Tras la graduación, ambos habían tomado caminos distintos. Por aquel entonces Dieter era el jefe del departamento de xenomedicina de la universidad de Berna, una auténtica leyenda entre los xenomédicos de la Federación; y McCoy... «Sólo el cielo sabe qué soy yo», pensó.

—¿Cuándo comenzará? —le preguntó a Dieter.

—Dentro de una hora, más o menos, diría yo —replicó Dieter mientras miraba hacia el valle. Tras un largo, largo trago, agregó—: ¿Y qué fue lo que te hizo robarme el cadáver?

McCoy rió suavemente al oír aquello y bebió otro sorbo de su jarabe de menta.

—Si no lo hubiera hecho yo, lo habría hecho otro —dijo—. Pensé que sería mejor que lo hiciera un amigo.

—Mmmmm. Teníamos unos cuantos sinvergüenzas entre nosotros, ¿no?

McCoy asintió con la cabeza. Había habido personas que estudiaban xenomedicina en la misma clase que ellos y que resultaron no ser particularmente adecuadas para su práctica. «Bueno —pensó—, ha sido mejor que lo descubrieran mientras estudiaban que no practicando con los pacientes.» Pero algunos habían sido bastante menos que amables con aquel hombre trabajador y estudioso, que obtenía mejores notas que ellos y les hacía parecer menos competentes en el laboratorio y en las prácticas. Muchos de ellos intentaron hacer la vida de Dieter menos agradable de lo que podría haber sido. Aquello fastidiaba a McCoy. Le irritaba incluso en aquel momento, aunque había sucedido hacía mucho tiempo. Pero hay recuerdos que se niegan a echarse a dormir.

—Sirvergüenzas, sí —dijo—. Bueno, espero y confío en que todos se dediquen a otros oficios.

—Lo que no comprendo es qué te impulsó a meter el cadáver en la oficina de la decana —comentó Dieter mientras se reclinaba para mirar hacia donde las nubes que rodeaban Schilthorn, Morgenburghorn y Niesen, al oeste, comenzaban a adquirir un tono carmesí.

—Parecía una buena idea en aquel momento —replicó McCoy, una mirada alrededor mientras la terraza comenzaba a llenarse lentamente de turistas con cámaras fotográficas y magnetófonos. La mayoría de ellos llevaban puestos jerseys... buena idea; empezaba a refrescar, y McCoy se arrepentía de no haberse llevado una chaqueta—. Además, también me pareció que semejante gesto forzaría a la decana a interesarse de una manera más personal por lo que sucedía en nuestra clase. Parecía una buena idea.

—Pero tú suspendiste anatomía —le dijo Dieter.

McCoy se sonrojó. Aquél era un recuerdo con el que nunca había llegado a reconciliarse del todo.

—Eso concentró más la atención sobre ti —continuó Dieter, que hizo caso omiso del rubor de su amigo—. No fue nada bueno.

—Todo es relativo —murmuró McCoy—. Y al final todo acabó bien.

En realidad así fue, aunque había supuesto que la decana le controlara los estudios y la vida al milímetro durante los tres meses siguientes. Había aprobado medicina con una nota más que respetable, la decana le estrechó la mano y le dijo que no quería volver a verle en toda su vida.

—Esto se está abarrotando un poco, ¿no te parece? —comentó McCoy mientras contemplaba a los turistas que comenzaban a reunirse junto a la barandilla de la terraza.

—Me niego a que cambies de tema para distraerme —le dijo Dieter—. Te metiste en muchos problemas por mi bien. Nunca lo he olvidado.

—Sí, bueno. ¿Qué hay de aquella vez en que...? —McCoy se detuvo a mitad de la frase. «¿Qué tiene de malo dejar que a uno le den las gracias?», pensó—. No tiene importancia —continuó tras uno o dos segundos—. Me alegré de poder ayudarte.

—Y a mí me alegró que lo hicieras. Lo cual constituye una de las razones por las que quería verte antes de que vuelvas a partir. En el último par de cartas que me enviaste... había muchas quejas contra la burocracia de la Flota Estelar.

McCoy rió entre dientes.

—¿Estás reclutando personal, Dieter?

—No bromees. A ti no te afectan mis recortes presupuestarios. Sólo quería saber si estabas bien.

McCoy suspiró mientras miraba hacia el valle que se hacía cada vez más oscuro.

—Bueno, el bien siempre consigue triunfar sobre la burocracia, al menos últimamente. Pero el bien tiene que ser muy, muy cuidadoso. Eso puede acabar por cansarte.

Dieter no replicó nada, se limitó a beber otro sorbo.

—Esta misión que te impide quedarte a cenar —le dijo—, ¿te mantendrá alejado durante mucho tiempo? Me gustaría que vinieras a dar una conferencia, si dispones de las energías necesarias cuando tengas otro permiso. Tus últimos artículos han dejado a los otros jefes de departamento sedientos de tu sangre. Especialmente el que versa sobre la *gastroenteritis denebiis*. El viejo Kreuznauer amenazó con hacértelo comer sin tubo gastrointestinal.

McCoy rió entre dientes.

—No lo sé —respondió mirando en dirección a la puesta de sol.

Se había convertido en algo magnífico; el atardecer parecía casi preparado ex profeso para el esplendor: había nubes altas en un cielo por lo demás limpio; el reflejo carmesí de la luz del sol que ya se había ocultado se demoraba sobre los más altos picos cubiertos de nieve y los hacía resplandecer con un color naranja rosáceo

contra el cielo azul oscuro, como si el fuego los iluminara por dentro.

—Oficialmente es un reconocimiento posreconocimiento. La gente encargada del primer contacto ya ha estado en la superficie del planeta en cuestión y contado las especies que hay en él. Aparentemente, ya tienen algunos conocimientos de viaje espacial. Ese equipo de reconocimiento ha hecho el análisis del idioma y demás. Ahora nosotros debemos intervenir y realizar comprobaciones más afinadas para el Traductor Universal... y evaluar si tienen madera de Federación. Y si quieren pertenecer a ella. —Se encogió de hombros—. Es un trabajo que ya hemos hecho antes. Estaré ocupado... hay mucha xenopsicología implicada en el asunto, como podrás imaginarte. Además de eso... reconocimientos biológicos de la flora y la fauna, especialmente de los gérmenes... análisis anatómicos y médicos de las especies en cuestión...

—Espera un momento. ¿Especies, en plural? —inquirió Dieter con sorpresa—. ¿Más de una?

McCoy asintió con la cabeza.

—Es insólito —replicó—. Y no son trasplantadas... no las llevó hasta allí otra especie viajera del espacio, en algún momento anterior de la historia. Hay tres especies en ese planeta, todas de auténtica evolución convergente. La Flota Estelar se muere por averiguar a qué se debe... pues nunca se ha encontrado antes un planeta de estas características. La *Enterprise* fue asignada en principio a otra misión, pero esta de ahora ha hecho que la primera pasara a un segundo término. Así pues... partiremos esta misma noche, y no la semana que viene, como yo creía. De lo contrario, habría dado complacido esa conferencia que me pides. No hay forma de saber cuántos años estaré ausente esta vez. Ya sabes cómo van esas cosas.

Dieter profirió un ligero sonido que se parecía a un suspiro.

—Aquí estamos, en el mejor momento de nuestras carreras —comentó—, y no tenemos para nosotros mismos más tiempo del que teníamos cuando éramos estudiantes de primer curso universitario. Algo se ha torcido en alguna parte.

McCoy miró fijamente la bebida que tenía en la mano.

—Al menos no nos aburrirnos.

—Tampoco nos aburríamos entonces —replicó Dieter. Hizo una pausa y luego agregó—: ¿Sabes?, creo que podrían comenzar antes de la hora. Vayamos a echar un vistazo.

McCoy se puso en pie y siguió a su amigo hasta el final de la barandilla, donde aún quedaba un pequeño espacio libre. Miraron al exterior, más allá de la ciudad, hacia el valle. Surgían chispas de luz: no eran luces eléctricas esta vez, sino fuegos que ardían en las colinas y elevaciones vecinas. Uno tras otro, comenzaron a encenderse. En el fondo del valle, cerca de Lauterbrunnen y Murren, y más allá, hacia Interlaken y Spiez, junto al lago: brillaban en las elevaciones al otro lado del lago

Thun y del lago Brienz, y en los Rothorns Brienser y Sigriswiler, y al este, hacia Schrattenflue, de manera que los fuegos se reflejaban en las quietas aguas de los lagos y en las tierras bajas, sobre las cimas de las colinas de Rammisgummen y Napf. Y una lucecilla diminuta, más lejos, en dirección norte, junto al lago de Lucerna: no era una hoguera, sino un rayo láser que subía recto hacia el cielo como una lanza desde la cumbre del monte Pilatos y desaparecía en la noche.

—Ya no pueden esperar hasta la medianoche —comentó Dieter—. La impaciencia de la juventud. Pero, en cualquier caso, ya comprendes por qué quería que lo viesen. Este año más que ningún otro.

McCoy asintió con la cabeza. Por todos los alrededores, en las cumbres de todas las montañas, ardían otros fuegos. Se encendió uno en la plaza principal de Wengen; en respuesta al mismo, otro rayo de láser de un blanco purísimo, que arrojaba una luz como de luna llena en la noche circundante salió disparado desde la estación meteorológica del pico de la Jungfrau. El sonido de un canto comenzó a subir... primero algunas voces juntas, luego más y más se unieron a las primeras; suaves pero claras, entonaban una canción sencilla en clave mayor, que podría haber sido confundida con la melodía de una caja de música. Pero aunque eran del más antiguo idioma suizo, el romanche, el traductor vertía las palabras sin vacilación alguna y dejaba bien claro que aquélla no era una canción para caja de música. «Libertad o muerte, ésa es nuestra voluntad; no queremos un gobierno extranjero, ni para bien ni para mal; somos un pueblo libre, en una tierra libre...»

—Han pasado casi mil años desde que esas palabras fueron pronunciadas por primera vez —le dijo Dieter— en medio de la noche, en la llanura de Rutli, al norte, junto al lago de Lucerna. Fueron trece personas testarudas que estaban irritadas con el representante local de un imperio extranjero.

McCoy asintió nuevamente con un gesto de cabeza. Aquel pacto, la Alianza Perpetua, había sido la semilla de la formación de Suiza: la declaración de que los suizos se pertenecían a sí mismos y los unos a los otros, no a cualquier imperio que desease conquistarlos. Los artículos de la Confederación Suiza habían sido uno de los varios modelos útiles para redactar los artículos de la Federación de los Planetas Unidos... una holgada asociación de pueblos ferozmente independientes que se comprometían a ayudarse mutuamente en los momentos de necesidad con el fin de proteger el grupo contra la amenaza o la interferencia exterior y, por lo demás, a dejarse tranquilos los unos a los otros. Todo aquello era historia, y muy bien conocida. Pero una ligera sospecha surgió en el interior de McCoy y se negó a desaparecer.

—¿Cuánto de todo aquello sucedió en realidad? —preguntó—. Me refiero a todo eso de Guillermo Tell.

Dieter rió entre dientes.

—No cabe duda de que Guillermo Tell vivió, en efecto —respondió a su amigo —, pero no mató al tirano con las manos desnudas ni partió una manzana sobre la cabeza de su hijo. Era un hombre tozudo que tenía el talento de retener sus impuestos a modo de protesta y conseguir que sus vecinos hicieran otro tanto. Entre otras muchas cosas. Y en cuanto a la llanura de Rutli, también existe, de acuerdo, pero ¿quién sabe lo que sucedió allí hace un milenio, en medio de la oscuridad? Todo lo que nos queda es el pacto firmado en el Bundesbriefarchiv de Schwyz. Y sus resultados.

En aquel momento algunas de las personas que se hallaban en la terraza cantaban en alemán, francés o italiano; las palabras eran vertidas con el mismo significado por el traductor de McCoy, aunque a veces tenía problemas con el romanche y se empeñaba en tratarlo como si fuera algún tipo de italiano pasado de moda mezclado con mal alemán. «Nuestros hogares, nuestras vidas, no son de nadie más que de nosotros: nuestra tierra, nuestra sangre, ningún poder extranjero...»

El canto tocó a su fin. Estallaron aplausos y vítores al encenderse más fuegos en las cumbres. Se levantaron las copas y se vaciaron, pero nadie las estrelló —después de todo, aquello era Suiza; romper copas era una ordinariez, y la gente se marchó para volver a llenarlas. En el bolsillo trasero de McCoy sonó el comunicador.

El médico suspiró al ser arrancado repentinamente del extraño regocijo que había crecido en su interior.

—Al menos he podido llegar a ver esto —le comentó a Dieter, y sacó el comunicador—. McCoy —dijo por el mismo.

—Doctor —le respondió la voz de Spock—. El capitán me ha dicho esto: «Que suba a bordo todo lo que debe subir a bordo».

—Dígale que le agradezco el tiempo extra concedido, Spock —replicó McCoy—. Infórmele a Uhura que estoy preparado.

—Recibido. —Se produjo una breve pausa—. Es una vista ciertamente muy notable, doctor. Y una curiosidad. —¿Eh? ¿Por qué dice eso?

—No había pensado que usted fuera precisamente un historiador.

McCoy rió entre dientes.

—Es historia personal más que otra cosa. Y además —continuó—, quienes hacen caso omiso de los errores del pasado, acaban habitualmente siendo tratados de las heridas de bala resultantes en el futuro. Considere esto como mera profilaxis. McCoy fuera.

Casi pudo oír la perplejidad de Spock cuando cerró la frecuencia. Eso le gustó.

—La estancia será más larga la próxima vez, viejo amigo —le comentó a Dieter.

Dieter se levantó las gafas.

—*Grüsse Gott* —le dijo.

—Salud también para ti —respondió McCoy. Vacío su copa de jarabe y la dejó

justo antes de que el efecto del transportador comenzara a afectarle—. *Ciao*.

James T. Kirk estaba reclinado en su asiento de mando y no parecía prestar atención alguna a las comprobaciones previas a la partida que tenían lugar a su alrededor. Aquella apariencia era algo que él había cultivado durante mucho, mucho tiempo. No era bueno que un capitán, en términos del gobierno diario de una nave, permitiese que la tripulación advirtiera que era observada con demasiada atención. Un escrutinio así ponía nerviosos a los tripulantes, o les hacía formularse ideas extrañas sobre la opinión que el capitán tenía de su competencia. No, era mejor repantigarse, disfrutar de la vista y dejarles hacer su trabajo.

Al mismo tiempo, Kirk conocía todos los movimientos del ritual anterior a la partida en cada una de las terminales del puente. Dedicaba una escrupulosa aunque discreta atención al proceso por las mismas razones que los paracaidistas de los tiempos antiguos solían empaquetar sus propios paracaídas tras haber firmado la seda. Con la mitad posterior de su atención escuchaba las comprobaciones de los motores hiperespaciales y de impulsión, y las respuestas de funcionamiento correcto que llegaban de todos los departamentos de la nave, y comprobaba que todo el procedimiento fuese correcto. Pero, entretanto, la mitad anterior de su atención estaba ocupada en un problema filosófico.

«¿Estoy solo?», se preguntaba.

Hacía no mucho que había cumplido años, y algunas de las cartas de felicitación le habían llegado ese mismo día. Una tarjeta, procedente de un viejo amigo de la Tierra, hacía algunas observaciones ligeramente humorísticas referentes a cuándo iba a formar un hogar con alguien. La primera reacción de Kirk, tras reírse entre dientes de la pregunta, había sido la de pensar que ya había formado un hogar con alguien: con la *Enterprise*. Pero un instante después, alguna parte irritada de su mente le había dicho muy claramente: «¿Durante cuánto tiempo vas a contentarte con esa respuesta? La inventaste hace mucho tiempo. ¿Es válida todavía hoy? ¿Y cómo es que ha pasado tanto tiempo desde que le dedicaste siquiera un pensamiento?».

«Porque era verdad entonces, y todavía lo es», había respondido la parte charlatana de su cerebro. Pero el burlón silencio que se produjo como única réplica a eso le había detenido en seco. Paulatinamente, a lo largo de los años, Kirk había aprendido a prestar atención a las cosas que su mente le decía sin aviso previo; tanto si eran exactas como si no, tendían a merecer cierta consideración. Así que estaba considerando aquel asunto, por más que le hacía daño a su mente.

«Todo es en parte culpa de McCoy —pensó, un poco amargamente—. Yo nunca he sido tan introspectivo. Él me ha contaminado.»

—Enfermería —oyó que decía a sus espaldas la teniente Uhura, tras lo cual recorría la lista de comprobación.

—Enfermería a punto —oyó que contestaba Lia Burke; ella desempeñaba las funciones de enfermera jefe de McCoy mientras Christine Chapel permanecía ausente haciendo las prácticas del doctorado—. McCoy viene de camino desde la sala del transportador.

—Pídale que suba al puente cuando tenga un momento —dijo de pronto Kirk, que a causa de una debilidad momentánea acababa de decidir que si él había de sentirse filosóficamente incómodo, le transmitiría una parte de la incomodidad a la fuente originaria.

—Desde luego, capitán. ¿Algo en particular?

—Lo hablaré con él cuando llegue aquí —replicó. «Dejémoslo sudar», pensó, un poco divertido—. Ah, señor Chekov. Gracias.

Cogió el tablero de notas que Chekov le ofrecía; lo miró por encima, no vio nada en el programa del día que no estuviera previsto, firmó la hoja y le devolvió el tablero a Chekov.

—Por lo que veo, hoy se encargará usted del informe.

—A las 19.00 horas —replicó Chekov—, sí, señor.

—¿Ya ha hecho todos los deberes?

—Así lo creo, kepitán —respondió Chekov con suavidad—. En realidad, ése es un invento ruso. Como muchas otras cosas.

Kirk sonrió.

—Adelante, alférez —le dijo.

—Señor —replicó Chekov, y regresó a su puesto. Spock bajó hasta el asiento de mando desde donde había estado repasando su propia lista de comprobaciones. — Estamos preparados para partir, capitán —informó—. Todo el personal se ha presentado ya, todas las secciones informan que están listas.

—Bien —respondió Kirk—. En ese caso, procedamos a las habituales notificaciones de salida orbital. Señor Sulu —dijo en dirección a la consola de dirección—, sáquenos de aquí a su discreción.

—Sí, señor —replicó Sulu, e inició los procedimientos de partida.

Kirk se desperezó ligeramente en su sillón de mando.

—Espero que sea un viaje tranquilo —le comentó a Spock—. Un poco de ciencia pura nos vendrá bien.

Spock adoptó un aire especulativo.

—Sería peligroso intentar predecir anticipadamente los acontecimientos sin disponer de los suficientes datos —señaló—, pero uno puede sin duda desear un amplio período de tiempo para llevar a cabo sus propias investigaciones.

Kirk miró a Spock de soslayo.

—¿Es que sabe algo que no me haya dicho? —le preguntó—. ¿Tiene alguna razón para sospechar que las cosas no van a estar tranquilas?

—En realidad, no —le respondió Spock con una expresión ligeramente escandalizada—. Yo le informaría inmediatamente de cualquier cosa de esa naturaleza. Los datos preliminares de esta misión son negativos respecto a la existencia de cualquier problema significativo.

—¿Se trata de una corazonada, entonces? —inquirió Kirk. Su humor guasón se negaba a limitar sus acciones a la persona de McCoy.

—Realmente, señor —replicó Spock—, hacer hipótesis sin datos, es la más indeseable de las técnicas...

—Por supuesto —le interrumpió Kirk—. No se preocupe.

Las puertas del puente sisearon.

—No puedo dejarles solos ni un minuto —refunfuñó McCoy—. Este sitio se va al garete en cuanto yo vuelvo la espalda. Buenas noches, Spock.

—Buenos días, en realidad —replicó el vulcaniano—. El reloj señala las cero treinta y seis...

—Ahórrese el resto de los decimales —lo interrumpió McCoy mientras se apoyaba contra el asiento central. Llevaba en la mano un tablero de notas y parecía irritado—. Jim, ¿ha visto usted esto?

Kirk cogió el tablero y lo repasó con la mirada. Era una lista de los tripulantes que habían pasado por la enfermería durante la semana anterior, mientras la *Enterprise* había estado en órbita.

—Sí. ¿Y qué?

—La cantidad de gente dobla las cifras normales. Quizás incluso las triplica. Mire esto. Ha habido cinco personas enfermas de resfriado...

—No es culpa suya que ustedes no hayan descubierto aún cómo erradicar el simple resfriado común —replicó Kirk.

McCoy le miró con rostro ceñudo.

—Usted sabe perfectamente bien que una buena dieta, el ejercicio y un sistema inmunológico sano en general son las únicas cosas que evitan las infecciones leves de las vías respiratorias superiores. Esta gente baja con un permiso a tierra y todo su entrenamiento sanitario se va a freír espárragos.

—Oh, vamos, Bones —le dijo Kirk—. Una de las finalidades de los permisos en tierra es la de excederse un poco.

—Es cierto —intervino Spock—. Tan sólo la semana pasada nos daba usted conferencias sobre los efectos benéficos que tienen los permisos en tierra al minimizar los efectos del estrés largamente sostenido. —Hizo una pausa breve—. En el caso de las especies que sufren estrés, claro —agregó por fin.

McCoy se limitó a bufarle a Spock con disgusto cordial. —Estas cifras son mucho más altas de lo que deberían —le dijo a Kirk.

Kirk suspiró y se desperezó un poco en el asiento.

—Sí, bueno. No podemos esperar que todos los que están a bordo de la nave gocen de un estado de salud perfecto, ¿verdad?

—¡Sí que podemos! —declaró McCoy con una fuerza sorprendente—. Para eso estoy yo aquí. Para nada más.

—Pero si eso sucediese, usted se quedaría sin trabajo.

—Jim, todos los médicos y enfermeras desde aquí hasta Rim vivimos con la esperanza de que un día nos despertaremos y nos encontraremos con que todos los habitantes del universo nos hallamos en perfecto estado de salud y obra en nuestro poder un certificado firmado por Dios que dice que moriremos todos pacíficamente mientras estemos dormidos. Entonces podremos jubilarnos todos y marcharnos de pesca.

—A usted no le gusta pescar. La última vez que le llevé de pesca dijo que era un deporte bárbaro. Me obligó a devolver al agua una trucha de cuatro kilos y medio.

McCoy miró a Kirk con el entrecejo fruncido.

—Ya sabe lo que quiero decir, maldición. Todos queremos dedicarnos a otro empleo. Cualquiera otro. En cualquier caso, no es probable que eso suceda esta semana.

—Dudo que diga en serio eso de cualquier otro empleo —comentó Kirk, que sentía cómo su humor guasón se hacía más poderoso.

—No el suyo, en cualquier caso —declaró McCoy con una breve mirada a Spock—. Me provocaría una úlcera, sin lugar a dudas.

—¿Ni el mío, tampoco?

—No me tiene —replicó McCoy—. Su sillón es mucho más cómodo que el de mi consultorio. Creo que lo diseñó Torquemada. En fin, mire, Jim —continuó McCoy—, estas cifras requieren que el asunto sea tratado en la próxima reunión de jefes de departamento. Son excesivamente altas en todos los sentidos; han aumentado mucho durante las últimas dos misiones. Los jefes deben ser un poco más responsables y ayudar a su gente a seguir los regímenes, especialmente por lo que respecta a la programación de los turnos, y deben procurar que la gente no se agote completamente por puro entusiasmo. Yo no puedo estar en todas partes.

—¿Ah, no? —inquirió Spock alzando una ceja.

—No —dijo McCoy—. Los médicos no podían estar en todas partes, así que Dios inventó a los vulcanianos. Pensaba que ya lo sabía.

Kirk sonrió ligeramente.

—En cualquier caso —continuó McCoy—, entraremos en este tema con mayor detalle cuando se celebre la próxima reunión de jefes de departamento. Jim, necesito su respaldo.

—Lo tiene, por supuesto. ¿Algo más?

McCoy dirigió una mirada significativa a la sección media de Kirk.

—Quiero verle mañana en cualquier momento del día —dijo.

—¿Sólo a mí? ¿A Spock no?

—Spock es lógico —replicó McCoy con un gesto absoluto casi excesivo— y cuida bien de sí mismo. Además, todavía no necesita el cambio de aceite de los cien mil kilómetros. A las 08.00 de mañana, Jim. Quiero que esté allí.

McCoy se encaminó hacia las puertas del puente.

—Me alegro de verle, Bones —dijo Kirk en voz alta—. ¡He pasado un agradable permiso! ¡Gracias por preguntarlo!

—Mmmrrffhhh —dijo McCoy, y las puertas del puente se cerraron ante él.

Kirk y Spock se miraron el uno al otro.

—Está de un humor excelente —comentó Kirk—. Creo que todavía no había agotado su permiso.

—Frecuentemente resulta difícil saber qué es lo que ocupa al doctor —reflexionó Spock—, quizá lo que le «preocupa» sería un término más adecuado. Sospecho que el modelo de comportamiento médico es defectuoso; aparentemente, exige que sus miembros no exterioricen sus verdaderas preocupaciones. Pero yo diría que el doctor nos las transmitirá en el momento adecuado.

Kirk asintió con la cabeza; observaba cómo la Tierra se alejaba rápidamente a sus espaldas mientras Sulu les sacaba del plano de la eclíptica y les alejaba del sistema.

—Probablemente tenga usted razón —le dijo al vulcaniano—. ¿Qué hay de esas relaciones de conversión de masa que quería comentar conmigo...?

—El nombre del planeta —declaró el señor Chekov— es 1212 Muscae IV: el cuarto cuerpo hacia el exterior de 1212 Mus, una estrella naranja de tipo F8, sin anomalías espectrográficas ni históricas dignas de mención. La estrella fue inicialmente catalogada por el cartógrafo Skalnate Pleso desde la Tierra, la edición de la época está fechada en 1950, y el número y clasificación asignados entonces por Bayer fueron mantenidos en el nuevo mapa cartográfico de la Unión Internacional Astronómica. Las coordenadas galácticas y la cefeida<sup>[1]</sup> variable orientativa más próxima aparecen en las efemérides que tienen en sus pantallas.

Kirk se repantigó en su asiento a la cabecera de la mesa de la sala principal de reuniones y calculó que la lista de coordenadas era casi la mitad de larga de lo que habría sido si le hubiera tocado a Spock hacer el resumen informativo; evidentemente, Chekov no se arriesgaba lo más mínimo, porque Spock estaba al final de la mesa y su fría mirada descansaba en la pantalla con el calmo interés de un profesor que espera ver cómo se desenvuelve un alumno estrella.

—El planeta —continuó Chekov— fue sometido a examen por la primera investigación de los Límites Galácticos Meridionales. Las lecturas iniciales desde el espacio indicaron que se trataba de una clara clasificación de tipo-M, lo que equivale

a decir núcleo metálico, corteza con alta proporción de silicio y depósitos de carbón significativos; atmósfera con una composición media de oxígeno en no más del veinte por ciento, nitrógeno en no más del setenta por ciento, y gases nobles dentro de las tolerancias médicas de la Federación para la vida orgánica.

Tocó un control en el tablero de datos que tenía delante. Lo que había en las pantallas cambió para mostrar un planeta verdiazul de tipo muy parecido a la Tierra, cuya imagen había sido captada a unos trescientos mil kilómetros de distancia. Unas pinceladas suaves de nubes se extendían por la superficie; los continentes se hallaban separados por anchos mares, eran principalmente islas no mucho más grandes que digamos Australia, a juzgar por la escala en millas que aparecía en una esquina de la pantalla. Los casquetes polares eran diminutos cuerpos de hielo apenas apreciables.

—Como pueden ver —prosiguió Chekov—, el planeta se halla en una etapa interglacial; su temperatura media es de dieciséis grados centígrados. Las pautas del clima son poco notables, excepto en lo referente a la suavidad del mismo; durante el período de observación de veintinueve días no hubo viento alguno que superara la fuerza cuatro, incluso en las áreas polares.

—¿Cuál es la temperatura máxima durante el día en las zonas templadas? —inquirió Scotty desde un punto más alejado de la mesa.

—Veintiún grados centígrados en invierno —replicó Chekov—. Veintitrés en verano.

—Ahh —comentó Scotty—. Igual que en Aberdeen.

Varios de los que se hallaban en torno a la mesa se echaron a reír.

—Puede que así sea, Scotty —dijo Kirk—. Señor Chekov, ese planeta parece un bonito lugar para pasar las vacaciones.

—Podría serlo, señor, si no hubiese gente que vive en él. Pero hablaremos de eso dentro de poco. Si tienen la amabilidad de mirar la imagen siguiente... —y dio paso en las pantallas a un trazado táctico en pequeña escala en el que se veían las posiciones relativas de la Federación en el espacio verán que el planeta se halla en lo que podríamos denominar un espacio discutible, sobre el cual ni la Federación ni ningún otro grupo alineado han hecho ninguna reclamación territorial digna de ser tenida en cuenta, ni de tipo «tapón». Los intereses de romulanos y klingons no se han aventurado mucho en esa dirección, probablemente por motivos económicos; esa parte del espacio es bastante pobre en estrellas, dado que es un vacío que se extiende entre los brazos Sagitario y Perseo de la galaxia, y los sistemas con suficientes recursos naturales, como los cinturones de asteroides, son pocos y están muy separados.

Kirk asintió con la cabeza.

—Es un largo camino para recorrerlo sólo por unas vacaciones —comentó.

Chekov hizo un gesto de asentimiento a su vez.

—En cualquier caso, las diversas especies indígenas complicarían unas vacaciones —dijo.

La imagen cambió para mostrar una gráfica con tres figuras dibujadas, comparadas entre sí a escala: una tenía el aspecto de un saco aplastado, otra se parecía vagamente a un árbol, la tercera era un mero contorno de forma ligeramente cuadrada dibujado con puntos y algo más alta que la figura humana colocada para establecer una comparación.

—En el planeta existen tres especies inteligentes nativas —dijo Chekov. Los que tenían poco conocimiento del tema intercambiaron algunas fugaces miradas—. Esto es extremadamente insólito, como algunos estáis pensando. Hasta el momento éste es el único planeta hallado por la Federación en el que conviven tantas especies, que no fueron llevadas hasta allí por alguna otra, como es el caso de los preservadores. La primera investigación confirma que son productos genuinos de la evolución que ha tenido lugar en el planeta; las analogías en las muestras de ADN tomadas dan una probabilidad superior a seis sigma en favor de esta tesis. Uno de los objetivos de nuestra misión será obtener la confirmación absoluta de la situación evolutiva, un hecho ciertamente histórico en la exploración del espacio hasta este momento, que sin duda será activamente cuestionado por la comunidad científica cuando llevemos los datos de vuelta a casa.

—Así que debemos defender nuestro honor, ¿eh? —comentó McCoy desde el otro extremo de la mesa.

—La verdad es digna de defenderse, doctor —dijo Spock con calma—. Siempre y cuando sea la verdad. Eso es lo que nosotros hemos de averiguar.

—Las tres especies presentan una variedad insólita de tipos morfológicos —continuó Chekov sin prestar una atención particular a las conversaciones de fondo. Kirk sonrió para sí—. La primera con la que debemos tomar contacto...

La imagen de las pantallas cambió una vez más para mostrar algo que se parecía notablemente a una bolsa de plástico llena de líquido transparente; pero la superficie de la bolsa rielaba con colores iridiscentes, como el cristal dejado al sol durante años.

—Esta especie —dijo Chekov— se identifica a sí misma como uno de los pueblos llamados Ornae... las formas singular y adjetiva parecen ser Ornaet. Son unos de los primeros teriomorfos auténticos conocidos por la Federación, más perfectos que criaturas como los alariins o los anfibios geliformes de Sirius B III. Aparentemente hay alrededor de cinco millones en el planeta, que ellos consideran una población estable y normal. El interior de las criaturas, según el equipo de investigación, es puro protoplasma indiferenciado; la membrana exterior parece ser la típica semipermeable, como la de los animales simples unicelulares del tipo de la ameba. Sin embargo, la piel o película exterior es muy resistente a las radiaciones, y su permeabilidad relativa parece ser controlada conscientemente. También es completamente maleable; los

ornaet parecen ser capaces de adoptar la forma que quieran, durante períodos de tiempo limitados, y utilizan sus propios cuerpos como herramientas.

—No obstante, no cambian de aspecto de forma permanente —dijo Scotty.

—No; su apariencia continúa siendo la misma, independientemente de la forma que hayan adoptado antes —replicó Chekov—. Parece que son capaces de absorber energía directamente del entorno, en cualquiera de las formas en que se presenta. —Comenzó a sonreír de una forma ligeramente burlona—. Uno de los ornaet más jóvenes arrebató la pistola física a uno de los miembros del equipo de investigación y se la comió. El hombre recibió la pistola de vuelta, físicamente intacta, pero completamente descargada.

Scotty alzó las cejas ante aquello.

—El equipo de investigación encontró que los ornaet eran amistosos y comunicativos, si bien un tanto enigmáticos —continuó Chekov—. Dudaban si debían atribuir esa calidad enigmática a las dificultades que encontraban los traductores universales no calibrados o a un inconveniente específico de la especie. Se espera que nosotros dilucidemos cuál de las dos cosas es la correcta.

McCoy parecía interesado.

—¿A qué se referían esos enigmas?

—El equipo de investigación informó que la mayoría de las dificultades con las que ellos se encontraron tenían que ver con el campo físico —replicó Chekov—. La forma del cuerpo y cosas por el estilo. Se pensó que los polimorfos podrían tener dificultades para entender por qué un alienígena no cambia de forma con la misma frecuencia que ellos.

—Tiene sentido —comentó McCoy—. Probablemente su idioma sea como mínimo igual de flexible; a una psicología semejante le resultaría natural que absolutamente todo cambiara de manera constante, incluso la simbología. Creo que podremos hallar una forma de manejar ese punto.

—La segunda especie... —La imagen volvió a cambiar y Kirk se encontró mirando algo parecido a un bosque... si no fuera porque no conseguía librarse de la impresión de que el bosque le miraba a él—. Éste es un lahit...

—¿En singular? —preguntó Uhura con sorpresa.

—Una sola entidad —replicó Chekov—, sí. Obviamente, este pueblo guarda alguna similitud física con los dendroides del tipo de los lusitani, pero allí acaba el parecido. Los lusi son individuales; los lahit se parecen más a una organización de colmena que a cualquier otra cosa. Son de hábitos vegetales y se desplazan lentamente por la superficie del planeta en grandes colonias, algunas de las cuales habitan por voluntad propia en los parques de las ciudades ornaet. En muchos casos, parece que los ornae crean esos parques especialmente para ellos. Hay alrededor de veinte millones de lahit en el planeta, lo que ha sido descrito como una insólita

subpoblación debida a algún tipo de desastre acaecido en el pasado reciente, cuya naturaleza fue incapaz de determinar el equipo de investigación. Cada lahit está conectado con sus propios subgrupos y con los supergrupos inmediatos mediante un sistema déndrico que habitualmente se halla dentro del suelo y se mueve con gran rapidez, de la misma forma utilizada por los túbulos de esporulación de los hongos himenomicetes como el marasmius oreades. La red de dendritas actúa como sistema nervioso, aunque el equipo de investigación hace una observación acerca de la aparente lentitud de transmisión a lo largo de la red. Formularle una pregunta a un lahit puede significar una espera de varios días antes de obtener la respuesta.

—Hablo con los árboles —cantó suavemente Uhura en sordina—, y ellos no me responden...

Una risilla ahogada recorrió la mesa.

—Aparentemente, eso es más o menos lo que informó el grupo investigador —dijo Chekov—. Muy pocos de los lahit daban muestras prácticas de reconocer la presencia de los miembros de la Federación, y mucho menos se dignaban mantener una conversación con ellos. Pero los ornae parecían pensar que de alguna forma los lahit eran más importantes para el planeta que ellos mismos. Es otro de los enigmas que nos tocará resolver a nosotros.

La imagen de la pantalla cambió otra vez.

—La tercera especie... —dijo Chekov.

Kirk miró la pantalla con los ojos entrecerrados. La imagen que había en ella era vaga... una forma grande, oblonga, de color pálido, vista como a través de una bruma.

—¿Había mal tiempo ese día, Chekov? —le preguntó.

—No, kepitán. La imagen fue tomada a plena luz del día y con tiempo claro y despejado. Eso es un ;at.

—Repita eso —le pidió Uhura a Chekov.

Chekov meneó la cabeza.

—Esa es la pronunciación correcta del nombre de la especie según ellos mismos... lo más aproximadamente que pudo transcribirla el servicio lingüístico, en cualquier caso. La ortografía IPA está en el informe completo... quizás ustedes puedan sacar de ella un mejor sentido que yo. En cualquier caso, los ;at son la tercera especie del planeta. No llevan la cuenta del total de su población, y ésta es la mejor imagen que pudo conseguir el equipo de investigación.

—¿Se trata de alguna clase de entidad gaseosa? —inquirió Scotty.

—No, señor. Sencillamente, a veces parece que no estén donde están; su calidad física es selectivamente variable. Los investigadores informan que algunos de los ;at con los que ellos mantenían conversaciones aparecían y desaparecían sin previo aviso, sin ninguna aparente correlación con el tema que les ocupaba. Parece que las

imágenes de ellos no salen nítidas, por muy claramente que se manifieste la entidad en cuestión.

Chekov parecía un poco incómodo por lo que se veía obligado a informar.

—El equipo de investigación —dijo— comunicó que los ;at les recibieron con gran cortesía y estaban dispuestos a conversar con ellos largo y tendido... mucho más que las otras especies. Sin embargo, esas conversaciones fueron todas bastante problemáticas... ya que, a juzgar por las transcripciones que figuran en el informe, los ;at no creían en el equipo de investigación.

Ante eso último se produjeron algunos intercambios de miradas desconcertadas.

—¿Que no creían en ellos? —inquirió McCoy—. ¿Como el no creer en Santa Claus? Parece absurdo.

Chekov se encogió de hombros.

—La transcripción repite varias veces esa observación básica —dijo—. Uno de los miembros del grupo le preguntó al ;at en cuestión si dudaba de las pruebas aportadas por sus propios sentidos, y éste le replicó, tan aproximadamente como el traductor fue capaz de verterlo, que «siempre desconfiaba de las percepciones, y que si los sentidos le transmitían datos inaceptables él los cambiaba por otros nuevos».

McCoy estaba reclinado en el respaldo con los brazos cruzados; una expresión de gran interés se apoderaba de su rostro. «Ahá —pensó Kirk—, eso ha podido con él.» No había nada mejor para captar la imaginación de Bones que una nueva psicología grotesca, y aquélla desde luego parecía serlo.

—No pudo obtenerse ninguna otra información de los ;at —continuó Chekov—. El grupo les encontró sociables y locuaces, pero también le resultó tremendamente difícil comprender qué querían decir. El informe sugiere que podría ser necesario un traductor algorítmico más complejo y avanzado.

Uhura asintió y se puso a tomar notas en su libreta.

—Con ello concluye el informe del grupo de investigación, kepitán —dijo Chekov.

—Esta misión nos proporciona algunas tareas muy interesantes —comentó Kirk—. Estaremos muy lejos de los conflictos de las áreas más pobladas de la galaxia, así que deberíamos de tener tiempo libre para concentrarnos en el trabajo. Las órdenes que me dio la Flota Estelar indican que podremos quedarnos en el área todo el tiempo que nos sea preciso para realizar una investigación más a fondo... sujeto a revocación, claro está.

En torno a la mesa, todos los ojos se pusieron en blanco. La *Enterprise* tenía un buen historial de haber sido retirada de los destinos más interesantes para salvarle el pellejo a alguien que estaba al otro lado de la Vía Láctea. Todos estaban acostumbrados a eso a aquellas alturas, pero a nadie le gustaba.

—De todas formas —dijo Kirk—, considero probable que nos dejen en paz en

este caso. Las órdenes que tengo dejan claro que la *Enterprise* fue destinada para esta misión debido a la cantidad de científicos expertos que lleva a bordo. La mitad de ese informe requiere investigaciones científicas puras; la comunidad científica de la Federación necesita desesperadamente toda la información posible sobre la evolución de ese mundo, referente a todas las especies que seamos capaces de catalogar, tanto inteligentes como no inteligentes, y tantas teorías especializadas como podamos formular sobre cómo llegó ese mundo a ser como es... y por qué sólo ese mundo, entre las decenas de miles de planetas habitados que conocemos. Lo que descubramos allí, lo que esas especies puedan contarnos sobre sí mismas, afectará profundamente a todas las ciencias biológicas. Así que todos los departamentos de ciencias de la nave van a esforzarse al máximo. —McCoy se agitó ligeramente en su asiento—. Quiero recordarles a todos que no deben permitir que sus subordinados se excedan —prosiguió Kirk—. Los investigadores cansados pasan por alto pistas que tienen ante sus propias narices y que podrían resultar de vital importancia. Yo examinaré diariamente los turnos de laboratorio y las designaciones para las partidas de tierra cuando lleguemos allí. Por favor, consulten con el doctor McCoy en caso de cualquier duda que pueda surgir.

Todas las cabezas asintieron.

—La otra mitad de nuestra misión —continuó Kirk— es diplomática. O al menos esperamos que así sea. El grupo de investigación se identificó como meros exploradores; pudieron obtener muy poca información precisa sobre cómo es administrado el planeta, cómo interactúan las tres especies entre sí, y demás. Nuestra responsabilidad es averiguar... darle un sentido a sus estructuras culturales y de gobierno, si es que lo tienen... y establecer contacto formal con las tres especies en nombre de la Federación. Debemos descubrir si quieren afiliarse a nuestra organización, algunos o todos ellos, y hasta qué punto. También debemos descubrir si es acaso conveniente el solicitarlo. Las órdenes hacen bastante hincapié —continuó Kirk con expresión un poco severa— en tratar de conseguir la afiliación. Habida cuenta las implicaciones políticas de este tipo de situación evolutiva, sean lo que fueren ellos, la gente del cuerpo diplomático está aparentemente ansiosa por tener este mundo dentro de nuestro campo antes de que se incorpore a algún otro, y han ejercido una cierta presión sobre nosotros con ese fin. No obstante, mi intención es conseguir que esta segunda investigación se realice de la manera más escrupulosa. Lo que importa es que a esas especies se les ofrezca una alternativa con la información más completa posible y se les deje en libertad para decidir. Espero que todos los departamentos actúen de acuerdo con esto.

Hizo una pausa momentánea para pensar.

—Una de las principales tareas del departamento científico será la calibración correcta del traductor universal para este planeta. Obviamente, el equipo de

investigación inicial no pudo hacer más que un ajuste apresurado y defectuoso, debido al poco tiempo que tenían para trabajar. Una gran parte del éxito de esta misión reside en conseguir disponer de una buena traducción; en caso contrario, una buena parte de los datos que recopilamos mediante las conversaciones serán erróneos.

Todo lo que se realice en etapas posteriores, especialmente en el terreno diplomático, dependerá de lo correctas y completas que sean esas traducciones para cada una de las tres especies; nosotros, al igual que ellos, tenemos que disponer de datos correctos para tomar nuestras decisiones. —Miró a Uhura y Spock—. Espero que todos los demás departamentos de ciencia concedan preferencia al de lingüística en lo que se refiere al uso de la computadora y demás instalaciones. Tomen todos nota de ello.

—Recibido —murmuraron varias voces.

—Con que tengamos sólo un poco de suerte —continuó Kirk, algo más relajado—, al menos dos de las tres especies decidirán asociarse con nosotros de una u otra forma, y nos proporcionarán la tranquilidad de saber que otra nave podrá regresar e informarles de lo que nosotros hayamos pasado por alto. Pero no podemos limitarnos a eso; la absoluta singularidad de este planeta exige que tratemos esta investigación como una oportunidad única e irrepetible. La Flota Estelar ha tenido la amabilidad de aprovechar esta corta estancia en la Tierra para instalar unos ochenta terabytes<sup>[2]</sup> extra de memoria disponible en la biblioteca de la computadora. Quiero que regresemos con esa memoria llena, damas y caballeros. Quedan avisados. En el peor de los casos, tendremos bastantes datos en bruto como para haber conseguido que el viaje valga la pena... y habremos averiguado sobre el universo una pizca más de lo que conocemos hasta el momento. En el mejor de los casos, una o más de esas especies se unirán a nosotros y, tras haber completado los acuerdos entre la Federación y las gentes de 1212 Muscae, el resto de la misión degenerará en banquetes de pollo de goma... o lo que sea de goma que utilizan en 1212, en lugar del pollo.

Otra risa entre dientes recorrió la mesa.

—¿Alguna pregunta? —terminó Kirk.

—¿Cuánto tardaremos en llegar? —inquirió Uhura.

—Tres días. ¿Tres días, Scotty?

—En marcha hiperespacial tres, sí. A menos que quiera una velocidad mayor.

—¿Y privar a los departamentos del tiempo necesario para prepararse? Me parece poco inteligente. Dejémoslo en tres días. ¿Alguna otra pregunta?

Nadie dijo nada.

—Ésta es la historia, damas y caballeros —concluyó Kirk—. De momento hemos terminado. Habrá una recepción informal a las 21.00 horas para aquellos de ustedes que tengan tiempo de asistir.

Se pusieron de pie todos menos el doctor McCoy. Kirk tampoco se levantó, esperó a que la sala se hubiese vaciado y las puertas se cerraran por última vez.

—¿Problemas, Bones? —preguntó—. ¿Le ha parecido un punto de partida suficiente?

—Más que suficiente. —McCoy se despezó ligeramente—. Gracias, Jim.

—¿Alguna otra cosa, entonces?

McCoy sonrió débilmente.

—Le han pasado la patata más caliente que pudieron encontrar, ¿no es cierto?

Kirk se encogió de hombros.

—Ya sabe que el estilo de la Flota Estelar no es el de encargarle a uno tareas fáciles cuando han descubierto que puede manejar las difíciles —respondió.

—Sin embargo, apuesto a que sé qué aspecto tienen las órdenes que le entregaron —dijo McCoy—. «El único comandante con la suficiente experiencia diplomática y de exploración para la tarea. Importancia increíble para la galaxia. Graves consecuencias para la Federación si algún otro adquiriera influencia sobre esta parte inteligente del espacio...»

No por vez primera, Kirk se preguntó si las cifras que controlaban el acceso a su terminal personal eran tan secretas como a él le gustaba creer.

—Escuche, Bones, ellos no tienen...

—Sí, lo tienen.

—¿Tienen qué? —preguntó Kirk. El juego favorito de McCoy, la lectura del pensamiento, siempre le fastidiaba.

—Derecho a depender de usted para que les saque las castañas del fuego cada vez que caen en él —replicó McCoy. «Especialmente irritante cuando sabe efectivamente qué es lo que pienso, maldición», pensó Kirk.

—Jim, ¿quiere un consejo?

—¿Piensa dármelo gratis o va a cobrármelo más adelante? McCoy profirió un bufido.

—Jim, escúcheme. Trate de relajarse y diviértase. Aquél no era del todo el tipo de consejo que había esperado.

—Ah, ¿lo dice en serio? —le preguntó con una voz ligeramente débil.

—Sí. Porque durante bastante tiempo, si he comprendido bien esta misión, no va a tener que tomar ninguna decisión; no dispondrá de los datos suficientes para tomarla. Siéntese y deje que su gente haga el trabajo que le corresponde. —En los ojos de McCoy había un destello malvado—. En cualquier caso, seremos nosotros los que realizaremos el peor trabajo en esta misión. Será un cambio para usted.

Kirk rió suavemente.

—Usted siempre me dice cómo debo hacer mi trabajo... ¿y ahora va a decirme también cómo no hacerlo?

—Quizá sea la última oportunidad que tenga en mucho tiempo —replicó McCoy—. La psicología y la xenomedicina van a estar realmente ocupadas en esta misión, según todas las apariencias. Deberé trabajar con las gentes de 1212... y con las nuestras propias, que podrían tener sus problemas al interactuar con ellos. El choque cultural funciona en ambos sentidos... y siempre es peor la primera vez.

—Pensaba que era usted cirujano, no loquero —le dijo Kirk para provocarle.

El médico adoptó un aire irónico momentáneo.

—Probablemente dentro de un par de semanas yo mismo desearé que fuera así —le dijo—. Demonios, ¿desde cuándo un médico de nave espacial ha desempeñado una sola tarea? Si nuestra gente tiene mucho trabajo, yo podría acabar preparando portaobjetos para el microscopio. Ya ha sucedido anteriormente.

—Esta vez no, espero —le dijo Kirk—. No se exceda en el trabajo. Podría obligarme a relevarle de sus obligaciones.

—Amenazas, vanas amenazas —replicó McCoy sonriendo mientras se ponía de pie—. ¿Bajará más tarde a la sala recreativa?

—Si tengo tiempo —respondió Kirk mientras se levantaba a su vez de la silla—. Hay bastante papeleo pendiente.

McCoy puso los ojos en blanco.

—¿Qué hay de esa nave estelar libre de tareas administrativas que la Flota nos prometió hace unos diez años? —se quejó—. ¿Esa en la que tendríamos todos secretarías de especies telepáticas, que supieran lo que había que hacer sin preguntárnoslo, y lo hicieran?

—Finalmente la pusieron en funcionamiento —le dijo Kirk—. Luego la pusieron en órbita permanente en torno a la Tierra y la llamaron Comando de la Flota Estelar.

Entre risas, ambos salieron de la sala de reuniones.

## 2

—No puedo creerlo —dijo McCoy, primero en un susurro y luego en voz más alta para que le escucharan sus subordinados—. En verdad ¡no puedo creerlo! ¡Lia!

—Mmm hmm —fue la réplica de Lia que, sin mucho entusiasmo, le llegó de la sala contigua a la enfermería. Posiblemente era una reacción comprensible, porque llevaba ya dos días respondiendo a protestas de esa índole.

—¿Qué va a hacer respecto a este maldito informe del departamento de biología?

—Voy a dejarlo reposar ahí hasta que... —se produjo una breve pausa, como si la mujer considerara las diversas opciones— alguna otra persona haga algo al respecto. En este momento estoy ocupada con el asunto de Uhura.

McCoy apoyó la cabeza en una mano y gimió.

—¿No puede hacer que la teniente Kerasus o alguien de lingüística se encargue de él?

—No, cuando lingüística nos ha enviado el traductor algorítmico a nosotros para que hagamos una valoración física.

—Maldición —dijo McCoy, y volvió a sentarse ante su escritorio. Eso no hizo mejorar las cosas, ya que sólo consiguió llamar su atención sobre la pila de grabaciones, libretas de notas, casetes, disquetes de ordenador y otras porquerías que cubrían la superficie de su escritorio, normalmente ordenado.

Gimió suavemente y se recostó en el respaldo del asiento. El trabajo preliminar de la misión se había propagado a todos los departamentos de la nave, pero de una forma u otra todo parecía terminar encima de su escritorio para obtener aprobación o ser ajustado. El catálogo de microorganismos y la investigación de antibióticos/antígenos; bueno, eso normalmente entraba dentro del campo de la medicina. Pero mirar durante horas y más horas fotografías de preparados de gérmenes y conjeturar cuáles podían ser biológicamente activos, y cuáles debían ser cultivados por los especialistas del laboratorio, no era nada divertido; no más que pensar que si uno pasaba por alto algún organismo poco atractivo a causa de un fallo en el proceso de pensamiento, o por la forma en que uno se sentía aquella tarde, las diversas humanidades podrían ser privadas de una cura pandémica del cáncer. «O del resfriado común», pensó amargamente McCoy. Independientemente de lo que él hiciera, la gente tendría que corretear por todo el planeta para recoger muestras de polvo, y habría que decirles a los especialistas del laboratorio cuáles debían cultivar en busca de probables organismos; McCoy sabía que iban a redescubrir la penicilina al menos trescientas veces en aquel viaje.

Luego estaban las investigaciones de flora y fauna. Uno pensaría que esas cosas entraban dentro de la ciencia pura, del departamento de biología. Pero no. Toda la flora de 1212 Muscae, desde la más simple a la más compleja, aparentemente se

encontraba un poco en el terreno de la hiperactividad... «árboles caminantes, ¡por piedad, ¿de quién habrá sido esa luminosa idea?!...», así que todas las plantas acababan en xenobiología, y por lo tanto en medicina. «Puede que sea un médico — pensó McCoy—, pero ¿un médico de árboles?»

Y luego, el trabajo lingüístico; ningún traductor podía siquiera comenzar a funcionar sin disponer de algunos conocimientos de la psicología de las especies en cuestión... y no es que el equipo de investigación hubiera hecho mucho más que proporcionarles los más ligeros atisbos de lo que a cualquiera de las tres especies en cuestión le gustaba pensar ni de la forma en que lo hacían. «Quisiera saber quién escogió a los miembros de ese equipo. Algún maldito funcionario público con el cerebro como una acera de Nueva York, toda cemento y nada de abstracto. ¡Hay tanta profundidad en las entrevistas como en una charca de sapos en pleno agosto, ninguna invitación a la introspección o el análisis, nada! «¿Cómo se desplazan ustedes? ¿Qué comen?» Maldición, ninguna especie vive sólo de pan...»

Y eso no era más que el comienzo. Estudios atmosféricos, taxonomía, etiología de las enfermedades locales, una vez que hubieran conseguido hablar lo suficiente con las especies locales como para averiguar cuáles eran las enfermedades que padecían... una vez que hubieran conseguido averiguar cómo hablar con las especies... si las especies llegaban a querer...

McCoy se frotó la cabeza.

—Enfermera —dijo, aunque no para solicitar una audiencia, esta vez—, me duele el cerebro.

—Tendrá que quitárselo —le dijo Lia desde la puerta.

Estaba de pie y tenía las manos llenas de casetes; era una mujer esbelta de cabello oscuro y rizado, cuya habitual expresión alegre se había esfumado en aquel momento. Tenía todo el aspecto de alguien agotado.

—Quítemelo —le pidió McCoy—. Una lobotomía parece ser precisamente lo que necesito.

—Tenemos una especial —replicó Lia—. Prefrontal con un diez por ciento de descuento para una vasectomía.

—Haga el favor de cerrar la boca —dijo McCoy, y se enderezó un poco—. Las enfermeras son todas unas engreídas. En cuanto comience a pensar querrá dirigir esta sala.

Lia se limitó a sonreír.

—Me pidió usted el resumen de salud de la tripulación —le dijo a McCoy—. Ya está hecho. ¿Quiere leerlo?

—¿He de hacerlo? ¿Me dirá algo que necesite saber? ¿O que no sepa ya?

—No.

—Entonces firme esa maldita cosa y envíesela al capitán. Deje que sea él quien

lea lo que la tripulación se ha traído a la vuelta de su permiso. —Profirió un bufido—. ¡Pie de atleta! El único sitio en el que uno debe poder pescar eso en la actualidad es un museo.

Lia adoptó un aire resignado.

—¿Está satisfecha con lo que ha conseguido averiguar para los de lingüística? —le preguntó McCoy al cabo de un instante.

Lia asintió con la cabeza.

—Tendrá que servir de momento. Deberemos hacer bajar lo antes posible a alguien experto en técnicas de entrevista; con el primer grupo de tierra, si es posible. Los actuales algoritmos del traductor son bastante inseguros si no les introducimos más verbos y las tablas de relaciones causales. Si es que estas especies creen en las relaciones causales, y comienzo a tener mis dudas al respecto, especialmente en el caso de los ;at.

Produjo una especie de chasquido antes de la vocal del nombre. McCoy ladeó la cabeza.

—¿Es así como se pronuncia?

—A mí no me lo pregunte —replicó Lia—. Así es como lo pronunciaba la mayoría de los miembros del equipo de investigación en casi todos los casos. Pero es difícil estar seguro de algo. Quiero oírse lo decir a una de esas criaturas. —Hizo una pausa—. Si es que el oído está implicado en ello —agregó—. Algunas de esas grabaciones de audio son bastante extrañas. Como si estuvieran llenas de parásitos.

McCoy asintió con la cabeza y suspiró.

—Ya lo escucharé más tarde... ahora estoy demasiado ocupado. ¿Hay algo más que deba saber?

—El teniente Silver está aquí para su revisión médica —le dijo.

McCoy alzó las cejas.

—¿Ese hueso se comporta todavía como debe?

—Está bien soldado —replicó Lia—. No hay señales de metástasis ni de edema.

—No lo pierda de vista. Su médula ya nos ha hecho cosas raras en una ocasión anterior.

—¿Quiere que le haga un amplio espectro histológico?

McCoy asintió con la cabeza.

—Hágalo —le dijo él—, y déjeme volver a lo que tengo entre manos. En cuestión de minutos Spock me saltará al cuello por esta maldita propuesta taxonómica.

Lia se marchó a hacer sus cosas. McCoy suspiró y volvió a fijar la mirada en su terminal de datos.

—Recomienzo —dijo—. Presente lista previa.

La pantalla se encendió con una lista de nombres de reminiscencias griegas y latinas y el comunicador del escritorio sonó de manera estridente, ambas cosas al

mismo tiempo.

—Maldición —exclamó McCoy, y pulsó el botón de un golpe—. ¡Aquí McCoy!

—Aquí Spock, doctor...

—Por supuesto que está usted ahí —replicó McCoy con una cortesía exagerada que en aquel momento estaba definitivamente muy lejos de sentir—. ¿En qué otro sitio podría estar? Todavía no he acabado; lo tendrá dentro de una hora.

Al otro lado se produjo un largo silencio.

—Doctor —dijo Spock—, no le llamaba para pedirle la lista de parámetros taxonómicos.

—Es un alivio.

—Lo que me interesa es su valoración de los datos del estudio de los hongos en el catálogo microbiológico preliminar.

—Spock, querido muchacho —le respondió McCoy—, entre usted y yo, no creo que esa gente del equipo de investigación fuera capaz de reconocer un hongo venenoso ni aunque les saltara encima y los llenara de verrugas. Por aquí hay un punto... —rebuscó entre los casetes que tenía sobre el escritorio y luego renunció a encontrar lo que buscaba— no importa la referencia exacta, pero hay al menos un miceto registrado como cuatro especies completamente distintas, y otros tres que a mí me parecen especies distintas y que parecen haber sido confundidas como diferentes formas de esporulación de la misma especie. Sabe Dios cuántas veces ha sucedido ese tipo de cosas en uno de los catálogos preliminares... por no mencionar todos los demás. Y dado que el problema de la evolución divergente hace que resulte vital conocer la diferencia entre las formas mutantes y las alomórficas de ese planeta, creo que deberemos comprobar casi todo lo que nos ha entregado el equipo de investigación. Le aseguro que su informe es más adecuado para formar parte de una pila de abono.

Nuevamente se produjo un breve silencio. McCoy se preparó para lo que pudiera venir.

—Doctor —dijo Spock—, estamos perfectamente de acuerdo. ¿Debo entender que encuentra que su departamento está un poco sobrecargado de trabajo en este momento?

McCoy profirió un suspiro de alivio.

—Spock, eso sería comprender correctamente las cosas. Para decirlo con suavidad.

—Cuando examinemos las listas de destinos —le explicó Spock—, podría existir la posibilidad de enviar algunos de los miembros del departamento de ciencias a medicina, una vez hayamos bajado al planeta y tenido tiempo para realizar algunas valoraciones. Quizá dos o tres días después de la llegada.

«Es ahora cuando los necesito —pensó McCoy—. Pero el departamento de

ciencias también los necesita, y los necesita ahora; los planes de estudio y clasificación que realizan en estos momentos determinarán qué es lo que van a hacer durante las siguientes semanas...»

—Eso sería muy amable de su parte, Spock —dijo en voz alta—, verdaderamente muy amable.

Se produjo otro de esos breves silencios.

—Sería solamente lógico, doctor. Amable es...

—¡Oh, por el amor de Dios! Cierre la boca y váyase a contar electrones o cualquier otra cosa —le interrumpió McCoy, aunque sonreía—. Lo que me propone me vendrá muy bien. ¿Algo más?

—No, Spock fuera.

McCoy meneó la cabeza, cogió el casete del informe culpable y lo arrojó a la arcaica «papelera» que le había enviado su hija. La miró fijamente durante un momento.

—Doctor —le llamó Lia desde la sala contigua—, ¿quieres hacerme el favor de venir a mirar este histograma?

«Realmente, no», pensó McCoy.

—Ya voy —dijo en voz alta, y salió para comprobar la prueba de la médula ósea.

El planeta era aún más bello de lo que parecía en la imagen captada desde el espacio. Salieron del hiperespacio en la periferia del sistema, en un punto desde el que el diminuto disco lejano brillaba como una estrella vespertina a la luz algo áspera de la que ocupaba el centro del sistema.

Kirk permaneció sentado y contempló la vista mientras Sulu maniobraba la nave para acercarla más hacia el interior, cerca de varios de los planetas interiores del sistema que estaban en afortunada conjunción. Aquella entrada no era absolutamente necesaria, pero Kirk admiraba que Sulu la hubiese hecho y se preguntaba si le motivaba estrictamente el valor escénico de aquel rumbo o las oportunidades científicas que proporcionaba, puesto que Spock ya realizaba análisis espectrográficos de cada uno de los mundos interiores que dejaba atrás. «Conociendo a Sulu —pensó Kirk—, probablemente lo ha hecho por ambas razones.»

Dos de los tres planetas interiores eran de roca pelada; el tercero tenía atmósfera, pero era de tipo venusiano, llena de gases reductores a altas presiones. Spock lanzó una boya con radar cartográfico en la sopa de ácido nítrico de la atmósfera al pasar sobre ese planeta y luego centró su atención sobre el cuarto planeta exterior, el objetivo que les había llevado hasta allí.

—Cagada de mosca —murmuró Sulu, y rió entre dientes.

—¿Qué ha dicho, señor Sulu? —le preguntó Kirk.

Sulu se puso a reír.

—Es un sobrenombre, capitán —le explicó—. Muchos de los miembros del departamento científico lo utilizan. Es debido a que el sistema es muy pequeño.

Kirk también rió entre dientes. Musca, el nombre de la constelación que figuraba en los registros, era mosca en latín; aquel nombre era uno de los originales con los que el antiguo astrónomo Bayer había bautizado las constelaciones según las veía desde la Tierra. La tradición de bautizar con palabras latinas había continuado cuando los exploradores llegaron al hemisferio sur, pero cuando se quedaron sin animales y sin insectos, algunos de los últimos nombres utilizados habían sido cómicos.

—Es más difícil hacer juegos con palabras que significan cosas como «bomba de aire».

—Sí, desde luego —replicó Sulu—. Altitud planetosincrónica, capitán. ¿Prefiere que me quede aquí o que ponga la nave en una órbita estándar?

—¿Señor Spock? —preguntó Kirk—. ¿Necesita algo de esta órbita?

—No, señor.

El vulcaniano se puso de pie y miró serenamente hacia la pantalla de visión exterior.

—En ese caso, órbita estándar, señor Sulu.

—Sí, señor.

Se deslizaron hasta un punto más cercano al planeta y comenzaron a describir círculos en torno al mismo. Los mares eran dos veces más azules de lo que parecían en la imagen tomada anteriormente; las nubes de la parte alta de la atmósfera adquirían el color ligeramente dorado de la estrella del sistema y se parecían más a remolinos de crema que a nubes. Los continentes, a medida que pasaban por encima de ellos, parecían casi imposiblemente verdes.

—¿Hay mucho nitrógeno en esa atmósfera? —preguntó Kirk—. ¿O mucho CO<sub>2</sub>? Spock negó con la cabeza.

—No más de lo corriente. El efecto visual no es debido a la difracción. Mi conjetura es que las formas de clorofila y sus análogos tienen aquí una pigmentación más intensa que en un planeta tipo-M corriente. Probablemente haya diferencias celulares y químicas que resultarán bastante fascinantes, cuando tengamos tiempo para estudiarlas.

Chekov, sentado junto a Sulu, realizaba una cartografía preliminar en su consola.

—No se ve rastro alguno de ciudades —declaró, con un tono ligeramente perplejo—. No hay emisiones de energía. Algunas geotermales...

—Las ciudades eran muy pequeñas —le recordó Kirk— según el informe, y las evaluaciones de las formas de vida que nos proporcionó la primera investigación eran provisionales... creo recordar que el informe declaraba que las evaluaciones realizadas un día ya no servían al siguiente.

—Correcto —dijo Spock—. Puede que hayan tenido algún problema con los

instrumentos; habremos de examinar eso. Nuestros equipos están en perfecto funcionamiento, por supuesto.

—Por supuesto —afirmó Kirk.

Debajo de ellos, otro continente cedió paso a un mar imposiblemente azul; luego se deslizaron por encima del ocaso del planeta hacia la zona nocturna. Allí una luna pequeña contemplaba con su rostro verde metálico las nubes de la atmósfera. Su luz era lo único que brillaba en la cara nocturna.

Kirk asintió para sí. Otro día, otro mundo; pero la misma vieja emoción volvía a hacer acto de presencia, renovada, como siempre lo hacía... gracias a Dios.

—Muy bien, señor Sulu —dijo Kirk en voz alta—, mantenga la nave en una órbita cartográfica, hasta que el señor Chekov y el señor Spock queden satisfechos con los resultados que obtengan. Luego llévela a una órbita estándar ecuatorial. Señor Spock —prosiguió en dirección al oficial científico—, ¿tiene ya seleccionado su grupo de primer contacto?

—Sí, capitán.

Spock descendió hasta el sillón central y le entregó a Kirk una lista.

Kirk repasó los nombres.

—Hmmm. Kerasus para el grupo de lingüística, bien; Morrison y Fahy para el de ciencia; Chekov para exo... —Le hizo a Spock un gesto de asentimiento—. Está bien. Localice uno de los asentamientos ornae que menciona el informe, ya que de momento parece la especie más asequible, y baje con el grupo de descenso a saludarlos.

—Los asentamientos ya han sido escogidos —replicó Spock—. Me reuniré con el grupo en la sala de transporte.

Kirk asintió con la cabeza y le hizo a Spock un gesto para indicarle que podía partir.

—Les observaremos —le dijo—. Buena suerte.

Spock hizo un grave gesto de asentimiento con la cabeza y se marchó. Kirk se frotó las manos en los pantalones. Últimamente, la Flota Estelar se manifestaba claramente contraria a que los capitanes bajaran a los planetas con el primer grupo de descenso, incluso en los casos en los que se habían realizado investigaciones preliminares por los alrededores en un pasado reciente. Las órdenes que le habían dado eran explícitas: su valor en aquella misión radicaba principalmente en la síntesis de datos —observar lo que sucedía e intentar extraer un sentido de ello—, y en sus funciones diplomáticas. Nadie a bordo de la nave, excepto el comandante, estaba facultado para negociar el acuerdo de inclusión con una o más de las especies indígenas. Debería quedarse sentado hasta que resultara evidente que aquel mundo era seguro, y luego limitar las visitas que hiciera al planeta a las estrictamente necesarias para fines diplomáticos.

Al menos, hasta donde pudiera saberlo la gente de la Flota. Kirk sonrió. Siempre había lugar para los pequeños engaños.

Las puertas del puente volvieron a abrirse con un siseo. —Bonito lugar —dijo la voz del doctor McCoy, un instante después, por encima de uno de los hombros de Kirk. Kirk levantó hacia él una mirada algo sorprendida. —Creía que iba a ir usted con el grupo de descenso —le dijo—. Pensaba que no querría que Spock lo liara todo. McCoy rió entre dientes.

—No es muy probable que eso ocurra —replicó, y se frotó los ojos—. No. Tengo demasiado trabajo entre manos de momento. Bajaré dentro de uno o dos días.

Kirk frunció ligeramente el entrecejo, preocupado.

—¿Cuántas horas durmió anoche?

McCoy abrió enormemente los ojos.

—Pero bueno, haga el favor de no adoptar ese tono conmigo, Jim. Apuesto a que he dormido más que usted.

Kirk sonrió débilmente y asintió con la cabeza.

—Probablemente, sí —replicó.

Aquél siempre había sido uno de sus problemas —aunque no grave, claro—, el que la emoción de ver un mundo nuevo tendiera a mantenerle despierto hasta más tarde de la hora habitual, la noche anterior a la llegada. De todas formas...

—Ha estado trabajando demasiado —le dijo al médico.

—No, todavía no —lo contradijo McCoy—. Sin embargo, dentro de un par de días sí que voy a hacerlo. Entonces sí que podrá chillarme, y yo le enviaré el trabajo fácil que realice aquí arriba.

Kirk fingió atragantarse.

—¡Fácil!

También McCoy rió ante aquello.

—Bueno —dijo luego—, supongo que todo es relativo.

El comunicador interno silbó.

—Aquí sala de transportador —se oyó—. Habla el teniente Renner. El grupo de descenso informa que está listo para ser transferido a la superficie, capitán.

—Transpórtelos, teniente —replicó Kirk.

La pantalla del puente se encendió en aquel preciso momento y mostró las imágenes que transmitía el sensor del alférez Morrison. Tras del tablero de mandos del transportador, el teniente Renner realizaba los últimos ajustes y luego deslizaba las palancas hacia arriba; se produjo una tormenta de luces y el efecto borró la sala de transporte; luego las luces se desvanecieron poco a poco.

A través de la pantalla todos vieron lo que parecía ser el claro de un bosque. La brillante luz amarillenta del sol penetraba por entre las gruesas ramas y formaba charcos luminosos en la superficie del planeta, que se mezclaban con pilas aplastadas

de abono vegetal y otras plantas más verdes que la más verde de las hierbas vistas por Kirk en toda su vida. Los árboles eran inverosímilmente verdes, incluso sus troncos, que eran bastante lisos, como los de los abedules. Uno tras otro, los miembros del grupo de descenso aparecieron en pantalla y recorrieron los alrededores con la mirada.

Spock sacó su sensor de mano y procedió a explorar según el procedimiento tradicional. Los demás se desplazaban lentamente, tocando aquí una rama, allá una planta. El bosque estaba muy silencioso, excepto por un sonido zumbante que se oía en la distancia y podía ser debido al chirrido de algún insecto... pero Kirk descartó de inmediato aquel pensamiento; en un planeta nuevo no había que predecir nada sin disponer de todos los datos, las suposiciones podían matarle a uno sin aviso previo.

—Obtengan lecturas —les dijo Spock en voz baja a Chekov y Kerasus, quienes también sacaron sus sensores.

—Creo que son señales vitales, señor —declaró Chekov—. Dos uno cuatro coma seis. No se aprecia mucho movimiento.

Spock estudió su sensor.

—Kerasus —dijo.

La joven de elevada estatura y expresión fría asintió con la cabeza.

—Mis datos concuerdan. Las lecturas están muy mezcladas... animales y vegetales. Pero así lo esperábamos.

—Correcto. Vayamos todos en esa dirección. Aquí parece haber un sendero tosco.

—Parece haber sido abierto por venados —les dijo Morrison a los que observaban desde el puente—. Algunas ramas partidas... a la altura de la cintura. Por aquí hay un tráfico bastante abundante, diría yo.

Echaron a andar por el bosque. Kirk se recostó en el respaldo y contempló cómo la iluminación verde dorada cambiaba casi completamente al color oro. El grupo de descenso salió a un claro y se detuvo durante un momento para mirar en todas las direcciones.

«Qué...», pensó Kirk, porque en el centro del claro había algo con el aspecto de un enorme globo amorfo de cristal del tamaño de una lanzadera.

Hasta que se movió.

El globo de cristal se dividió en aproximadamente unos cincuenta trozos que comenzaron a rodar y saltar hacia el grupo de descenso con el tipo de movimientos fluidos más peculiar que Kirk había visto en mucho tiempo. En el puente se oyeron algunas exclamaciones ahogadas, pero Kirk hizo caso omiso de ellas mientras se preguntaba por un momento qué emplearían aquellas criaturas a modo de músculos, dado que supuestamente estaban compuestas sólo de protoplasma. Ciertamente, no tenían ningún problema para desplazarse, aunque aquella forma particular de locomoción parecía la de unas bolsas de plástico que se arrastraran por el suelo y

ocasionalmente rodaran sobre sí para conseguir una mayor velocidad.

—Nada de pistolas fásicas —les dijo Spock a los demás en voz baja.

Ellos asintieron con la cabeza.

Las tropezantes y reptantes formas disminuyeron la velocidad al acercarse a los miembros de la *Enterprise* y empezaron a rodearles. Spock bajó la mirada hasta ellos con su calma habitual —ninguno le llegaba más arriba de la rodilla— y esperó a ver qué sucedería a continuación. Lentamente, se formó un círculo en torno al grupo de descenso y las criaturas se instalaron allí, meneándose y removiéndose ligeramente. Morrison se volvió lentamente para captar la imagen del círculo de criaturas como un montón de globos de vidrio irisado, pero estremecidos y llenos de vida, pensando vaya a saberse qué.

—Buenos días —dijo Spock. Kirk se tomó un segundo para dirigirle una sonrisa a Bones; a veces, la formalidad de Spock daba risa—. ¿Son ustedes miembros de la especie llamada Ornae?

Se produjo otro temblor de movimiento que recorrió los círculos de criaturas y luego un sonido: como si alguien raspase algo, no del todo igual al sonido de «insecto» que Kirk había percibido anteriormente. Los circuitos del traductor del puente intervinieron para interpretar aquel sonido como una risa de tono extrañamente agudo.

Una de las criaturas del círculo interior se estremeció completamente y luego, todavía estremecida, se desplazó muy, muy lentamente hacia Spock. El vulcaniano no movió ni un músculo. La criatura tendió un largo y delgado pseudópodo que brilló en el sol como el vidrio acabado de soplar y empujó con él una de las botas de Spock. Luego volvió a hacer aquel sonido de raspado y dijo una palabra.

—¡Pillado!

Regresó de un salto a su sitio. Todas las otras criaturas se unieron a las rasposas carcajadas de la primera. Spock las recorrió a todas con una mirada de ligera perplejidad.

—Capitán —dijo luego—, sospecho que hemos tropezado con una guardería, o algo similar.

—En cualquier caso —replicó Kirk echándose a reír—, no hay duda de que son ornae.

—Desde luego que lo son.

Spock se inclinó un poco hacia el ornae que le había «pillado».

—Somos visitantes —le dijo—. ¿Crees que podrías llevarnos ante la misma gente que recibió a los anteriores visitantes que eran como nosotros?

Aquello produjo más risas rasposas; algunos ornae comenzaron a retirarse de delante del grupo de descenso y formaron un paso para que avanzaran hacia un lado del claro.

—Gracias —les dijo Spock con seriedad, y avanzó en aquella dirección.

El ornaet que le había hablado saltaba y rodaba junto al vulcaniano. Ocasionalmente rebotaba contra él para señalarle la dirección correcta.

Observaron que el grupo de ornae conducía al equipo de descenso de vuelta al bosque por otro sendero, éste más ancho que el anterior, con más ramitas rotas a los lados, lo que sugería un tráfico mayor. Los miembros de la *Enterprise* fueron conducidos a través de otros claros, aunque en ninguno de ellos había ornae; luego llegaron a un último claro, el más grande que habían visto hasta el momento. Allí encontraron estructuras del tamaño de casas pequeñas; más vidrio iridiscente formaba unas estructuras sorprendentemente elegantes: torres y agujas curvas, cúpulas de membranas de vidrio, laberintos sin techo de utilidad incierta. Otros ornae entraban y salían de los edificios.

McCoy suspiró suavemente.

—El informe no decía nada sobre edificios como éstos.

—Ciertamente, no, doctor —contestó Spock—. Sospecho que no nos contaron la mitad de las cosas... como ya he mencionado.

Kirk tomó nota mental de enviar un memorando enérgico a la Flota Estelar sobre el informe del grupo de investigación preliminar. Las referencias de los últimos tres días procedentes de los diversos departamentos de la *Enterprise* habían dejado claro que la investigación estaba tan incompleta y plagada de errores como era posible imaginar. «¿Para qué demonios envían a esa gente sino para hacernos el trabajo un poco más fácil? Sabe Dios qué peligros pasaron por alto en este planeta, con los que nosotros tendremos que enfrentarnos antes de acabar...»

—¡Santo cielo! —exclamó de pronto McCoy—. ¡Mire eso!

Kirk miró... y comprendió aquella exclamación. Uno de los edificios había comenzado a deshacerse lenta y silenciosamente; las agujas más altas, que se elevaban a unos mil quinientos metros de altura, se deslizaban y caían alrededor de la restante estructura con la misma lentitud y gracia que una gota de glicerina... pero aquélla era una gota que contenía alrededor de ochenta litros.

—Construyen los edificios consigo mismos —dijo McCoy con deleite, casi con reverencia—. Jim, esto es increíble. ¿Se trata de un puesto de trabajo permanente? ¿Lo hacen por turnos?

—Shhhh —le indicó Kirk, mientras observaba a un ornaet que se deslizaba por la estructura construida con sus más quietos compañeros.

Avanzó hasta detenerse ante el grupo de descenso, a los pies de Spock, y levantó los ojos hacia él. Los levantó de manera visible, pues sacó dos antenas con ojos de lo que había sido la lisa superficie curva de su cuerpo.

—Saludo —dijo.

—También yo te saludo —replicó Spock con una reverencia apenas perceptible,

de una fracción de centímetro—. Soy el comandante Spock, de la nave *USS Enterprise*, de la Federación.

—Federación —repitió la criatura, y el traductor le dio a la palabra un tono ligeramente meditativo: «Mmf».

Spock miró a la teniente Janice Kerasus, cuyos ojos enormes tenían un aire pensativo. Como jefa del departamento de lingüística, ella era la mejor preparada de los tripulantes para entender las vaguedades del traductor universal. Pero aquella situación, con las evaluaciones realizadas sólo a medias, y aparentemente hechas también de forma incorrecta, sería probablemente tensa durante días, tal vez meses. Sabe Dios lo que les decía a aquellas criaturas; sabe Dios (hasta que hubiesen oído bastante más aquel idioma) lo que aquellas criaturas les decían a ellos. Y toda la misión dependía de ese punto.

—Mmf —dijo el ornaet—. Saludo, saludo, saludo. ¿Federación?

—Sí —replicó Spock mientras los demás saludaban con la cabeza, y mascullaban o emitían palabras claras—. Estamos todos dentro de la misma organización. Nuestro jefe nos ha enviado a establecer un contacto inicial con ustedes. Nos gustaría permanecer de visita en su planeta durante algún tiempo y mantener conversaciones con ustedes, si no tienen ninguna objeción.

El ornaet extendió las antenas oculares hasta acercarlas un poco más a Spock; había algo burlón en la expresión de la criatura... y Kirk volvió a hacerse una advertencia contra el antropomorfismo.

—Sólo objeciones ;at —replicó la criatura.

Kirk alzó las cejas. Aquello era una novedad para él. McCoy le miró, la expresión burlona de la cara del médico no corría peligro alguno de ser mal interpretada.

—Guau —dijo.

—Que no cunda el pánico aún —murmuró Kirk—. Es un poco pronto.

—Bienvenidos —continuó entonces el ornaet—. Quedarse, hablar, estar aquí, sí. —Dejó que las antenas oculares se hundieran nuevamente en su cuerpo, como si el tenerlas levantadas durante tanto tiempo y a semejante altura le hubiese agotado.

—Le damos las gracias —respondió Spock, y le hizo un gesto de reconocimiento con la cabeza—. También nos gustaría examinarle a usted y su pueblo, para ver en qué se parecen a nosotros y en qué son diferentes. Los exámenes no son agresivos. ¿Podemos hacerlos?

El ornaet volvió a levantar los ojos hacia Spock, aunque sin extender las antenas oculares tanto como la vez anterior.

—Examinar —le dijo con aire pensativo—. Sí. ¿Examinar ustedes?

Spock miró a Kerasus como para preguntarle en silencio si ella interpretaba la sintaxis de la criatura de la misma forma que él. Ella asintió con la cabeza.

—Sí —replicó Spock—, sin ningún problema. ¿Caballeros? —les preguntó a

Chekov y Morrison.

—Por supuesto, señor —respondió Morrison.

—Sin duda —dijo Chekov.

Junto a Kirk, McCoy se tensó ligeramente.

—Primero me gustaría saber con qué van a examinarlos —dijo en voz baja para que lo oyera sólo Kirk—. Yo no sé lo muy agresivas que son las técnicas de esos seres.

—Spock se encargará de vigilar eso —le respondió Kirk—. Y también nosotros. Además, la solicitud es justa.

McCoy suspiró e hizo un gesto de asentimiento.

—Uhura —dijo luego—, asegúrese de que las lecturas de los sensores de mano van directamente a la enfermería. Quiero comenzar con un chequeo inmediato.

—No hay problema, doctor.

—No puedo imaginar cómo consiguen moverse —comentó McCoy en voz baja—. El informe decía que estaban constituidos por protoplasma indiferenciado. Eso no es nada parecido al suficiente ATP<sup>[3]</sup> o análogos, capaces de proporcionar energía motriz a esa escala...

—El informe decía muchas cosas —le interrumpió Kirk y yo voy a decirle algunas palabras a la Flota Estelar sobre ese asunto. Ahora, dejémoslo.

Estaba más interesado en lo que sucedía en la pantalla, lo cual era comprensible, porque el equipo de descenso era conducido en aquel instante al interior de la sorprendente estructura. El edificio no era demasiado grande por dentro, según las pautas humanas; tenía tal vez el tamaño de una sala de reuniones con un techo bastante bajo; pero la transparencia de las paredes producía un efecto luminoso y abierto, como si uno se encontrara dentro de una habitación construida con ladrillos de vidrio. La única diferencia, claro, es que no había ladrillo alguno, sino las redondeadas formas de los ornae, cada una de ellas estirada o comprimida para llenar adecuadamente el sitio que ocupaba, una especie de mural en bajorrelieve de formas redondas y líquidas. Y todas aquellas formas miraban a los miembros de la *Enterprise*, con ojos, ocultos dentro del cuerpo o proyectados al exterior. Hubiera sido suficiente como para causar un serio ataque de temblores a una persona de disposición nerviosa.

Spock, por supuesto, no estaba ni lejanamente relacionado con los nervios. Se sentó en medio del piso de la sala, se quitó el sensor y se dispuso a realizar ajustes en el mismo, mientras conversaba tranquilamente con el ornaet que le había llevado hasta allí. Los otros miembros del grupo daban vueltas por la sala, conversaban entre sí y examinaban lo que les rodeaba. Se hizo difícil saber qué sucedía con la totalidad del equipo de descenso, dado que sólo el sensor de Morrison transmitía y él estaba concentrado en examinar la estructura de las paredes en aquel momento. La pantalla

del puente quedó dominada por la imagen de varios pares (o tríos) de brillantes ojos negros de ornae que contemplaban fijamente el sensor o lo tocaban con los pseudópodos.

Kirk se recostó en el respaldo y se frotó los ojos.

—Esto va a ser fascinante —dijo—, si se me permite acuñar una frase.

McCoy suspiró.

—Ha dicho una gran verdad. Será mejor que baje para asegurarme que recogen todos los datos que necesito. No consigo imaginar qué utilizan esos seres como energía motora...

—Cuéntemelo cuando lo averigüe —le pidió Kirk—. Tendré que permanecer aquí sentado durante mucho tiempo aún, ya que de lo contrario ciertas personas de la Flota se comerían mis entrañas para desayunar.

—Pobre Jim —dijo McCoy—. Las cargas del deber. Tener que quedarse aquí sentado en un cómodo sillón mullido y observarnos a todos los demás mientras correteamos de un lado para otro y nos destrozamos...

—No empiece con eso —le advirtió Kirk—. La vida ya es bastante dura. Lárguese ahí abajo y diviértase.

—¡Divertirme! —bufó McCoy, y salió del puente.

Kirk se recostó en el respaldo y lentamente, muy lentamente, comenzó a sonreír.

El aspecto médico de la situación empezaba a convertirse en un circo, eso era exactamente lo que sucedía. La gente ya no sabía trabajar sin una estrecha supervisión. McCoy no sabía qué les enseñaban en la facultad, en aquella época.

—Vamos, señor Chekov —le dijo al aire de su consultorio, mientras empezaba a reunir un grupo de las cosas mínimas que iba a necesitar en la superficie del planeta—. Deje que la teniente Kerasus se encargue por el momento de los problemas verbales. Nosotros tenemos otro pescado que freír. Estaré ahí abajo dentro de diez minutos, y si no tiene esperándome un grupo de análisis serios, una serie de tegumentos con sus muestras, y una serie neural con los electroencefalogramas pertinentes, unas gráficas de percusión y auscultación...

—No hay ningún problema, doctor —le respondió alegremente la voz de Chekov. McCoy bufó cordialmente.

—Encárguese de ello. Estaré ahí dentro de diez minutos. McCoy fuera.

Lia le llamó desde la sala contigua.

—¿Quiere que baje con usted para ayudarle?

—No, gracias —respondió McCoy mientras recogía el inverpaliador, lo consideraba y luego lo dejaba en el cajón correspondiente y sacaba un polarioftalmoscopio en su lugar—. El capitán no ha autorizado a nadie más que a los jefes de departamento a bajar al planeta, mientras no hayamos calibrado el traductor

con mayor precisión. No quiere multiplicar las posibilidades de error.

—Ése tiene aspecto de ser un consejo de usted —le dijo Lia asomando la cabeza por la esquina del corredor.

—Lo es.

—Ya veo que no es más que otra excusa para matarse a trabajar —comentó ella.

—No, de veras —replicó él mientras cerraba una pequeña bolsa negra, luego volvía a abrirla y arrojaba dentro un radiolaparoscopio y un depresor para la lengua —. Usted cumpla con su trabajo aquí, y asegúrese de que todos los datos quedan bien guardados.

Lia suspiró. Estaba claro que había oído aquel tipo de cosas con bastante frecuencia, y aprendido que no servía de nada discutirlos.

—En ese caso, que se divierta —le dijo.

McCoy profirió un gruñido, cogió la pequeña bolsa negra y salió en dirección a la sala del transportador.

Encontró a Spock todavía sentado en el piso de lo que parecía ser el principal edificio de los ornae en aquel claro. Los sensores de la nave habían encontrado muchos más claros como aquél con estructuras similares; pero también había aparentemente estructuras que estaban hechas de piedra o madera de la zona. «Una de las otras especies —pensó McCoy—. ¿O no? ¿Por qué iban a necesitar casas unos árboles inteligentes? Y se supone que la tercera especie no es física. Bueno, vayamos por partes...»

—Ah, doctor —le dijo Spock, que levantó la mirada del sensor—. Me preguntaba si encontraría usted tiempo para reunirse aquí con nosotros.

—No tenía muchas alternativas —respondió el médico—. Los datos llegan en un goteo tan miserable...

Spock le dirigió una mirada más de lástima que de otra cosa... si es que un vulcaniano se dignaba admitir siquiera la lástima. McCoy sospechaba que Spock podía hacerlo, siempre y cuando estuviera involucrado él mismo.

—Se referirá usted a la información médica —lo corrigió Spock—. Me temo que en este momento le dedicamos más atención a la lingüística...

—Apostaría a que sí. ¿Qué tal va eso, teniente? —inquirió McCoy por encima de su hombro.

Janice Kerasus levantó los ojos de su sensor, que examinaba con interés al ornaet que conversaba con ella.

—Necesito más verbos —dijo ella, con un tono algo desesperado.

—Lo mismo que todos nosotros, querida mía —comentó McCoy—, lo mismo que todos nosotros. —Caminó a grandes zancadas hacia Chekov y se detuvo momentáneamente junto a Morrison—. ¿Qué tal va eso?

—Este muchacho dice que me están examinando —replicó Morrison desde donde

se hallaba sentado sobre el piso con las piernas cruzadas. Sentado, si ésa era la palabra, frente a él, había un ornaet que parecía haberse transformado en una bola perfecta, sin ojos ni rasgos visibles—. Pero yo no siento nada.

—No se queje —le aconsejó McCoy—. Al menos no lo exprese de esa manera. No sabe qué emplean aquí para probar la falta de sensaciones. Podría ser algo más sólido que el martillo de reflejos. ¿Y bien, señor Chekov?

—Aquí tiene lo que quería, señor —respondió el otro.

—Mmf.

McCoy se acuclilló junto a Chekov y comenzó a recorrer con los ojos la lista de lecturas. Los resultados de las pruebas de serología de la especie que le había pedido a Chekov eran confusas, para expresarlo con suavidad. Aquellos seres apenas si tenían un sistema circulatorio propiamente dicho, así que no había forma de saber con exactitud qué parte del fluido que circulaba en su interior era material de irrigación, y qué parte era simplemente fluido temporal que un instante antes había sido «músculo» sólido. El doctor McCoy había visto bastantes seres protoplasmáticos en su vida, pero pocos tan indiferenciados como aquéllos. Habitualmente, cuando un ser llegaba a su tamaño, ya había conseguido desarrollar al menos una pequeña estructura multicelular. La situación era desconcertante, pero también era quizá la base para escribir un nuevo artículo. «Pobre Dieter —pensó McCoy mientras sonreía—, ¡y él pensaba que se habían molestado por aquel último artículo! Este pueblo va a volver locos a los xenoespecialistas.»

—Hmm —comentó. Dejó a un lado los confusos resultados serológicos y concentró su atención en los análisis de tegumento y las muestras.

—Hmm —le dijo la criatura, con bastante claridad.

McCoy miró a Chekov y luego al ornaet.

—Le pido disculpas, hijo —le respondió McCoy—. No le he prestado la atención que usted merece. Me llamo McCoy; soy médico.

El ornaet dijo algo con tono rasposo, que el traductor vertió como «¿Qué, hijo?».

—Doctor —le llamó Kerasus desde el otro extremo de la sala—, por lo que más quiera, sintonice su traductor para que se encadene con el mío. Me vendrá bien el vocabulario extra.

—De acuerdo. —Realizó los ajustes necesarios y volvió a mirar al ornaet—. «Hijo» es un término afectuoso —le explicó—. Ya sabe, que se utiliza cuando alguien le cae bien a uno.

Se produjo una pausa y el ornaet dijo:

—¿Caer bien? —Le tocó el flanco de una pierna al médico, como un gato amistoso.

—Eso es. O de esta forma. ¿Puedo tocarle? —preguntó, y se contuvo antes de llegar a hacerlo.

—Tocar, sí.

Era algo que verdaderamente deseaba hacer, tras haber visto la primera parte del informe del tegumento. McCoy le dio al ornaet unos golpecitos amistosos, suaves, en la piel.

—Así —le dijo—, ésta es una de las formas en las que nosotros nos demostramos que somos amigos los unos de los otros.

—¡Amigos, sí! —exclamó alegremente el ornaet. Sacó un pseudópodo redondo y romo y le dio unos golpecitos al médico en la espalda.

El hombre rió entre dientes y acarició la hermosa piel iridiscente. «Piel» era un nombre equivocado, por supuesto, ya que las muestras indicaban que el tegumento de la criatura no era más multicelular que el resto de la misma. Era una sola pieza gruesa de membrana selectivamente permeable, en nada diferente de la que separaba en el cuerpo humano una célula sanguínea, o dérmica o muscular, de las demás. Era alrededor de cinco mil veces más gruesa. «¿Pero cómo ha evolucionado esto? ¿Cómo se mantiene este tejido correctamente irrigado, por no hablar de su alimentación? No había estructura vascular. Pero si uno tiene una membrana de comportamiento permeable, cualquier zona de la misma puede tener acceso al fluido... después de todo, no para de dar vueltas por ahí dentro. Pero al mismo tiempo, no tiene sentido...»

—¿Tienen nombres? —le preguntó McCoy mientras se volvía ligeramente para pedirle al sensor de Chekov que presentara el siguiente conjunto de lecturas.

—¿Nombres?

—Ya sabe, la forma en que le llaman a usted los demás. —Hizo una pausa para observar las series neurales. Aquello tenía aún menos sentido que la prueba de tegumento—. Igual que a mí me llaman McCoy.

El ornaet produjo otro sonido rascante que no fue traducido. «Vaya por Dios», pensó McCoy, pues aquel sonido podía significar tanto que el nombre de la criatura no tenía equivalente en ningún idioma conocido por el traductor, como que había comprendido mal la pregunta y dicho algo que el traductor no era capaz de verter.

—Hmm —dijo McCoy—. ¿Le importaría repetir eso?

El ornaet volvió a emitir el sonido raspante, exactamente el mismo que la vez anterior.

—Bueno, pues —le dijo McCoy—, espero que no le importe que le llame Hhch, habida cuenta que es lo mejor que puedo hacer con ese sonido que usted acaba de hacer, que no tengo ni idea de qué tal es mi pronunciación y no sé hasta qué punto puede usted entenderme, ni siquiera si ése es su nombre, para empezar. De todas formas, encantado de conocerle.

El ornaet volvió a tocarle, quizá como forma de respuesta amistosa.

—¿Cómo llama a esta parte de usted, Hhch? —preguntó McCoy con unos

golpecitos suaves sobre la piel de la criatura.

El ornaet profirió otro sonido.

—¿Será piel, eso que acaba de decir? —inquirió mientras se pellizcaba un poco de piel del antebrazo a modo de ilustración.

—Sí, piel —respondió Hhch.

—Ahí tiene una para usted, Kerasus —dijo, y volvió a mirar las lecturas—. Ahora veamos cómo son el resto de sus partes interiores. Buen Dios, hijo, una patata tiene un electroencefalograma más notable que el suyo. Pero es obvio que piensa y se mueve, y que es una forma de vida orgánica. ¿Qué es lo que utilizan en lugar de la bioelectricidad? A menos que la totalidad de ustedes sea un neurotransportador, como los denebianos. Pero eso no tendría ningún sentido con su estructura física tal como es.

—Yo tengo estructura —dijo de pronto el ornaet.

McCoy lo miró mientras se preguntaba qué quería decir.

—Claro que la tiene, Hhch, muchacho. Pero no se parece a nada que yo haya visto en toda mi larga vida. Oiga, Chekov —dijo el doctor tanteando a sus espaldas—, hágame un favor y realice un estudio químico. Eso de ahí me parece un núcleo neurotransmisor, ¿ve esa estructura?... no, en la siguiente pantalla... correcto... ponga el módulo de análisis molecular en eso y vea si al final de esa estructura hay algunos componentes que tengan aspecto de estar dispuestos a desenmarañarse. O de no estarlo —agregó con aturdimiento—. Parece que dentro de este muchacho ocurre de todo. Cielos, vaya un informe que voy a redactar...

—Doctor —dijo Spock desde el otro lado de la sala, donde aún conversaba con el ornaet que había salido a recibirlos—, para escribir informes de éxito uno debe comprender primero qué es lo que escribe... al menos lo suficientemente bien como para formular teorías que tengan una posibilidad de sostenerse.

—De momento no diga nada, Spock —respondió McCoy, que se sentía contento por primera vez desde que había comenzado aquella misión—. Para cuando llegue el momento de comenzar a escribir, puede apostar que ya tendré unas cuantas teorías.

«Así lo espero con toda mi alma», pensó.

Spock alzó una ceja y no le dijo nada más a McCoy, sino que volvió a la conversación que mantenía con el ornaet. McCoy sonrió y volvió a concentrarse en su trabajo.

—Bueno, pues —le dijo a Hhch—, veamos qué clase de nervios tiene usted...

—¿Dónde está el doctor McCoy? —preguntó Kirk, mientras recorría con los ojos la mesa de la sala de reuniones, bastante sorprendido.

Era tarde por la noche, hora de la nave. El grupo de descenso había regresado algunas horas antes y un segundo había bajado para estudiar la flora local y otras

actividades de la fase nocturna del planeta. En aquel momento, todos los miembros del primer grupo se hallaban en torno a la mesa con sus jefes de departamento; todos excepto McCoy.

—Teniente Burke —preguntó—, ¿dónde está?

Ella parecía agitada.

—Capitán, la última vez que tuve noticias tuyas aún estaba en la superficie del planeta. Sabía a qué hora iba a celebrarse la reunión, y me pidió que asistiera en su lugar. Yo supuse que iba a reunirse conmigo aquí.

Kirk suspiró. Aquello era algo que debía haber abordado antes, en el caso de McCoy; podía protestar por el exceso de trabajo de la gente de su departamento o de otras secciones de la nave, pero ni siquiera se detenía a pensar cómo se agotaba él mismo. Kirk pulsó el interruptor del intercomunicador que había sobre la mesa y dijo:

—¿Puente? Teniente Brandt.

—Señor —respondió la voz del oficial de comunicaciones del turno de noche.

—Busque a McCoy. Le estamos esperando.

—Sí, señor.

Kirk se recostó en el respaldo.

—Podemos dedicarnos al menos a algunos preliminares. Spock, la situación es diplomática en el momento presente.

Spock se cruzó de brazos.

—Señor, como ya sabíamos, los esfuerzos serios en ese sentido tendrán que esperar hasta que hayamos calibrado el traductor con mayor exactitud. Pero estamos sin duda en mejores condiciones esta noche de lo que estábamos con la información proporcionada por el grupo de investigación; nuestros datos son mucho más exactos y pormenorizados.

Kirk sonrió; ahí estaba Spock, dejando clara su postura. No había nadie a bordo de la nave que detestara tan minuciosamente los datos inexactos.

—Pasé la mayor parte del tiempo que estuve en el planeta intentando refinar nuestros conocimientos sobre el concepto que los ornae tienen de sí mismos y sobre sus relaciones con las otras especies inteligentes del planeta —prosiguió Spock—, y puse una especial atención a cualquier cosa que pudiéramos descubrir sobre sus estructuras organizativa y política. Hay muchísimas cosas más que quedan por descubrir... a la espera, una vez más, como ya he señalado, de que mejoremos los algoritmos del traductor... Pero, a grandes rasgos, creo que podemos confiar en la siguiente información. En primer lugar, los ornae parecen percibirlo casi todo como cosas fluidas: las relaciones, el idioma, como se ha mencionado antes, y las estructuras tanto físicas como no físicas. Les sorprende bastante nuestra rigidez, y se me antoja que les resultamos no necesariamente inaceptables, pero sí un poco anormales. No obstante, tienen lo que para nosotros sería una disposición

insólitamente abierta a aceptar cosas nuevas, significativa en unos seres que nunca, hasta hace muy poco, habían visto otras especies inteligentes, lo que posiblemente sea también producto de su carácter fluido y la forma en que afecta a su forma de pensar. No les importa que seamos tan rígidos como somos, pero nos observan muy estrechamente, como esperando que en cualquier momento renunciemos a nuestras formas físicas aparentes y adoptemos otras distintas.

—Detesto tener que decepcionarles —dijo Kirk—. Van a tener que aceptarlo. ¿Cree usted que eso podrá ser un problema?

—No me lo parece —replicó Spock—. Pero diría que vamos a tener problemas más que suficientes en otros terrenos. Tras algunas conversaciones, se hizo evidente que esos seres no tienen estructura organizativa alguna parecida a la nuestra. Nadie gobierna el planeta: las decisiones que se toman son de índole estrictamente personal, lo cual probablemente es una medida sabia, puesto que cualquiera puede cambiar de forma o planes en el momento menos pensado. Se dan períodos de cooperación, como pudimos ver en el edificio que hallamos en el planeta... estructuras cuya finalidad no he podido descubrir hasta el momento. Esas criaturas no parecen tener necesidad alguna de cobijo en el sentido clásico de la expresión. El medio ambiente es en general incapaz de dañarlas, y no parecen necesitar protegerse del mismo. Pero en cualquier caso, cada individuo decide si quiere o no formar parte de la comunidad; tienen poca influencia los unos sobre los otros, y ninguna sobre las otras especies, a las que describen con palabras para las que de momento no tenemos aún referentes.

—¿Parece amistoso el tono con el que las describen? —inquirió Uhura, que se hallaba sentada a la mesa, un poco más lejos.

—Es difícil saberlo —replicó Spock—. Aún no disponemos de la suficiente información de vocabulario para realizar la calibración emotiva del traductor. Puede que aún tardemos unos días en conseguirlo. Este pueblo no es intencionadamente vago en su forma de hablar, pero su estructura mental es decididamente muy distinta de la humanoide; tardaremos algún tiempo en establecer las bases comunes.

Uhura asintió con la cabeza.

—Los ornae —prosiguió Spock— no parecen tener concepto del trabajo ni necesidad del mismo. Aparentemente sobreviven mediante la absorción directa de energía del medio ambiente circundante, aunque de momento desconocemos cuál es el mecanismo mediante el que lo consiguen. No comen, ni beben, ni defecan; no necesitan cobijo, como ya he dicho; aparte de los traumas accidentales, no parece haber nada en el planeta que pueda afectarles de manera adversa. No tienen necesidades físicas, según las consideramos normalmente nosotros. Parecen tener una vida social rica, pero sabemos muy poco sobre lo que realmente ocupa su tiempo diario. No son en forma alguna ociosos, pero la mayoría de las cosas que a nosotros nos resultan importantes sospecho que a ellos les parecerán inútiles o estúpidas. Eso,

por supuesto, afectará de alguna forma los resultados diplomáticos.

«De alguna forma —pensó tristemente Kirk—. ¿Qué incentivos se pueden ofrecer a una especie para que se comprometa con algo, cuando no necesita nada y no entiende por qué otro sí necesita cosas?»

—Creo que yo continuaré a partir de aquí —dijo Uhura. Spock le hizo un gesto de asentimiento con la cabeza para indicarle que él había acabado de momento—. Capitán, el idioma de este pueblo, según lo que tenemos recopilado hasta este momento, deja bien claro que los ornae serían un nuevo miembro maravilloso para la Fundación... si pudiéramos persuadirles para que ingresen en ella. Este pueblo tiene una densidad verbal en su idioma hablado superior a la de cualquier otra especie de la galaxia. Dadas las indiferencias en la estructura de las frases, la densidad relativa es a veces de diez verbos para cada dos sustantivos. Sus pronombres son todos verbos... lo que supongo que no debería sorprendernos cuando se considera que esta gente hace herramientas y edificios con sus propios cuerpos. Les es imposible imaginar la no actuación sobre el entorno, lo que nos plantea la pregunta: ¿cómo actuar sobre él?, puesto que no necesitan comer, beber ni trabajar. Ni tampoco dormir, a lo que parece.

Burke adoptó un aire pensativo.

—Quizá sea mediante esa rica vida social. Actúan los unos sobre los otros.

—Así parece. Ese comportamiento de construir edificios, como el que hemos presenciado hoy, podría ser una indicación en ese sentido. O actúan sobre las otras especies.

La teniente Kerasus asintió con la cabeza.

—Cuando comenzamos a entrar en los temas interespecíficos —dijo— obtuvimos una avalancha de verbos nuevos muy superior a la que éramos capaces de asimilar...

—Pidió usted verbos nuevos —la interrumpió McCoy al entrar en la sala— y los obtuvo. Será mejor que tenga más cuidado con lo que pide. Ruego disculpas por llegar tarde.

—Siéntese, Bones —le pidió Kirk—. Todavía no hemos avanzado mucho.

«Tiene un aspecto fatal», pensó Kirk. McCoy parecía exhausto; su cara reflejaba las consecuencias de la deshidratación de quien no se había detenido para comer ni beber durante varias horas.

Kerasus le dedicó una ligera sonrisa de arrepentimiento a McCoy.

—En cualquier caso, tiene usted razón —le dijo—. Los verbos interespecíficos son de gran complejidad y extensión... acción verbal sobre acción verbal, de forma que toda una secuencia de actividades está encerrada en un solo concepto.

—Teniente, ¿cuán cerca estamos de un nivel de traducción en el que podamos confiar lo bastante como para comenzar a dar algunos pasos en el terreno diplomático? —preguntó Kirk.

Kerasus y Uhura se miraron la una a la otra, y luego menearon la cabeza a la vez.

—Le mentiría si le dijera una fecha o un límite de tiempo concretos —respondió Uhura—. Señor, necesitaremos acumular una buena cantidad de vocabulario antes de estar preparados para hablar de algo más complicado que el estado del tiempo.

—Bueno —dijo Kirk—, no podemos precipitarnos, así que hagan todo lo necesario a su propio ritmo. Doctor —continuó—, indudablemente estaba usted absorto en la recolección de datos, debe tener algo fascinante que contarnos.

—Bueno —contestó McCoy mientras miraba la libreta de notas que había traído consigo, y seguidamente la apartaba de sí, como si le irritase—, es ciertamente fascinante, aunque no necesariamente ilustrativo. Los ornae tienen una de las fisiologías más mutables que jamás haya visto o sobre la que haya tenido noticia. Realicé cuatro exámenes muy minuciosos del mismo ser, cada uno separado del anterior por unas tres horas, y me encontré con que importantes porciones de su fisiología habían cambiado en el tiempo transcurrido entre un examen y el anterior. Se les da el nombre de mecanismos transportadores de energía, fluido plásmico, corrientes neuronales. Intentaba descubrir si esos cambios eran voluntarios o involuntarios, pero esa buena criatura no parecía conocer la diferencia ni creer en ella. No sé hasta qué punto es o no un problema del traductor. —Miró a Uhura y Kerasus.

Ambas volvieron a negar con la cabeza.

—Doctor —intervino Kerasus—, también nosotros hemos perseguido esa pregunta en círculos. Para comenzar, la idea ornae de la causalidad es bastante peculiar. Parecen pensar que ellos son la causa de todo lo que les sucede. Incluso las cosas que desconocían o no podían prever, como la llegada del primer grupo de investigación... y la nuestra propia. —Rió entre dientes—. Se sorprendieron al vernos, pero nos dijeron que ellos nos habían hecho venir hasta aquí. O algo así; sin disponer de más vocabulario y más sentimientos por lo que se refiere a la estructura verbal, es difícil saber si es eso lo que ellos quieren decir en realidad, o si nosotros sencillamente hemos equivocado los lugares del par sujeto/objeto.

McCoy asintió con la cabeza.

—Eso era lo que me temía. Bueno, pues lo único que puedo decir es que, si alguna de las otras especies del planeta comparte esa mutabilidad, vamos a tener una pesadilla ante nosotros para poder comprender la organización física de esos seres. Deseo desesperadamente que exista una pauta para los cambios fisiológicos que he presenciado, pero requerirá algunos días de controles para determinar si ése es el caso. Vamos a necesitar muchísimos exámenes físicos realizados diariamente, porque una idea horrible que se me ha ocurrido es que cada individuo ornaet por separado podría tener sus propias pautas de cambio, o tipos de cambios.

Kirk asintió con la cabeza.

—Tomo nota. ¿Spock? ¿Qué hay de las otras especies?

—Les preguntamos a los ornae si ellos estaban dispuestos a proporcionarnos algunas reuniones con representantes de los lahit y los ;at —replicó Spock—. Estuvieron de acuerdo, hasta donde puedo saber; al menos, el ornae con el que yo hablé me dijo que podía hacerse y que se haría. Pero las otras especies parecen rodeadas por una atmósfera de reticencia, especialmente los ;at. No tengo ni idea del porqué, y formular la pregunta errónea en este momento con la intención de llegar al fondo del problema podría hacer más daño que bien.

—De acuerdo —comentó Kirk—. Lo tomaremos como venga. Pero resultará complicado negociar un documento de asociación con esos pueblos, si son todos igualmente desorganizados... —Se interrumpió—. Disculpen, ese término es un poco sentencioso. Si tienen todos una orientación no organizativa como la que en apariencia ofrecen los ornae.

—Podría resultar imposible —dijo categórico Spock—, al menos establecer un solo acuerdo para todo el planeta. Una sola de las especies no podría firmar por todas las demás.

La Flota Estelar había dejado bien claro en las órdenes entregadas a Kirk que querían a todas las especies representadas en un solo acuerdo, y que considerarían un acuerdo con una o dos de las especies como una alternativa verdaderamente muy pobre. Kirk suspiró. «A veces la política me hace la vida imposible —pensó—. Haremos lo que podamos. Si quieren algo más, deberán arreglárselas solos.»

—Ya comprendo, señor Spock —le respondió al vulcaniano—. ¿Cuándo pensaba el ornaet que los lahit y los ;at podrían estar disponibles?

—Sus palabras temporales son bastante peculiares —contestó Spock—, pero deduje que quizá podrían arreglar algo para mañana o pasado mañana.

—Muy bien, pues. Le sacaremos lustre a la plata de la compañía. Damas y caballeros, ¿hay algo más que haga falta cubrir aquí, para informar a los jefes de departamento? El informe de ciencias tendrá lugar mañana por la mañana.

Los que rodeaban la mesa negaron con la cabeza.

—Pueden marcharse, entonces. Doctor...

La sala se vació lentamente. McCoy se desperezó en la silla, y en el momento en que se cerraba la puerta, preguntó a Kirk:

—¿He de quedarme castigado después de la salida por llegar tarde?

—Pensaba que era usted el que me atormentaba a mí con el exceso de trabajo —comentó Kirk.

McCoy adoptó un aire de culpabilidad, pero fue sólo momentáneo.

—Jim, ha de tener presente que esta situación no se parece a nada que hayamos visto antes...

—Al igual que la mayoría de las otras situaciones en que nos hemos encontrado —lo interrumpió Kirk—. Haga el favor de tranquilizarse un poco y deje que sus

subordinados asuman una parte de la carga. La situación parece bastante estable; mañana podrán bajar grupos más grandes y un número mayor de ellos.

McCoy asintió con la cabeza y bostezó; luego pareció molesto consigo mismo.

—Lo siento... es el nivel de azúcar en la sangre. Me he saltado una comida.

Kirk blandió un dedo en dirección a Bones mientras se ponía de pie.

—Oprobio, oprobio. Médicos, alimentaos. Mejor aún, acompáñeme a la sala recreativa. También yo me he saltado el almuerzo.

—¿Cómo supone que va a conservar la salud si no deja de saltarse comidas...? — protestó McCoy.

Kirk le dijo a Bones que era como un forúnculo y, en palabras nada clínicas, comenzó a describirle el emplazamiento de dicho forúnculo mientras ambos salían de la sala.

### 3

Al día siguiente, McCoy se hallaba de pie en el temprano sol de la mañana y meneaba la cabeza.

—Al viejo Will Shakespeare le habría encantado esto —dijo en voz baja.

Junto a él, el rubio de elevada estatura, Don Hetsko, otro de los enfermeros de la nave, levantó los ojos del sensor con expresión perpleja.

—¿Por qué?

—Fíjese —replicó el médico—. El bosque de Birnam avanza hacia Dunsinane<sup>[4]</sup>.

Se encontraban en el claro, rodeados nuevamente por los ornae y por otros miembros de la tripulación de la *Enterprise*. Hasta ese instante los principales sonidos que podían oírse eran los ruidos del bosque circundante —el suave y repetitivo zumbido de enormes insectos que tenían un aspecto sorprendentemente parecido al de iguanas aladas— y las alegres voces rasposas de los ornae mismos, entretejidas con las voces de varios miembros del departamento de ciencia que conversaban con ellos. Pero en aquel momento se percibía otro sonido, que se hacía más poderoso: era como un susurro de ramas que se frotaran rítmicamente las unas contra las otras. Y eso era, en efecto. Un grupo de lahit avanzaba lentamente hacia el claro.

Ninguno de ellos medía menos de un metro ochenta de altura y la mayoría rondaba los tres metros. Tenían troncos y ramas definidos, su silueta general era alta y puntiaguda, como la de los pinos. «Al menos lo es la de este grupo», pensó McCoy, porque las imágenes tomadas por el equipo de investigación habían dejado claro que había bastantes formas diferentes de lahit... aunque no se sabía cuántas con exactitud. Las «hojas» que había en las ramas de las criaturas eran blandas y plumosas; su forma recordaba las agujas de pino, pero se movían al más ligero toque de brisa. Los troncos eran de un verde brillante, como los de los árboles más estacionarios del bosque; las hojas eran más oscuras y de un color «píceo» ligeramente azulado. Escondidas entre las hojas había pequeñas formas redondas, parecidas a bayas. Al principio, McCoy pensó que eran lo que parecían. Luego comprobó que eran ojos, algunos de los cuales le estaban mirando.

Les ordenó a los pelos cortos de la nuca que dejaran de erizarse. A su lado, con una voz que parecía muy impresionada, Hetsko susurró:

—Santo Dios. Ha llegado el día de la venganza del árbol de Navidad.

—No les des ideas, hijo —le recomendó McCoy mientras observaba con interés el modo de locomoción de los lahit.

Evidentemente, aquéllos eran árboles caminantes... o quizá sería mejor decir que «aquél era»; podía tratarse de una sola criatura, aunque parecía haber alrededor de quince troncos en el grupo, que aparentemente se movían de forma independiente. En cualquier caso, las raíces nunca sobresalían mucho del suelo. Eso tenía sentido, si

cumplían las mismas funciones que las de las plantas convencionales; no se puede cortar repentinamente la fuente de nutrición cada vez que uno se desplaza. El sistema de irrigación de aquella especie probablemente iba a ser aún más interesante que el de los ornae.

«Deja de hablar en plural —se dijo McCoy mentalmente—. No superpongas tus propios prejuicios a esta situación. La realidad ya es lo bastante extraña de por sí.»

—Será mejor que guarde las últimas lecturas —le dijo a Hetsko—; vamos a tener otra lista completa dentro de muy poco. Envíe la nueva información sobre los ornae a la nave. Más tarde deberé subir a repasar otra vez los algoritmos del traductor.

—De acuerdo —replicó Hetsko, que se marchó a cumplir con la orden y dejó que McCoy observara a Kerasus, que se acercaba a los lahit para hablar con ellos. Tenía un aspecto ligeramente intranquilo, y McCoy comprendía por qué. La muchacha había llegado al punto en que comenzaba a sentirse levemente segura de poder traducir correctamente el ornaet elemental... y en aquel momento era como si regresase al parvulario, para comenzar desde el principio con otra especie y cometer quién sabe qué errores.

Él también se les acercó porque pensaba que quizá podría obtener algunas lecturas fisiológicas iniciales en las que pudiera confiar sin preguntarse más tarde si el miembro de la tripulación que las había recogido tenía el escáner sujeto por el extremo correcto. McCoy le dirigió una mirada mientras desprendía su propio escáner de mano.

—Valor —le dijo—. Después de todo, lo único que tenemos ahí es una nueva especie más.

—Esperemos que así sea —replicó ella en voz baja—. Buenos días —saludó a los lahit.

Los lahit susurraron, sonido que el traductor de McCoy vertió como ruido sin significado.

—Como preliminar para las frases de cortesía —comenzó a decir Kerasus—, ¿cuántos son usted o ustedes?

Los árboles parecieron inclinarse para reunir sus copas y luego volvieron a erguirse.

—Somos uno solo —replicó el lahit.

«Eso es una gran ayuda —pensó sardónicamente McCoy. Otra especie más que se mostraba confusa respecto a los plurales—. Sabe Dios cuántos piensa él que somos nosotros. Ah, bueno... se necesita de todo para hacer un universo...»

—Gracias —le dijo Kerasus—. Mientras hablamos, ¿le importaría si uno de los especialistas físicos lo examinara? Él no necesitará tocarle si usted no quiere que lo haga.

Se oyó otro susurro.

—¿Él? —preguntó el lahit.

«También tienen problemas de género. —pensó McCoy— Nada de esta misión va a resultar fácil, ¿verdad?»

—Eh... se lo explicaré dentro de un instante —respondió Kerasus.

El lahit volvió a susurrar.

—Sí —dijo finalmente—. Examinar.

—Gracias —replicó McCoy, y tras encender el escáner comenzó a caminar lentamente en torno al lahit. Distraídamente, miraba el suelo abierto por el que había llegado. En la tierra levantada se movían varias formas de vida alargadas. «¿Eran aquellas formas de vida realmente independientes? ¿Era posible que se tratara solamente de raíces que acababan de desprenderse por el acto de «caminar»? ¿Era probable que aquella criatura se reprodujera de esa forma?»

—Teniente Siegler —dijo, levantó la vista y llamó con un gesto a uno de los miembros del departamento de medicina—. No puedo encargarme de mirar eso en este momento. Tome algunas lecturas, ¿quiere? Quiero saber si son independientes de este amigo que tenemos aquí.

El teniente Joe Siegler se acercó apresuradamente mientras realizaba algunos ajustes en su sensor de mano y McCoy volvió a lo que tenía entre manos. El escáner médico absorbía datos a toda la velocidad de la que era capaz, McCoy podía abstraer muy poco de él mientras funcionara en el modo de recogida rápida. «Presiones sistémicas muy bajas —pensó—; con esas lecturas, podrían ser perfectamente árboles normales. Tal vez el modelo exovegetativo estándar me resultará más útil de lo que había pensado en principio. Hmm... esa lectura de eco es interesante... una estructura de algún tipo parecida a un corazón, pero tendida a todo lo largo de cada «tronco»... cilíndrico, principalmente controlada por la gravedad, más parecida al sistema circulatorio humano que a otra cosa... cavidades y sifones en las «venas», el movimiento mismo de la criatura empuja el fluido de vuelta hacia arriba por el sistema circulatorio, de la misma forma en que el caminar lo hace en el caso de los seres humanos. Curioso, yo habría esperado algo de naturaleza más estrictamente capilar... el paralelo con el xilema y el floema de los árboles de la Tierra es lo bastante aproximado, ahí están esos dos conjuntos de capas «musculares» dentro del tronco, con las fibras que corren en direcciones opuestas...»

Su comunicador sonó. McCoy profirió una imprecación. Tanto el lahit como Kerasus le miraron, el lahit con una cantidad de ojos bastante mayor y una menor expresión.

—Lo siento —les dijo él—, me he dejado llevar. —Sacó el comunicador—. McCoy.

—Doctor —le respondió la voz de Spock—, el capitán me ha pedido que averigüe si su informe médico provisional sobre los ornae ya está listo.

Aparentemente, la Flota Estelar se impacienta.

McCoy pensó en varias cosas que podía decir, pero no tenía sentido expresarlas porque Spock estaba fuera del alcance visual y no podría darse el gusto de observar cómo se resistía a cambiar de expresión.

—Estoy a punto de darle los últimos retoques —informó—. ¿Puede esperar media hora?

—Según mi estimación, no.

—Maldición —masculló—. Están a cinco horas de distancia de espacio radial; en ese momento debe ser plena noche en el mando de la Flota Estelar; ¿es que no duerme nunca esa gente? Es malo para la salud. Es igual, Spock. Estaré ahí arriba dentro de unos minutos. No quería marcharme sin algunos datos sobre los lahit, eso es todo.

—¿Ya han llegado?

—Grandes como la vida misma y dos veces más naturales. Tendría que bajar usted mismo aquí. Aunque —dijo McCoy— ahora que lo pienso creo que será mejor que todavía no lo haga. Yo no sé si querría decirle a una de estas criaturas que soy vegetariano.

—Lamentablemente —comentó Spock—, también yo sufro las agonías de la compilación de informes, todavía deberé aplazar la oportunidad durante algún tiempo. Le diré al capitán que usted estará aquí dentro de poco.

—Hágalo. Dígale a sala de transportes que me transfiera a bordo dentro de cuarenta segundos, ¿quiere?

—Afirmativo.

—Fuera.

Guardó el comunicador y completó el paseo en torno al lahit. Kerasus aún hablaba con él, formulaba una pregunta simple tras otra, escuchaba las respuestas y luego formulaba otra con una voz clara y paciente. Era una de esas personas de rostro muy móvil que revelaban cada pensamiento que les pasaban por la cabeza; por la forma en que saltaban sus cejas y por los movimientos vivos de su boca, resultaba evidente que no estaba del todo contenta con los resultados que obtenía. Afortunadamente, el lahit no estaba en situación de poder leerle la expresión... al menos eso era lo que McCoy esperaba sinceramente.

—¿Qué tal van esos verbos? —le preguntó McCoy mientras guardaba el escáner médico. Ella le lanzó una mirada de extrema desesperación.

—Todavía no he encontrado ni uno solo —respondió.

—Insista.

Algunos segundos más tarde el mundo rieló hasta desaparecer y McCoy se encontró en la sala del transportador.

Se encaminó apresuradamente hacia la enfermería, que se parecía ligeramente a

un manicomio cuando él llegó. Varias personas habían acudido para que les hicieran los chequeos rutinarios y uno de los miembros del grupo de descenso del día anterior era atendido de algunos arañazos que tenía en un brazo. McCoy se detuvo junto a Morrison y les echó una ojeada. Los arañazos estaban hinchados e inflamados; un grupo que tenía en el antebrazo presentaba incluso un aspecto ligeramente edematoso y tenía vesículas, pequeñas ampollas llenas de fluido transparente.

—¿Cuándo comenzaron a molestarle? —le preguntó atentamente McCoy.

—Anoche, ya era bastante tarde. Ni siquiera sé cómo me los hice; no me golpeé contra nada, por lo que puedo recordar.

—Mmm. ¿Tiene algún problema con la cortisona? No, claro que no. Lia, déle un poco de pomada CorTop y póngale un prospray de euthystol. Eso debería solucionarlo. Si no nota ninguna mejoría hacia la noche, vuelva aquí y probaremos con algo más agresivo.

—Ya le he puesto el euthystol —replicó Lia, que se acercó a McCoy por detrás y le entregó a Morrison un tubo aplicador—. ¿Cree que nos quedamos sentados y esperamos que usted venga a hacer los diagnósticos? Ese informe está en su oficina, en su terminal... será mejor que se dé prisa.

—Nadie me necesita —masculló McCoy—, todo el mundo hace caso omiso de mi persona, creo que me iré a comer gusanos. —Se encaminó hacia su oficina y se sentó ante el escritorio—. Informe —le dijo con un suspiro a la terminal.

En la pantalla apareció un informe que esencialmente era una versión escrita del resumen que había hecho la noche anterior. En un par de puntos, hizo que la máquina se detuviera para agregar algunos datos nuevos y aclarar una frase que podría ser malinterpretada por las mentes más inflexibles de la Flota Estelar. En opinión de McCoy, había una cantidad excesivamente numerosa de ellas, oficiales de sillón que habían olvidado cómo entender realmente las ciencias, pero de momento no podía hacer mucho al respecto.

Le llevó alrededor de veinte minutos dejar el informe correctamente redactado; luego dijo a la máquina que lo enviara a la terminal que Spock tenía en el puente. Tendía la mano hacia el botón cuando sonó el intercomunicador.

—Aquí McCoy.

—Doctor, realmente debo pedirle...

—No, Spock, no debe porque acabo de enviárselo a su máquina.

Se produjo una pausa momentánea.

—Ya ha llegado. Le presento mis disculpas, doctor. —No se preocupe, Spock. Si me necesita para cualquier cosa, estoy otra vez en el planeta. Aquello empezaba a ponerse interesante.

—Yo diría que sí. Spock fuera.

«Vaya, ¿no había en eso una pequeña pizca de fastidio?», pensó McCoy mientras

salía de su oficina, atravesaba la enfermería y se encaminaba hacia la puerta. Cuando ya estaba fuera, asomó la cabeza nuevamente al interior. —Lia, ¿recibió las últimas lecturas de los lahit? —No.

—Maldición, ¿es que se fue al garete la conexión? Espere un momento.

Sacó el escáner médico, lo metió en una de la terminales lectoras de las camas de la enfermería y lo activó. El escáner vertió los datos en la memoria. Lia levantó la mirada del historial médico de Morrison, en el que acababa de hacer una anotación, y miró con interés la imagen de la estructura interna de un lahit que apareció en la pantalla situada en lo alto de la cama.

—¿Es un sonido de eco lo que está leyendo? —inquirió.

—Ahá. Interesante, ¿eh?

—Es una buena cosa que yo tenga dedos verdes —declaró Lia mientras apagaba el tablero de notas—. Por cierto, el capitán estuvo por aquí hace un rato. Quería verle cuando acabara usted con el informe.

—¿Parecía algo urgente?

—No particularmente.

—Bien... En este caso podría esperar alrededor de una hora más. He de regresar ahí abajo a hablar con los árboles.

Cuando volvió a aparecer en el claro, parecía realmente como si el bosque de Birnam hubiese llegado a Dunsinane.

Había ya todo un grupo de lahit, o quizás una expresión más adecuada sería toda una arboleda de ellos, o toda una huerta; la gente de los departamentos de ciencias hablaba con ellos a toda la velocidad que le era posible y los recorrían con escáneres y sensores. McCoy sonrió un poco ante aquel espectáculo.

Algo le rebotó contra una pierna a la altura de la rodilla. Miró hacia abajo y vio que se trataba de un ornaet.

—Buenos días —le dijo.

—Que también tenga usted unos buenos días —le replicó el ornaet con absoluta claridad; al menos eso fue lo que el traductor vertió.

McCoy alzó las cejas. Kerasus y Uhura debían haber pasado toda la noche en vela trabajando con los algoritmos.

—¿Puedo hacer algo por usted? —preguntó McCoy mientras hincaba una rodilla en tierra. Detestaba hablar con la gente desde arriba, y con el ornaet era algo difícil de evitar.

—¿Examinará usted? —le preguntó el ser.

—Ah —dijo McCoy. Entonces, aquél era el caballero con el que había trabajado el día anterior. «O la dama —agregó—, si es que para esta gente existen los géneros. Algo que será mejor que averigüemos lo antes posible.»— Lo haré encantado —continuó mientras sacaba el sensor de mano y ajustaba primero los controles para

comprobar que las lecturas que estaba a punto de tomar se sumarían a las que ya estaban archivadas a bordo de la nave. En algún momento de la siguiente hora, el escáner se pondría en contacto con la biblioteca de la computadora y vaciaría en ella los datos recién adquiridos para dejar libre la memoria temporal y recoger más información—. ¿Cómo se ha sentido desde ayer?

El ornaet permaneció en silencio durante un momento. McCoy comenzó a sudar un poco mientras dirigía el escáner hacia el ornaet. Por mucho que mejorara el traductor, no evitaba que uno formulase preguntas que no tenían referentes culturales o resultaban insultantes. Pero el ornaet se sacudió un poco e inquirió:

—¿Me pregunta por el método o por el estado?

«Gracias al cielo —pensó McCoy—, ya han instalado el clasificador de modismos de primera etapa. Al menos estas criaturas no necesitarán ser implacablemente literales... y nosotros tampoco.»

—Estado —le respondió.

—No hay quejas —le dijo el ornaet.

McCoy rió entre dientes.

—Es usted casi la única persona que he visto hoy que está en condiciones de decir eso —le aseguró—. Tal vez si les exceptuamos a ellos. —Hizo un gesto con la cabeza en dirección a los lahit y otro con una mano, por si acaso el ornaet no sabía interpretar correctamente el movimiento realizado con la cabeza.

El ornaet proyectó momentáneamente unas antenas oculares y miró a los lahit.

—Tampoco ellos se quejan —dijo pasado un instante. Eso sí que era interesante.

—¿Cómo puede saberlo? —le preguntó McCoy—. Ah, y deje esas antenas oculares fuera durante un momento. Me gustaría examinarlas.

El ornaet continuó mirando.

—Simplemente lo sé —le dijo—. Siento.

—Hmmm.

No había ninguna forma directa de medir las capacidades mentales de una especie nueva, como no fuese que algún miembro de la tripulación con dotes psíquicas realizara una valoración; el único en el que realmente confiaría para esa tarea era Spock. Pero Spock estaba cargado de trabajo y, además, McCoy odiaba pedirle que hiciera evaluaciones psi en otros seres. Según lo que sabía del código vulcaniano de la privacidad mental, pedirle algo de ese tipo a Spock era como solicitarle a un médico que hiciera una prueba de diabetes *mellitus* al estilo antiguo. No era agradable en lo más mínimo, ni sensual ni estéticamente. Sería mejor esperar a tener más vocabulario y construir luego una serie.

—Deduzco que ustedes y los lahit se ven con mucha frecuencia —le dijo al ornaet—. Quiero decir que mantienen relaciones sociales.

«Esto es asombroso —pensó—. Este tejido ocular es verdaderamente

multicelular. Eso de ahí es claramente tejido retinal, con las terminaciones foto y cromosensibles. Y un compuesto muy complejo. Pero desaparece todo a voluntad de la criatura.:»

—¿Le importaría mucho hacer desaparecer uno de esos ojos? ¿Puede hacerlo con uno solo? No demasiado rápidamente, por favor.

—Por supuesto —replicó el ornaet, y lentamente el ojo izquierdo se sumió nuevamente en la masa del cuerpo del ser—. Sí, mantenemos relaciones sociales.

—¿Sobre qué? —inquirió McCoy—; si no le importa que se lo pregunte. ¿Qué tipo de cosas hacen juntos?

«Fíjate en eso, maldición. Las células simplemente se funden y desaparecen. No lo hacen todas al mismo tiempo, sino una tras otra. Me pregunto si, siempre que encontremos las palabras correctas, podríamos sugerirles a estas criaturas que sintetizaran nuevos órganos dentro de sí. ¿Y querrían ellas hacer algo? ¿O lo necesitarían?» Sacudió la cabeza y guardó el escáner médico.

—Hablamos —replicó el ornaet.

—¿Puede decirme sobre qué hablan? —preguntó McCoy mientras se sentaba junto al ornaet—. Lamento haberle llamado Hhch ayer —agregó—. ¿Es ése realmente su nombre o es que yo lo pronuncié mal?

La criatura volvió a hacer un sonido rasposo que el traductor vertió claramente como risa.

—Lo pronunció mal —le dijo el ornaet—, pero no tiene importancia. Recogen las palabras lentamente, ¿verdad?

—Ya lo creo que sí —replicó McCoy, y rió a su vez—. Tendremos más a medida que avancemos.

—Mi nombre es Hhhccccchhhhh —le explicó el ornaet, y entonces ambos se echaron a reír a la vez, porque estaba claro que aún faltaban palabras.

—Quizá mañana —le dijo McCoy—. Pero ¿de qué hablan ustedes con las demás especies?

Se produjo una pausa.

—Vida —replicó luego el ornaet.

McCoy asintió con la cabeza.

—Este gesto significa sí —le explicó—. Bueno, también nosotros hacemos eso, amigo mío. Los detalles ya surgirán con el tiempo.

—¿De qué hablan ustedes? —le preguntó el ornaet.

McCoy se desperezó mientras pensaba.

—De trabajo —le informó—, de juego, de relaciones... de las cosas que suceden en el mundo... de las cosas por las que podemos hacer algo para solucionarlas, y de las que no.

El ornaet guardó silencio durante un momento.

—Sí —dijo—. ¿Qué es «trabajo»?

«Oh, amigo», pensó McCoy.

—El trabajo —le explicó— es cuando uno ha de hacer algo que no siempre tiene ganas de realizar, porque hace falta hacerlo por el motivo que sea. Si uno tiene suerte, le gusta hacer su trabajo en la mayoría de las ocasiones. No todos tienen esa suerte.

Otro largo silencio.

—Sí —comentó—. Ya sé. Algunos de nosotros trabajamos. —¿De veras? —le preguntó McCoy con sorpresa—. ¿Qué hacen?

El traductor emitió varios estallidos de electricidad estática.

—Oh, bueno —comentó McCoy—, no se preocupe. Dentro de poco tendremos más palabras.

—No —le dijo el ornaet—. Puedo mostrarlo.

—¿De verdad? —McCoy estuvo de pie en una fracción de segundo—. ¿Dónde?

—Venga —le indicó el ornaet.

Se alejaron a través del claro, con el ornaet en cabeza. McCoy le seguía mientras intentaba no tropezar con otros ornae —aquella mañana parecían estar por todas partes y zigzagueaba para esquivar a más grupos de lahit. Había cada vez más y más de ellos, que susurraban y siseaban mientras miraban a los miembros de la *Enterprise* con todos los ojos.

El ornaet le condujo fuera del claro, de vuelta al interior del bosque por uno de los muchos senderos. Se trataba de un sendero más ancho que parecía haber sido muy transitado últimamente, a juzgar por las ramitas rotas que había a ambos lados. También parecía que lo había utilizado algo bastante más grande que los ornae.

—Dígame una cosa —pidió McCoy mientras avanzaban—. ¿Tienen animales por aquí?

—¿Animales?

—Otras criaturas capaces de desplazarse como ustedes, pero que no son parlantes ni inteligentes.

—Oh, sí —le dijo el ornaet—. Pero las mantenemos alejadas.

—¿Cómo?

Se produjo otra avalancha de sonidos estáticos.

—No importa —le aseguró McCoy—. En este momento estoy mucho más interesado en el trabajo.

—Aquí —dijo el ornaet.

Salieron a otro claro. Era más grande que aquel en el que se hallaba la mayoría de los miembros de la *Enterprise*. No había ninguno de los maravillosos edificios construidos con los mismos ornae que se veían en el otro, sino una enorme piedra emplazada en el centro mismo; era una piedra alta y oblonga, de color amarronado, ligeramente cilíndrica y bien asentada en la tierra.

McCoy se acercó a ella con interés, luego recorrió el claro con los ojos y los bajó hasta el ornaet.

—¿Y dónde está el «trabajo»? —le preguntó.

—Aquí —replicó el ornaet.

—¿Quiere decir que alguien hizo esta piedra como un trabajo? Hmmm.

Se volvió a mirarla. Ciertamente, en la superficie había marcas que podían interpretarse como causadas por alguna herramienta. «¿Piedra tallada? —pensó McCoy—. ¿Con metal, quizá...? O tal vez... ¿qué necesidad de herramientas puede tener esta especie, cuando pueden hacerlas con su propio cuerpo?»

—No, no —replicó el ornaet, y se rió del médico de una manera que hizo que McCoy lo mirara con asombro y confusión—. Esto es trabajo. —Hizo una pausa y luego agregó—:Esto está trabajando.

—¿Está trabajando? —preguntó McCoy mientras miraba la piedra con aire perplejo.

«¿Habrá algún tipo de máquina dentro de esta piedra? No sería la primera vez que nos encontramos con algo así...»

Y entonces la piedra se movió.

No mucho. McCoy retrocedió al tiempo que la piedra se desplazaba unos treinta centímetros y se inclinaba hacia él. Pero, de alguna forma, no se había desplazado realmente. No se apreciaba ninguna alteración en la tierra sobre la que se apoyaba: no estaba removida, ni había marca de ninguna clase en las plantas herbáceas que crecían allí. Simplemente la roca estuvo de pronto un poco más cerca de él que antes.

—Espere, espere —dijo el ornaet, claramente satisfecho de sí mismo—. No, lo *pronombre-indefinido* está trabajando. Lo-*sustantivo-personal* está trabajando.

La respiración de McCoy se atascó en alguna parte al sur de su esternón.

—Y tampoco puedo pronunciar su nombre —le dijo al ;at—. Ni siquiera el nombre de su especie.

Se produjo un largo silencio. El ;at le miraba. McCoy no podía decir cómo sabía que le miraba. Pero sabía que era así; y estaba demasiado sorprendido y —para su aturdimientotan paralizado por un temor reverente como para hacer cualquier cosa que no fuese quedarse en el sitio.

La criatura no era plenamente física. Al menos en aquel punto los informes del equipo de investigación inicial eran correctos. No era que la criatura fuese algo vaga, ni que tuviese una apariencia brumosa. Era tan sólida como cualquier montaña suiza vista desde las laderas inferiores contra el cielo limpio... y transmitía una sensación equivalente de tener peso, solidez, de estar allí. Pero al mismo tiempo, se tenía la sensación de que ese estar allí podía cesar de manera repentina... una sensación que no se experimenta ante montaña alguna. McCoy sabía que por muchas veces que le dijese a la Jungfrau, según las antiguas palabras, «desaparece», la montaña se

quedaría exactamente donde estaba. Sin embargo, cuando uno miraba al ;at, se quedaba con la sensación de que podía desaparecer sin aviso previo, y llevarse muchas cosas consigo si así lo deseaba.

—En cualquier caso —consiguió finalmente decir McCoy—, buenos días.

—Buenos días tenga usted, doctor —replicó el ;at. No se produjo ninguna vacilación, ninguna dificultad con la sintaxis; aunque la voz misma, incluso al ser traducida, parecía alejar todo pensamiento sobre la sintaxis. Se trataba de una voz con resonancias de terremoto, de avalancha... de una gran fuerza controlada, pero una fuerza que podía desatarse en cualquier momento con efectos tremendos.

McCoy inspiró profundamente para ayudarse a recobrar el control.

—Señor o señora —dijo luego—, o lo que sea, ¿comprende usted el significado del concepto «doctor»?

—No es un concepto que nosotros utilicemos —le dijo el ;at—, pero creo que comprendemos el sentido general.

«Ni un solo problema de sintaxis. Oh, Dios, Kerasus va a sufrir un ataque. De hecho, yo mismo sufriría uno ahora mismo, si tuviera tiempo para ello.»

—En ese caso, ¿puedo examinarle a usted como lo he hecho con este amigo mío?

—Puede.

Nada más; sólo el sonido del viento en los árboles. McCoy se aclaró la garganta, sacó el escáner médico y realizó una apresurada calibración del aparato; quería disponer de toda la amplitud de bandas de trabajo para aquel sondeo en concreto. Lo encendió y se puso a caminar en torno al ;at.

—¿Le importaría si le tocase? —le preguntó.

—Siéntase libre.

«También tienen frases hechas. Esto es la muerte con ruedas.»

Se detuvo en mitad del recorrido para posar una mano sobre la piedra. Era tibia. El escáner médico ingería datos a una velocidad excesiva para que él pudiese sacar alguna conclusión de los sonidos que producía; se vio limitado a los sentidos físicos, los cuales no le dijeron nada excepto que la superficie exterior de la criatura se parecía mucho a una roca ígnea, granito o algo parecido. Se preguntó vanamente si habría algún tipo de radiactividad que pudiese indicar una genuina formación ígnea y decidió comprobarlo más tarde.

—¿Puedo formularle una pregunta, por favor?

—Pregunte. —El retumbar de la voz sonó bastante afable.

—¿Cuántos de ustedes viven en este planeta?

—Todos nosotros.

¿Había allí una vena humorística? ¿Acababa de hacerle una broma aquel ser? McCoy volvió a aclararse la garganta.

—Ah, sí. ¿Tiene algún problema con nuestro sistema numérico?

—Lo comprendemos lo suficientemente bien, creo. Nuestro número actual varía entre novecientos mil y un millón.

«¿Varía por qué, y cómo?...», pero aquello debería esperar.

—Mi amigo, cuyo nombre no sé pronunciar, me dijo, mientras veníamos hacia aquí, que usted estaba realizando un trabajo —McCoy completó el recorrido—. ¿Puedo preguntarle qué hacía?

El comunicador de McCoy sonó.

Esta vez él no profirió ningún improperio; de alguna forma, parecía tan inadecuado como lo habría sido insultar a la Jungfrau.

—Discúlpeme, por favor —dijo, y sacó el aparato—. Aquí McCoy...

—Bones —respondió la voz de Kirk—, ¿qué deberé hacer para hablar con usted en estos días?

—Jim —le dijo McCoy con toda la cortesía de que era capaz—, le prometo por mi honor que estaré allí dentro de un minuto. Sólo necesito...

—Sesenta segundos —le interrumpió Kirk—, y estoy contando.

—Pero...

—Ha dicho por su honor.

—McCoy fuera —dijo él. Le dirigió una mirada melancólica al escáner médico, y lo apagó—. Señor, o señora, o lo que sea...

—Según comprendo yo el término —respondió con un largo retumbar bajo a través del traductor—, creo que «señor» sería lo más correcto.

—Gracias. He de marcharme. Estaré de vuelta tan pronto como pueda. ¿Estará usted todavía por aquí?

No hubo respuesta durante uno o dos segundos. —Ésa es una pregunta filosófica de cierta complejidad... —dijo finalmente el ;at.

La rielante luz dorada se llevó a McCoy. Esta vez sí que maldijo, en cuanto ya no pudo ver al ;at.

—Aunque quizá «señora» también habría sido correcto —agregó luego la criatura.

McCoy irrumpió en el puente tan dividido entre el deleite y el furioso fastidio que no sabía a cuál de los dos dar rienda suelta en primer lugar. Durante los primeros momentos, al menos, la necesidad de decidirse quedó abortada. Kirk estaba sentado en el asiento central, de cara a las puertas del turboascensor.

—Lo ha conseguido —le dijo—, justo a tiempo.

—Jim —le dijo McCoy—, tenemos un nuevo avance entre manos. Se trata de los ;at.

—¿Es que se ha resfriado? —preguntó Kirk con un repentino aire de preocupación.

—¡No, no me he resfriado! Jim, creo que nos hemos concentrado en las especies equivocadas. Ahora mismo hablaba con uno de los ;at y... —Hizo una pausa y recorrió el puente con la mirada. Estaba sorprendentemente vacío para aquella hora del día; los únicos que estaban allí, además de Kirk, eran un oficial de comunicaciones y alguien de navegación sentado en el puesto de Sulu—. ¿Dónde están todos?

—En la superficie del planeta, la mayoría, o coordinando datos. O fuera de turno. Sulu ha hecho dos guardias consecutivas, y yo siempre recuerdo lo que se me dice acerca del relevo de trabajo.

—Ah. Muy bien. Jim, los algoritmos de traducción de los ;at parecen estar bien, tienen frases hechas y todo lo demás, y ése me dijo que era...

—Doctor —lo interrumpió Kirk—, se ha sobrecargado usted un poco. Creo que es hora de que descanse. Pero ni siquiera su personal parece capaz de hacerle aminorar la marcha. La enfermera Burke me ha presentado quejas.

«La mataré», pensó McCoy.

—Si le dice una sola palabra al respecto, le reduciré a usted la paga —le dijo Kirk mientras blandía un dedo hacia el médico—. Quiero que se siente aquí y me escriba un informe decente, no como esa chapuza que hizo para la Flota Estelar hace un rato. Puede que a ellos pueda engañarles con todas esas palabras largas, pero no puede entregarme a mí ese tipo de material y esperar que yo me lo trague. Quiero un análisis de lo que sucede ahí abajo.

—Pero es que no puedo hacer lo que me pide sin disponer de más datos...

—Entrégume lo que tenga, y déle sentido. Si se queda sentado durante un rato y piensa, será inevitable que consiga sacar alguna conclusión que me sirva. Además, quiero que lo redacte fuera de la enfermería. Si baja a ella, se pondrá a tratar a alguien de algo. La enfermería queda fuera de sus límites, excepto en casos de legítima emergencia médica, hasta nuevo aviso. Es una orden directa. ¿Comprendido?

McCoy frunció el entrecejo. Era mejor seguirle la corriente a Jim cuando le daban aquellos caprichos. Se le pasaban con bastante rapidez.

—Comprendido —respondió.

—Bien. Y con el solo fin de evitar que se meta en líos...

—El capitán se levantó del asiento de mando y se despezó—. Venga, siéntese aquí.

McCoy le miró fijamente.

—Vamos —le dijo Kirk—. Tome asiento. Es agradable y cómodo; puede sentarse aquí y dictar su informe. Pero, en cualquier caso, voy a dejarle al mando.

McCoy se sentía violento.

—No puede hacer eso —afirmó—. ¡Yo no puedo hacerlo!

—Por supuesto que puedo —replicó Kirk—, y por supuesto que usted puede

hacerlo. Usted ha recibido entrenamiento de oficial superior. No fue un curso completo de mando, naturalmente, pero sí el suficiente como para que sepa qué decir según lo requiera el momento. Y no es que vaya a necesitar hacerlo. Además, yo puedo dejar al mando a quien a mí me plazca, y más aún a un jefe de departamento y compañero de oficialidad. Eso queda a discreción del capitán. No hace falta que esté dentro de la cadena de mando directo. Ése es un error de concepto muy común. Podría dejar el mando a un alférez de tercera clase si quisiera y si la situación así lo requiriera. Bueno, el momento actual parece exigir que el capitán actúe según su propio criterio.

—Eh...

—Síntese aquí —le repitió Kirk.

—Eh, Jim...

—Voy a dejar el puente, Bones. Luego iré a comer algo. Y después bajaré al planeta y mantendré una charla con Spock, que también está sobrecargado de trabajo y a quien también he de chillarle un poco; luego iré a reunirme con algunos de estos seres con los que se supone que hemos de hablar. He resistido aquí arriba casi todo lo que podía. Y usted, doctor, va a sentarse en este agradable asiento cómodo a pasar un rato relajado y coordinar los datos, cosa que en el momento presente está mejor preparado que yo para hacer; después va a llamarme a la superficie del planeta y proporcionarme una información sabia. ¿Lo ha comprendido bien?

McCoy asintió con la cabeza.

—Entonces haga el favor de bajar aquí.

Lentamente, McCoy bajó hasta el asiento central y, muy lenta, muy delicadamente, se sentó en él. En efecto, era muy cómodo.

—Queda usted al mando —le dijo Kirk—. Estaré de regreso al final del turno. Que se divierta.

—Mmf —masculló McCoy mientras Kirk se alejaba y las puertas del puente se cerraban tras él.

Leonard McCoy, sentado en el asiento de mando de la nave estelar *Enterprise*, pensó: «Esta me la va a pagar».

Kirk comió un bocadillo y bebió una taza de café, sin tomarse tiempo para nada más complicado. Luego se encaminó directamente a la sala del transbordador y descendió al claro de la superficie del planeta. El sabor dulce del aire fresco hizo que se le erizaran, como siempre, los cabellos de la nuca. Era uno de los pequeños deleites secretos que nunca había conseguido contarle a otra persona... el olor del aire de un nuevo mundo, percibido por primera vez, con su compendio particular de extraños aromas nuevos. Éste olía como si hubiera llovido recientemente; también había en el aire un matiz especiado, como si las cosas que crecían allí fueran casi

todas aromáticas.

Recorrió con los ojos las actividades que tenían lugar en el claro —todos los ornas y lahit que rodaban o se deslizaban o andaban por el terreno—, y los miembros de su tripulación, que realizaban su trabajo, charlaban, examinaban, recogían datos. «Spock ha de estar por aquí», pensó, y lo buscó con la mirada, pero no le vio por ninguna parte.

—Buenos días, capitán —dijo alguien a sus espaldas.

Kirk volvió la cabeza y vio a Don Hetsko, uno de los miembros del equipo de McCoy.

—¿Busca a alguien en particular?

—Sí, a Spock. ¿Le ha visto?

—Desde hace un rato, no. Sin embargo, el doctor se alejó hacia allí hace unos minutos —le dijo Don mientras señalaba uno de los senderos que conducían fuera del claro—. Le será fácil darle alcance.

—Gracias, señor Hetsko —respondió Kirk, y se alejó en aquella dirección con una leve sonrisa.

Las largas zancadas metódicas se convirtieron en un paseo cuando entró en el bosque propiamente dicho. De alguna forma, la calidad de la luz era anormal en aquel sitio, más intensa de lo que él había esperado. Era como si un fotógrafo hubiese iluminado intencionadamente el bosque para conferirle una apariencia tentadora, a la vez cálida y fresca; era un efecto curioso causado por el dorado metálico del sol del planeta, probablemente, y el verde extremo, un verde casi azulado, de la clorofila dominante de las plantas. Al margen del aspecto científico de la situación, aquél resultaba un efecto muy agradable, tranquilizador, y él no tenía ganas de salir de allí apresuradamente.

El sendero desembocaba en otro claro, más grande que el anterior. Kirk se detuvo en la linde del mismo y contempló la enorme silueta pétrea que se hallaba en el centro. Guardaba memoria de la figura de los ;at que había en el informe; recordaba que McCoy había insistido en que eran los ;at el pueblo con el que debían hablar. Pero al mismo tiempo le acometió una rara reticencia, casi un raptó de timidez. Aquella criatura tenía un aire remoto, de alguna manera transmitía la sensación de saber cosas que podrían hacer prudente no molestarla...

Era una sensación extraña y sin base, por supuesto. Kirk se libró de un ligero nerviosismo y salió a la brillante luz del sol que bañaba el claro.

El ;at le vio aproximarse; Kirk lo supo a pesar de que no tenía ojos visibles ni, aparentemente, ningún otro órgano sensitivo. «Me pregunto si McCoy habrá conseguido hacerle un sondeo —pensó—. Debo preguntárselo más tarde.» A dos o tres metros del ser, Kirk aminoró la marcha y se detuvo.

—Le ruego que me disculpe —dijo.

Se produjo un prolongado silencio antes de que el ;at le respondiera.

—No sé qué es lo que ha hecho usted para que me pida disculpas.

La voz era asombrosa; retumbaba como un deslizamiento de tierra. Pero no había nada amenazador en ella. Por el contrario, era grave y al mismo tiempo tan humorística, incluso al verterla el traductor, que Kirk sonrió.

—Está bien —replicó el capitán—. La frase es un modismo de mi cultura, que se utiliza cuando una persona interrumpe a otra. No quería correr riesgos, dado que podría haberle interrumpido en medio de algo importante.

—No me ha interrumpido usted, capitán —le aseguró el ;at.

—Me alegro. —Hizo una pausa—. Usted debe de ser el que estuvo conversando con el doctor.

—Efectivamente, hablamos.

—Espero que disculpará usted mi ignorancia —comenzó Kirk—, pero no sé con qué nombre debo llamarlo, ni siquiera qué designación de género emplear, si es que utilizan ese tipo de cosas.

—El doctor me habría llamado señor —respondió el ;at.

Kirk asintió con la cabeza.

—En ese caso, así le llamaré, si me lo permite. ¿Le habló mucho el doctor del motivo por el que estamos aquí?

—Había comenzado a hacerlo —fue la respuesta que le dio el ;at—, y yo le dije que el asunto revestía alguna complejidad filosófica. Luego él desapareció.

—Regresó a nuestra nave —le dijo Kirk—, el aparato en el que viajamos y con el cual llegamos hasta aquí.

—*Enterprise* —comentó el ;at.

—Exactamente.

—Yo la veo —le dijo el ;at—. Toda plateada, pero con brillos dorados donde la toca el sol. Y tiene luces propias para cuando está oscuro.

—Sí —replicó Kirk, mientras pensaba con cierta emoción: «Estas criaturas deben de tener un sistema sensorial como nada que hayamos visto hasta ahora. Sé reconocer una percepción directa cuando me la describen. Cualquier cosa que pueda ver una nave estelar, de la forma que sea, desde la superficie de un planeta... ¿qué más podría llegar a ver?».

—Señor —le dijo al ser—, ¿le explicó algo de por qué hemos venido?

—No —replicó el ;at—. No más de lo que nos explicó el primer grupo que llegó aquí, aunque nos hicieron muchas preguntas. Se mostraron cautelosos, pero nosotros supimos a primera vista que no pertenecían a este mundo y que procedían de algún otro.

Kirk sacudió la cabeza mientras pensaba: «Ha de existir una manera mejor de realizar esas investigaciones preliminares. Maldición, estas especies con las que

estamos tratando son inteligentes, no unos idiotas. Comprenden lo que sucede con bastante prontitud. ¿Cómo nos deja eso a nosotros?».

Levantó la mirada. El ;at no se había movido, pero la sensación de que le miraba muy de cerca se había hecho bastante poderosa... de hecho a Kirk le resultaba un poco difícil respirar con normalidad, con la proximidad de aquella mirada que actuaba casi como una presión física sobre él. No había nada hostil ni amenazador en ella. Era meramente un nivel de interés tan intenso que afectaba realmente al cuerpo.

—Señor —le dijo el capitán al ser—, esa nave de ahí arriba, y las personas que están aquí con ustedes, los ornae y los lahit, están bajo mi mando. Hemos venido aquí para ver cuánto podíamos descubrir sobre sus pueblos, y cuánto podemos contarles de nosotros mismos. Una vez que hayamos hecho eso, tenemos algunas cuestiones que nos gustaría plantearles a las tres especies como un todo... si eso fuese posible. Ésa es una de las cosas que necesitamos descubrir.

—Muchas preguntas —declaró el ;at—. ¿Y qué preguntas debemos formularles nosotros?

—Las que quieran —replicó Kirk, ligeramente nervioso.

—Así lo haremos —dijo el ;at, y guardó silencio.

Kirk permaneció quieto en aquel silencio y sintió que los cabellos de la nuca volvían a erizársele, pero esta vez por ninguna razón que tuviese que ver con la dulzura del aire matutino. Aquel intenso interés estaba concentrado en él, en su nave y en su tripulación. Podía sentirlo en la piel, al igual que el sol, pero no resultaba en absoluto una sensación cálida ni tranquilizadora.

—¿Cuándo vamos a comenzar? —dijo al cabo, cuando el silencio le resultó insoportable.

—Ya hemos empezado —replicó el ;at.

McCoy, sentado en el sillón de mando, bostezó.

Estaba cansado y fastidiado, pero al mismo tiempo experimentaba una cierta satisfacción vanidosa. Kirk había contado con que él se sintiera aterrorizado por aquella experiencia. Desgraciadamente, no había considerado la gran capacidad de McCoy para aprender a gran velocidad. Aquello era probablemente lo más importante que aprendía un médico o una enfermera: cómo transformar la repentina situación sorprendente o fastidiosa en algo habitual.

Se había dedicado a jugar con los botones de los brazos del sillón de mando. Había un surtido bastante grande de canales de entrada en la biblioteca, de manera que, aunque no hubiese un oficial científico trabajando en su terminal, uno podía sacar a la pantalla principal todo tipo de información. McCoy había terminado el informe que le había pedido Kirk y luego había vuelto a jugar con la maquinaria, sacó diversas informaciones de la biblioteca e hizo anotaciones cruzadas con el trabajo que

acababa de hacer.

El intercomunicador del puente sonó; McCoy miró al oficial de comunicaciones que estaba de guardia, el teniente DeLeon, para decirle que respondería él mismo a la llamada. Pulsó el botón apropiado en la consola del asiento.

—Aquí puente —dijo—. McCoy al habla.

—Que el cielo nos ayude, doctor, ¿qué hace usted ahí arriba? —dijo la voz atónita de Scotty.

—La culpa es del capitán, Scotty —replicó McCoy—. Hace dos horas que me dejó aquí plantado, al mando.

Scotty rió entre dientes al oír aquello.

—Bueno, supongo que eso no le hará a usted mal ninguno. Deduzco que él está en la superficie del planeta.

—Deduce bien. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Nada. El capitán me había pedido que hiciera un reajuste de los motores hiperespaciales y ya tengo los datos referentes a cuánto tiempo llevará realizarlo y cuánta antimateria vamos a necesitar. Puedo esperar hasta que él regrese a bordo.

—¿Por qué quería que realizase un reajuste?

—Eh, ya había hablado con él del asunto. Se trata de maximizar nuestro consumo de combustible, eso es todo. Él buscaba la manera de ahorrar un poco de energía mediante el reajuste del tiempo de fusión. Yo he encontrado una forma mejor de hacerlo, pero no le molestaré a usted con los detalles.

—Gracias, no lo haga —le dijo McCoy—. Pondré en conocimiento de Kirk que usted ya tiene los datos.

—Eso será correcto —replicó Scotty—. Motores fuera.

Satisfecho, McCoy pulsó el botón y se recostó en el respaldo del asiento.

—DeLeon —dijo—, ¿quiere ponerme en contacto con el grupo de descenso? Quiero ver qué tiene entre manos ahí abajo.

—Sí, señor —replicó el teniente.

Un momento más tarde la pantalla le mostró el claro de la superficie y a los miembros de la tripulación que pululaban por todas partes, trabajando activamente.

McCoy vio a Spock, Lia y otras personas a las que conocía; pero no había ni rastro de Kirk.

—Ya anda otra vez de pendoneo por ahí —comentó—. Localice al capitán, ¿quiere, teniente?

—Claro, doctor.

DeLeon tocó los controles y luego los miró con los ojos entrecerrados. Era una mirada de curiosidad.

—¿Qué sucede? ¿Es que ha apagado su comunicador? Muy propio de él —refunfuñó McCoy.

—No, doctor —replicó DeLeon—. Es que no puedo encontrarle.

McCoy se puso de pie y subió a la estación de comunicaciones, miró la pantalla del escáner y frunció el entrecejo. En ella no se veía ni rastro del capitán. Incluso en el caso de que a Kirk se le hubiera caído el comunicador por el camino, los sensores indicarían con toda claridad el lugar en que lo había perdido.

Pero no había ni rastro del mismo.

McCoy tragó con dificultad y llamó a Spock.

## 4

Cuando Spock llegó al puente, McCoy se alegró tanto de verle que sintió la tentación de ponerse de pie de un salto y abrazarle.

—Spock —dijo en cambio—, su maldito sensor ha vuelto a irse al garete.

Spock le favoreció con una expresión que en el mejor de los casos era de escepticismo.

—Doctor —dijo con mucha suavidad, como si hablara con un deficiente mental—, eso difícilmente puede parecerme probable. No obstante, haré algunas comprobaciones.

El vulcaniano se encaminó hacia la consola científica y se puso a tocar los controles con la rápida certidumbre de alguien que apenas si necesita mirarlos siquiera.

—Deduzco que las cosas están bastante controladas en la enfermería para que no se requiera su presencia allí —le dijo a McCoy.

McCoy bufó.

—No tiene probabilidad ninguna, Spock. Kirk me entregó el mando y me dijo que me mantuviera alejado de la enfermería excepto en los casos de emergencia médica.

Aquello consiguió hacer parpadear a Spock. Levantó la mirada de la consola, aunque no dejó de teclear instrucciones.

—Perdóneme —le dijo—, pero no me gustaría malinterpretarle. ¿Ha dicho que el capitán le dejó al mando?

—Es su idea de una pequeña broma. Pregúnteselo a DeLeon, él estaba presente.

—También estará en la grabación de procedimientos del puente —comentó Spock, y devolvió su atención a la tarea que tenía entre manos.

McCoy volvió la cabeza y contempló durante un momento la pantalla frontal. En aquel momento había en el claro un pequeño bosque de lahit y alrededor de doscientos ornae parecían haberse reunido para construir una estructura mucho más grande que la que habían visto el día anterior: más ornae, con mucho más espacio en el interior. Eran unos anfitriones considerados, aunque aún no había nada claro respecto a ellos.

McCoy miró al oficial científico y vio que contemplaba la consola con expresión concentrada.

—Doctor —dijo el vulcaniano—, tenemos un problema.

McCoy ya lo sabía, pero oír a Spock admitirlo hacía que fuese un poco peor. McCoy se sentó en el asiento de mando, más por reflejo que por preferencia personal en aquel momento.

—Ha desaparecido de verdad —dijo.

—Los instrumentos funcionan correctamente —le aseguró Spock—. El

comunicador del capitán no está en el planeta, según los instrumentos.

—Da lo mismo el comunicador, Spock, pero ¿dónde está él?

—Doctor —le dijo Spock mientras descendía hasta el asiento de mando—, cálmese. Existen formas de explicar por qué podríamos no encontrar al capitán.

—¿Como por ejemplo?

Spock alzó una ceja.

—El capitán puede hallarse en un área que tenga una alta concentración de algún otro elemento raro en la tierra, de forma que la señal del comunicador desaparece con las radiaciones del suelo...

—¿Ha localizado algo por el estilo?

—Bueno —dijo Spock de mala gana—, he de reconocer... —¿Y bien? ¿Qué otra cosa?

Spock le miró con una expresión más cercana a la impotencia que cualquier otra que McCoy le hubiese visto en mucho tiempo.

—Nada —respondió.

—Bueno, pues al diablo con esto —dijo McCoy—. Me marcho a donde pueda resultar de alguna utilidad... allí abajo, para ayudar a buscar a Kirk. Quédese usted a cargo de la tienda.

Estaba a medio camino de las puertas del puente cuando oyó la voz de Spock.

—Doctor... me temo que no comprende usted la situación.

McCoy se detuvo y le miró con sorpresa.

—¿Qué parte es la que no entiendo?

—Su parte, por lo menos —respondió el otro—. Doctor, está usted al mando. No puede abandonar la nave en las presentes circunstancias.

—¡Maldición, claro que puedo! ¡Le entrego el mando a usted, Spock! Que es quien debería tenerlo, por cierto. Es usted quien estudió en la escuela de mando, y es el oficial más veterano de la nave. ¡Por favor, siéntese usted en ese maldito asiento!

—Doctor —le dijo tranquilamente Spock—, como diría el capitán, no tendría importancia alguna si yo fuese un almirante del alto mando de la Flota Estelar y tuviese una autorización firmada por Dios. No puedo aceptar el mando de usted en las circunstancias presentes. Tampoco podría aceptarlo nadie más. Las regulaciones de la Flota son muy específicas a ese respecto. Un oficial colocado en el mando nominal de una nave debe retener éste hasta que le releve el comandante oficial de la misma. El capitán no está aquí para relevarle. Cualquiera que ejercitara el mando en lugar de usted, sería sometido a consejo de guerra y no tendría nada en qué apoyarse ante un tribunal. Cualquier intento realizado por usted para abandonar el puesto, en este caso la *Enterprise*, también sería un delito merecedor de consejo de guerra... especialmente en estas circunstancias, cuando el capitán ha desaparecido. Esto es una emergencia, para expresarlo con suavidad.

McCoy se dejó caer en el asiento de la estación científica y miró a Spock con consternación.

—Está usted inmovilizado, doctor —le dijo Spock—. Lo siento de veras. —Y su tono denotaba sinceridad.

McCoy volvió a mirar al vulcaniano y respiró profundamente un par de veces mientras pensaba: «Cálmate, muchacho. Hoy vas a necesitar todo tu control».

—De acuerdo —le respondió al oficial científico—. Será mejor que baje usted al planeta y ponga en marcha la búsqueda. Averigüe quién le vio por última vez... comience a partir de ahí.

Spock asintió con la cabeza y se encaminó a su vez hacia las puertas del puente.

—Y, por cierto —agregó McCoy—, ¿puedo al menos ir al lavabo?

Spock asintió nuevamente.

—Deje el mando en manos del teniente DeLeon —le dijo—, pero no se ausente mucho rato. Sin embargo —agregó—, creo que el capitán diría: «Tendría que haber ido antes que nos marchásemos».

—¿Por qué usted...?

Las puertas del turboascensor se cerraron. McCoy miró a DeLeon.

—Quédese al mando, hijo —le pidió—. Estaré de vuelta en unos minutos.

—Sí, señor.

—Y vea si puede apartar a Uhura de lo que está haciendo ahí abajo. Necesito algunos consejos.

—De acuerdo, doctor.

Cuando McCoy regresó al puente, Uhura le esperaba. —Teniente —le dijo el médico al joven oficial de comunicaciones—, vaya a tomarse un descanso o lo que quiera.

¿Cuándo acaba su turno?

—Dentro de aproximadamente una hora, doctor —replicó DeLeon.

«Dios, ¿dónde ha ido el día? El tiempo pasa rápido cuando uno se divierte.» Miró a Uhura; ella asintió con la cabeza.

—No se moleste en regresar, hijo. Queda libre hasta su próximo turno.

—Gracias, doctor —dijo el muchacho, y se marchó. Cuando las puertas del turboascensor se cerraron, Uhura habló en voz baja.

—He oído decir que tenemos un pequeño problema.

—Puede apostar su bonito... bueno, no importa. Sí, lo tenemos. ¿Hay muchos tripulantes ahí abajo en este momento?

—Todos están en el planeta. Los grupos de búsqueda están peinando la zona. —Uhura parecía preocupada—. Pero puede que la pista ya esté fría a estas alturas. Nadie ha visto al capitán desde esta mañana, y sólo por un momento.

—¿Hacia dónde iba?

—Hacia el bosque, por uno de esos senderos. Por aquel grande que hay y que parece muy transitado.

Una repentina sospecha se apoderó de McCoy. «El que llevaba al claro en el que estaba el ;at...»

—¿Ha visto alguien a algún ;at por los alrededores? preguntó.

—No —le contestó Uhura, con un tono levemente sorprendido—. Doctor, creo que ese sonido es más bien una pausa gutural.

—La pronunciación no tiene importancia ahora. En cualquier caso, me gustaría oírsele decir a uno de ellos. Uhura, yo vi uno esta mañana. Le examinaba cuando Jim me hizo subir a bordo. Creo que es posible que también él le haya encontrado.

—¿Habló con él? —preguntó ella con sorpresa—. Pero si apenas tenemos algún algoritmo para el idioma de esos seres... El grupo de reconocimiento apenas consiguió sacarles unas palabras. ¿Resultaba relativamente fácil entenderle?

—Tan fácil como a usted. Me quedé sorprendido.

Uhura parecía muy preocupada.

—Doctor —dijo—, esto es muy extraño. No puede haber sucedido de esa manera... a menos que la especie sepa sobre nosotros muchísimo más de lo que creemos.

McCoy pensó en la lenta mirada silenciosa inclinada sobre él, la sensación de poder escondido y controlado, y se estremeció ligeramente.

—Yo no descartaría eso en su caso. Uhura, debemos encontrar al menos a uno de ellos para averiguar qué saben.

—Nos ayudaría tener alguna información recogida por los sensores —comentó ella con tono de duda—. Exteriormente, no parecen tener otro aspecto que el de rocas grandes. Hay muchísimas rocas en ese planeta.

—No tantas rocas que se muevan —la contradijo McCoy—. Y sólo hay un millón de ellas, según el ;at con el que hablé esta mañana. De todas formas, no importa. Yo le hice un sondeo con el escáner. Aquí lo tengo.

Metió la mano en la bolsa médica, que había traído directamente al puente, y le entregó el escáner médico.

—Bien —dijo ella, y se encaminó a su terminal, tras lo cual metió el escáner en uno de los puertos de entrada. Pulsó un botón del tablero de controles y miró fijamente durante un momento las lecturas que aparecieron en la pantalla.

—Uh-hú. Ha vaciado la memoria —comentó.

—Sí, así debería ser —murmuró McCoy—. Compruebe la memoria de la biblioteca; el archivo debe estar allí. Uhura asintió, pulsó algunos controles más y esperó. —Aquí lo tenemos —dijo mientras miraba la pantalla; luego comenzó a sacudir la cabeza.

El estómago de McCoy empezó a contraerse para formar un nudo.

—¿Qué sucede?

—Aquí tengo la información transmitida —replicó ella—, pero parece tener problemas con el componente visual. ¿Qué es esto?

Pulsó otro control y sacó a la pantalla principal lo que aparecía en la suya. En el fondo de la toma, McCoy pudo ver el otro lado del claro; la vista cambiaba a medida que él la desplazaba en torno a algo que había en el centro. Pero no había forma de saber qué era ese algo. Lo único que se veía en la pantalla era una vaguedad plateada, brumosa, una forma oblonga sin detalles.

—Maldición —dijo el médico.

—Me temo que también ha desaparecido la información captada por el escáner —informó Uhura—. No es que se haya borrado; las bandas del escáner están sencillamente en blanco, como si el aparato no hubiese grabado nada.

—Hoy no es mi día para las máquinas, eso es evidente —comentó McCoy;

—No ha sido un fallo del aparato —le dijo Uhura con prontitud. Había hecho alguna otra cosa en la consola—. Obtengo débiles resonancias de escáner en algunas de las bandas, procedentes de formas de vida del fondo... demasiado débiles para resultar de alguna utilidad en la recogida de datos, naturalmente; pero su escáner recogía efectivamente algunos de los movimientos de la vida vegetal del fondo, por ejemplo.

—Sí, eso suele suceder... pero habitualmente la forma de vida hacia la cual está dirigido el escáner simplemente ahoga las ondas de las del fondo, a causa de su proximidad. Ahora bien, ¿qué significa todo esto?

Uhura meneó la cabeza mientras sacaba el escáner del puerto de lectura y se lo devolvía a McCoy.

—Sus conjeturas son tan buenas como las mías, probablemente mejores, dado que usted vio al ;at y yo no. —Parecía sentir mucha curiosidad—. ¿A usted qué le pareció, cómo sonaba?

—A problemas —le replicó McCoy, que la escuchaba a medias—. Como algo que no me gustaría que se enfadara conmigo. —Se le heló el estómago ante aquel pensamiento; hubo de apartar conscientemente el miedo—. No tiene importancia. Tal vez —comentó con tono pasivo— el ;at no quería que le sondearan.

Miró a Uhura. Ella inclinó la cabeza hacia un lado, con los ojos entrecerrados.

—Es posible —comentó—. Las especies que son buenas en el manejo del fluido energético pueden hacer esas cosas, a veces. Recuerde el sondeo con escáneres que realizamos de los organismos, por ejemplo, antes de que se manifestaran por propia voluntad. Nosotros pensamos que teníamos delante homínidos... ellos manipularon las lecturas de nuestros instrumentos para que pareciera precisamente eso. No se nos ocurrió cuestionarnos lo que sucedía. Estos seres... —Uhura miró la pantalla—. Ése —se corrigió— es un manejo de la energía de gran virtuosismo, si su teoría es

correcta. Una criatura capaz de hacer eso puede hacer toda clase de cosas.

—Pero el ;at no ha intentado engañarnos, hasta donde sabemos —comentó McCoy, que intentaba con todas sus fuerzas ceñirse estrictamente a los hechos—. Simplemente se limitó a bloquear las lecturas de sí mismo. Me pregunto por qué querría hacer algo así.

—¿Por algún tabú de privacidad? —sugirió Uhura.

McCoy suspiró.

—Hasta que hablemos con alguno de ellos, no conseguiremos averiguarlo. Y no parecen ser tan abiertos como las otras especies.

Uhura rió al oír aquello; fue una risa corta y levemente sarcástica.

—No apueste a que los otros seres son más abiertos que los ;at, doctor. Durante toda la mañana he hablado de la naturaleza de la realidad con algunos ornae. Ellos no creen realmente en nosotros.

McCoy parpadeó.

—Ése es un tema que ha salido a relucir varias veces —comentó el médico—. No creen en nosotros, ¿en qué sentido?

¿Es que somos algo contrario a su religión? ¿O es que hay algo en nosotros que no aprueban?

—No es eso exactamente —replicó Uhura, se sentó y profirió un suspiro—. Simplemente no creen que seamos reales. No, tampoco es exactamente eso. Saben que estamos aquí, pero no piensan que seamos realmente humanos.

—¿A qué se refiere? Con dos brazos, dos piernas, una cabeza, ¿qué más puede ser un «humano»? Más o menos.

—No en ese sentido. No creen que seamos gentes. No se trata de un prejuicio suyo. Les gustamos bastante; les gusta charlar con nosotros. Pero no creen que seamos particularmente importantes. Las cosas que nosotros consideramos importantes a ellos les parecen irrisorias. Y ¿por qué no había de ser así? —continuó Uhura—. Según su visión del mundo —tanto la suya como la de los lahit, pues ambos parecen compartirla—, las necesidades básicas de supervivencia, el aire, el agua, la comida, están todas a su disposición para cuando quieran tomarlas, y ni siquiera necesitan ser tomadas, al menos en el caso de los ornae. Nosotros vivimos. Ellos sencillamente comienzan en un peldaño más alto que nosotros en la escala de autoactualización. Tienen cubiertas ya todas sus necesidades básicas y no han de ocuparse de ellas de manera consciente. Sus intereses son todos de orden social. De hecho, podrían ser la especie más sociable con la que la Federación se haya encontrado hasta la fecha.

—Es un cambio agradable, habida cuenta de algunos pueblos con los que hemos tropezado a lo largo de los años. —murmuró McCoy.

—Bueno, sí. También entienden la idea de la Federación... más o menos. Lo que

no comprenden son las razones que nos han movido a formarlas. Puede que se unan a nosotros sólo para charlar, pero nunca se les ocurriría formar parte de nuestro grupo por el solo hecho de que tengamos algo que ellos quieran. Hasta donde yo sé, no tenemos absolutamente nada que puedan querer o necesitar... excepto quizá nosotros mismos, para que hablemos con ellos. Los términos de cualquier acuerdo de asociación tendrán que cambiar para que reflejen esa realidad, y así se lo diré al capitán...

—Cuando le encontremos.

—Sí —replicó Uhura; la preocupación afloró a su rostro—. He de admitirlo, estoy preocupada.

—Si usted cree que está preocupada, imagínese yo —le dijo McCoy—. Bueno, dejemos eso de momento. Supongo que la Flota Estelar va a querer comunicarse con nosotros, para averiguar cómo nos van las cosas. —El médico gimió—. Es una conversación que me encantará mantener.

—No va a ser una conversación —le señaló Uhura—, no cuando estamos a una distancia de cinco horas de radio subespacial; no lo será. Redacte usted un informe y déjelo listo para mí... nuestra próxima transmisión rutinaria deberá salir dentro de aproximadamente una hora y media, y será mejor que no se imaginen que tiene usted problemas con las cosas por el hecho de enviarla con retraso.

—¡Pero es que tengo problemas con las cosas, maldición! —exclamó McCoy—. Estaría encantado si me creyeran. Venga, rápido —le dijo—, tráigame una libreta electrónica. Certificaré que no soy apto para el mando. Estrés, ésa será una buena excusa. Entonces ellos sentarán a Spock en este miserable asiento, en mi lugar...

—Doctor —comenzó a decir Uhura, con la voz cargada de piedad—, me parece que abriga usted falsas esperanzas, porque es del todo imposible que hagan eso. El relevo del mando por «control remoto» es algo que se realiza muy raramente, en especial porque muy raramente sale bien. En una o dos ocasiones en las que la Flota Estelar ha hecho algo tan estúpido, lo ha lamentado luego; piense en el aspecto que tendría eso en su expediente de servicio.

—Mmmmf. No había pensado en ello —replicó McCoy con tono de infelicidad.

—Piénselo —le aconsejó Uhura—. Pobre doctor. Esta vez tiene usted al tigre por la cola.

Él asintió con la cabeza.

—No hay nada que hacer excepto permanecer al mando, calculo.

—Usted haga eso. Todos los demás le ayudaremos.

—Encuentren al capitán —pidió él—. Eso sería de gran ayuda.

Uhura asintió y se volvió hacia su terminal.

McCoy se quedó sentado y tamborileó con los dedos en un brazo del asiento. Se removía inquieto. El acolchado parecía mucho menos cómodo que antes.

Spock negó repetidamente con la cabeza.

—Simplemente extrañas. Había una decadencia de partículas de alta energía que sobrepasaba el umbral normal: algunas radiaciones de Cerenkov, y residuos de partículas-Z. Algo extremadamente peculiar.

—Pero si la radiación Cerenkov está asociada con los agujeros negros —protestó McCoy—. No hay ningún agujero negro por aquí.

—Desde luego que no lo hay. Sin embargo, las radiaciones Cerenkov están también asociadas con la repentina desaceleración de un cuerpo superrelativo en la atmósfera.

—Alguien que viaje a una velocidad mayor que la de la luz y aminore la marcha...

—O «algo». Las responsables podrían ser meras partículas subatómicas. El número que registró su escáner era muy pequeño, demasiado pequeño para ser indicio de la presencia de una nave espacial o cualquier cosa similar.

—Pero estaba, no obstante, por encima del umbral normal —insistió McCoy.

—Sí.

El médico sacudió la cabeza.

—¿Y qué hay de las partículas-Z?

—Tampoco soy capaz de explicarme su presencia —replicó el vulcaniano—. El acontecimiento natural de la colisión y decadencia de las Z es tan raro que siempre han hecho falta equipos tremendamente sensibles para detectarlas. Pero aquí no parece que sean raras. O no lo eran cuando usted realizaba el sondeo. Mis propios escáneres, que han estado funcionando durante las últimas horas y tienen unos mecanismos mucho más sensibles, no captaron ninguna colisión de esa índole.

—En ese caso, es algo asociado específicamente con los ;at —reflexionó McCoy.

Spock asintió con la cabeza.

—Creo que ésa es una suposición bastante segura, pero no tengo ni idea de qué puede significar. Es una lástima que el resto del sondeo no haya sido más revelador, pero se interfirió en él de la forma más diestra.

—¿Cree usted que fue hecho intencionadamente? —le preguntó McCoy.

El vulcaniano frunció levemente el entrecejo.

—No tenemos ninguna prueba directa de ello —replicó—, pero, por otra parte, si el ;at en cuestión no quería que su funcionamiento interno fuese conocido o se teorizara sobre él, difícilmente podría haber conseguido mejor resultado. Estadísticamente, yo diría que estos datos son como mínimo sospechosos.

McCoy suspiró.

—Bien —dijo—. Voy a tomarme un descanso. Haga que todo el mundo reúna sus notas, les veré dentro de una hora.

Bajó a su camarote. El sonido de la puerta que se cerró a sus espaldas le llenó de una tremenda sensación de alivio, que reconocía como completamente falsa. Al cabo de una hora debería volver a salir, sentarse a la cabecera de la mesa de juntas y fingir que dirigía las cosas.

Se sentó en su silla favorita, probablemente el objeto más viejo de su camarote y ciertamente el más costoso. Era una antigüedad, había renunciado a la mayor parte del espacio destinado a sus posesiones para tenerla allí. Era una genuina mecedora Shaker con respaldo de junco, de 1980; no era realmente de las más venerables de su clase —las verdaderamente antiguas estaban todas en museos—, pero sí bastante buena. Era buena para los problemas de espalda, mecerse en ella resultaba sedante.

«Ahora necesito calmarme un poco», pensó mientras se sentaba. El movimiento era físicamente reconfortante. Su mente, por supuesto, corría y corría en pequeños círculos, chillaba y se mordía la cintura, pero eso era comprensible... las partes más clínicas de su mente no estaban alteradas por ese hecho. Si se mecía el tiempo suficiente, su cuerpo acabaría por influir en la mente. No tenía otra elección.

—De todas formas, a este paso me llevará un año conseguirlo —masculló.

Hizo un rápido chequeo de su cuerpo. Palmas frías y húmedas, pulso acelerado, algunos estremecimientos ligeros de los músculos, malestar general. Espasmos estomacales. «Médicos, alimentaos —recordó que había dicho Kirk. ¿Cuándo había comido por última vez? ¿Había sido realmente aquella mañana?—. No es propio de mí el saltarme comidas. Debo tener el azúcar de la sangre por los calcetines, más o menos.»

Tendió una mano y pulsó el botón del intercomunicador.

—Intendencia —dijo.

—Aquí Davis.

—Habla McCoy. ¿Puede hacer que alguien me envíe un bocadillo y un café? Estoy en mi camarote.

Volvió a repantigarse y suspiró mientras recorría la habitación con la mirada. La estancia parecía más pequeña de lo habitual. ¿Era así como se sentía Kirk cuando se tomaba un descanso en medio de una crisis? ¿Como si todos los problemas del mundo tuviesen lugar en el exterior de la puerta y fueran a saltarle encima en el instante de volver a abrirla? Podía comprender por qué a veces tenía que decirle a Kirk que tomara una pastilla para dormir. El sueño ni siquiera se acercaría a él hasta que todo aquello se hubiera resuelto.

«Sí, dormiré —declaró una de las partes clínicas de su cerebro—. Una mente que no ha descansado es inútil. Mermar tu propia eficiencia no traerá de vuelta a Kirk. Si tienes que dormir, tómate esa maldita pastilla, o haz que Lia te atice en la cabeza con un martillo, o lo que sea. No te des el gusto de permanecer despierto y sentir lástima

de ti mismo... esta vez no.»

El médico suspiró. Cuántas veces le había dado consejos a Kirk y se había sentido seguro de tener razón, mientras Kirk permanecía sentado en el asiento de mando y le gastaba bromas, y a veces seguía su consejo y otras hacía caso omiso del mismo... Con frecuencia McCoy habría jurado que las cosas quedarían resueltas, más elegantemente, de forma más sencilla, si Kirk hubiera hecho lo que él le decía. En cualquier caso se habían resuelto, por regla general, y McCoy se había encogido de hombros y concentrado su atención en asuntos de la enfermería, para que esa parte de la nave funcionara como debía.

Pero ahora había que atender más asuntos que los pertenecientes estrictamente a la enfermería, todo quedaba bajo su propia responsabilidad. No importaba quién le diera los consejos ni lo buenos que fuesen, la responsabilidad de las decisiones que tomara recaería completamente sobre él.

Si se le ocurría una buena idea y actuaba según la misma y no resultaba bien, la responsabilidad también sería suya.

Se preguntó cómo había podido Kirk aceptar alguna vez sus consejos con tan buen humor como lo hacía, cuando lo hacía.

Se preguntó si alguno de sus consejos había tenido alguna vez algo de positivo, en todas aquellas ocasiones en las que se había quedado pegado al respaldo del sillón de mando y hecho sugerencias para las que no estaba preparado.

«Bueno —pensó—, al menos algunas cosas empiezan a salir bien. He vuelto a ponerme completamente introspectivo. Es la primera vez que dispongo de una hora para hacerlo.» No es que ser introspectivo fuese en absoluto malo para un médico, especialmente cuando tenía responsabilidades psiquiátricas del tipo que pesaban sobre McCoy, con toda la gestalt de una nave más o menos en sus manos. Pero exagerar las cosas podía constituir un error, y a veces McCoy se inclinaba a hacerlo. Era una tendencia que él había aprendido a controlar.

Alguien llamó al timbre de su puerta. Se levantó para atender la llamada. No encontró a nadie, sino una bandeja que flotaba sobre la lámina automática de transporte. McCoy rió entre dientes; aparentemente, Meg había conseguido que Scotty les enseñara uno o dos trucos nuevos a sus láminas transportadoras.

Recogió la bandeja y la lámina se alejó por el aire, pasillo abajo, giró en el recodo y desapareció de la vista.

—Está muy bien —murmuró mientras entraba la bandeja—. He estado un poco alejado de los cambios.

El bocadillo desapareció en poco rato, seguido por el café. McCoy comenzó a sentirse mejor al instante. «He de tomar desayunos más abundantes si voy a estar en este puesto durante mucho tiempo. El té con tostadas no es bastante.»

El intercomunicador silbó.

—McCoy —respondió mientras acababa el café.

—Doctor —le dijo Spock—, cinco minutos para la reunión.

—¿Qué? Imposible. Acabo de llegar aquí —murmuró—. Oh, diablos, supongo que el tiempo vuela efectivamente cuando uno se divierte. Estaré ahí de inmediato, Spock.

—Recibido.

McCoy tardó el tiempo estrictamente necesario para ponerse un uniforme limpio —no tenía siquiera tiempo para tomar una ducha sónica; eso debería esperar—, y salió.

—Bueno, pues —dijo mientras miraba los rostros preocupados que se hallaban en torno a la mesa de la sala principal de reuniones—. Uno cada vez, de mejor a peor. Máquinas.

—Sin problemas, nada que informar —replicó Scotty. —Bendito sea. Continúe así. Comunicaciones. —Lo mismo que el señor Scott —declaró Uhura—, salvo nuestra incapacidad para localizar al capitán por los medios corrientes.

—Volveremos a eso más tarde. Ocio.

—Sin problemas operacionales —respondió Harb Tanzer, el corpulento jefe de la sala recreativa, un hombre de cabellos plateados—. Los tripulantes que acuden durante los descansos entre turnos están un poco nerviosos por la desaparición del capitán, pero la situación no es grave de momento.

—Mmf. ¿Cómo ven la situación actual, comandante?

Harb sonrió fugazmente.

—Les preocupa un poco —contestó—, pero la ven positivamente. Usted ha vendado a muchísimos de ellos como para que puedan dudar de sus capacidades generales, y saben que recibe buena ayuda.

McCoy se permitió una o dos carcajadas.

—Muy bien. Ciencia.

—Tenemos una gran cantidad de datos para agregar a los que recogimos ayer —informó Spock—, especialmente en lo que se refiere a la vida vegetal y la flora y fauna del subsuelo. Puede que le interese saber, y ciertamente le interesará a la Flota Estelar, que este planeta es una de las fuentes más prometedoras de sustancias medicinales que hemos hallado hasta la fecha.

—Eso es maravilloso —comentó sinceramente McCoy—, pero también significa que la Flota Estelar ejercerá aún más presión sobre nosotros para que consigamos el acuerdo con las tres especies. Mi deleite no conoce límites... ¿Qué más?

—También tenemos mucha más información sobre la fisiología de los ornae y los lahit. Vislumbramos algunas conclusiones que pronto conducirán a teorías que explicarán cómo han podido evolucionar en el planeta unas especies tan distintas entre sí. En las cantidades, al menos, la información que hemos recogido hasta el

momento concuerda con la proporcionada por el grupo inicial de investigación.

—Quiere decir que realmente estaban en lo cierto respecto a algo. —Se produjo una risa sorda que recorrió la mesa. McCoy sonrió con sorna—. Tomo nota. ¿Qué han encontrado hasta ahora? ¿Algún rastro de fósiles?

—Sorprendentemente, sí. Uno de los equipos de descenso, el de geología, se ha concentrado en unos sustratos sumergidos en la costa septentrional, donde tiene lugar la mayor parte de las investigaciones. Hay una posibilidad, por extraña que parezca, de que los lahit y los ornae tengan una especie ancestral común.

McCoy sacudió la cabeza.

—Eso sería una revelación sorprendente. En cualquier caso, supongo que toda esa información ha sido incluida en el paquete de la próxima transmisión destinada a la Flota Estelar.

—Así es.

—Bien. Seguridad.

—Nada que informar por lo que respecta a la nave, señor —respondió Ingrid Tomson, la mujer alta y rubia que ocupaba la jefatura de seguridad—. En la superficie del planeta, tenemos grupos de búsqueda que están peinando toda el área en la que estaban concentrados nuestros contactos con los ornae y los lahit, y que extenderán luego la búsqueda en forma de espiral. Hasta el momento no se ha encontrado nada, aunque hemos cubierto alrededor de cincuenta kilómetros cuadrados. No hay rastro del capitán, pero tampoco hemos hallado señales de juego sucio.

—Hay también algo peculiar —intervino Spock—. Doctor, cuando usted me proporcionó las coordenadas a las que descendió pude realizar un sondeo de la temperatura de la zona... aunque han pasado algunas horas, quedan rastros de radiaciones caloríficas que indican el paso de un cuerpo humano.

Spock tendió una mano y pulsó los botones de la terminal de datos que tenía delante. Un segundo después, las terminales de todos mostraban una imagen del claro visto desde arriba, con los colores procesados por la computadora para indicar las áreas de calor latente. Había una línea vacilante que salía de un lado del claro, daba vueltas en torno a un punto y desaparecía.

—¿Es eso lo que hizo Jim? —inquirió McCoy.

—No, doctor. Eso es lo que hizo usted. La pista del capitán es ésta.

—Señaló otra gruesa línea borrosa, a un lado del claro, que entraba por el mismo sitio que la anterior... y desaparecía paulatinamente.

Por la mesa se entrecruzaron miradas.

—¿El rayo transportador de alguien más? —preguntó McCoy.

—Improbable, doctor. Esto también deja una leve pista térmica y algunas radiaciones de fondo muy características. Esta desaparición gradual es atípica y no se

parece a la causada por un rayo transportador.

—Fantástico —comentó McCoy—. Algo tuvo que apoderarse de él y llevárselo misteriosamente. Algo lo bastante sutil para que necesitemos métodos como éste para averiguarlo. —Suspiró—. ¿Alguna teoría?

—Ninguna, de momento —replicó Spock.

—Muy bien. ¿Defensa?

—Nada que informar —respondió Chekov—. Todos los sistemas de defensa de la nave funcionan con normalidad y están preparados.

—Bien. ¿Medicina?

—Lo habitual, doctor —le dijo Lia, sentada al final de la mesa—. Pequeñas intervenciones de rutina. Por cierto, el problema de Morrison era, aparentemente, algún tipo de alergia. Nadie más ha informado de problemas similares y la irritación de la piel le ha desaparecido casi del todo.

—Eso está bien. Comunicaciones...

—Los de lingüística y yo trabajamos juntos —explicó Uhura— para intentar mejorar el nivel de traducción y conseguir que sea más rápido de lo normal. Desgraciadamente, nos encontramos con algunas dificultades... no tanto con el vocabulario, a estas alturas, sino con la conceptualización y las estructuras mentales, que son tremendamente diferentes. Tengo una grabación que me gustaría vieran todos ustedes.

Pulsó un botón de su propia terminal. La pantalla se iluminó para mostrarla a ella sentada en el suelo, en charla amistosa con un ornaet, mientras Kerasus tomaba notas.

—Tengo una pregunta que formularle —decía Uhura en la grabación.

—De acuerdo —replicó el ornaet.

—Uno de los nuestros desapareció aquí abajo —le explico la mujer—. ¿Comprende usted el término «desaparecer»?

—Que no se le puede encontrar —replicó el ornaet—. ¿Y por qué ha hecho eso?

—Él no lo hizo por propia voluntad —le explicó Uhura—. Fue otro quien le hizo desaparecer.

—Eso es ridículo —declaró el ornaet.

—¿Por qué?

—Nadie hace cosas excepto por sí mismo. Él ha debido querer marcharse, si es que, en efecto, se ha marchado a alguna parte.

En la grabación, Uhura pensó en aquello durante un momento.

—¿Adónde cree usted que puede haberse marchado? —preguntó seguidamente.

—No lo sé. ¿Por qué iba a querer marcharse, en primer lugar?

—Eso es lo que yo intento averiguar. ¿Ha desaparecido de esa manera alguno de su pueblo?

—Oh, muchísimos. Pero todos estaban aquí mismo.

—¿Aquí, cerca? ¿O aquí, en el planeta?

—Sí.

Otra larga pausa. El ornaet, sentado cerca de ella, se volvió ligeramente a la luz del sol y sus iridiscencias destellaron intensamente.

—¿Por qué hace estas preguntas? —inquirió el ornaet. —Estamos preocupados por nuestro amigo. —¿Por qué? Él está bien.

—¿Cómo lo sabe?

—Nada malo le sucede nunca a nadie en este lugar. Los ;at se encargan de ello. En la grabación, Uhura alzó las cejas.

—Sí —dijo luego—, hablemos de eso. ¿Dónde están hoy los ;at?

—Están aquí —le dijo el ornaet.

—¿Cómo? ¿Aquí con nosotros, ahora mismo?

—Sí.

—Yo no los veo —comentó Uhura.

—Tampoco yo —le aseguró el ornaet—, pero están aquí.

—¿Cree que ellos saben dónde está nuestro amigo?

—Probablemente —replicó el ornaet—. Ellos lo saben casi todo.

—¿Podría preguntárselo usted?

—Cuando lleguen aquí —le dijo el ornaet—, sí. —Pero si acaba de decirme que están aquí.

—Es que lo están —le aseguró el ornaet con una voz que sonaba ligeramente impaciente.

—¿Hay alguna razón por la que no pueda preguntarles eso ahora?

—Sí —contestó el ornaet.

Una larga pausa.

—¿Cuál es? —inquirió Uhura.

—Es por la estática —fue la respuesta.

Una o dos personas de las que se hallaban ante la mesa gimieron. McCoy resistió la tentación de hacer otro tanto. Tenían un verdadero problema entre manos; una de esas diferencias de puntos de vista alienígenas que podrían tardar meses en comprender y resolver. De alguna manera, McCoy dudaba que la Flota Estelar les concediese meses.

—Bien, pues —dijo Uhura en la grabación—, ya volveremos a ello. Cuando pueda preguntarles eso, ¿lo hará?

—De acuerdo. —Se produjo otra larga pausa—. No tiene importancia, ¿sabe? —continuó el ornaet—. Su amigo está bien.

—Pero ¿cómo lo sabe usted? —intervino Kerasus.

El ornaet sacó las antenas oculares para mirarla.

—Nada puede suceder aquí —le dijo—. Su amigo debía querer irse.

En la mesa, Uhura pulsó un botón y congeló la imagen.

—Y así continuó durante aproximadamente una hora —comentó—; sólo les he enseñado lo más importante. Hablamos con varios otros ornae y con algunos lahit... nuestro trabajo con su idioma obtiene resultados muy satisfactorios, aunque aun así nos gustaría saber cómo las dos especies pueden hablar idiomas completamente diferentes y entenderse la una a la otra sin necesidad de traducción. No existe componente telepático alguno... según creemos. En cualquier caso, todos los seres con los que hablamos aseguraban que el capitán quiso desaparecer, que estaba perfectamente bien, que los ;at probablemente sabían algo al respecto y que nos dirían todo lo que quisiéramos saber en cuanto llegaran. Aunque ya estaban allí. —Uhura suspiró—. Varios de ellos insistieron en que el capitán estaba allí en ese momento y que organizábamos mucho alboroto por nada.

—¿Cuáles son las probabilidades de que eso sea cierto? —inquirió McCoy—. ¿Spock?

—Doctor, nos movemos entre muchas cosas desconocidas. —El vulcaniano entrecruzó los dedos y miró a McCoy por encima de ellos—. No tengo forma alguna de darle probabilidades sobre algo tan improbable como eso. Obviamente, debemos continuar la búsqueda según las formas ortodoxas, pero también hemos de cuidar muy atentamente las recogidas de datos, con el fin de no pasar por alto ninguna información que pueda hacer que todas estas aparentes contradicciones se aclaren. Lo más urgente es que los trabajos de lingüística continúen adelante a tanta velocidad como sea posible.

—Estamos de acuerdo —comentó Uhura—. Toda nuestra gente trabaja en ello.

—Sólo quiero recordarles a todos el comentario que oyó ayer el primer grupo de descenso —dijo McCoy—, algo referente a que los ;at eran los únicos del planeta que ponían objeciones a nuestra llegada. Todavía nos queda por averiguar qué significa eso. Uhura, me gustaría que usted y la teniente Kerasus lo investigaran. Y tenemos algunos otros misterios que resolver; por ejemplo, el ;at con el que hablé esta mañana aseguraba que había alrededor de un millón de ellos. ¿Dónde están? ¿Cómo es que el grupo de investigación inicial no tuvo problemas para encontrar... a muchos de ellos? ¿Qué es lo que hace que se muestren tan tímidos con nosotros? Necesitamos respuestas a estas preguntas.

Los demás asintieron con la cabeza mientras tomaban notas.

—Hay otros problemas —continuó McCoy—. En cuanto reciban las últimas noticias, los de la Flota Estelar se van a poner nerviosos y, conociéndolos como los conocemos, querrán saber qué hacemos para traer de vuelta al capitán.

—No contamos con ningún recurso diplomático —señaló Spock—, dado que hasta el momento no hay acuerdo alguno. Indudablemente, la Flota Estelar sugerirá algún tipo de demostración de fuerza.

—Será mejor que se olviden de ello —le espetó McCoy—. Esa gente apenas entiende el concepto de la muerte o heridas, hasta donde yo he podido ver. No quiero ser yo quien les enseñe el significado de esas palabras. Tampoco lo querría Jim, si estuviera aquí en mi lugar. Me negaré a cumplir semejante orden si es que me la dan, o hallaré alguna manera de zafarme de ella.

La expresión de Spock era serena, pero había una advertencia escondida en ella.

—Si tenemos éxito y encontramos al capitán —le dijo—, la Flota Estelar podría muy bien perdonarle eso... eventualmente. Si no... su carrera en la Flota Estelar podría ser muy corta.

—Que sea como haya de ser —replicó McCoy—. Yo he de atenerme a un juramento, al igual que ellos. Que la disciplina del servicio se vaya al demonio. No estaremos grabando esta reunión, ¿verdad?

—Nadie escuchará —le aseguró Spock— lo que ciertamente ha sido una observación casual hecha después de la reunión propiamente dicha. —Luego miró a Uhura.

—Por supuesto que no —le dijo ella al vulcaniano—. Echaré una mirada por ahí y veré si puedo encontrar mis tijeras de costura.

McCoy rió entre dientes.

—Bueno, pues. ¿Alguien tiene algo que agregar? Nadie dijo una palabra.

—Muy bien —continuó McCoy—. Regresemos todos a lo que teníamos entre manos. Mantengan la calma, hagan que su gente mantenga la calma y sean amables, lentos y metódicos...

Fue entonces cuando la sirena de la alerta roja se encendió. McCoy se puso en pie de un salto. Nunca había sido bueno para soportar ese tipo de ruido repentino.

—¡Santo cielo! ¿¿Qué es eso??

Alerta roja, alerta roja. Esto no es una maniobra de entrenamiento, esto no es una maniobra de entrenamiento, dijo la voz automática de alerta. Inmediatamente después se oyó la voz del oficial auxiliar de comunicaciones, el señor Brandt.

—Alarmas de proximidad activadas —dijo con calma—, nave saliendo de hiperespacio y entrando en órbita. Primeras señales de identificación señalan crucero acorazado klingon...

La gente salió precipitadamente de la sala y echó a correr. McCoy se quedó inmóvil, con la boca abierta durante todo un segundo.

—Demonios —dijo. Salió al corredor y se encaminó hacia la enfermería...

Y se detuvo. Maldijo, dio media vuelta y corrió tras Spock, en dirección al turboascensor y al puente de mando.

## 5

Pudo oír la agitación de locos que reinaba en el puente antes incluso de que las puertas del turboascensor se abrieran para franquearle el paso. Las alarmas aullaban, la gente corría en todas direcciones, pero lo que más pasmó a McCoy fue el ruido de todo aquello. Las alertas rojas de la enfermería sonaban con una estridencia mucho menor; así debía ser ya que de lo contrario podrían despertar a los pacientes. «Este ruido despertaría a un muerto», pensó el médico con moderado asombro.

Las puertas se abrieron y McCoy salió. Las cabezas de todos los que estaban en el puente se volvieron hacia él; sus ojos le miraron con expresión especulativa. El médico casi podía percibir los pensamientos de los demás. «Será capaz él de manejar esta situación? ¿Qué sucederá si no puede...?»

Pero no era la primera vez que se encontraba con aquello; en la superficie de un planeta, o en un quirófano, donde el personal le había contemplado mientras se preguntaba: «¿Podrá salvarle, o tendremos que amortajar a otro dentro de pocos minutos?...» Habitualmente había conseguido sorprender a todos. Volvería a hacerlo.

Eso esperaba.

Bajó los escalones sin vacilar, como le había visto hacer muchas veces a Jim, se sentó en el asiento de mando y dijo:

—¿Cuál es la situación?

—Los escudos protectores están levantados —replicó

Spock mientras bajaba para situarse a su lado— y los sistemas de defensa están preparados.

—De acuerdo. ¿Tenemos la identificación de ese payaso? —Sí, doctor... eh... señor —dijo Sulu—. Identificación positiva como KL818, acorazado imperial klingon *Ekkava*.

—Nadie a quien conozcamos personalmente, entonces —comentó McCoy.

—No —intervino Spock—. La nave ha entrado en una órbita estándar alrededor del planeta, ligeramente por encima de la nuestra, nos sigue a unos dos mil kilómetros de distancia. Justo fuera del alcance de fuego —agregó.

—Mmmm hmmm. Así que el gesto es abiertamente... no comprometido. Hasta ahora. —McCoy miró la pantalla, en la que se veía la débil señal blanca, mucho más atrás que ellos—. ¿No ha habido comunicación hasta el momento?

—Todavía nada, doctor —le dijo Uhura—. Probablemente están ocupados en sondearnos.

—Confirmado —comentó Spock tras echar una mirada a su terminal.

—Bueno, pues. ¿A qué esperar para ser cordiales? Uhura, llámelos. Los refinamientos habituales.

Ella asintió con la cabeza y lo hizo. McCoy levantó la mirada hacia Spock.

—Recuerdo que Jim mencionó un rumor que había oído, algo referente al aumento de «topos» klingon dentro de la Flota Estelar —le comentó—. ¿Cree que puede haber algo de cierto?

Spock pareció abstraerse durante un momento.

—Es difícil saberlo. Ciertamente, uno puede comprender el razonamiento que lo respalda, pero a mí me parece el tipo de información que ambos bandos preferirían mantener en secreto. Al menos, las versiones exactas de la información.

—Mmmm hmmm. Spock, aquí estamos a mucha distancia de cualquier lugar. Es raro que se le ocurra aparecer por el sistema de esta manera, un par de días después de nuestra llegada.

—Extraño no es la palabra que yo hubiera escogido —observó Spock—, pero ciertamente fuerza un poco los límites de las probabilidades.

El puente quedó en silencio, a la espera. McCoy se secó las manos en los pantalones. «Allá vamos —pensó—. Ojalá tuviera un poco más de idea de qué hacer. No hay más remedio que improvisar, supongo...»

—Sale a pantalla, doctor —dijo Uhura en aquel momento—. ¿Listo para imagen visual?

La pregunta casi le hizo reír. Nunca antes había tenido que preocuparse de su aspecto cuando estaba trabajando.

—Listo —replicó.

La pantalla rieló y el campo de estrellas que había habido hasta entonces fue reemplazado por el puente de la nave klingon, pobremente iluminado con luz roja y abarrotado, con las consolas pegadas las unas a las otras. Desde el centro de la pantalla, un klingon les lanzaba una mirada feroz; se trataba de un hombre con un rostro bastante noble, pensó McCoy, con una excelente estructura ósea. «Es una lástima que haya de arruinar el efecto mirándonos de esa manera. Aunque supongo que es un gaje del oficio para los klingon que están en los puestos de mando. O pareces un duro o te pegan un tiro...»

—Soy el comandante Kaiev —dijo el klingon—. ¿Es correcta la identificación de su nave?

McCoy se repantigó en el asiento de mando con una expresión visiblemente divertida. Entre los klingon, al igual que en la Tierra, no había una forma más segura de incomodar a un tipo serio que la de negarse a tomarlo en serio.

—Pero bueno —respondió McCoy—, ¿por qué no iba a serlo? No estamos habituados a correr por ahí jugando a las veinte preguntas galácticas.

—¿Entonces son ustedes la nave estelar *Enterprise*?

—Sí —le dijo al klingon a la vez que asentía con la cabeza—, lo somos. ¿Quién quiere saberlo?

El comandante Kaiev miró al interior de la pantalla y a McCoy, con una expresión

que el médico pensó que estaba destinada a parecer de ansia feroz.

—He esperado mucho la oportunidad de conocer al famoso Kirk —le aseguró.

«No, otro no —pensó McCoy—. ¿Cómo puede soportarlo Jim?»

—Lo siento —dijo en voz alta mientras entrecruzaba las manos detrás de la cabeza y se recostaba en el respaldo—. Ha fallado usted por muy poco.

—¿Fallado? —inquirió el klingon, que por un instante pareció ligeramente perplejo—. Nosotros no hemos disparado.

Se produjo una risa contenida en alguna parte del puente. McCoy lanzó una mirada de advertencia hacia el sitio.

—Eh, discúlpeme, comandante —le dijo luego al klingon—. Ha sido una confusión sintáctica. Quiero decir que no está aquí.

El klingon pareció completamente decepcionado.

—Comandante Leonard McCoy para servirle —prosiguió antes de que el otro pudiera captar la burla conversacional—. Y ahora, comandante, ¿le importaría contarme qué hace usted en esta zona del espacio? No es exactamente un vecindario muy concurrido, por regla general.

—Eh —vaciló el comandante Kaiev—. Hemos estado... explorando este área del espacio desde hace algunas semanas...

«Mentira», pensó McCoy. Conocía bastante el lenguaje físico de los klingon, incluso aunque el hombre estuviera sentado y quieto e intentara mantener inmóvil también el rostro.

—... y por causalidad detectamos su nave en esta zona tan apartada del espacio frecuentado por la Federación...

«Mentira —volvió a pensar McCoy—. ¡Buscalíos! Sólo quieren saber qué hacemos y ver si pueden encontrar un poco de acción, si la oportunidad se les presenta.» Tornó a sonreír.

—... pensamos que sería conveniente detenernos para investigar.

«Ahora —pensó McCoy—, espera a ver si yo le digo que se marche de aquí.»

—Bueno, su presencia es más que bienvenida, comandante —le dijo el médico al capitán de la nave klingon—. Hay cuatro planetas, no tiene por qué esperar. Instálese como si estuviera en casa.

El comandante Kaiev parpadeó varias veces. McCoy pasó un mal momento intentando mantener la seriedad de su rostro, pero lo consiguió bastante bien. «Ahora nos informará que pensaba hacerlo de todas formas», pensó.

—Ya lo hemos hecho —replicó Kaiev con una expresión de jovial amenaza que McCoy no tuvo más remedio que admirar—. Enviaremos grupos de descenso para investigar el planeta.

—Bien, pues, adelante —le dijo McCoy—. Pero debo advertirle que las cosas son bastante fantásticas ahí abajo. Hemos perdido algunos tripulantes de maneras raras.

Principalmente comidos por los árboles.

Toda la tripulación del puente dirigió unos ojos fascinados hacia McCoy. Él no les hizo caso.

—Pero eso no debe preocuparles en absoluto —continuó con un tono jovial—. Bajen al planeta y diviértanse. Mi gente les enseñará los alrededores, si les apetece.

No podría decirse que una ola de sospecha se apoderó del rostro de Kaiev, sino que más bien cruzó por él, gritando y blandiendo pancartas que decían: «¡No le creo, usted se trae algo entre manos!».

McCoy estaba encantado, pero mantuvo una expresión seria.

—No, gracias, MakKhoi —repuso Kaiev—. Realizaremos nuestra propia investigación del planeta. ¿Quiere que hablemos más del asunto?

«En otras palabras, ¿quiere pelear?», fue la traducción mental que hizo el médico.

—No, cielos, ¿por qué íbamos a hacerlo? —replicó McCoy mientras sacudía una mano lánguidamente—. Procedan a su modo. Pero escúcheme —agregó—, tengan cuidado con esos árboles, ¿eh? Y con las rocas. —Se inclinó ligeramente hacia delante al decir la última palabra y meneó las cejas en dirección al klingon.

—MakKhoi —dijo Kaiev, aparentemente algo inquieto por las extrañas expresiones del médico—. Debo preguntárselo. ¿Qué ha sucedido con Kirk?

McCoy hizo una pausa momentánea, luego suspiró pesadamente y volvió a reclinarsse contra el respaldo del asiento de mando, con la vista baja.

—Yo le maté —declaró—, en un duelo. Es muy triste. Luego levantó los ojos y le lanzó a Kaiev una larga mirada fría por debajo de las cejas.

—Le aseguro que detesto terriblemente matar a mis amigos —concluyó.

Kaiev le miró fijamente durante un largo momento. Abrió la boca, pero antes de que pudiera decir algo McCoy volvió a suspirar y habló en un tono bastante alegre.

—En cualquier caso, comandante, si puedo ayudarle en alguna nadería, no dude en llamarme. *Enterprise* fuera. —Dio la entrevista por terminada y miró a Uhura, que cerró el circuito. La pantalla volvió a mostrar el campo de estrellas.

En el puente había un silencio pasmado. Luego estalló la risa, que él dejó continuar durante unos instantes.

—¡Muy bien, todos ustedes, ahora cállense! —ordenó.

Los tripulantes guardaron silencio.

—Eso debería concedernos algunos minutos de respiro —dijo—, puesto que ellos se dedicarán a pensar que la *Enterprise* está bajo el mando de un granuja lunático. Quizás incluso de un granuja lunático homicida, lo que sería aún mejor.

—Creo que ha sido usted prudente —comentó Spock— al no contarles que el capitán ha desaparecido. Sin duda interpretarían eso como una debilidad nuestra, quizás una debilidad fatal.

—Spock —le dijo McCoy con una leve sonrisa—, puede que yo no sea más que

un viejo médico rural, pero sé lo bastante para no decirles a mis pacientes que no sé cómo curarles. ¿Para qué, si la mitad de ellos se curan a sí mismos porque creen que yo lo hago? Eso me ahorra interminables problemas y es más barato que los placebos.

—En cualquier caso —dijo Spock—, no hay nada que podamos hacer respecto a la presencia de los klingon aquí... Bajo el Tratado de Paz Organiano, tienen derecho a explorar los planetas que nosotros exploramos, incluso los que están poblados. Por supuesto, la parte de la «explotación» del tratado no es aplicable en este caso.

—Y buena cosa que no lo sea. Detestaría ver ese planeta dominado por los klingon. Los ornae son demasiado bonachones y los lahit son muy extraños; creo que ninguna de las dos especies sobreviviría a la colonización klingon.

Spock asintió con la cabeza.

—Sea como fuere —observó—, nosotros tenemos ahora un problema más interesante: cómo realizar la búsqueda del capitán sin que se enteren los klingon.

McCoy duplicó el gesto del vulcaniano.

—Nuestras propias actividades pueden ser disimuladas como investigaciones y demás —comentó—, pero me preocupa que los ornae puedan comentarlo con ellos. O los lahit. Creo que no comprenderían la necesidad de no hacerlo.

—Tampoco yo creo que puedan entenderlo, doctor —intervino Uhura—. La totalidad de los conceptos de ficción y falsedad parece superarles ampliamente.

—Es una pena que se pierdan la ficción —reflexionó el médico—, pero por lo que respecta al resto, puede que sea bueno. En fin, tenemos una pequeña ventaja, puesto que los klingon no dispondrán de muchos algoritmos de traducción.

—Doctor —dijo de pronto Sulu—, si está usted en lo cierto respecto a la sospecha de los «topos» dentro de la Flota Estelar, la razón por la que los klingon están aquí podría muy bien ser que llegara a sus manos el informe de toda la investigación inicial.

Aquél era un mal pensamiento. McCoy lo rumió durante unos instantes.

—Podría ser —concluyó luego—. Todos los recursos de lingüística del equipo de esta nave han trabajado intensamente en esos idiomas durante los últimos dos días, y apenas comenzamos a hacer progresos. Va a llevarles algún tiempo ponerse a la misma altura. Para entonces, puede que hayamos logrado encontrar al capitán.

—¿Y si no? —preguntó Spock—. ¿Entonces, qué? ¿O qué haremos si recurren a nosotros de manera amistosa y solicitan nuestros algoritmos? Usted ha fijado el tono de este encuentro, doctor, y prácticamente les ha invitado a hacerlo.

McCoy había pensado en ello y sonrió malévolamente.

—Sencillo —replicó—. Incompatibilidad de los medios. Nuestro *software* se negará a hablar con el *hardware* de ellos.

—Pero sí que lo hará.

—No, no lo hará —insistió McCoy—. Piénselo bien. ¿Cuál fue la última vez que

los klingon tuvieron acceso a nuestros métodos de transferencia de datos? Por Dios, Spock, desde entonces puede haberse inventado cualquier cosa.

En los ojos del vulcaniano apareció un destello que McCoy ya conocía y que siempre le gustaba ver.

—Comprendo a qué se refiere, doctor —declaró Spock—, pero aparte de eso, debemos volver a nuestros asuntos. Tenemos trabajo que hacer, y encontrar al capitán no es lo menos importante de todo, precisamente.

—Bien. Spock, usted coordine los grupos de descenso; Uhura, asegúrese que todos tengan noticias de lo que pase. Que extremen las cortesías con nuestros invitados, que les den todo lo que quieran... menos datos... dentro de lo razonable. Ya sabe, el viejo juego de unidad galáctica.

—Sí, doctor —respondió Uhura.

—Yo había creído —comentó Spock— que usted aprobaba la unidad galáctica, doctor.

—Y lo hago —le contestó McCoy—, con aquellos para los que significa lo mismo que para mí. Por lo que a mí respecta, a los klingon hace falta convencerles un poco. —Se recostó contra el respaldo y sonrió.

Spock asintió con la cabeza y se marchó a sus asuntos. McCoy se puso de pie.

—No aparte los ojos de nuestros amigos del espacio —le dijo a Sulu—. Si hacen algo inesperado, llámeme. Tengo que ponerme al día con el sueño. Uhura —continuó en dirección a la oficial de comunicaciones—, si los grupos de descenso que estarán ahí abajo esta noche averiguan algo, llámeme de inmediato, o hágalo si sucede cualquier cosa que usted o su relevo piensen que necesita mi atención.

—Sí, señor.

Se encaminó hacia el turboascensor y esperó hasta que se cerraron las puertas.

Cuando lo hicieron, se derrumbó contra la pared del fondo, cerró los ojos e intentó con todas sus fuerzas no gemir en voz alta.

—Planta cinco —dijo finalmente, cuando pudo confiar en que no diría nada capaz de confundir a los sensores de audio del turboascensor, que comenzó a moverse.

Temblaba de arriba abajo. «Como un ratón en un espectáculo de gatos —pensó—. Espero poder acostumbrarme pronto a esto porque, Señor, de momento no me he habituado, y si doy un paso en falso por culpa de los nervios, mucha gente podría morir.»

Se puso a realizar unos profundos ejercicios respiratorios de rutina que le hacían mucho bien en los casos de ataques de nervios. «Necesito dedicar un rato a los ejercicios antiestrés esta noche —se dijo mentalmente—, y luego quizá debería hacer que Lia fuera a atizarme en la cabeza con un martillo. ¡Señor, y ahora klingon! ¿De quién ha sido esa luminosa idea? ¡No es nada divertido, Dios!»

La deidad declinó el darle una respuesta; probablemente se había tomado un

descanso. Los ejercicios respiratorios comenzaron a hacerle efecto, los temblores empezaron a remitir. «Puede que necesite comer algo más —reflexionó McCoy, mientras el ascensor se detenía suavemente—. Después de todo, sólo he comido un bocadillo. Me pregunto si Jim come a veces para distraerse del estrés.»

Era un interesante pensamiento, que a McCoy ya se le había ocurrido en ocasiones anteriores y que habitualmente había descartado. En aquel preciso momento se sentía menos dispuesto a hacer caso omiso de él. «Puede que Jim necesite un mejor tratamiento para el estrés. Debería de haberlo advertido antes, si es ése el caso. Te estás volviendo descuidado, Leonard, muchacho...»

La puerta de su camarote se abrió ante él y se cerró a sus espaldas. El médico se sentó en la mecedora con una sensación de tremendo alivio. Desgraciadamente, tras el alivio se agazapaba un terror informe que insistía en recordarle que no había manera de saber cuánto duraría el descanso. Sin levantarse terminó los ejercicios respiratorios y luego consideró la posibilidad de pedir algo más para comer. «No —se dijo inmediatamente—. Primero la reducción del estrés. Si intento comer algo con el estómago en el estado actual, me lo enviará de vuelta con tremendos perjuicios.»

Se dominó, comprobó que su respiración era regular, cerró los ojos y se dispuso a imaginar el lugar privado en el que realizaba su trabajo mental.

Unos cinco segundos después se quedó dormido.

—Fíjese, le he tirado la bebida; deje que vaya a buscarle otra —le decía a Dieter, cuando el chillido de soprano del silbato del tren cremallera de la Jungfrau se transformó abruptamente en el silbido del intercomunicador.

Los ojos de McCoy se abrieron repentinamente. Se enderezó en la mecedora abandonando la posición enroscada original e hizo una mueca al sentir cómo tenía la espalda... no importa lo ortopédicamente sensatas que sean las mecedoras de respaldo recto, no están hechas para dormir encima de ellas. McCoy tendió una mano y pulsó el botón del intercomunicador.

—Aquí McCoy.

—Aquí el puente, doctor. Alférez Vehau al habla, en la terminal de comunicaciones. Tenemos algo de la Flota Estelar para usted.

El médico gimió.

—¿A esta hora? Dígalos que se tomen dos aspirinas y me llamen por la mañana.

Vehau rió suavemente.

—Ojalá pudiera. Desgraciadamente, deberá subir usted aquí y firmar esa miserable cosa, y deberá hacerlo de inmediato.

—Voy para allá —respondió McCoy, suspirando.

Se encaminó hacia el puente a la luz baja del turno de noche. La nave funcionaba mejor cuando tenía una noche y un día «reales»; por consideración a los tripulantes

que eran diurnos, el turno de noche lo ocupaban principalmente personas que tenían dificultades mínimas para estar despiertos durante la noche, especialmente miembros de especies naturalmente nocturnas... un sorprendente 30 por ciento aproximadamente de las especies homínidas.

Vehau era una de ellos. Los delasi eran bastante humanoides y no presentaban otra indicación de su condición nocturna que unos ojos oscuros particularmente grandes, sensibles y (según pensaba McCoy) hermosos. Cuando McCoy entró en el puente, encontró a Vehau que miraba su terminal con ligero fastidio.

—Aquí, doctor —le dijo—. Ya me ha interrogado dos veces.

—¿Dónde debo mirar? —inquirió él.

—Aquí, en este escáner, señor.

McCoy se inclinó y mantuvo los ojos muy abiertos, a la espera de que apareciera el destello color rubí del láser de sondeo retinal. Llegó, e inmediatamente la consola se puso a murmurar suavemente para sí.

—Ya lo tenemos —le dijo la alférez, y movió una palanca—. ¿Quiere recibirlo en su camarote, o prefiere tener visión y sonido aquí mismo?

McCoy suspiró y se sentó en el asiento de mando.

—Supongo que lo recibiré aquí —respondió—. En cualquier caso, aquí no hay nadie más que nosotros, los pollos. ¿Quién está a cargo de armamento y navegación, por cierto?

—Navegación está cerrada por el momento —le dijo ella—. La órbita de la nave es de automantenimiento... y es mejor que lo sea: no necesita a nadie que se encargue de ella en una órbita estándar. Sulu se ofreció para hacer un turno extra en armamento. Ahora se toma un descanso; estará de vuelta dentro de un rato. Sólo estamos los pollos, como ha dicho usted. —Arrugó un poco la nariz—. ¿Qué es un pollo?

—Una bestia de la Tierra que se hizo famosa por la manera que tiene de cruzar la calle —replicó McCoy—. Bueno, Vehau, déjelo salir.

La pantalla mostró el habitual sello de fecha y hora de la Flota Estelar. Luego McCoy se encontró frente a un hombre que estaba sentado ante un escritorio.

—Oh, demonios —masculló McCoy, porque aquel hombre era el almirante Delacroix, un nombre sobre el que le había oído mascullar a Jim más de una vez. El Superanciano, le llamaba Jim, y en aquello había una gran verdad; Delacroix parecía haber estado presente desde la edad glacial... la primera de todas. Tenía el cabello blanco y era alto, con facciones que parecían talladas a cincel; además tenía el tipo de porte y la expresión propios de una persona que se enorgullece de ser mejor, o al menos más vieja, que uno mismo.

—Delacroix —dijo. Seguía sentado, con las manos cruzadas sobre el escritorio y el aspecto de un hombre que está a punto de regañar muy seriamente a un escolar—,

a Leonard McCoy, actualmente al mando de la *USS Enterprise*. Comandante McCoy, hemos recibido su informe y nos parece una colección de documentos bastante inquietante.

En primer lugar, nuestro interés referente a la evolución divergente de las tres especies del planeta no se maneja de la forma aprobada por nosotros. Faltan muchos datos pertinentes respecto a la tercer especie, los ;at. —No pronunció el nombre mejor que los demás, pensó McCoy; eso era un pequeño consuelo—. Esperamos una mejor actuación en la recogida de datos, acorde con la reputación de la *Enterprise*. Suponemos que el deterioro de la eficiencia es debido al presente estado de desaparición del capitán Kirk, cosa que trataremos dentro de un momento. En cualquier caso, esperamos que ese fallo de información será solucionado de inmediato. Por favor, dé los pasos necesarios para que así sea.

—Oh, claro —comentó McCoy amargamente—. ¿Y qué se supone que debo hacer? Uno no puede encontrar una especie que no quiere que la encuentren, malditos todos...

Pero la grabación continuaba.

—Segundo. Las investigaciones referentes a las posibilidades de explotación del planeta no avanzan a la velocidad deseada. No pueden tomarse decisiones sensatas respecto a las relaciones diplomáticas sin contar con todos los datos sobre los recursos planetarios. Los listados de su tripulación, según han sido presentados, muestran en el momento actual una concentración excesiva en los aspectos científicos y lingüísticos. Por favor, destine personas de los trabajos lingüísticos para que investiguen el planeta e informen lo antes posible sobre minerales y otros recursos.

McCoy permanecía sentado con los labios apretados. «¡De pronto me dice que no quieren hablar con esos pueblos hasta que hayan averiguado si tienen algo que valga la pena obtener! ¡Maldición, eso no fue lo que la Flota Estelar nos dijo al principio! ¿Quién ha puesto a este pavo en ese puesto, así de repente? ¿Dónde demonios están Llewellyn y Tai Hao, que fueron quienes respaldaron esta misión en primer término sobre unas bases científicas?»

—Tercero. Contemplamos con gran preocupación la desaparición del capitán Kirk. Por lo que nos informan, suponemos que el capitán no contravino las órdenes que tenía cuando descendió a la superficie, puesto que en ese momento la situación parecía estable. —McCoy frunció el entrecejo; la voz del hombre sonaba como si se sintiera levemente decepcionado por ese hecho—. A lo que parece, se produjo algún deterioro de las relaciones entre su grupo de exploración y una o más de las especies indígenas, posiblemente los ;at. Esa ruptura se debe muy probablemente a una recogida de datos inadecuada sobre dicha especie y se le ordena que rectifique inmediatamente dicha situación. Tomamos nota de sus intentos destinados a encontrar al capitán. Confirmamos su puesto y su derecho a emprender todas las acciones

necesarias para recuperar al capitán Kirk, incluida la alternativa militar si lo creyera conveniente o necesario. Esperaremos en su próxima transmisión un informe que recoja los pasos dados y los resultados que se obtengan. Si no se obtiene resultado alguno dentro de un día estándar, se le darán órdenes concernientes a las posibles acciones que deberá tomar contra el planeta. Hasta entonces, dejamos el asunto a su discreción, dentro de nuestras líneas generales.

Delacroix calló y se aclaró la garganta, como si estuviera a punto de decir algo desagradable.

—Por último, algo referente a su actual posición al mando de la nave. Aunque su historial de servicio no indica ninguna experiencia previa como comandante de una nave estelar, otros aspectos señalan que ése es un cargo para el que usted debería estar adecuadamente dotado; el capitán Kirk es un oficial con suficiente experiencia y capacidad como para pensar que tuvo alguna buena razón, en las circunstancias en las que se encuentran, para dejarle a usted al mando. No obstante, a la luz de los sucesos de los próximos días, será por supuesto necesario realizar algún tipo de investigación cuando regresen ustedes a la Tierra sobre la forma en que se ha dirigido la misión. Se le advierte que lo tenga presente.

Requerimos respuesta dentro de la hora siguiente al momento de recepción, que ya ha sido verificado. Flota Estelar fuera.

—¿Y qué hay de los condenados klingon? —le gritó McCoy a la pantalla, que hizo caso omiso de él y cambió la imagen para mostrarle la faz del planeta que giraba a medida que la nave recorría la órbita.

—¿Quiere que le haga una copia del mensaje, doctor? —le preguntó Vehau.

McCoy sintió la tentación de hacer varias sugerencias creativas sobre lo que Vehau podía hacer con el informe; una de ellas, que implicaba al mismo Delacroix, una lata de lubricante quirúrgico y un poco de protoescayola, le pareció particularmente atractiva, pero apartó a un lado el pensamiento por indigno de él.

—Sí, por favor. Quiero que Spock lo vea por la mañana. Entretanto, ¿le importaría grabarme una respuesta?

—¿Quiere hacerlo ahora?

—Ciertamente. Sólo la voz. No quiero que esa vieja ciruela me vea sin afeitar y con las botas deslustradas; sí no me equivoco mucho respecto a su estilo, probablemente me haría atar a una cureña y me abandonaría bajo la lluvia.

Se quedó sentado, pensativo. «Quizá debería llamar a Spock y pedirle consejo — se dijo—. Es muy probable que de todas formas no esté dormido.» Pero pasado un instante descartó la idea. «Demonios, no... Debo hacer todo lo posible para arreglármelas solo con esto. Aunque me vuelva loco y me dé un miedo mortal. Pero en cualquier caso, he de pensar en quién más verá este informe cuando lo envíe a la Flota Estelar.»

«Y ¿quién dejó filtrar el primero?...»

Pensó durante un momento en quién podría oír qué, y en qué podrían hacer con la información.

—¿Preparada? —le preguntó seguidamente a Vehau.

—Adelante, doctor.

—De Leonard McCoy, comandante de la *USS Enterprise* —comenzó—. Mensaje recibido y comprendido. Será obedecido en todos sus términos. («Pero no de la forma que tú crees, viejo estúpido.») La búsqueda del capitán continúa. Las demás condiciones permanecen dentro de la normalidad. —Hizo una pausa momentánea y agregó—: La situación respecto a los klingon, estable. McCoy fuera.

Vehau rió entre dientes mientras concluía la grabación.

—¿Algo más, doctor?

—No. Envíelo. Eso debería darles algo en qué pensar —replicó McCoy. «Así lo espero, con toda mi alma.»— Y ahora voy a regresar a mi cama. Que tenga un buen turno, querida, y no me llame por nada menos importante que una invasión.

—Así será, doctor.

—Burócratas —masculló McCoy en voz alta, y se marchó a dormir.

A la mañana siguiente se hallaba muy temprano en el asiento de mando, con aspecto reluciente, tras haber conseguido realizar algunos ejercicios reductores del estrés antes del desayuno; se sentía bastante más alerta y preparado para lo que pudiera surgir. También había dispuesto de un poco de tiempo para pensar.

—Spock —dijo después de haberse instalado, cuando el vulcaniano le entregó su informe matutino—, ¿ha visto ya el maravilloso mensaje de la Flota Estelar que recibimos anoche?

—Doctor —comentó Spock—, ejercita usted su insólito talento para escoger palabras únicas y quizás inesperadas con el fin de describir una situación.

—Sí, puedo apreciar que lo ha visto. Spock, creo que deberíamos hacer cualquier cosa que ellos nos sugieran.

Spock lo miró con ligera perplejidad.

—Sí, lo digo en serio —continuó McCoy—. Quiero que realice usted algunos cambios, de lingüística a sondeo del planeta. Cambie, eh... a Nuara y Meier... a Wes, no, a Wilma... y déles una de las lanzaderas para que la utilicen durante un día o dos. Que se concentren particularmente en los yacimientos de hierro, como siempre.

—Doctor —dijo categórico Spock—, ya hemos realizado ese sondeo desde la nave. Los resultados fueron tajantemente negativos, como usted ya sabe. El planeta es muy pobre en metales y las tierras raras se presentan en concentraciones muy inferiores a las normales. Tampoco hay ningún depósito de dilitio ni de otros elementos útiles para la obtención de energía.

—Sí, tiene usted toda la razón. Bueno, evidentemente, la Flota Estelar quiere más información y quieren que se destine más gente a esa tarea, así que vamos a darles lo que nos piden. Realizaremos un sondeo completo con lanzadera, con los sensores de alta densidad.

—Eso producirá una sobrecarga de datos —protestó Spock—, del orden de...

—Son los duros de la Flota Estelar —le interrumpió McCoy—. Deje que sean ellos quienes se preocupen por el asunto. ¿Y no cree que alguien se sentirá feliz al ver todos esos datos detallados? Dedicarán horas a revisarlos. Días, si tenemos suerte.

—El análisis, por supuesto, les mostrará que aquí no hay nada que merezca la pena perseguir en lo que a minerales se refiere.

—Y eso será perfectamente correcto. Aunque creo que hay algunas personas en la Flota Estelar que podrían no creerlo. No me refiero a gente que trabaje sólo para la Flota Estelar, ya me comprende.

Spock miró a McCoy con una expresión que era disimuladamente aprobadora.

—Sus órdenes serán cumplidas —replicó el vulcaniano—. Mientras tanto, por lo que se refiere a la reestructuración del trabajo... creo que el almirante tendría en mente una cantidad mayor de tripulantes.

—No lo dijo —comentó McCoy con tono de lamentación—. Yo no puedo adivinar lo que quiere ese hombre, si él no se expresa con claridad.

La aprobación disimulada se hizo más evidente.

—Doctor —dijo Spock—, aunque yo comprendo su intención, hay personas en la Flota Estelar que podrían interpretar esa actitud como una insubordinación. Y eso sí que les daría una excusa para relevarle a usted del mando; independientemente de los resultados que se obtengan en la búsqueda del capitán, el perjuicio para su carrera podría ser tremendo.

—De momento —respondió McCoy— correré el riesgo. Pero gracias por su preocupación, Spock.

El vulcaniano asintió con la cabeza y regresó a su terminal, con el fin de hacer los preparativos para bajar nuevamente a la superficie del planeta. McCoy permaneció sentado en su asiento y miró hacia la pantalla de visión exterior, donde se veía el diminuto punto de la nave klingon que les seguía, a los lejos, separada de ellos por una distancia respetable.

—No hay noticias de ellos, deduzco.

—No. Han dado vueltas por el planeta durante toda la noche, han realizado sondeos de minerales y demás, si interpreto correctamente las grabaciones de sus actividades. El movimiento parece haber cesado por el momento.

—¿Están en su período nocturno, tal vez?

—Es difícil saberlo. Los niveles energéticos de la nave klingon no han cambiado mucho desde que llegaron.

—Hmm. Es de mala educación hacer ruido y despertar a los vecinos. Les saludaré más tarde. Entre tanto, ¿tiene alguna idea respecto a Jim?

Spock descendió de su puesto y se detuvo junto a McCoy, desde donde miró hacia la pantalla.

—Doctor —dijo lentamente—, he probado todos los análisis posibles que permiten los datos disponibles. El capitán no parece estar en el planeta en este momento. Ciertamente, estuvo allí. Menos ciertamente —continuó Spock—, no tenemos ninguna prueba de que lo haya abandonado.

—¿Eh? Usted vio la pista que desaparecía repentinamente.

—Sí. Doctor, piense durante un momento. Incluso aunque alguna clase de transportador desconocido para nosotros se hubiese llevado al capitán de la superficie del planeta, no podría haberlo hecho de una forma tan indetectable. El universo no funciona de esa manera. Deberían haber quedado residuos de energía de algún tipo, entre varios cientos de clases diferentes... alguna pista de la fuente del instrumental que trasladó al capitán y le condujo fuera del planeta. He dedicado las dos últimas noches a un cuidadoso análisis de todos los datos recogidos por los sensores de la nave. No hay ni rastro de interferencia exterior de ese tipo; todas las radiaciones de fondo son exactamente como deben ser. Ante esos datos, o más bien ante la falta de datos que contradigan la hipótesis, me veo obligado a concluir que el capitán Kirk se halla todavía en el planeta.

McCoy alzó y bajó las cejas.

—Los ornae y los lahit no paran de decir que el capitán está allí, y que se encuentra bien.

—Así es. Al principio no lo consideré un testimonio digno de ser tomado en serio, al menos no cuando los algoritmos del traductor eran tan poco seguros, pero sin duda mejoran de hora en hora, a medida que Uhura y Kerasus trabajan en ellos, y la traducción de esas afirmaciones no cambia.

—Y —agregó McCoy— tenemos esa radiación extraña que detectó usted. La radiación Cerenkov, y esa decadencia de las partículas-Z.

—Sí. De momento no puedo comprender su significado, pero continúo trabajando en los datos del sondeo. Esas radiaciones han aparecido en otras ocasiones durante el último día, pero no están asociadas a ningún suceso o grupo de sucesos consistentes que podamos correlacionar.

McCoy adoptó un aire pensativo. «Veamos, ¿cómo expreso esto de forma que no le trastorne?»

—Spock —dijo bajando la voz—, ocasionalmente, usted tiene la capacidad de, eh, sentir lo que le sucede a Jim, a distancia. Esta vez no ha tenido ninguna «mala sensación», ¿verdad?

Spock guardó silencio durante un instante. «Oh-oh», pensó McCoy. Pero luego el

vulcaniano habló con voz muy baja.

—Doctor —dijo—, no he tenido ninguna. Frecuentemente puedo «oír» de los humanos lo que será mejor expresar como una especie de ruido mental blanco. No puedo detectar el del capitán. Pero no percibo que su ideación haya cesado; simplemente siento como si estuviese en algún otro lugar. —Le dirigió a Uhura una mirada burlona—. No es una prueba admisible para un tribunal, por supuesto, pero a su manera resulta tranquilizadora.

—Bueno, pues hágame saber si descubre algo interesante, o cualquier cosa en la que crea que yo puedo ayudarle. La física de alta energía está fuera de mi alcance, pero soy bueno en algunas otras cosas.

Spock alzó una ceja, evidentemente sorprendido.

—Lo he advertido en ciertas ocasiones —comentó, y regresó a su terminal.

McCoy se recostó en el respaldo del asiento y miró hacia la pantalla.

—Ojalá pudiera bajar a la superficie —dijo en voz baja—. En fin...

Salían de la zona nocturna del planeta. La línea divisoria entre la luz y las sombras se deslizó por debajo de ellos en una aurora repentina; o un ocaso que quedaba atrás. McCoy no estaba seguro si orbitaban en la misma dirección en que rotaba el planeta. «He de comenzar a prestarle atención a ese tipo de cosas —pensó—. Y no es que realmente quiera hacerlo...»

—Hmmm —sonó la voz de Chekov, sentado al timón—. Se percibe actividad ahí fuera, doctor.

—¿De quién? ¿De los klingon?

—Afirmativo. Los transportadores están en funcionamiento. —Chekov observó los escáneres durante un momento—. Transfieran un grupo a las proximidades de la zona en la que trabajan tres de nuestros equipos —dijo luego—, cerca del primer claro.

—Uhura, déles una voz a los nuestros y hágales saber que tendrán compañía —ordenó McCoy—. Es de mañana en la zona en que está nuestra gente, ¿verdad?

—Sí, doctor —respondió Spock—. Han pasado alrededor de tres horas desde la salida local del sol.

McCoy asintió con la cabeza.

—Chekov —dijo entonces—, sondee al grupo klingon de descenso y compruebe si llevan algo de aspecto antisocial.

Chekov observó fijamente las pantallas durante unos segundos.

—Armas de mano regulares y equipos de excavación ligeros... extractores de muestras y demás.

—¿Del tipo que uno utilizaría si buscara minerales? —preguntó ociosamente McCoy.

—Correcto —replicó Chekov—. También llevan un pequeño vehículo rodado.

Sin armas.

—Hmmm. Bueno, pues les deseo mucha suerte —comentó McCoy—. Al menos harán un poco de ejercicio y les dará el aire fresco.

—Se han puesto en marcha en una dirección que les aleja de nuestros grupos de descenso, doctor. Y a buena velocidad —concluyó Chekov, riendo entre dientes.

—Tenemos un mensaje del grupo de superficie, doctor —dijo Uhura—. Dicen que los klingon pasaron por el campamento como... —La mujer rió por lo bajo—. Que pasaron muy rápido y se dirigieron a las colinas del norte.

McCoy asintió con la cabeza y se repantigó en el asiento.

—Mantenga a los nuestros al corriente de los movimientos de esos klingon —le ordenó.

Uhura asintió.

—Lo haré, doctor.

Se hizo el silencio. Los tripulantes se movían por el puente, ocupados en sus asuntos; todos menos McCoy, que permanecía sentado en el centro de la actividad y comenzaba a sentir que el tedio mordisqueaba la periferia de su mente. «Aquí no hay nada que yo pueda hacer —se dijo—, excepto esperar. Detesto esperar. Quizá podría bajar a la enfermería y hacer un par de exámenes de rutina... No, Jim me ordenó que no lo hiciese... y yo acepté la orden. Maldición. Debería haberme opuesto a él en aquel preciso instante, y dejado que me metiera en el calabozo. Las personas insultantes de la Flota Estelar no le envían a uno mensajes groseros en medio de la noche, cuando uno está en el calabozo...»

La terminal de Uhura profirió un ruidito quejumbroso y estridente. McCoy se volvió para mirarla mientras ella se llevaba el traductor a la oreja. Los ojos de la mujer se abrieron tremendamente. A McCoy no le gustó lo más mínimo la forma en que se abrían.

—La nave klingon nos llama, doctor —informó ella—. Es el comandante Kaiev.  
«Oh-oh.»

—Páselo a pantalla —le pidió a Uhura.

La pantalla cambió para mostrar el rostro de Kaiev. No era un rostro contento, ni mucho menos. El klingon parecía dividido entre el furor y un sudor frío, y a McCoy no le gustó el aspecto de ninguna de las dos cosas. «Hmm. Manchas rojas atípicas en el rostro y los senos frontales. Veamos, ¿cuál era ese síndrome...?»

—Buenos días, comandante —se adelantó McCoy—, o buenas noches, sea lo que fuere para usted. ¿A qué debo...?»

—¡MakKhoi, usted es el responsable de esto! —le gritó Kaiev—. ¡Mi gente realizaba una exploración pacífica del planeta y ustedes los han desintegrado! ¡Este acto de hostilidad no quedará sin castigo!

McCoy le miró fijamente.

—¿Cómo? —inquirió—. Nosotros no hemos hecho otra cosa que quedarnos aquí sentados. Vimos que el grupo de usted bajaba a la superficie, pero nosotros...

—¡Es inútil intentar engañarme! ¡Desaparecieron de nuestros escáneres sin dejar pista, en cuestión de uno o dos segundos! ¿Qué otra explicación puede haber?

«Uf», pensó McCoy, y miró a Spock. El vulcaniano alzó una ceja y le hizo un gesto negativo con la cabeza.

El médico se volvió hacia la pantalla y miró atentamente al klingon.

—Comandante —le dijo—, necesita calmarse un poco. La presión sanguínea de los klingon ya es de por sí bastante alta; si continúa como hasta el momento se le quemará un fusible. Ya ha empezado a salirle ese brote de crisipela nerviosa y demás. Es una forma segura de conseguir un espasmo hepático.

La boca de Kaiev se abrió durante una fracción de segundo.

—Usted... ¿Cómo sabe que he tenido crisipela nerviosa? —De pronto su expresión se hizo astuta—. Entonces, su red de espionaje está tan extendida como me habían dicho. ¿Cuál de los tripulantes de mi nave es su espía? ¡Los mataré a todos hasta que encuentre al traidor! —Se levantó a medias del asiento, luego volvió a sentarse bruscamente, con una expresión de sorpresa y dolor en la cara.

«¿Cómo pueden enviar gente semejante al espacio? —pensó McCoy con desaprobación—. El programa de detección de estrés que tienen no debe de ser muy bueno.»

—¿Lo ve ahora? —continuó McCoy—. ¿Qué le decía? Vaya a ver a su médico y dígame que le aumente la dosis de Tacrin. Todavía no es bastante alta. —Aguardó hasta que el color del klingon mejoró un poco y las contracciones musculares secundarias asociadas con el espasmo disminuyeron.

Y entonces tuvo un arranque de mal humor.

—Y en cuanto a su grupo de descenso, hijo —comenzó a levantarse del asiento a medida que alzaba la voz—, déjeme que le diga que, si hubiera querido matarles, lo habría hecho de forma expeditiva y no me hubiese molestado en mentirle a usted al respecto, ¡así que haga el favor de no fanfarronear!

El médico volvió a sentarse e hizo caso omiso de las expresiones de pasmo que mostraban los rostros de los tripulantes del puente. McCoy siempre había sido muy bueno en eso de gritar, y hacía alrededor de dos días que estaba cocinando un buen grito. Era un placer tener la posibilidad de utilizarlo de forma apropiada.

El klingon le miraba con una mezcla de furia contenida y admiración semipreocupada. Abrió la boca.

—Ahora haga el favor de dominarse —dijo inmediatamente McCoy— para que podamos hablar como seres racionales, y si vuelve a emplear ese tono conmigo, muchacho, abriré su nave como si fuera una lata de sardinas, y después pescaré su cadáver en el espacio y lo destriparé y volveré a coserlo al estilo antiguo, con aguja e

hilo, y usaré sus tripas como ligas. Ahora vaya a ver a su médico y luego regrese aquí y hablaremos. Fuera.

Le hizo un gesto con el dedo pulgar a Uhura, algo que le había visto hacer a Kirk en numerosas ocasiones. La mujer cortó la conexión y McCoy se recostó contra el respaldo y comenzó a sudar.

—Doctor —dijo Spock en el silencio que siguió—, creo que sé lo sucedido con el grupo de descenso klingon.

—También yo, Spock —replicó el médico, y se puso de pie para poder pasar algunos minutos en el turboascensor antes de que Kaiev volviera a llamar—. También yo.

## 6

—De acuerdo —dijo Kirk—. ¿Qué puedo contarle de nosotros?

El ;at permaneció en silencio durante largo rato, mientras consideraba la pregunta que acababa de formularle. Kirk no tenía prisa ninguna. Se sentó bajo la cálida luz del sol.

—Aguardaré de esta forma, si no le importa —comentó.

—Por supuesto que no me importa —le aseguró el ;at.

Kirk se acomodó, con las piernas cruzadas sobre la hierba corta y fina, y se dedicó a mirarla y tocarla. La vegetación era más parecida al trébol que al césped; las pequeñas hojas redondas, hinchadas de líquido, como las de algunas plantas grasas de la Tierra, eran elásticas y duras; tenían el mismo color verde azulado que la mayoría de las otras especies de vida vegetal del planeta. El aroma especiado que Kirk había detectado antes subió hasta él cuando presionó las plantas con la mano. El capitán respiró aquel aroma, agradecido. Por mucho afecto que le tuviera a la *Enterprise*, y por muy eficientes que fuesen los renovadores e ionizadores de aire de la nave, nunca conseguían que tuviera del todo aquel olor a atmósfera renovada sólo por el sol y el viento.

—¿Puede enseñarme el lugar del que provienen ustedes? —inquirió el ;at.

Kirk dejó a un lado la aparente extrañeza de la pregunta. Sabía que, si bien el departamento de lingüística podría haber allanado los problemas del traductor con el idioma en sí, habría dificultades conceptuales que requerirían semanas solucionar, y muchas preguntas que los ;at considerarían lo más normal del mundo resultarían extrañas a los seres humanos. En particular, la capacidad sensorial de aquellos seres, que parecía adecuada para identificar a la *Enterprise* desde la superficie del planeta, a plena luz del día, y percibir detalles de ella, era algo fenomenal; Kirk tendría algunas preguntas propias que formular al respecto. En cualquier caso, McCoy había afirmado que aquella especie era de alguna forma la clave del planeta, y las corazonadas de McCoy nunca eran estériles; siempre tenían alguna consecuencia, aunque no siempre de la forma que uno esperaba. Kirk estaba decidido a pasar todo el tiempo posible con aquella criatura, y hacer que ese tiempo fuera «de calidad». Antes o después le llamaría alguien desde la nave; tendría que regresar para relevar al pobre Bones del puesto de mando y volver al trabajo. Pero por el momento iba a relajarse y divertirse.

Miró hacia el cielo, en busca de la luna del planeta para que le proporcionara algún tipo de orientación; pero se había puesto. Había prestado poca atención al sistema de coordenadas que había establecido su gente. Sabía que el polo norte del planeta señalaba más o menos hacia la eclíptica galáctica, pero eso le servía de muy poco para responder a aquella pregunta.

—Necesitaría esperar a que cayera la noche —replicó—. A bordo de mi nave, podría señalárselo con bastante rapidez. Desde aquí, necesito ver una estrella que pueda reconocer, y eso no puedo hacerlo a plena luz del día.

El ;at no se movió ni habló, pero Kirk tuvo una sensación de asentimiento por parte de su interlocutor, como si aquello le confirmara algo que ya había esperado.

—¿Cómo es el sistema de su planeta?

Kirk rió entre dientes.

—Muy pequeño —le dijo—. Muy, muy pequeño.

Mentalmente podía ver el esplendor de la Tierra en la noche, todas las luces brillando en la cara nocturna, el destello dorado de las ciudades vivas con millones de personas, el resplandor de la luz lunar o solar en las instalaciones orbitales y en los satélites, a medida que pasaban de largo, el brillo frío y nítido de las ciudades de la Luna. Muchos pasajeros de la *Enterprise* habían visto las enormes instalaciones orbitales brillantes de la Flota Estelar en las que repostaba la nave al llegar a casa; todo era pulido, enorme, moderno, impresionante; bastantes de ellos habían quedado boquiabiertos y hablado volublemente sobre los logros de los seres humanos, conseguidos en solitario o junto con sus compañeros alienígenas de otras humanidades. Para la mayoría, la Tierra era la única porción del sistema solar que tenía importancia; todos los demás planetas no eran más que colonias. Pero para Kirk, el sistema solar era más que su planeta Tierra. Había llegado del lejano espacio intergaláctico la cantidad de veces suficiente como para sentirse impresionado y conmovido al atravesar lo que él llamaba secretamente «el felpudo»: la radiopausa, aquel lugar, mucho más allá de la órbita de Plutón, en el que la gravedad y el viento solar podían sentirse por primera vez en el casco de la *Enterprise*. Allí era donde el sistema solar comenzaba para él, allí fuera, en medio de la oscuridad. Era un largo camino de entrada con los motores de impulsión, que le daba a uno tiempo para mirarlo todo y pensar. Lo que siempre recordaba eran los largos silencios fríos de las franjas exteriores, el vasto vacío; la pequeña estrella amarilla de tipo-G, una enana amarilla en realidad, nada particularmente especial, como un agujerillo de alfiler durante la mayor parte del tiempo; y al final del viaje, aquel mundo bello, diminuto, empequeñecido e insignificante contra el telón de fondo de la robusta implacabilidad de las gigantes gaseosas del espacio exterior... una cosa delicada, un accidente, un milagro casi malogrado en una o dos ocasiones.

Intentó contarle eso al ;at. No supo cuánto había podido transmitirle, no tanto a causa de los problemas del traductor como por su propia dificultad para expresarse. Pero el ;at le escuchó pacientemente y al final dijo:

—Parece tenerle usted cariño al planeta.

—Bueno, es mi hogar —dijo Kirk—. O, para ser sincero, lo fue. La *Enterprise* es actualmente mi hogar. Puedo visitar la Tierra durante períodos más o menos largos,

pero siempre quiero regresar a bordo de la nave.

Sonrió para sí, divertido por el hecho de comentar con un alienígena lo que había meditado días atrás, en el puente de la nave. «No he formado un hogar con ella, después de todo —pensó—, sino dentro de ella. Es muy diferente. Esa respuesta servirá de momento.»

—Han recorrido un largo camino para vernos —le dijo el ;at.

—Nos enviaron —aclaró Kirk—, sí.

—¿Y vinieron voluntariamente?

—Siempre lo hacemos. Bueno —rectificó Kirk tras reconsiderar lo anterior—, casi siempre. Ocasionalmente hay misiones que preferiríamos no realizar, pero las hacemos con el fin de mantener la paz. Hay otras especies que abordan de una forma menos, eh, tolerante que nosotros la vida del universo. Y eso no quiere decir que nosotros seamos perfectos, tampoco.

«Ésta es una senda peligrosa para ser recorrida por un hombre que tiene intención de conseguir que las especies de este mundo entren en la Federación», se dijo Kirk. Pero intuía que las vaguedades de la jerga diplomática no serían apropiadas en aquella situación. El ;at podía parecer inteligente, y de alguna forma peligroso, pero en aquel ser había un aire de inocencia del que Kirk no sentía deseo alguno de aprovecharse. Era una de las cosas que más había apreciado siempre en una raza alienígena —la propia forma de ser—, y maldito si tenía intención de adoptar el estilo del colonizador agresivo y obligar a otro ser a encajar en el molde de sus propias expectativas. Ni él ni su nave habían viajado hasta allí para eso.

—Permítame preguntarle una cosa, señor, si puedo —dijo Kirk—. Usted es el único de su pueblo que hemos visto hasta ahora. Hemos tenido contacto con muchos ornae y lahit, pero sólo con un ;at. ¿Habla usted conmigo en representación de su pueblo?

Hubo un silencio. Kirk podía sentir físicamente al ;at considerar la pregunta.

—Creo que podría decirse —respondió finalmente— que yo soy el único de los nuestros al que necesitan ver. Uno es adecuado para hablar por todos. Pensamos todos de forma muy parecida.

Kirk permaneció callado durante un momento. Había habido planetas en los que le habían ofrecido respuestas similares y la realidad resultó ser risiblemente distinta. Pero en aquel caso reconoció que tenía delante la verdad. Aquél, entonces, era el jefe ;at o algo que se le parecía mucho.

—Muy bien —dijo—. ¿Y qué hay de las otras especies? ¿Tienen ellos alguien que hable en nombre de todos?

—No de su propia especie —fue la respuesta que le dio el ;at—. No sienten ninguna necesidad de tenerlo. En los asuntos relacionados con el bienestar de todos ellos, nosotros hablamos en su nombre.

El retumbar de la voz del ;at adquirió, por primera vez, una nota ligeramente amenazadora. O no específicamente amenazadora, sino que con ella se daba a entender que cualquier cosa que afectara adversamente a cualquiera de las otras dos especies se encontraría con la respuesta de aquel ser, y que esa respuesta podría no ser agradable.

—Para mí es suficiente —le dijo Kirk—. Eso era lo que intentaba averiguar.

—¿Por qué?

Kirk estiró las piernas delante de sí.

—Usted ya habrá deducido, supongo, que nosotros no vinimos hasta aquí sencillamente porque nos apetecía.

—Correcto —replicó el ;at.

—Bien. Somos representantes de un gran número de especies que se han asociado entre sí para beneficiarse mutuamente del comercio y la explotación. Y —agregó Kirk—, a decir verdad, para tener compañía. La vida en un universo con otras especies es mucho más interesante que la vida en un universo en el que no hay otras especies.

—Ésa es ciertamente una forma de expresarlo —comentó el ;at.

Una vez más, Kirk sintió aquella especie de presión, como si el ser le observara tan estrechamente que todo el peso de sus pensamientos se concentrara sobre él, un peso tan tangible como la piedra que lo formaba. Permaneció sentado y resistió aquella fuerza de la mejor manera posible.

Cesó al cabo de unos instantes.

—¿Son muchos, ustedes? —le preguntó interesada la criatura.

—Muchos billones —respondió Kirk—, dispersos por millares de mundos. No todos nosotros viajamos por los planetas, de ninguna manera. Pero muchos lo hacemos.

—¿Y «comercian»? —inquirió el ;at.

Kirk asintió con la cabeza.

—Tenemos muchos tipos de necesidades diferentes. Algunos de nuestros mundos son ricos en cosas que otras especies necesitan, o desean... objetos o conocimiento. Buscamos formas de cubrir mutuamente nuestras necesidades, de forma que todos tengan lo que requieren para que sus vidas sean fructíferas. —«Al menos —pensó—, así es como se supone que debería funcionar.»

—¿Y todas esas especies nunca se hacen daño las unas a las otras?

Kirk se puso a sudar.

—Sí, me temo que a veces se lo hacen —le respondió—. Nos queda un largo camino por recorrer antes de que podamos atravesar el universo simplemente para oler las flores. Algunos de nosotros las pisamos. A veces por accidente, otras intencionadamente.

Se produjo un silencio.

—Enséñeme una flor —le pidió el ;at. Kirk levantó la mirada, confuso. —Por supuesto —le dijo.

Se puso de pie y recorrió el claro con los ojos. Ya no estaba formado totalmente por aquella hierba que había examinado momentos antes; había una vegetación de arbustos bajos esparcida aquí y allá, y entre las ramas se veían puntos de color brillante.

—¿Quiere que se la traiga hasta aquí? —le preguntó al ;at.

—No es necesario —replicó la criatura—. Enséñemela.

Echó a andar hacia uno de aquellos arbustos. Fue entonces cuando se llevó otra sorpresa, porque el ;at le acompañó. No se había movido, pero al mismo tiempo estaba a su lado a cada paso que daba, sin mover ni una sola de las hojas de flexible hierba verde azulada que cubrían el terreno, ni siquiera una mota de polvo. Era un truco impresionante y Kirk se preguntó cómo demonios lo haría.

«Aunque, claro está, dijeron que la condición tangible de los ;at era «ocasional». Me pregunto si será voluntaria. ¿La encienden y apagan a voluntad? ¿Y cómo afecta al metabolismo de estos seres? —Volvió a sonreír para sí—. Ahora entiendo por qué se volvió tan loco Bones cuando le llamé de vuelta a la nave. Deberé encontrar una manera de compensarle más adelante.»

—Aquí —dijo, se detuvo y se arrodilló.

Las manchitas rojo brillante del arbusto resultaron ser bayas; pero entre la hierba había varios tipos de plantas. Kirk tendió una mano para tocar una pequeña planta de hojas anchas, como una primavera en miniatura, con una flor de pétalos delicados parecidos a los de una orquídea.

—Eso es lo que nosotros llamaríamos normalmente una flor. No sé con seguridad si se corresponde estrictamente con las flores de la Tierra; tendría que preguntárselo a la gente del departamento de biología de mi nave para cerciorarme.

El ;at se inclinó por encima de él; mejor dicho, no se movió, pero su sombra se inclinó por encima de él y de la flor.

—Sí —comentó entonces—, creo que ya comprendo la expresión. Significa interferir en el proceso natural de unos seres que están en paz.

—Sí —confirmó Kirk.

El ;at se enderezó, o más bien su sombra se acortó, y de pronto estuvo erguido nuevamente sobre el suelo.

—Se lo agradezco —le dijo—. Ahora, déjeme que le enseñe una cosa.

E inmediatamente cayó la noche.

Era una noche llena de fuego y gritos. Los gritos no se parecían a nada a lo que Kirk hubiera oído antes, pero le llevó sólo un instante reconocer los raspantes sonidos que emitían los ornae, que repentinamente habían adquirido un tono terriblemente

alto, y el susurro de los lahit aumentado a una terrible velocidad. Rayos fásicos y desintegradores se lanzaban a través de la más absoluta oscuridad y encendían fuegos allá donde hacían blanco. Se oía el estrépito ocasional de algunos explosivos a una distancia media. Kirk permaneció inmóvil porque no podía ver por dónde huir. De alguna forma, sabía que el ;at continuaba a su lado, con unas emociones terribles que se agitaban en su interior, aunque contenidas de momento.

Un rayo fásico hizo blanco en un punto cercano. Un lahit gritó; una arboleda de ellos huyó tambaleándose en la oscuridad, sus ramas se agitaban agónicamente, todas en llamas. Otro rayo iluminó la estructura ornae que destruyó; la iridiscente carne estalló, el protoplasma se derramó y siseó mientras se vaporizaba. Tras algunos segundos, el ataque cesó; pero no cayó el silencio; los gritos de los lahit todavía se oyeron durante mucho rato. De los ornaet ya no se oía sonido alguno.

Algo pasó por encima de su cabeza, con los plateados bordes silueteados por la luz de una única luna; era una forma roma y pulida que pasó por el cielo con el rugido de unos motores de hierro y se perdió en la bruma lunar del horizonte.

Kirk profirió una imprecación y se encontró con que volvía a estar en la luz del día, con el ;at a su lado, contemplando una flor.

Volvió la cabeza hacia la brillante luz del sol, mientras respiraba con dificultad a causa de la impresión. A su lado, el ;at se erguía silencioso e impasible, como si hubiera estado arraigado en aquel lugar desde el amanecer del mundo; ya no proyectaba sombra alguna.

—¿Sabe qué nave era ésa? —le preguntó el ;at al capitán de la *Enterprise*.

—Por lo poco que he visto —respondió Kirk—, parecía una nave pirata de desembarco, de Orión. La nave madre habría estado en órbita, en alguna parte.

—Sí —dijo el ;at.

Kirk sacudió la cabeza.

—¿Cómo ha conseguido usted hacer eso? —le preguntó al ;at.

Por primera vez, percibió en el ;at una sensación parecida a la incertidumbre. Resultaba extraño para provenir de algo que hasta aquel momento había parecido más sólido que algunas montañas que Kirk había escalado.

—Me resultaría difícil explicárselo —le respondió—. Dígame: ¿dónde estará mañana?

Kirk se encogió de hombros.

—A bordo de mi nave, supongo. Puede que consiga bajar nuevamente, si acabo a tiempo con el trabajo que tengo allí. —Se volvió a mirar hacia el bosque bañado por el sol—. Me gustaría hacerlo, si pudiera —agregó—. Este lugar es bonito.

—Sí —comentó el ;at, pero había algo ligeramente inquieto en su voz—. ¿No puede hacerme una imagen de dónde estará mañana, como lo ha hecho con los lugares en los que ha estado antes?

—¿Una imagen...?

«Oh, Dios —pensó Kirk—. Esta criatura es de naturaleza telepática. Ha estado dentro de mi cabeza durante todo este tiempo, viendo todas las imágenes que pasaban por ella. ¡Sólo el cielo sabe lo que le he mostrado! Esta cosa podría destruirnos con un pensamiento, si quisiera...»

Luego sacudió la cabeza, perplejo. Podía oír a McCoy que decía, muy irritado: «¿Por qué siempre ha de ser una «cosa»? La criatura no da señal alguna de destruir nada...ya ha tenido bastante destrucción procedente del exterior».

—Señor —le dijo—, no puedo hacer lo que me pide. Usted me reclama que prediga el futuro. Visualizarlo, sí que puedo. Puedo aproximarme mentalmente a los acontecimientos futuros; pero ninguno de los nuestros puede saber verdaderamente, de forma fiable, como un acto de voluntad, qué sucederá mañana. O dentro de cinco minutos.

El ;at guardó silencio durante un momento.

—Ésa va a ser nuestra dificultad —dijo, más para sí mismo, pensó Kirk, que para su interlocutor—. Capitán, ahora debo procurar que usted nos entienda un poco...

—Considérense mis invitados —le dijo Kirk:

—Lo seremos. Creo que ustedes perciben el pasado... y el ahora... pero no el futuro. ¿Estoy en lo cierto?

Kirk volvió a sentarse sobre la hierba, agradecido porque sentía que las rodillas le fallaban un poco tras el repentino episodio de la oscuridad.

—¿Quiere decirme que ustedes sí pueden percibir el futuro? —le preguntó a su interlocutor.

—Existe en sí mismo. Sí. Podemos percibirlo hasta un cierto punto.

—Demonios —exclamó Kirk en voz baja.

—¿Cómo? —preguntó el ;at.

Kirk se echó a reír.

—Lo siento, la imagen ha debido parecerle extraña. ¿Y qué sucede con el pasado?

—Usted lo vio por sí mismo —replicó el ;at.

—Así que era eso. —Kirk volvió a sacudir la cabeza—. Esto debería ser imposible —dijo, aturdido—. Spock pasaría un gran día con usted. El futuro no debería ser accesible, según las reglas que nosotros conocemos. Ni siquiera el Guardián de la Eternidad puede llegar a él.

El ;at guardó silencio durante un momento; quizá contemplaba la imagen en la mente de Kirk.

—Ese agente opera sobre unos principios muy diferentes —le dijo al capitán de la *Enterprise*—. Sólo es capaz de funcionar sobre una pista temporal en cada ocasión; su programación le prohíbe hacerlo con más, si he leído correctamente la forma en que se ha descrito a sí mismo ante ustedes. Nosotros vivimos en una forma

completamente distinta a la del Guardián. Todas las pistas temporales son accesibles, aunque las del pasado son de acceso más sencillo.

—Oh, cielos, el tiempo —dijo Kirk, porque en medio de toda la emoción había olvidado comprobarlo con la nave—. Señor, ¿podría perdonarme un momento? No me iré a ninguna parte. Sólo necesito hablar con mi gente.

—Por supuesto, capitán.

Sacó su comunicador y lo abrió.

—Kirk a la *Enterprise*.

—Aquí *Enterprise* —le respondió la alegre voz de Uhura

¿Qué tal van las cosas por ahí abajo, capitán? —Sin problemas. ¿Qué tal la nave? —Tampoco hay problemas por aquí, señor.

—Bien. Kirk fuera.

Guardó el comunicador y se reclinó un poco sobre la hierba para mirar al ;at.

—Bueno, pues... ¿dónde estábamos? —Se frotó la cabeza—. Usted me decía que su pueblo puede visitar el futuro.

—Nosotros vivimos en él —le respondió el ;at—. Hasta cierto punto, como ya he dicho. También en el pasado y en el presente, como los perciben ustedes.

—Estuvimos allí de verdad, en aquel preciso instante, ¿verdad? Ésa fue la última vez en que los piratas de Orión atacaron su planeta.

—Sí.

—¿Con qué frecuencia ha estado sucediendo?

—A intervalos irregulares desde hace unas seis revoluciones de nuestro sol.

—Eso es más o menos ocho de nuestros años. Señor... —Kirk hizo una pausa momentánea—. Realmente me gustaría que tuviese usted un nombre —le dijo—. Puede que no lo utilizara mucho, pero me ayudaría a tener algo con lo que pensar en usted.

El ;at le miró y de pronto volvió a tener una sombra que cayó sobre el capitán.

—A nosotros no nos hacen mucha falta los nombres —le explicó—. Los otros, los ornae y los lahit, a veces me llaman con palabras que significan el que dirige las cosas una vez que las ha comprendido.

—Director —dijo Kirk. No, demasiado específico—. Jefe. —No, demasiado informal—. Hmmm... Maestro. —Como un enseñante, o una autoridad en algún tipo de arte. Aquello sonaba más adecuado.

—Maestro —repitió el ;at—. Suena bien.

—Perfecto. Así pues, esa gente ha hecho incursiones en este planeta desde hace ya ocho años, aproximadamente... —Kirk intentó complementar aquello con los informes que había oído referentes a otros actos depredadores de los piratas en otras zonas del espacio—. Si han viajado hasta aquí, se han alejado mucho de sus habituales territorios de caza. Pero en ese caso —agregó—, probablemente sea

nuestra presencia más activa, así como la de los klingon, lo que los ha alejado de las zonas más pobladas de la galaxia. — Meditó durante un momento—. ¿Qué es lo que buscan? ¿Lo sabe usted?

—Cada vez que vienen aquí, excavan —respondió Maestro. Parecía bastante perplejo por ello—. Por qué lo hacen, no lo sé.

—No es por los minerales extraíbles —le aseguró Kirk—. Vuestro mundo es pobre en esas sustancias. Pero, por otra parte, McCoy hace un rato estaba bastante emocionado con la tierra. Y Spock mencionó que la vida vegetal de aquí parecía rica en alcaloides medicinales. —Aquello hizo sonar un timbre premonitorio—. Podrían venir a buscar drogas —dijo—. En algunos mundos existen sustancias que son bastante inocentes en su propio medio ambiente, pero cuando las consumen especies alienígenas resultan psicoactivos de muy variado poder. Ese tipo de cosas tiene un precio muy elevado... y los que las obtienen y venden no vacilan en matar por ellas. —Sacudió la cabeza—. Pero no es más que una conjetura.

—Lo que no entiendo —dijo Maestro—, es por qué esos seres de Orión creen necesario matar a los nuestros como lo han hecho. Indudablemente, podrían tomar lo que quisieran y marcharse sin que nadie les hiciera nada. En este mundo hay muchos lugares con las mismas plantas, la misma tierra, pero en las que no vive ninguno de nosotros.

—Señor, algunas gentes de ese tipo simplemente disfrutan matando. Es un juego para ellos. O quizá lo vean como una fumigación... como eliminar un infección inconveniente en un planeta para poder explotarlo más fácilmente. —La boca de Kirk se redujo a una línea dura—. Los piratas de Orión han hecho eso con bastante frecuencia antes de ahora. En los principios de su historia, a veces destruían planetas enteros solamente porque no eran viables desde el punto de vista económico... y luego utilizaban los fragmentos para construir esferas de Dyson y poblar las áreas incrementadas con trabajadores esclavos. En un sentido, nos hicieron un favor... el comportamiento de ellos asqueó tanto a tantísimos mundos que el afán de lucro se hizo impopular. Quedan algunos restos, aquí y allá. Pero los piratas... creo que a ellos sencillamente les gusta matar.

Maestro retumbó; un sonido bajo y lento que hubiera puesto a Kirk muy nervioso de haber creído que iba dirigido contra él.

—Tiendo a estar de acuerdo con usted —le dijo.

Kirk se puso de pie y comenzó a pasearse arriba y abajo por encima de las flores.

—Pero usted me ha dicho que pueden existir en otros tiempos. Ésa es una ventaja tremenda, o debería serlo. Si pueden existir en el futuro, ¿por qué no pueden percibir el momento en que vendrán los piratas y mantener a sus pueblos apartados de ellos? ¿O encontrar alguna manera de detenerles?

Kirk recibió una sensación de profunda tristeza de Maestro.

—¿No cree que lo haríamos si pudiésemos? —respondió—. Podemos existir en el futuro, pero no podemos actuar sobre él ni en él sin retirar nuestra presencia del presente y el pasado. Tendríamos que vivir permanentemente en el futuro, nuestro propio futuro, con el fin de advertirnos de cualquier peligro en el presente. Hacer eso sería renunciar a la vida del presente. Para siempre.

Kirk pensó en aquello durante unos instantes.

—Calculo que vivir en el futuro no sería mucho más seguro que hacerlo en el pasado —dijo—. Tiene razón. Ha de haber alguna otra forma.

—Es difícil para nosotros —le dijo Maestro—. Estamos dispuestos a hacer eso si es necesario. Somos, a nuestra manera, los guardianes de los ornae y los lahit. Ellos comparten nuestra percepción del tiempo, pero no la visión más amplia; ellos pueden vivir en el pasado, el presente y el futuro, pero sólo en uno por vez... no en todos a un tiempo. Son inocentes, con sus propias preocupaciones... principalmente de los unos por los otros; se dedican a descubrir sus diferencias y sus parecidos. Hay muchos.

—Ya lo creo que los hay —le aseguró Kirk—. Eso es lo que en parte nos trajo hasta aquí. No conocemos ningún otro planeta en el que hayan evolucionado juntas tres especies tan diferentes.

Maestro pareció ligeramente divertido por aquello.

—Sí —comentó—, a nosotros nos gusta... eso de descubrir lo diferentes que pueden ser los demás, a pesar de ser iguales en la raíz. Hace la vida más placentera.

—Creo que les entiendo —le dijo Kirk—. Aunque es posible que me engañe. —Sacudió la cabeza—. La habilidad de ustedes para coexistir en los diferentes tiempos hará surgir muchísimas preguntas. Especialmente porque parecen capaces de extender los efectos a los demás. Podrían encontrarse con un montón de visitantes... no solamente con los piratas de Orión. —Entrelazó las manos a la espalda mientras se paseaba—. Sin embargo, debe existir alguna forma de terminar con eso.

—Nos encantará oírla —le dijo Maestro.

McCoy estaba sentado en el sillón de mando, aferrado a su mal genio con ambas manos.

—Kaiev —dijo—, volveré a decírselo. Tengo cosas mejores que hacer con mi tiempo que andar por ahí matando a sus tripulantes. No me importa en lo más mínimo si corretean con sus excavadoras de juguete y qué sé yo qué más. Si han desaparecido, a mí no me sorprende. Ya le advertí que ahí abajo sucedían cosas extrañas, pero no quiso escucharme, ah, no. También a nosotros nos ha desaparecido gente, y no sabemos dónde están.

—¿Cuántos? —preguntó Kaiev con tono imperativo—. ¿Cuándo?

—Información codificada —replicó McCoy—. Debería saber que esas cosas no

se preguntan. Y no me importa si ello significa que habrá de fiarse de nuestras palabras. Simplemente deberá aceptarlo. Si no me cree y quiere convertirlo en un incidente, adelante.

McCoy miró a Sulu y Chekov de manera significativa y lanzó una ojeada a Scotty. Podía ver que los escudos ya estaban levantados, y Sulu hizo salir la pequeña mira de disparo de su consola. Kaiev también podía ver todo aquello y le resultaba muy duro mantener inmóvil el rostro.

—Ahora bien, hijo —continuó McCoy—, yo soy un hombre acomodaticio, pero usted tiene un problema de actitud. Si me obliga a ello, se lo arreglaré encantado, de forma permanente. Decídase.

Se alegraba mucho de que Kaiev no pudiera ver cómo le sudaban las manos.

Reinaba un absoluto silencio en el puente de la nave klingon.

—¿Sobre qué? —preguntó finalmente Kaiev. McCoy sonrió.

—Sobre si va a cooperar o no con nosotros. Enviaremos equipos de búsqueda extra para que les ayuden a buscar a los suyos. Tenemos el lugar cartográfico de una forma más completa a la que pueden tener ustedes en este preciso momento; eso podría constituir una ventaja. Además, haremos un análisis de las pistas que dejaron sus tripulantes en los sensores y veremos si se puede averiguar adónde han ido. Todavía no hemos tenido mucha suerte en la búsqueda de nuestros propios desaparecidos, pero compartiremos con ustedes lo que hayamos descubierto. Spock —dijo McCoy por encima del hombro—, haga un paquete de datos referente a esa radiación extraña y asegúrese de que el oficial científico del comandante Kaiev lo reciba, ¿quiere? Gracias.

Volvió a mirar la pantalla y sonrió.

—¿Necesita algo más, Kaiev?

El comandante klingon miró a McCoy con una expresión que resultaba difícil de descifrar completamente, pero en la que había una gran dosis de perplejidad.

—Anteriormente —dijo—, usted mencionó que algunos de sus tripulantes habían sido... comidos por los árboles...

McCoy alzó una ceja.

—Dígales a sus hombres que dejen las sierras sin fin a bordo de la nave, Kaiev —le advirtió al comandante klingon—. McCoy fuera.

Uhura cortó la comunicación. Spock bajó de su puesto, se detuvo junto a McCoy y le dedicó una mirada de ligero fastidio.

—Doctor —comenzó—, ¿tiene usted alguna idea sobre la capacidad armamentística de un acorazado klingon?

—La suficiente como para saber que no pueden vencernos de uno en uno —replicó McCoy—, no con los escudos levantados y con los dedos en el botón. Que es exactamente como vamos a permanecer hasta que esta situación se haya calmado un

poco. Puede que tarde. Alerta amarilla hasta que yo diga otra cosa.

—Recibido, doctor. —Pero el vulcaniano aún no había acabado con sus admoniciones—. De todas formas, debo preguntarle por qué se comporta de una forma tan provocadora.

—No me comporte así —le dijo McCoy—. Spock, es pura psicología klingon, o al menos lo más parecido que un hombre de la Tierra puede conseguir de momento. Gruñe primero, y fuerte, y no aflojes nunca. Excede la agresión del agresor y él se tira boca arriba y te presenta la garganta. Funciona con los lobos. Y hay aspectos en la conducta de los klingon que sugieren que la psicología de «manada» es de lo más efectiva con ellos.

Spock todavía mantenía un aire de duda.

—Daba usted peligrosas señales de disfrutar con la situación, doctor —señaló—. ¿Le importaría comentar la posibilidad de que descargara usted el enojo que le causa esta situación sobre los klingon?

McCoy se echó a reír.

—Pero por supuesto que lo hago, Spock. Es una de las mejores utilidades que se pueden encontrar a las emociones: utilizarlas como un instrumento, de manera consciente, para conseguir una meta. Las propias emociones de uno, por supuesto. En el caso de usted, hablo de forma teórica.

McCoy sonrió; Spock miró al techo. El médico estaba satisfecho con el resultado. Aquél sería un día pobre, incluso bajo aquellas horrendas circunstancias, si no conseguía pinchar un poco al vulcaniano.

—Mientras tanto —continuó—, he de comenzar a reunir un poco más de información para la Flota Estelar; van a querer que les envíe largos extractos, malditos sean. ¿Ha podido averiguar algo más sobre la radiación?

—Aún se producen incidentes menores aquí y allá en la superficie del planeta —replicó Spock—, pero, al igual que antes, ninguno de ellos parece atribuible a acontecimientos específicos que yo pueda identificar. Sigo con el problema. Sin embargo, debo poner en su conocimiento —continuó el vulcaniano— que les he echado una mirada a los escáneres de calor y radiación enfocados hacia el área en la que desaparecieron los klingon y las pistas son de idéntica naturaleza a la dejada por el capitán. Sea cual fuere el agente que opera en este planeta, fue el mismo en ambos casos.

—Maravilloso —dijo McCoy—. Así que hay algo que ahora tiene a Kirk y a un puñado de klingon en el mismo corral. Ya necesitaba yo algo así para tener paz mental.

—No hay, por supuesto, prueba alguna de que semejante cosa haya sucedido efectivamente...

—Spock —le interrumpió McCoy—, le apuesto cinco centavos.

Spock alzó las cejas.

—¿Pretende usted referirse a una moneda de verdad?

—Da la casualidad de que en mi camarote, cuidadosamente oculta a los ojos fisgones, tengo una verdadera moneda de cinco centavos cabeza de búfalo, datada en los ancestrales días de 1938. Le apuesto esa moneda a que el capitán y los klingon acabarán en el mismo sitio. Y —agregó el médico— le apuesto a que Jim se burlará astutamente de ellos.

—Si pierdo la apuesta —le advirtió Spock—, no tendré la posibilidad de entregar la cantidad en cuestión. Me temo que no tengo ninguna moneda de cinco centavos.

—Da lo mismo —replicó McCoy—. Haga el favor de darme esa libreta electrónica. He de pensar en algo que suene lo bastante bien como para mantener alejada de mi cuello a la Flota Estelar durante las próximas horas.

—¿Es que espera que suceda algo en ese período de tiempo? —preguntó el vulcaniano.

—Spock, con la suerte que tengo, algo ocurrirá. Usted, simplemente observe.

Katur era una oficial joven, que durante su vida había acumulado una larga experiencia de descensos a la superficie de los planetas. Se enorgullecía de su capacidad para enfrentarse con lo inesperado. Había visto muchas cosas que significaron la muerte para los menos preparados que ella, los que no eran capaces de reaccionar en un segundo, para matar velozmente y sin indebidas consideraciones respecto a las consecuencias. Pensar en exceso, opinaba Katur, era malo para el pulso. La reacción, el reflejo rápido y despiadado, ésa era la receta de la supervivencia... y del ascenso de rango.

Pero no estaba en absoluto preparada para nada que se pareciera a aquello.

La reunión mantenida con el comandante Kaiev había sido breve y simple.

—El planeta está lleno de alienígenas —había dicho él—. Según los indicios, algunos de ellos podrían ser peligrosos. Mantengan el debido cuidado, pero no vacilen en dar un ejemplo a algunos de ellos si lo creen necesario. Los informes de nuestros agentes de inteligencia indican que el planeta es muy probablemente una rica fuente de recursos *tabekh*. Ustedes deben buscar las materias primas necesarias y, una vez identificadas, traer a bordo la mayor cantidad posible. Manténganse alejados del personal de la Federación, a toda costa. No queremos que se formen ni la más ligera idea de lo que perseguimos en este área, para que ellos no intenten explotar también esos recursos. ¿Comprendido?

Katur lo había comprendido todo demasiado bien. En aquel descenso obtendría una preciosa pequeña victoria. «Mi madre no me crió para cavar en la tierra como una criada —pensó mientras se encaminaba hacia la sala del transportador junto con los demás—. Pero a veces una debe sufrir en silencio para alcanzar metas más

elevadas.»

Katur pensaba frecuentemente de aquella manera, con axiomas y sabios refranes. Era un mal hábito que había adquirido de su hermano, muerto de forma repentina a medio axioma en la superficie de algún mundo de la grieta galáctica sur, cuando una criatura con demasiados dientes y poca capacidad para apreciar los sabios refranes le había saltado encima y arrancado la cabeza de un bocado. Katur nunca había querido mucho a su hermano, así que se sintió poco conmovida por el incidente, excepto para afirmarse en que la sabiduría era mejor dejarla para los demás, y que el pensar con demasiado ahínco tendía a distraerle a uno de lo que sucedía en la vecindad inmediata. Los sabios refranes aún hacían ruido en su cabeza, pero ella se los guardaba para sí y hacía todo lo posible para no prestarles atención.

En aquel momento se hallaba sentada en el vehículo todoterreno y mascullaba para sí misma contra la forma de conducir de Kesaio, que era ciertamente apropiada para un carro de estiércol, pero para nada mejor que eso. El transportador les había transferido prácticamente al centro del campamento de la Federación y habían tenido que soportar abundantes miradas de interés mientras salían trabajosamente del claro. Ése era otro problema: la falta de carreteras adecuadas. El comandante les había prohibido el uso de una aeronave, porque aparentemente pensaba que el comandante de la Federación, no el famoso Kirk de habla suave sino algún otro oficial, era muy fácil de contrariar y podía malinterpretar la aeronave como excesivamente útil para atacar a los grupos de descenso de la Federación.

Aquella sola declaración había conseguido que a Katur se le retorciera el hígado. Sintió desprecio por Kaiev, aunque reconocía que la suya era una actitud prudente; quizás incluso más de lo habitual, porque aquel hombre muy raramente había parecido ejercitar el buen juicio en otras ocasiones. Era perfectamente capaz de mostrarse osado cuando el enemigo era pequeño y estaba desamparado, cosa que irritaba a Katur. No había honor alguno en semejantes pretensiones; esclavízalos y acaba de una vez. Pero aquella repentina y cuidadosa cortesía que exhibía Kaiev a la vista de los cañones punitivos de la *Enterprise* irritaba considerablemente a Katur. Era una verdadera lástima que ya estuviera preparado el vehículo. Lo único que habría hecho falta era un momento de sorpresa para agregar gloria a los nombres de todos ellos. Gloria, y un pronto final a aquel viaje de rutina por el medio de ninguna parte.

En cambio, se les obligó a actuar humildemente y conducir aquel vehículo por entre los miembros de la Federación y, aún peor, entre los alienígenas.

—Yo les mataría a todos —masculló Katur para sí—. Mira esas cosas repugnantes.

—Intento no hacerlo —comentó Helef, que se hallaba junto a ella y tenía el entrecejo fruncido.

Era comprensible, porque aquellos seres eran, en efecto, repugnantes. La mitad de ellos parecían gordas bolsas de gelatina de colores sedosos; la otra mitad eran estúpidas plantas, salvo que tenían pequeños ojos de colores que dejaban claro que les observaban, pensando vaya a saberse qué.

—Todavía la emprenderé con el hacha contra uno de ellos —dijo Katur con voz susurrante—. ¿Por qué será que dondequiera que vamos nos encontramos continuamente con estas cosas? ¿Es que el idiota del universo no tiene nada mejor que hacer que crear constantemente más y más vida? La mayoría de ella no vale siquiera la pena conquistarla. —Se estremeció—. Todas son vidas sencillas, sin sofisticación, sin elegancia, sin pasiones grandiosas. El universo es un peatón desesperante, Helef.

Helef se encogió de hombros y miró hacia otra parte: No era nada filósofo, ni en sus mejores momentos.

Kesaio les sacó del claro por el sendero estrecho y lleno de irregularidades. Las ramas de los árboles les azotaban el rostro; los del asiento de atrás se agachaban; Kesaio y Tak, en el delantero, proferían imprecaciones. Katur ansiaba ver el final de aquel día. «Desenterrar *tabekh* como un sirviente —pensó—. Alguien debería retar a duelo a Kaiev por esto y arrancarle el hígado. El problema es que necesitamos esa sustancia, supongo.» Realmente habían pasado ya tres semanas desde la última vez que alguno de ellos había tomado *tabekh*, y ya se habían producido varios asesinatos a bordo de la nave al perder los estribos uno u otro miembro de la tripulación y matar a otro para apoderarse de su ración. Dar con un planeta que tenía recursos de la sustancia era una suerte increíble, y debían explotarla. Pero Katur estaba intensamente irritada por que la hubiesen enviado a encargarse de la explotación.

Salieron a otro claro y pasaron rugiendo por él. Entonces sucedió algo. Katur no estuvo segura de los detalles ni siquiera más tarde, cuando tuvo tiempo para pensar en el asunto, pero pareció como si de pronto hubiera una piedra en el centro del claro, donde previamente no había nada. Tuvo poco tiempo más para considerar el fenómeno, cuando fue arrojada fuera del vehículo por encima del parabrisas.

Estaba lo bastante bien entrenada como para rodar sobre sí al llegar al suelo; un momento más tarde se hallaba de pie, con el arma en la mano, y miraba a los demás. Estaban todos tendidos por el suelo en varios estados de contusión. Kesaio se hallaba sentado y gemía, sangraba por una buena brecha que tenía en la cabeza. Katur se acercó y le ayudó rudamente a ponerse de pie, aferrándolo por un brazo.

—Es una lástima que no te hayas matado —le dijo—, pero no te preocupes: el comandante lo hará por ti cuando vea lo que has hecho con el vehículo.

Kesaio todavía no estaba bastante repuesto para hacer otra cosa que gemir. Katur se encaminó hacia Helef, y se detuvo brevemente para dar una patada a una de las excavadoras vibratorias que habían caído del vehículo y se había partido limpiamente

en dos.

—Fantástico —comentó—. Ahora tendremos que hacerlo todo a mano. —Ayudó a Helef a ponerse de pie; estaba aturdido, pero eso era todo—. ¿Tak? —preguntó.

—Estoy bien —respondió el interpelado—. Katur, ¿has visto eso? La piedra se puso delante de nosotros.

Ella lo miró fijamente.

—Estás atontado. Vamos, recoge tu arma.

Él hizo lo que Katur le decía, pero al mismo tiempo miraba con expresión suspicaz a la piedra.

—Katur, lo digo en serio. Al principio estaba en otra parte y se desplazó.

—Nada se ha desplazado —le dijo ella con desdén—. No seas estúpido. ¿Cómo iba a moverse una piedra? ¿Ves alguna marca en la hierba o cosa que se le parezca?

—No, pero...

—Idiota —le dijo ella, y se alejó a grandes zancadas.

Una nueva decepción. Habitualmente le gustaba Tak, pero, si iba a comenzar a alucinar con ella, no tenía ningún valor.

Katur miró el vehículo. Una ruina. ¡Con qué facilidad podían hacerse pedazos las cosas en el mundo! Había partido con la esperanza de recibir alabanzas por la tarea bien hecha, y a causa de lo sucedido se tomarían medidas disciplinarias contra todos ellos. Y todavía no tenían el *tabekh*.

Los parabrisas del vehículo estaban hechos añicos. Katur lo miró mientras se frotaba el cuello ligeramente dolorido y se preguntaba cómo se las habría arreglado para salir volando por encima de él y no golpear contra la roca.

A menos que la roca se hubiera movido, efectivamente...

No, ridículo. Se acercó a la otra excavadora y la recogió. Todavía estaba entera, pero si funcionaba era otro asunto.

—Vamos, todos vosotros —les dijo a sus compañeros—. Al menos nos queda un trasto de estos. Vamos a llevarnos el maldito *tabekh*, en cantidad más que suficiente para todos.

—¿Y qué hacemos con el vehículo?

—Le diremos al comandante que uno de esos miserables árboles se puso delante de él —replicó Katur—. Las rocas no podemos explicarlas como no sea por la torpeza de la gente. —Miró a Kesaio con el entrecejo fruncido—. Pero podemos coger uno de esos árboles y dejarlo de tal forma que parezca que el alienígena se metió torpemente en nuestro camino. No hay nada más fácil. Toma, coge esto —continuó, y le entregó la excavadora vibratoria a Helef.

Él la cogió de mala gana, pero no tenía elección; ella era más veterana que él.

—Venga —le ordenó ella—, dame tu escáner.

Él se lo entregó, también con reticencias. Había dedicado bastante tiempo a hacer

pequeñas modificaciones en el aparato y le disgustaba que alguien manoseara los ajustes realizados. Katur cambió las frecuencias de lectura hasta que fueron de su gusto y luego realizó un sondeo en círculo.

—Allí —dijo—. Allí tenemos una pista segura. Hacia el noroeste, a no más de cuatro mil pasos de distancia. Creo que podremos hacerlo en una hora, poco más o menos. Vamos, acabemos con esto de una vez.

Se encaminaron hacia el noroeste, en dirección a las colinas de color verde azulado. Una larga tarde suave, azulada por la calina y la característica clorofila del planeta, descendía sobre todo el entorno. Katur, indiferente, estaba ciega a todo aquello.

Otra cosa que tampoco vio, y que le hubiera importado bastante más, era la roca que les seguía.

Kirk estaba sentado a la sombra del maestro de los ;at y pensaba concentradamente. La tarde comenzaba a caer sobre el paisaje; la luz cambiaba de la extraña mezcla de calidez y frescor de la mañana y las horas del mediodía a algo casi completamente cálido, aunque los azules y verdes todavía eran predominantes. El metálico brillo del sol del planeta se transformaba en un color oro viejo que bañaba el aire inmóvil. Hacia el noroeste, en dirección a las colinas, los pájaros, o algo que podría haber pasado por pájaros, comenzaban a cantar entre las ramas de los árboles. Era un canto apagado, abstracto y ligeramente melancólico. A Kirk le recordaba el de los ruiseñores, o el de los tanagras en invierno, y se adecuaba exactamente a su humor del momento y a la sensación que le producía el lugar.

Maestro no había hablado desde hacía un rato. Kirk se recostó contra la roca —el ;at le había dicho que no le importaba—, y aguardó. Desde el momento en que se había trasladado a la superficie, había sentido de forma constante que no tenía sentido alguno precipitar el proceso. Exactamente por aquel motivo la *Enterprise* había acudido allí, por las relaciones diplomáticas, las cuales tenían lugar de una forma muy distinta a las que había imaginado originalmente, pero de todas formas tenían lugar y requerían los mismos cuidados y atenciones que en los casos en los que se observaban las formalidades habituales. «Es una lástima que no pueda ejercerse la diplomacia de esta forma con mayor frecuencia —pensó Kirk—. Estar sentado al aire libre y bajo el sol es mucho más placentero que encerrarse en salas de reunión mal ventiladas y asistir a burocráticos cócteles.»

No obstante, se sorprendía constantemente mirando en torno, como para asegurarse de que el día no desaparecería repentinamente para dar paso otra vez a una noche llena de bombas y rayos fásicos. Su mente no abrigaba duda alguna de que había estado físicamente en aquella noche. Eso le planteaba una interesante pregunta: ¿podían los ;at afectar físicamente a otros seres de la misma forma que lo hacían consigo mismos? Parecía probable. Pero iba a necesitar a Spock más tarde para que le ayudara a desentrañar las respuestas a esa pregunta, y a muchas otras. No cabía duda alguna de que la Federación estaría muy, muy ansiosa por incluir dentro de sí aquel planeta.

Sin embargo, no podía permitirse que eso le preocupara. Su misión era descubrir si el ingreso en la Federación sería tan bueno para los ;at —y los ornae y los lahit— como lo sería desde el punto de vista de la Federación misma. Si no lo era, él le diría a la Federación que pasara de largo. Teóricamente, si ésa llegara a ser su decisión, ellos la apoyarían.

Teóricamente.

Suspiró y pensó nuevamente en aquella noche horrible llena de matanzas.

—Creo que puedo comprender —dijo, pasado un rato por qué son ustedes propensos a mostrarse un poco cautelosos con los alienígenas.

Hubo un instante de silencio.

—¿Puede entenderlo? —le preguntó luego Maestro—. ¿De verdad que puede?

El tono de voz de su interlocutor era de curiosidad e hizo que Kirk se preguntara si se le había escapado algo.

—Se refiere a que podría haber razones que justifiquen esa cautela y que yo aún no he comprendido —comentó—. No hay nada más probable. Pero todavía no sé qué preguntas formularle, señor, para obtener las respuestas correctas.

—Tampoco yo —reconoció Maestro—. Creo que habremos de jugar al juego de las veinte preguntas galácticas hasta que ambos descubramos lo que necesitamos saber.

Kirk rió entre dientes. A medida que hablaban, el lenguaje figurado común del ;at se hacía más fluido, incluso ingenioso. Kirk suponía que de alguna forma captaba en su mente retazos de conversaciones con otras personas, según él las recordaba en el curso de su propia conversación y pensamiento.

—Ésa es una definición mejor que cualquier otra para esta situación —le dijo.

Se desperezó.

—Es un placer disponer del tiempo necesario para hacerle preguntas hoy —comentó—. Me siento mucho menos presionado que de costumbre. —Miró de reojo al ;at—. Eso no será obra suya, ¿verdad?

El ;at vaciló; Kirk se volvía cada vez más capaz de percibir las vacilaciones del ser.

—No puedo responderle a eso —le dijo luego— hasta que sepa con seguridad qué quiere usted decir con «obra». Supongo que debería decirle absolutamente todo lo que hago.

A Kirk aquello le pareció gracioso.

—¿Y qué es lo que hace?

—Principalmente, observar el mundo.

—En nada se diferencia de la mayoría de nosotros. Excepto que nosotros tenemos que hacer cosas respecto a lo que vemos que sucede. Y me temo que no siempre hacemos lo correcto.

El ;at profirió un largo y lento retumbo que Kirk comenzaba a reconocer como un acuerdo.

—Ustedes hacen muchísima «obra» —dijo.

—Sí.

—Ha de resultar extraño —comentó— pasar tanto tiempo en el presente.

Kirk rió abiertamente al oír aquello.

—Estamos más o menos anclados en él. El futuro es para nosotros un libro

cerrado... el pasado es inamovible. El presente es lo único que tenemos para trabajar.

—Resulta muy extraño —le dijo Maestro—. El tiempo, según lo conciben ustedes, es un lugar pequeño, al parecer. Una caja. Están dentro de la caja y todo lo que hay fuera de ella les resulta inaccesible.

—Salimos —comentó lentamente Kirk—, pero sólo ocasionalmente. Con los sueños... en ellos no hay tiempo. Un centenar de cosas suceden en un abrir y cerrar de ojos.

—Sí —reflexionó Maestro—, así es como sucede.

—En la Tierra había un antiguo refrán, entre algunos de los primeros filósofos, que decía que el tiempo era la forma que tenía la naturaleza de evitar que todo sucediera a la vez.

Maestro volvió a retumbar, esta vez divertido.

—¡Qué contexto tan tranquilo debe ser ese en el que viven ustedes! —le dijo a Kirk—. Un lugar sencillo.

—¡Sencillo!

—Pero ¿advierte en qué se funda nuestra precaución? —le preguntó Maestro—. Aquí, los nuestros tienen una percepción del tiempo como un todo, algo indivisible; un campo en el que nosotros vivimos y por el que nos movemos a voluntad; el cielo, el sol, los árboles, el viento. Y resulta que ahora llega hasta aquí una especie que nos cuenta que todas las otras especies, o casi todas, viven en cajas y dejan entrar el sol sólo un instante cada vez, miran las estrellas sólo de tanto en tanto. ¿No debería parecernos eso indeciblemente extraño? ¿Atemorizador? ¿Y no deberíamos temer que las especies con las que vivimos, y a las que tenemos afecto, los ornae y los lahit, puedan captar ese punto de vista de alguna manera, por el contacto con otros seres, y contaminarse de él? ¿No es normal que temamos que nuestros amigos, que en gran parte ven el mundo de la misma forma que nosotros, puedan meterse dentro de las cajas y lleguen a reducir su percepción del mundo a la ocasional inhalación del aire, a un atisbo del sol a través de las grietas? —La voz del ;at tenía una expresión grave—. Creo que eso sería un error en nuestra labor de cuidadores.

—En ese caso tendría razón —le dijo Kirk—, pero no tiene garantía ninguna de que eso vaya a suceder. Podrían enriquecerse con la misma facilidad que empobrecerse. Piense en el otro aspecto de la cuestión. Gentes de un centenar de mundos acudirían aquí con tantas formas nuevas y extrañas de pensar como pueda usted imaginarse; más que eso, porque lo extraño no siempre ha de ser terrible. Nosotros hemos superado ese miedo, aunque nos llevó mucho tiempo. Algunos de los más diferentes de entre nosotros somos los mejores amigos de la galaxia. Quizás haya algo de verdad en lo que dice la gente en el planeta del que vengo, que los polos opuestos se atraen, que las personas tan diferentes entre sí como puedan ser no tienen nada de qué discutir y se llevan de mil maravillas, mejor que las personas más

parecidas la una a la otra.

—Como sus amigos los klingon.

Kirk se echó a reír.

—Puede que nos parezcamos demasiado para que las cosas redunden en nuestro bien. Ambos descendemos de especies predatoras. ¿Hay alguna especie predatora en este planeta? —preguntó, porque pudo percibir la momentánea confusión de Maestro—. ¿Criaturas que viven de otras criaturas mediante la ingestión del tejido de sus cuerpos, o que les arrebatan a otras criaturas algo que les pertenece?

El ;at se estremeció y Kirk hizo lo mismo, por simpatía; quizá Maestro empezaba a dejar filtrar sus emociones, porque una ola de conmoción y repulsión atravesó completamente al capitán de la *Enterprise*. «¿Qué imagen tenía yo en la mente? —se preguntó, porque ni siquiera la había advertido—. ¿Leones de la sabana? ¿O algo peor que eso?»

—No hay nada parecido por aquí —respondió Maestro; en su voz había un subyacente tono de infelicidad—, aunque he oído hablar del concepto. Eso, entonces, también sería muy útil para explicar la conducta de esos piratas de Orión de ustedes, si es que también ellos descienden de predadores.

—Pertenece al tronco de los homínidos —le explicó Kirk—. Me temo que sí. La mayoría de los homínidos han tenido ancestros que cazaban y mataban para vivir. Algunos de nosotros decidimos romper la tradición. Otros disfrutaban al matar y no ven problema alguno en ello. Nosotros intentamos no juzgarles según nuestras propias pautas. —Kirk suspiró—. Ya tenemos bastantes problemas para vivir nosotros según las mismas.

—Comprenderá —comentó Maestro— las dificultades que tendría yo para justificar el contacto con semejantes criaturas.

—¿Justificarlo ante quién? —le preguntó Kirk.

Se produjo otra de aquellas largas pausas.

—Me resulta difícil explicarle eso —replicó el ;at, aunque en la voz había un tono subyacente casi de alegría.

Kirk sacudió la cabeza.

—No se preocupe, entonces. Puedo aguardar a más adelante. Estoy muy preocupado con esos piratas. Es inevitable que regresen. Vendrán de nuevo hasta aquí mientras no hayan agotado los recursos que les trajeron por primera vez. Y en el proceso matarán a más de sus gentes, y a los ornae y los lahit.

—Oh, no han matado a ninguno de los nuestros. Somos difíciles de matar —le aseguró Maestro.

—¡Eso lo apostaría! —exclamó Kirk. Uno podría dejar caer una bomba de tierra encima de una criatura capaz de entrar en estado de suspensión física; cuando volviera a aparecer, ni una sola de las vetas de piedra estaría fuera de sitio—. Pero a

los otros... sí. Yo evitaría eso, si pudiera evitarlo.

Kirk sopesó las siguientes palabras durante unos segundos.

—Ésa podría ser una de las ventajas que les ofreciera el entrar en la Federación —le dijo al ;at—. Una de las cosas en las que cooperamos es la mutua protección. Si se hiciera público que el mundo de ustedes se había afiliado a la Federación, es muy probable que los piratas evitaran acercarse por aquí. Ya hemos tenido duros encuentros con ellos anteriormente. —Kirk sonrió, una sonrisa que parecía más una mueca—. Generalmente para desventaja de ellos.

—Usted me dijo antes —comentó Maestro— que tal vez la razón por la que habían acudido aquí era porque se habían visto expulsados de otros espacios... por ustedes y los klingon. Si ustedes vinieran aquí, quizás ellos se verían empujados más lejos... a algún otro mundo incluso menos capaz de defenderse que nosotros. Algún mundo que a los suyos no les pareciera lo suficientemente valioso para defenderlo. Porque está claro que ustedes encuentran alguna ventaja en el nuestro.

—Eso no puedo negarlo —replicó Kirk.

—A mí me resultaría duro —continuó Maestro— cargar sobre mi conciencia el peso de las muertes de otro mundo. Las de éste ya son un problema bastante grande.

Kirk tuvo que inclinarse ante la lógica de aquel razonamiento. «Un tanto para la iniciativa diplomática —pensó Kirk—. Intuyo que esta gente va a darnos un «no» rotundo al final. Independientemente de ello, algo hay que hacer para ayudarles.»

—Esa condición predatoria —comentó Maestro, pensativo— parece insólitamente extendida. Uno se pregunta si no podría hacerse algo al respecto.

Una sonrisa afloró lentamente a los labios de Kirk.

—Yo estoy aquí sentado e intento pensar en formas de ayudar a los suyos —reflexionó— y usted intenta pensar en formas de ayudar a los míos.

—Bueno, ¿y quién no lo haría?

—Los klingon, por ejemplo.

—Sí —dijo Maestro, todavía pensativo—, pero ése es su problema. Ellos no pueden evitar su herencia genética más que usted. Uno debe intentar trascender ese tipo de cosas, sin tratar de solucionarlas mediante la simple erradicación. La erradicación nunca resulta permanente, ni efectiva.

—Así lo descubrimos algunas veces, a lo largo de nuestra historia —asintió Kirk—. Por regla general, el dominio de las situaciones es mejor que el cambio. Y habitualmente más gratificante.

—Sí —afirmó el ;at, y el círculo de tierra se sacudió con la expresión de acuerdo.

Kirk hizo equilibrios hasta que el temblor cesó. «Me parece que se me acaba de escapar algo significativo —pensó—. Ojalá supiera de qué se trata.»

—En cualquier caso —continuó diciendo—, los klingon no parecen particularmente interesados en trascender su herencia. Aparentemente le tienen

mucho cariño. —Se encogió de hombros—. Es su elección.

—Sí.

—De todas formas, le agradezco que intentara pensar en formas de ayudarnos, pero creo que probablemente no nos beneficiaríamos de ellas a menos que seamos nosotros los que pusiéramos en práctica nuestra propia ayuda.

—Voy a decirle algo similar a lo que acaba de comentar —reflexionó el ;at, y Kirk pudo percibir que sonreía, aunque no se había producido cambio alguno ni en los contornos ni en el terrible peso de aquella enorme piedra—. Verá, si tuviéramos que depender de otros para protegernos, nuestra... suficiencia... se vería menoscabada. Nunca más nosotros, ni las otras especies, seríamos del todo completas. Puede que sea mejor morir a perder la entereza. Realmente, es lo único que tenemos.

—Libertad o muerte —masculló Kirk.

—Sí —replicó el maestro de los ;at—. Creo que ésa es la decisión apropiada.

—Y ustedes la tomarán —comentó Kirk.

—Oh, la hemos tomado, eventualmente —le dijo Maestro—. Simplemente no sabemos todavía cuál es.

Kirk suspiró. De vez en cuando, las frases del ;at le resultaban confusas, pero tenía algo que ver con la extraña percepción del tiempo de aquel ser, más que con un fallo del traductor.

—Bueno, hágamelo saber cuando lo averigüen —le pidió.

—Será usted el primero en saberlo —respondió el ;at y probablemente el último. Dígame una cosa, si quiere.

—Desde luego —replicó Kirk, completamente confundido.

—La otra nave... hábleme de ella.

—Ah, nuestra nave de reconocimiento inicial —dijo Kirk—. Tenían órdenes de no revelar el lugar del que procedían ni qué hacían aquí. Siento pesar al respecto, al mirarlo retrospectivamente —le confesó al ;at—. Parece una forma infantil de tratar a otras especies inteligentes. Desgraciadamente, yo no soy quien estructura la política a seguir; mi trabajo es ponerla en práctica.

—No me refiero a esa nave —aclaró el ;at—, sino a la otra nave que está en órbita, la que tiene el hombre *Ekkava* en el casco. A bordo no hay tanta gente como en su nave, pero parece llevar muchos más dispositivos de dirección de energía que la de usted.

Kirk se encontró repentinamente bañado en sudor frío. «¡Bones! Y mi nave con un oficial verde al mando, al que nadie tendrá posibilidad ninguna de relevar debido a mis órdenes.»

—*Ekkava*... eso suena inquietantemente a nombre de nave klingon —dijo—. Señor, necesito ponerme en contacto con mi nave.

Sacó el comunicador y lo abrió.

—Kirk a la *Enterprise*.

El resultado fue un horrendo chillido electrónico que ya había oído anteriormente, y que le erizó los pelos de la nuca... tampoco de deleite esta vez.

—Bloqueado —masculló—. ¿Qué demonios se traen entre manos?

—De momento parece que simplemente están en órbita —respondió Maestro—. Su nave no corre peligro alguno procedente de los klingon, eso puedo decírselo con certeza.

—Si no le importa, prefiero ser yo quien juzgue eso —le dijo Kirk.

—Sólo un momento más. Hemos hablado de los klingon principalmente en sentido abstracto —comentó Maestro—. ¿Les considera usted tan malos como los piratas de Orión?

Kirk tuvo que meditar aquello durante un momento.

—Hay un número mayor de ellos —le explicó Kirk— y son más cautelosos y más violentos. Habitualmente están mejor armados. Pero por lo general son más predecibles. Nos conocemos los unos a los otros moderadamente bien —concluyó.

—Así parece. Bueno, están aquí y supongo que también habremos de recibirles y entretenerles. —Maestro sonaba más como un anfitrión preocupado por la posibilidad de no tener suficientes manjares para la cena que como una criatura que podría tener el principio de una invasión a las puertas de su casa—. ¿Qué nos recomienda usted que hagamos?

Kirk dirigió una mirada furiosamente ceñuda al comunicador que no funcionaba y lo guardó.

—Probablemente —replicó—, que se preparen para la lucha.

### **DIARIO DEL CAPITÁN, suplemento, grabación del comandante Leonard McCoy en ausencia del capitán James T. Kirk:**

*(Oh, Dios, Jim, ¿dónde demonios está?)*

*Las condiciones continúan sin cambios notables desde la última grabación. Mantenemos un canal abierto con el acorazado klingon, para que se sientan seguros de que no abrigamos ninguna mala intención contra ellos, y comprobamos regularmente las noticias que puedan tener respecto a los tripulantes desaparecidos. Hasta el momento no se ha hallado rastro alguno del grupo de descenso klingon, ni del capitán Kirk, aunque hemos ampliado las búsquedas para incluir tres de los otros continentes y las aguas que los rodean, en las que ya han concluido la mayor parte de las investigaciones. El señor Spock continúa analizando las extrañas radiaciones y otros fenómenos levemente antinaturales que él cree que podrían arrojar alguna luz sobre el método empleado para llevarse al capitán. Los ornae y lahit del planeta todavía insisten en que el*

capitán está presente e ileso, si bien no pueden demostrarlo ni decirnos cómo lo saben.

Mientras tanto, continúa la recogida de datos en la superficie del planeta, aunque muchos de los miembros han sido transferidos a los equipos que buscan al capitán. Hemos redescubierto la penicilina dieciocho veces y hemos aislado varios agentes antifunginosos y antibacterianos bastante prometedores. El planeta parece albergar también alguna vida vegetal que se da en otros situados a mucha distancia de aquí, como la hierba bufadora, que según nuestras informaciones crecía sólo en Delta Orión Ocho. También se han encontrado e identificado otros especímenes, que han llevado a los botánicos a sugerir que los preservadores podrían muy bien haber pasado por aquí, pero que posiblemente habrían trasplantado especies vegetales en lugar de las habituales especies animales inteligentes, y utilizado el planeta como invernadero en lugar de como zoológico de su programa de cría. El interés del planeta continúa en aumento. Mi único deseo es que el capitán lo pudiera experimentar desde aquí arriba y no desde el sitio en el que se encuentra, sea cual fuere.

McCoy le entregó la grabadora a Uhura.

—¿Le ha sonado bien todo eso? —le preguntó.

—Empieza a cogerle el tranquillo —replicó la mujer—. Gracias, doctor. Esto saldrá con la próxima transmisión, dentro de poco.

—Bien. —El médico frunció levemente el entrecejo—. ¿No deberíamos recibir otra carta de amor de la Flota Estelar dentro de nada?

—Sí.

—Ah, fantástico.

Comenzaba a sentir pavor en la boca del estómago, una sensación que no había tenido desde que era un estudiante de enseñanza secundaria y aguardaba sentado a que le pusieran en las manos lo que sería una cartilla con suspensos para que se la llevara a casa.

—No se deje llevar por el pánico, todavía —le aconsejó Uhura—. A estas alturas tendrán su última respuesta, pero tardarán cinco horas en recibir este informe y dilucidar qué ha hecho con lo que ellos le dijeron. Quizás ocurra algo antes.

—Quizá —replicó él, que no quería echar un cubo de agua helada sobre las esperanzas de Uhura.

Sin embargo, intuía que, si algo había de suceder, vendría de aquella pequeña chispa de luz que les seguía a buena distancia, también en órbita. Eso le produjo un escalofrío que le recorrió la espalda. Ya había considerado varias veces la alternativa de decirle a Sulu que redujera la velocidad con el fin de que los klingon pasaran de largo hasta situarse delante de ellos, pero se había contenido. La *Enterprise* dispararía

igualmente bien hacia delante que hacia atrás y, en cuanto a los klingon, cualquier maniobra inesperada por parte de la nave de la Federación podría ponerles nerviosos. No tenía sentido hacer nada que pudiera alterar el delicado equilibrio que existía de momento.

—Spock —dijo, y volvió la cabeza para mirar por encima del hombro—, ¿algo nuevo?

Spock estaba inclinado sobre el visor de su terminal, atento. Se enderezó con gran lentitud.

—Estoy... inseguro, doctor —replicó.

—¿Cómo de inseguro?

Spock descendió hasta detenerse junto al asiento de mando.

—Doctor —comenzó el vulcaniano—, usted ha dicho que la física de alta energía estaba un poco «fuera de su alcance». ¿A cuánta distancia?

McCoy se encogió de hombros.

—Entiendo las bases; es indispensable para comprender la mayoría de los sistemas de diagnóstico por imágenes que utilizamos en la enfermería. Puedo reparar nuestro pequeño ciclotrón cuando se avería, pero eso es más o menos todo lo que sé.

Spock asintió con la cabeza, con aire pensativo.

—He hecho algunos sondeos de lapso temporal en la superficie del planeta —le explicó—, concentrados en el área en la que desapareció el capitán. Aún localizo la decadencia de partículas-Z de una determinada clase, del tipo asociado con la entrada de partículas tachyon<sup>[5]</sup> en la atmósfera.

Aquello sorprendió un poco a McCoy. Los tachyon eran los heraldos de partículas que habían viajado a una velocidad superior a la de la luz y habían aminorado la marcha de forma que se hacían perceptibles dentro de los límites del tiempo «real»; el cambio de color que se operaba en ellos, al rojo intenso, siempre los delataba.

—Eso sí que es curioso —comentó el médico—. ¿Qué conclusión saca?

—Todavía no tengo ninguna teoría —replicó Spock—, pero ya nos hemos encontrado antes con ese tipo de decadencia en particular.

—¿Dónde?

—En el planeta del Guardián de la Eternidad.

McCoy alzó las cejas.

—Los típicos patrones de decadencia están todos presentes aquí —continuó el vulcaniano—. Los encontramos de forma característica cuando el Guardián realizó recientemente un camino temporal.

—¿Cree que hay otro guardián ahí abajo? —Tragó con dificultad. No cabía duda de que semejante hecho despertaría el interés de los klingon—. ¿Está enterrado en alguna parte? ¿A ello se debe que nuestros amigos de ahí fuera salieran con artilugios de excavación? Quizá nos equivocamos al pensar que buscaban recursos minerales.

—Los datos que tengo son insuficientes —replicó Spock—. Lo único que he podido determinar es que la decadencia de radiación es idéntica. Pero dudo que los klingon hayan tenido tiempo para llegar a las mismas conclusiones que yo.

Esto le llegó a McCoy como un pequeño consuelo momentáneo.

—¿Hay algo que ha cogido a Kirk y le ha arrojado a alguna otra línea temporal? —inquirió el médico—. ¿Explica eso que los ornae no dejen de insistir en que está allí... pero no pueden mostrárnoslo?

—No puedo decírselo. Pero continuaré con las investigaciones.

McCoy meditó durante un momento.

—¿Les han preguntado los nuestros a los ornae si saben dónde están los klingon? —preguntó luego.

—Sí, pero las respuestas no han sido concluyentes. Todavía intentan obtener respuestas que tengan sentido.

Spock se volvió para marcharse.

—¿Todavía no hay rastro de los ;at? —preguntó McCoy.

—No, doctor —replicó Spock, y regresó a su puesto.

McCoy se recostó en el respaldo y miró la pantalla, que mostraba el claro principal de la superficie del planeta. En el fondo de la imagen, la teniente Kerasus, sentada en el suelo con un ornaet medio subido a su regazo, hablaba a toda velocidad en el sensor y utilizaba los mismos raspantes sonidos que los ornae empleaban para comunicarse. Lia estaba a un lado del campo visual y miraba entre las ramas de una arboleda de lahit con un oftalmoscopio para examinar las bayas oculares. Las bayas seguían todos sus movimientos por entre los troncos, parecían mirarla como ojos fuera de las órbitas. McCoy sonrió levemente a pesar de su fastidio y su preocupación.

«De alguna forma, los ;at son el corazón de todo esto —se dijo—. Si Kirk no me hubiera llamado a bordo en aquel preciso momento, habría descubierto algo de lo que pasa aquí... Sé que lo habría hecho. Quizás habría sido yo el desaparecido, pero ¿a quién le importa eso? Yo lo habría descubierto.»

«Eso espero.»

Uhura se volvió a mirarlo.

—Doctor —anunció—, nos llega una transmisión. Me temo que es de la Flota Estelar.

McCoy gimió.

—Supongo que no servirá de nada esquivarla. Sáquela a pantalla en vivo.

Uhura sonrió con solemnidad.

—Sí, señor —replicó, y pulsó un botón.

La agradable escena de la pantalla desapareció y fue reemplazada por, oh, Dios, Delacroix. Parecía furioso. Estaba sentado exactamente en la misma postura que en el

mensaje anterior. «Me pregunto si ese hombre no se levantará nunca de ese asiento.» Pero esta vez su rostro tenía la expresión de quien ha chupado limones. McCoy procuró disimular que se aferraba a los brazos del asiento.

—Comandante Delacroix, de la Flota Estelar —dijo—. A Leonard McCoy, al mando de la *Enterprise*. Comandante, confirmamos recibo de su último paquete de extractos del diario y datos del planeta. En la presente fecha estelar, se le re...

La imagen desapareció con un aullido electrónico y un chisporroteo de electricidad estática. Muy lentamente, McCoy se volvió para sonreírle a Uhura.

—Bonito trabajo —la elogió—. Ah, Uhura, eso ha sido muy amable.

—Yo no lo he hecho, doctor —le respondió la mujer—. Por mucho que nos disguste a todos el contenido del mensaje, yo no puedo interferir en su recepción. Es cuestión de ética.

McCoy suspiró.

—Sí, bien, pues... ¿qué lo ha causado? Una horrible sospecha le asaltó.

—¿O quién?

—Voy a comprobarlo —respondió Uhura.

Centró su atención sobre el tablero que tenía delante y tocó un par de controles.

—Ya me lo imaginaba —dijo pasado un momento—. Es una señal de bloqueo, doctor.

—¿Los klingon? —inquirió él.

Ella asintió con la cabeza.

—Nunca pensé que fuera a agradecerles algo, pero por todos los cielos, si alguna vez me encuentro con Kaiev voy a invitarle a un pastel de jalea —declaró McCoy.

Spock se volvió a mirar a McCoy con expresión perpleja.

—No comprendo por qué lo celebra, doctor —comentó el vulcaniano—. Por la construcción sintáctica que he alcanzado a oír, es altamente probable que el almirante estuviera a punto de relevarle del mando.

McCoy se detuvo en seco. Estaba tan encantado de no tener que recibir el rapapolvo de Delacroix que aquello no se le había ocurrido. La mandíbula inferior le cayó lentamente.

—Maldición —exclamó—. Maldición, maldición, ¡maldición!

Luego se interrumpió.

—Espere un segundo —le dijo a Spock, y avanzó hacia él con regocijo—. Si está usted tan seguro de que fue eso lo que dijo, ¡entonces debe relevarme!

—Doctor, sólo he dicho que las probabilidades eran elevadas. Un oficial no puede relevar a otro basándose en una probabilidad. La orden debe ser oída. Nosotros no le oímos acabar la frase.

La expresión ceñuda de McCoy volvió a apoderarse de su rostro.

—Le mataré —declaró, mientras se volvía a mirar a Uhura—. Uhura, haga sonar

los cuernos para llamar a Kaiev. ¡Voy a provocarle una jaqueca tal a esa cabeza llena de agujeros que tiene...!

—Deduzco entonces que se quedará sin pastel de jalea —comentó Uhura dulcemente, y tendió la mano hacia la consola. Antes de que llegara a tocarla, ésta silbó.

—Sáquelo a pantalla —le ordenó McCoy irritado, y se volvió para encararse con ella, que se encendió con el rostro de Kaiev unos segundos después.

—Comandante —le dijo McCoy al klingon—, ¿no sabe usted que es descortés interferir en las comunicaciones de la gente con su hogar?

Kaiev parecía a la vez irritado y trastornado; McCoy se preguntó por un instante si no estaría a punto de tener otra recaída hepática; estaba pálido.

—Comandante —respondió Kaiev—, acabo de recibir algunas órdenes de mi alto mando...

«Oh, Dios —se dijo mentalmente McCoy—. No se me ocurrió en ningún momento que él tendría sus propios burócratas echándole el aliento en el cuello. Debería haberlo pensado hace mucho rato. Realmente no estoy hecho para este trabajo...»

—Hemos decidido que ustedes y los indígenas de este planeta han conspirado para secuestrar a mis tripulantes. También creemos que su historia sobre la desaparición de sus propios tripulantes no es más que una tapadera destinada a permitirles permanecer en la zona por razones personales, probablemente traicioneras. Por lo tanto, si no recuperamos a nuestros tripulantes dentro de uno de sus días estándar —prosiguió Kaiev—, se me ha ordenado que destruya su nave. Vienen refuerzos a este área. Si intenta usted marcharse sin devolvernos a los nuestros, le perseguiremos dondequiera que vaya y le borraremos del espacio. Hemos bloqueado sus comunicaciones para evitar que pidan ayuda. Dado que somos una especie amante de la paz y queremos darle una oportunidad para reconsiderar las consecuencias de la agresión sometida contra nosotros, de momento no emprenderemos acción ninguna contra los grupos de descenso de la Federación que se hallan en el planeta, y les permitiremos que los suban de vuelta a bordo. Pero cualquier miembro de la Federación que encontremos en el planeta después del día estándar que hemos establecido como límite, será considerado un objetivo de las acciones de seguridad que emprenderemos para recuperar a los nuestros. También puede que les interese advertir a los habitantes del planeta que si renuncian a la conspiración con ustedes y ayudan en la devolución de nuestros tripulantes, les perdonaremos la vida. De lo contrario, mataremos a un millar de ellos por cada uno de nuestros tripulantes desaparecidos y repetiremos la acción cada hora estándar, hasta que se nos devuelva a los nuestros. Larga vida al imperio.

La pantalla se apagó antes de que McCoy pudiera decir una sola palabra.

McCoy se sentó e hizo girar el asiento para encararse con Uhura.

—¿Estamos bloqueados, tal y como él dice?

—Sí, doctor, lo estamos. El subespacio está lleno de sonidos negros generados artificialmente. No hay nada que podamos hacer al respecto sin abandonar la zona. Con toda la potencia que han desplegado, ni siquiera una boya de señales nos sería de alguna utilidad dentro del límite de tiempo que nos han impuesto.

—Maravilloso... ¡Un momento! —dijo un instante después—. No pueden hacer esto. Los organianos...

Spock negó con la cabeza.

—Doctor, las especulaciones sobre si los organianos intervendrán o no a tanta distancia de su espacio natal tienen unas bases muy débiles. Yo no me atrevería a confiar en su intervención. ¿Usted sí?

—Mmf. Sí —dijo McCoy—. Bueno, supongo que el universo ayuda a quienes se ayudan, ¿eh, Spock?

—El conjunto de datos estadísticos indica efectivamente algo por el estilo.

McCoy cruzó las manos y pensó.

—A ver, Spock —dijo pasado un momento—, ¿le ayudaría en algo si redestináramos a algunos de los tripulantes ocupados en el reconocimiento general y les ponemos a buscar más de esas partículas-Z?

—Lo dudo —replicó Spock—, pero la decisión queda en sus manos.

McCoy podía oír los pensamientos de Spock: si aquello conseguía que McCoy se sintiera mejor, no causaría ningún daño.

—No —decidió el médico—, en ese caso, dejémosles que continúen con lo suyo. Uhura, prepare una boya y déjela lista para que se lleve la última colección de datos que los grupos de descenso traerán a bordo mañana a esta hora. Los análisis de ADN-análogo estarán listos para entonces y esa información en particular no debe perderse, si no queremos que toda esta misión haya resultado inútil.

—Sí, doctor —replicó Uhura.

McCoy suspiró.

—Spock —continuó—. ¿Alguna opinión?

—Yo diría que nos encontramos en una posición difícil —observó el vulcaniano.

—Gracias por aclararme tanto las cosas. Análisis.

Spock adoptó un aire meditabundo.

—La nave de Kaiev por sí sola no es capaz de atacar con éxito a la *Enterprise* —señaló—, pero tres naves o más sí que podrían hacerlo; y tres es el número habitual de naves que envían en caso de una intervención de esta índole. Con una desigualdad de cuatro contra uno a su favor, la capacidad que tenemos para salir del encuentro sin daños serios se ve seriamente disminuida.

—Spock —le dijo McCoy con suavidad—, tiene usted unos modales intachables

para dirigirse a un desahuciado. Lo que quiere usted decir es que van a volarnos en pedazos y nos iremos al infierno.

Spock vaciló y luego asintió con la cabeza.

—Bien. Y si huimos, ellos correrán tras nosotros... con las mismas probabilidades.

—Lo harán. Tácticamente, nuestras ventajas aumentan ligeramente si permanecemos en órbita. Las batallas espaciales en la vecindad de un planeta son algo complejo, pero las oportunidades de error relacionadas con la gravedad del planeta aumentan exponencialmente, y eso juega a nuestro favor.

—Eso siempre y cuando sea un oficial experimentado quien dirija la lucha —comentó McCoy en voz baja.

Spock se limitó a mirarle.

—Bien —resumió McCoy—, por el momento no podemos hacer nada más, así que nos quedaremos quietos y nos prepararemos lo mejor que podamos. Si se le ocurre alguna sugerencia, hágamela saber. Uhura, asegúrese de que en esa boya vaya toda la grabación de esa nota de amor. Spock, reunión de jefes de departamento para esta noche. Necesitamos saber si todo el mundo está suficientemente preparado para este festival.

—Comprendido.

McCoy se puso de pie.

—Voy a tomarme un descanso para almorzar —informó a los demás—. Llámenme si surge algo interesante.

—Sí, señor —respondió Uhura.

McCoy entró en el turboascensor; las puertas se cerraron y él aguardó a que comenzara el ataque de temblores. No sucedió.

—Oh, demonios —se dijo—. No me digas que precisamente ahora estoy acostumbrado a esto.

Por lo que a él se refería, aquél era un signo malo, muy malo.

Katur arrojó la excavadora al suelo y dijo unas palabras que probablemente habrían dejado asombrada a su madre.

—Debemos haber recorrido medio *kalikam* —dijo— y no hemos encontrado nada. ¿Qué se proponen al enviarnos a una búsqueda de locos como ésta?

Eran sentimientos de traición, pero ninguno de los miembros del grupo parecía propenso a enfrentarse a ella. La mujer se sentó sobre una gran roca y recorrió el entorno con la mirada. Aquél era un planeta miserable. Colores feos, atmósfera seca y cálida, un sol pequeño y mortecino... una auténtica pérdida de tiempo. Estaban anclados allí abajo; la nave no había respondido a su última llamada. Katur supuso que había vuelto a averiarse su transmisor. No sería la primera vez, ni la última.

—No te preocupes por eso —le dijo a Tak, que subía trabajosamente por la colina, como si aún tuviera intención de obedecer las órdenes—. Baja de ahí, Tak. No servirá de nada.

—Creo que he visto algo aquí arriba —le respondió él—. Parece el color de hojas correcto.

—Ah, continúa entonces —replicó ella—. Infórmanos si después de todo se trata de *tabekh*.

«Espero que no lo sea, pequeño y miserable adulador...»

—Me pregunto por qué se parecerán tanto todas estas rocas —comentó Helef. Estaba reclinado contra una de ellas y se enjugaba la cara.

Helef estaba empapado de sudor; típico de él, pensó Katur. No había estado en forma desde que le destinaron a aquella nave, pues sabía que nadie se preocuparía por su condición física, siempre y cuando cumpliera con su deber y no molestara al médico de la nave poniéndose enfermo. Helef era blando. Pero eso también tenía algunas ventajas. Alguien que conociera sus debilidades, podía explotarlas cuando era necesario.

—¿Qué pasa con las rocas? —inquirió Katur, que miró hacia atrás, en dirección al valle, por el camino de ascenso que habían seguido.

—Todas se parecen. Mira esta de aquí... —miró con los ojos entrecerrados hacia lo alto de la roca contra la que estaba recostado—. Parece casi exactamente igual a aquella contra la que chocó Kesaio.

Ella la miró y desvió los ojos... y luego los volvió hacia la roca. Era extraño, pero sí que guardaba un parecido con aquella otra roca. Y había otra, un poco más arriba de la ladera, que parecía similar... varias de ellas, de hecho.

—Tiene que haber vivido algún otro pueblo en este planeta, anteriormente —observó—. Ninguna de esas cosas gelatinosas, ni los árboles, pueden haber hecho nada parecido. No tienen ni siquiera la tecnología necesaria para partir nueces.

—Cosas repugnantes —murmuró Helef.

Katur asintió con la cabeza, mientras se preguntaba por qué la gente de la Federación estaba tan dispuesta a tomarse molestias con los alienígenas. Una vez había oído la teoría de que los federales tenían un complejo de inferioridad tal que necesitaban asociarse con animales para que les hicieran sentirse verdaderas personas. Aquello tenía cierto sentido. Lo único que sabía seguro era que ella preferiría morir antes que rebajarse de aquella manera.

Tak corría ladera abajo, sus brazos se agitaban y gritaba algo. Katur levantó la mirada con sorpresa.

—¡Es *tabekh*, es *tabekh*! No está donde yo creía, sino un poco más arriba. No hay mucho, sólo un pequeño macizo...

«Bueno, eso es algo. No nos azotarán al regreso por fracasar completamente en

nuestra misión. Pero yo me aseguraré de que Kesaio responda por el vehículo.» Katur suspiró, cogió la excavadora y se puso a avanzar ladera arriba.

Luego se volvió y parpadeó. Por un instante, había estado segura de que algo se movía a sus espaldas. Sin embargo, no había nada.

Volvió a encararse con la pendiente que ascendía... y se encontró con otra roca ante ella.

... Pero había desaparecido...

Katur parpadeó varias veces, con fuerza. Sus ojos estaban bien. Era cierto que había pasado un buen rato desde su última comida, pero difícilmente podía decirse que estuviera desmayada de hambre.

«Permanencia de imagen en la retina», pensó. Había estado mirando fijamente la miserable roca de Helef, y había visto su imagen fijada en su propia retina, cuando se volvió. Después de todo, la forma había sido exactamente igual.

Tak llegó hasta ella.

—Decididamente es *tabekh* —le aseguró—. Ahí arriba hay algunos de esos seres-árboles, pero podemos librarnos de ellos. ¡Vamos!

—Helef, Kesaio —llamó la mujer, y abrió la marcha ladera arriba, con Tak que subía trabajosamente detrás de ella, afanándose por mantener su mismo ritmo entre jadeos. Verdaderamente, estaba muy bajo de forma.

Pero resultaba asombroso, pensó Katur, lo escarpadas que podían resultar algunas de aquellas pendientes; mucho más escarpadas de lo que parecían a simple vista. A ella no le importaba, por supuesto. Sin embargo, la cantidad de piedras era algo problemático; cada vez que giraban en un recodo del borde de la pequeña garganta que seguían, aparecían más piedras altas a la vista. Debía haber habido en aquel planeta una civilización de alguna otra clase, en algún momento de la historia. «Probablemente —se dijo—, esas bolsas gelatinosas y los árboles sean las degeneradas mascotas de ese otro pueblo. Probablemente sea un acto de misericordia el acabar con la miseria de esas cosas.»

—Aquí —dijo finalmente Tak, tras llevarles a lo largo de un pequeño reborde arbolado.

Al otro lado había una especie de vallecito, rodeado por los ubicuos árboles verdiazules; en medio del pequeño valle, entre las matas y hierbas que lo cubrían, estaban las inconfundibles hojas del *tabekh*. Ellos, por supuesto, querían las raíces, y Katur sacó con gesto cansado la excavadora de las correas que la sujetaban y comenzó a instalarla.

—Muy bien —dijo a los demás—. Saquémoslo. No pasemos por alto la raíz central. Estará en algún lugar de la zona media; si podemos conservarla viva, la gente del laboratorio hidropónico podrá clonizarla en número suficiente como para que ninguno de nosotros se quede sin la sustancia durante el resto del viaje. Vamos, pues.

No nos interesa pasar toda la vida con esto.

Fue entonces cuando oyó aquellos raros ruidos susurrantes, y algo extraño, un sonido de desgarramiento que Katur no fue capaz de identificar. Se volvió bruscamente y vio un grupo de aquellos seres-árboles que avanzaban hacia ellos, con todos sus asquerosos ojos destellantes, todas sus ramas sacudiéndose. Los árboles siseaban, con el tipo de ruido que uno oye entre los árboles en los días nublados, justo antes de que estalle la tempestad. Los árboles caminaban realmente a través del suelo; sus raíces lo abrían, lo desgarraban. Dentro de un momento estarían en el macizo de *tabekh*, lo desgarrarían... y se iría al infierno cualquier esperanza de clonizarlo.

Katur sacó su pistola.

—¡Alto! —gritó, y disparó al suelo ante los alienígenas. Éstos no prestaron atención y continuaron su avance.

—Muy bien, pues —dijo ella, y disparó nuevamente hacia las ramas.

O debería haberlo hecho. Algo le golpeó la mano desde un lado, con fuerza, y la pistola salió volando por el aire. Debió de perder el equilibrio, porque inmediatamente después tropezó con una de aquellas enormes rocas y golpeó con fuerza contra ella a todo lo largo de su cuerpo, desde la pierna, pasando por las costillas, hasta la mejilla y la sien. Aturdida, retrocedió mientras se frotaba los ojos para intentar ver con claridad.

«Pero si esa roca no estaba antes ahí...», pensó.

—Tiren las armas —oyó que decía una voz en el idioma oficial de la Federación.

Volvió a frotarse los ojos, los abrió y consiguió ver a través de las lágrimas de dolor... una figura de homínido, un humano terrícola, con uniforme de la Flota Estelar, que tenía una pistola fásica en la mano. Detrás de él había una roca muy grande, aquella contra la que Katur se había estrellado; la que había ocupado un sitio que estaba vacío un segundo antes.

—Atrás —dijo el hombre.

Katur miró y advirtió con asco que Tak, Kesaio y Helef ya habían arrojado sus pistolas al suelo. Helef sacudía la mano como para librarse de los violentos pinchazos causados por el roce de un rayo fásico aturridor.

El hombre les observaba con una expresión mitad divertida y mitad irritada. Katur se encendió de furia, pero era lo único que podía hacer; su propia pistola estaba semienterrada bajo la base de la alta piedra.

—Interfiere usted en una misión del imperio klingon, terrícola —le advirtió ella, furiosa—. La pena por ello es la muerte.

—Sí —replicó el hombre con una sonrisa cordial—. Apuesto a que lo es. ¿En el camino de quién tengo el placer de interponerme?

—Soy la primer especialista Katur del acorazado imperial *Ekkava* —respondió la mujer, furiosa porque el terrícola se burlaba de ella.

—Eso es muy agradable. Yo soy el capitán James T. Kirk de la nave estelar *Enterprise*, y ustedes han sido sorprendidos en el acto de atacar a los inofensivos habitantes indígenas inteligentes de este planeta, sin que mediara provocación, y eso constituye una violación del Tratado Organiano. —Kirk hizo un desaprobador sonido de tsk-tsk con los dientes—. Vergüenza sobre ustedes —agregó.

La mente de Katur comenzó a dar vueltas enloquecidas.

¡James Kirk!

—Miente —le gritó ella—. Todos sabemos que Kirk resultó muerto en un duelo y que otro ocupó su puesto y se hizo con el mando de su nave.

El hombre la contempló con un rostro sin expresión... y luego una extraña sonrisa comenzó a derramarse muy, muy lentamente por su semblante.

—Ah —le dijo—. Y, por casualidad... ¿no será McCoy el hombre del nuevo comandante?

El rostro de Katur le dejó entrever todo, en contra de la voluntad de ella.

El hombre asintió lentamente con la cabeza, luego se volvió y levantó los ojos hacia la roca, como para compartir con ella un chiste.

—Bueno —comentó Kirk, sonriendo—, como de costumbre, los informes sobre mi muerte han sido tremendamente exagerados.

La confusión en la mente de Katur se redujo a un solo pensamiento. Si aquél era efectivamente Kirk, alguien debía darle la noticia al comandante... y pronto. Las cosas a bordo de la *Enterprise* no eran lo que parecían.

La expresión de los ojos del capitán de la Federación se endureció de pronto.

—Sí, verdaderamente —reflexionó Kirk—. Por el momento, querida, siéntese exactamente donde está, usted y todos sus amigos. Necesito un momento para pensar.

Katur se sentó; también ella pensaba.

### **DIARIO DEL CAPITÁN, suplemento, grabación del comandante Leonard McCoy en ausencia del capitán James T. Kirk:**

*Han pasado ya veinte horas desde que el comandante Kaiev nos dio su ultimátum, nos quedan cuatro. Tenemos escasas esperanzas de encontrar al capitán en ese plazo. El señor Spock continúa sus investigaciones, pero hasta ahora no ha descubierto nada que le capacite para encontrar al capitán, mucho menos recuperarle.*

*De todas formas, puede decirse que hasta ahora no hay ni rastro de las otras naves klingon que han sido anunciadas. La estimación más aproximada del señor Sulu era que su llegada debía producirse dentro de las dieciocho horas posteriores a la emisión del ultimátum; semejantes amenazas raramente son proferidas si quienes las lanzan no están bastante seguros de que los refuerzos se presentarán antes de cumplirse el plazo y aumentarán así la presión sobre los amenazados, e incluso les sorprenderán inadecuadamente preparados y forzarán el enfrentamiento antes de que estén listos para el ataque; lo que habitualmente concluye con los amenazados convertidos en plasma muy poco después. Ésa es una conclusión que deseamos ansiosamente evitar, así que he mantenido la nave en alerta roja desde bastante tiempo antes de cumplirse las dieciocho horas.*

*Eso provoca ciertos cambios inevitables en la estructura de turnos de la nave y afecta adversamente a la cantidad de gente que recoge datos en la superficie... pero también tengo la responsabilidad de procurar que esa gente y esos datos lleguen a casa sanos y salvos.*

*Se ha preparado una boya que sacará del sistema todos los datos que hemos recogido hasta el momento. Si nosotros desaparecemos, la boya llegará eventualmente al espacio de la Federación.*

*También se enviará una copia de todas las entradas del diario de a bordo desde que comenzó el bloqueo klingon. Si llegamos a disponer del tiempo necesario, enviaremos una segunda boya con la misma información. Un duplicado nunca está de más.*

Era tarde. McCoy estaba sentado en el sillón de mando y miraba la silueta del planeta que giraba serenamente bajo ellos. Mientras la contemplaba, pasó de su lado diurno a su lado nocturno, la luz de su única luna pequeña destelló con un azul plateado en el enorme espacio vacío del océano más grande de aquel mundo.

«No he llegado a acercarme al agua —pensó McCoy—. Habitualmente eso es algo así como una prioridad para mí. Joanna hizo que me aficionara al agua, en aquellas ocasiones en las que salíamos a Montauk Point e intentábamos ver Inglaterra, al otro lado del mar.» Se sorprendió sonriendo levemente mientras recorría con la mirada a los tripulantes del turno de noche del puente. «Ha pasado mucho tiempo», se dijo.

—Alferez Devlin —dijo—, usted vivió en la costa este de Estados Unidos durante algún tiempo. ¿Llegó alguna vez hasta Montauk Point?

—Oh, sí, señor —replicó ella, y levantó la mirada de la consola de máquinas—. Mi hermana y yo solíamos ir hasta allí a mirar los tiburones. Era una de sus aficiones.

—¿Y consiguieron ver alguno?

—¡Ya lo creo que sí! Uno de ellos fue el más grande que jamás haya contemplado. Era un verdadero gigante blanco, dijo el biólogo de Montauk Point. Al menos tenía dos metros y medio de largo. Pero a mí me pareció de tres mil.

McCoy visualizó aquello.

—Eso podría haberse comido una lanzadera —comentó—. O al menos podría haberle dado un buen mordisco.

Devlin asintió con la cabeza y extendió las piernas ante sí.

—¿Nervioso, señor? —preguntó pasado un momento.

McCoy sabía que tenía sobre sí otras miradas de los tripulantes del puente, unas miradas que no eran impertinentes, sino interesadas. Lawson y Tee Thov, que estaban sentados en sus puestos, ocupados en las terminales de armamento y navegación, no se volvieron a mirarle, pero él se dio cuenta, por la tensión muscular en sus espaldas, que escuchaban lo que se decía. Parker y North, sentados ante las terminales de ciencias y comunicaciones, se miraron entre sí. McCoy profirió una carcajada contenida.

—Bueno —dijo—, acaso estoy a punto de comerme las uñas hasta el codo. Pero no tiene ningún sentido hacerlo, más tarde podría necesitar los codos para otra cosa.

—Todavía no hay ni rastro de ellos —informó Tee Thov, que volvió la cabeza para mirar a McCoy.

—Todavía no —replicó McCoy—, pero de todas formas aún no es su hora de salir al escenario. No importa. Estaremos preparados.

Se repantigó en el sillón e intentó adoptar una apariencia como la que quería que experimentaran ellos. Habitualmente no tenía ningún problema para conseguirlo... cuando estaba en la enfermería. Su destreza para tratar con los enfermos había sido siempre la envidia de sus compañeros de clase. Era una cosa sencilla, en realidad, una vez que la hubo descubierto: nunca jamás le mientas a un paciente, busca la verdad más alentadora que puedas contarles y no dejes de recordarles que el universo hace cosas extrañas, y que la salud puede superar cualquier enfermedad si se le concede la

mitad de una oportunidad y un poco de fe.

La fe era siempre el problema. La gente estaba tan acostumbrada a las certidumbres que formaban la mayor parte de sus vidas —muerte, impuestos, dolor—, que la ocasional necesidad de creer en algo sin pruebas tendía a estar fuera de su alcance. Los que eran capaces de tener fe, sin importarles si alguien pensaba que eran estúpidos, siempre mejoraban más rápidamente y sobrevivían a las que por lo general eran enfermedades fatales. Los cuerpos eran, después de todo, sólo carne educada... y no tan educada. Ante la certidumbre que residía en el corazón de la fe, muy pocos cuerpos tenían defensa alguna.

La pregunta era: ¿su fe en las posibilidades de supervivencia de la *Enterprise* era lo bastante poderosa? ¿O estaba anclada en la etapa en la que uno insistía «¡yo creo, yo creo!», Pero no creía? El universo no podía ser engañado.

En aquel momento se bufó de sí mismo. Había, después de todo, otras voluntades aparte de la suya, otras fes implicadas en aquella situación. Era muy probable que la de ellos arrastrara a la suya propia en aquella ocasión... que la tripulación de la *Enterprise*, tan acostumbrada a no morir en situaciones horribles, continuara adelante como siempre, y él sobreviviera junto a todos ellos.

Aunque, por otra parte, siempre había una primera vez...

—Doctor —le dijo Devlin—. ¿Se encuentra bien?

Él rió suavemente.

—Sí, estoy bien. Simplemente desearía que el capitán entrara en este preciso momento. ¿Sabe usted los problemas que tiene este asiento?

—Ojalá lo supiera —replicó Devlin con envidia no disimulada.

—Está usted como una cabra —le aseguró McCoy—. Bueno, cada loco con su tema. Esta cosa no tiene un apoyo para la espalda que merezca ese nombre. —Se puso de pie y señaló el muy insuficiente acolchado de la zona lumbar—. Fíjese en eso. Cualquiera de ustedes tiene un asiento mejor. Si uno se sienta en esta cosa durante más de una hora, le entran ganas de levantarse y pasearse por el puente. Ahora comprendo por qué Jim siempre daba vueltas por el puente durante la mitad del tiempo que pasaba aquí. Ese condenado asiento le volvía loco.

Se oyeron risas contenidas aquí y allá entre los tripulantes del puente.

—Si alguno de ustedes quiere que me sienta verdaderamente cómodo —prosiguió McCoy—, que vaya a buscarme una buena almohada.

—¿Ha de ser una bordada? —inquirió Parker con su voz seca británica de la Tierra.

McCoy rió entre dientes.

—No, una de las almohadas gordas de la enfermería será suficiente. —Tendió la mano hacia uno de los brazos del sillón de mando y pulsó un botón—. Enfermería.

—Aquí enfermería, Aiello al habla —respondió una voz alegre. Pat Aiello era la

enfermera de noche, una alegre mujer corpulenta de cabellos negros y redondo rostro feliz—. ¿Qué quiere a estas horas de la noche? ¿Por qué no está en la cama?

—Pat —dijo McCoy—, ¿tiene por ahí alguna de esas almohadas para peso pesado que le sobre? —Unas cuantas.

—Haga que alguien me envíe una cuando tenga un momento libre. Este asiento de mando fue diseñado por Torquemada.

—Lo haré. Debe ser agradable para algunas personas —comentó Pat con tono ofendido— estar sentado sobre el trasero todo el día mientras los honrados miembros de la tripulación trabajan hasta pelarse los dedos...

McCoy no tuvo más remedio que reír.

—Ahórrese la filosofía y envíeme la almohada.

Un par de minutos más tarde las puertas del turboascensor sisearon al abrirse. Spock estaba de pie en el interior. Tenía el aspecto de un hombre que llevaba una prisa extrema, pero al que habían detenido a media carrera y le habían dado algo que no entendía. En las manos llevaba un pequeño cojín muy gordo.

—Doctor —dijo—, creo que posiblemente esto está destinado a usted.

—Gracias.

McCoy se puso de pie y fue a cogerlo de las manos del oficial científico.

—Su enfermera de noche —explicó Spock mientras se encaminaba apresuradamente hacia su terminal— es una mujer de pocas palabras, pero vigorosas.

—¿Tiene alguna novedad? —le preguntó McCoy.

—Eso ya lo veremos —replicó Spock—. Ciertamente tengo algo que quiero mostrarle.

Parker se había deslizado apresuradamente fuera de la silla mientras Spock se sentaba.

—Doctor —comenzó a decir Spock mientras pulsaba el tablero de su consola aquí y allá para extraer los datos de la terminal de su camarote—, ¿recordará que hablamos de esas caídas de radiación, más típicas de la presencia de las partículas tachyon que de cualquier otra cosa?

—Sí, lo recuerdo. —McCoy miraba por encima del hombro de Spock.

—Al investigar a lo largo de esas líneas, he encontrado muchísimas más incidencias de ese mismo fenómeno —continuó Spock—. Tampoco en esos casos parecen relacionarse con ningún acontecimiento específico que tenga lugar en la superficie del planeta. Pero si uno considera todas las incidencias dentro del tiempo y el emplazamiento...

Hizo una pausa momentánea mientras esperaba que la computadora acabara de realizar los cálculos. En la pantalla que estaba encima del tablero apareció un esquema, visto desde arriba, del claro más pequeño, donde McCoy había encontrado al ;at.

—Ahora observe, doctor —le dijo—. Por una afortunada casualidad, habíamos sondeado previamente ese área, antes de que usted o el capitán entraran en ella. Afortunadamente, permanecimos en el lugar correcto del planeta durante el suficiente tiempo de sondeo. Observe.

Una débil niebla de luz se hizo visible en el claro, luego se intensificó hasta transformarse en manchas que se hicieron espesas y de contorno vago.

—Eso parece un rastro de venados —observó McCoy.

—Ésas son las áreas de probabilidad —le explicó el vulcaniano—, donde las decadencias de partículas que he investigado tienen más posibilidad de producirse. Ahora mire la misma área tras la desaparición del capitán.

De pronto aparecieron otros juegos de pisadas, más pequeñas, que se cruzaban con las de mayor tamaño. McCoy comenzó a sonreír lentamente.

—Jim —dijo.

—Los datos no son completamente concluyentes —explicó Spock—, pero mire aquí. Son las lecturas de lapso temporal. El grupo de descenso klingon...

Sus rastros se sumaron repentinamente a los ya existentes del efecto de las partículas tachyon. Comenzaban en el punto en el que habían desaparecido y luego seguían hacia el norte, en dirección a las colinas. Poco después, los rastros anteriores parecían seguirlos y salían del área de los sensores.

—Muy bien —comentó McCoy, que aún sonreía—. Allí están, pues. ¿Y ahora, qué?

Spock se irguió con expresión de descontento.

—Doctor, no es algo tan sencillo como usted piensa. Sus rastros están obviamente allí en el «tiempo real»... pero ellos no están. Sus partículas decaen en una forma que sugiere un deslizamiento temporal bastante sustancial, pero si es hacia el pasado o el futuro, no puedo decírselo. E incluso aunque pudiera, todavía no tengo ni idea de cómo llegar hasta el capitán. Ciertamente, es un poco tranquilizador descubrir que está aparentemente vivo... o lo estaba. En cualquier caso...

—¿Un poco tranquilizador? ¡Vaya, bicho de sangre verde...!

—Doctor, por favor. Su presión sanguínea.

—Mmf... eso no tiene importancia ahora. Spock, espere un minuto. Usted acaba de decir el pasado o el futuro. ¡Nadie puede viajar en el futuro! Al menos eso pensaba yo.

Spock parecía más descontento que nunca.

—Está usted en lo cierto... al menos según la opinión admitida actualmente. Por desgracia, la decadencia de las partículas tiene una característica que arroja ciertas dudas sobre ese punto. Un porcentaje significativo de ellas presenta una cualidad vinculada con el desplazamiento al rojo que experimenta la luz cuando disminuye su velocidad en el medio interestelar; así pues, esta cualidad está de hecho asociada con

las características de «aumento» y «disminución» de los quarks<sup>[6]</sup> «ordinarios». Ilustra la entrada en la corriente temporal presente desde una «más rápida»... es decir, desde un tiempo que aún no ha tenido lugar. El factor de comprensión...

A McCoy empezaba a dolerle la cabeza.

—Estamos perdiendo el tiempo, independientemente de las cosas que éste pueda hacer. Concentrémonos en la búsqueda. Sabemos dónde está Jim... más o menos. Sabemos cuándo está... más o menos.

—Si estuviera a más de una semana en el pasado o en el futuro —declaró Spock—, me sorprendería muchísimo.

—Fantástico. —McCoy sonrió sin alegría—. Así que si hemos estado aquí una semana antes... o si nos quedáramos durante una semana más... acabaría por aparecer.

—Así lo creo.

—Bien, pues, sólo nos resta sobrevivir una semana más. Y luego, cuando el polvo se haya posado, si no aparece en el futuro... en el futuro presente... oh, ya sabe usted qué quiero decir... entonces utilizamos la técnica de la «honda» para volver otra semana atrás, más o menos, y recoger a Jim.

—Los viajes temporales no pueden ser utilizados a la ligera, doctor —le dijo Spock—. No debe usted dar por sentado que...

—Spock —lo interrumpió McCoy—, se preocupa usted demasiado. Mire, le apuesto una moneda de cinco centavos a que el ;at estará con él... y yo voy a hacerle algunas preguntas.

—Yo diría que los klingon también querrán formularselas —aventuró Spock—, en caso de que todavía sigan aquí.

McCoy suspiró y bajó hasta el asiento de mando.

—Nos quedan poco menos de dos horas —comentó—. Vuelva a trabajar en ello, Spock. Si no cree que le necesitan más en otra parte.

—Así lo haré —replicó el vulcaniano.

La primera hora, la siguiente media hora, pasaron demasiado rápidamente. Nada sucedió. McCoy pensaba que se pondría más y más nervioso a medida que pasara el tiempo, pero, cosa insólita, se encontró con que estaba cada vez más y más sereno. Ayudaba bastante, pensaba él, el hecho de que los tres o cuatro acorazados klingon que esperaban no hubiesen llegado aún.

Alrededor de media hora antes del término del plazo, Sulu subió al puente a ocupar su puesto y Uhura se hizo cargo de los controles de comunicación. Spock había trabajado en silencio en su terminal científica durante largo rato, sin decirle nada a nadie. McCoy se ocupaba charlando con los oficiales que regresaban a sus puestos, conservaba la calma y procuraba que la conservaran ellos. Era una de las

cosas que mejor sabía hacer. El hecho de que al cabo de media hora pudiera estar muerto no era una razón para dejar de hacerlo en aquel momento.

—Menos quince minutos —anunció Sulu. —¿Sensores? —inquirió McCoy.

—Nada al alcance —replicó Chekov—. Y nada fuera del alcance, hasta donde puedo percibir.

—Podría ser un truco —les advirtió McCoy—. Mantengan la alerta. —Pero su propio cerebro era un hervidero de conjeturas.

—Sondeo negativo —confirmó Sulu—. No hay señal de presencia alguna en el subespacio en este momento, al menos no en la vecindad. Nuestro radio de sondeo del subespacio es limitado.

—Muy bien —dijo McCoy. Suspiró—. Damas y caballeros y demás, yo preferiría que nada adverso sucediera en los próximos quince minutos. Pero si no fuera así, tengo la intención de luchar con esa nave de la mejor forma que podamos, con los recursos disponibles. —¿Con un ignorante inverosímil al mando y su capitán desaparecido!—. Si algo puedo decir al respecto, no llegarán a pintar nuestra silueta en el casco de su nave.

—Estamos con usted, doctor —le aseguró Sulu. Un murmullo de asentimiento recorrió el puente. —Con eso me basta —declaró McCoy—. Entonces, hagamos frente a la aventura que nos espera. ¿Uhura? ¿Todos a salvo?

La mujer asintió.

—Los últimos grupos de descenso están a bordo. —Perfecto. ¿Se mueve la *Ekkava*, señor Chekov?

—Ni un milímetro, señor —replicó el interpelado—. Mantiene la órbita estándar.

La sonrisa de McCoy se transformó en una mueca.

—Se hacen los tímidos, ¿eh? Fascinante. Spock alzó una ceja, pero no dijo nada.

Aguardaron. Pasaron cinco minutos. Los tripulantes silbaban por lo bajo, se crispaban, manoseaban los controles.

McCoy permanecía inmóvil, completamente inmóvil, en medio de todo aquello.

—Dos minutos —anunció Sulu, casi con alegría.

—Recibido —replicó McCoy. Y pasó otro minuto, que pareció un año.

—Un minuto.

McCoy asintió con la cabeza y se concentró en respirar lentamente. Inspirar, expirar, inspirar, expirar.

—Hora cero —dijo entonces Sulu. Y nada sucedió.

Nada.

Más nada.

—Situación de los klingon —pidió McCoy. Sulu miró su escáner y negó con la cabeza.

—Sin cambios, doctor. Las armas están cargadas, pero no se aprecia actividad.

—¿Escudos?

—Tienen los escudos levantados —informó Chekov—, pero eso no les servirá de mucho en caso de que nosotros disparemos. Tienen aproximadamente una resistencia de cinco minutos a pleno fuego.

McCoy permanecía sentado e inmóvil.

—Espere —ordenó.

Durante dos, tres minutos más, cinco, diez minutos más, aguardaron. En el puente reinaba un tremendo silencio, pero el tenor de aquel silencio había cambiado. Al final de los diez minutos, Uhura comenzó a sonreír.

—Muy bien —dijo—. O bien le ha sucedido algo a su caballería, o nuestro amigo ha fanfarroneado en un ataque de ira. En cualquiera de los dos casos, ya he tenido bastante de esta condenada situación. Señor Sulu, háganos girar lenta y suavemente. Prepare todas las baterías delanteras y reduzca la velocidad orbital. Un giro lento y suave. Creo que ya sabe lo que tengo en mente.

—Sí, sí, señor —replicó Sulu divertido.

McCoy no necesitaba la pantalla para saber lo que sucedía. Podía verlo como si estuviera en la nave klingon. El enemigo desafiado espera el momento de la batalla. Aguarda hasta pasado el momento, en espera de que el desafiante cumpla con su baladronada. El que ha lanzado el desafío, desconcertado, mira a su enemigo. Mientras observa en dirección contraria a la que él ocupa, ve la figura blanca plateada que se inclina hacia delante en su órbita, con el gran disco delantero apuntado ahora hacia abajo, la barquilla hacia arriba; aprecia cómo continúa inclinándose, un perezoso, implacable y elegante giro sobre el eje central lateral; ve el disco, ahora cabeza abajo, que oscila y sube en su línea de visión, revelando las gargantas abiertas de sus enormes baterías fásicas principales y las bostezantes salidas de los torpedos de fotones. Luego, con la misma lentitud, la nave comienza a girar sobre su eje longitudinal para ponerse nuevamente boca arriba, y al mismo tiempo reduce la velocidad orbital. La suya propia no ha cambiado todavía, así que en la pantalla delantera el plateado monstruo se hincha, crece, se hace enorme, le cubre a uno con su sombra... reduce hasta detenerse delicadamente, en términos relativos a la velocidad propia, y se queda allí suspendida, una directa amenaza a su garganta, que orbita marcha atrás, sin preocuparse siquiera por el virtuosismo que eso requiere por parte del oficial timonel. ¿Y qué otros virtuosismos le demostrará el oficial de artillería, dentro de poco, a través de aquellas fauces de muerte?...

—¿Quiere que abra un canal, doctor? —le preguntó Uhura suavemente.

McCoy abrió los ojos.

—Todavía no —replicó el médico—. Démosles tiempo para pensar. Sulu, Chekov, armen. Máxima propagación en los torpedos de fotones, calibren todos los cañones fásicos a máxima destrucción. Tómense su tiempo. Háganlo de forma

deliberadamente lenta. Quiero que el oficial de sensores pueda percibirlo. Armen todo lo que tengamos, hasta el último petardo.

—Sí, señor.

Sabía que Spock tenía los ojos clavados en su espalda.

—¿Guerra psicológica, doctor? —preguntó el vulcaniano con tono suave.

—En efecto, Spock. La violencia es violencia, pero esto será muchísimo menos violento que lo que ellos planeaban hacernos a nosotros.

Esperó durante uno o dos minutos, sólo para asegurarse.

—Uhura —dijo al fin—, abra un canal, si es tan amable. Llámelos.

—Sí, señor.

Silencio durante un instante. Todos observaban la pantalla.

—Mensaje entrante, doctor —le dijo Uhura.

—Páselo a pantalla.

La pantalla rieló y les mostró el puente de mando de la *Ekkava* y al comandante Kaiev sentado en él, visiblemente sudoroso y pálido.

—Bien, comandante —lo instó McCoy.

—Comandante MakKhoi —comenzó a decir Kaiev, y se interrumpió. Trataba de mantener una expresión impassible, pero no lo conseguía.

Por el momento, McCoy se negó a reaccionar.

—Comandante —comenzó, arrastrando lentamente las palabras—, creo haberle dicho que fuera a que le regularan la dosis de Tacrin. ¿Qué le pasa? ¿Es que no entiende lo que le sucederá si no se hace regenerar ese hígado? Deberá guardar cama durante semanas.

—Me moriré —declaró Kaiev, con una expresión de ligera sorpresa—. No puedo permitirme ese procedimiento de curación.

—¡No puede permitírselo...! —McCoy estaba escandalizado, pero también dejó eso a un lado tras un momento de lucha contra sus emociones—. Ya hablaremos de eso más tarde. Por supuesto, siempre que acordemos conjuntamente que habrá un más tarde.

Kaiev permaneció completamente inmóvil.

—Usted nos ha hecho ciertas amenazas —continuó McCoy— y puedo asegurarle que no me las he tomado a la ligera. Especialmente dado que somos inocentes de lo que usted nos acusa. Pero falta algo en la ecuación. ¿Es que alguien en su alto mando ha cambiado de parecer?

Kaiev no dijo nada. McCoy se repantigó en el sillón de mando.

—Sé bastante bien lo que uno de los suyos nos haría si las posiciones estuvieran invertidas —le aseguró—, y debo admitir que siento poderosas tentaciones de vapulear un poco para enseñarles lo erróneos que son sus métodos.

—Lucharemos hasta el último...

—Sí, por supuesto que lo harán, ¡vaya una pérdida de tiempo! —le interrumpió McCoy, mientras sacudía una mano en el aire con gesto de disgusto—. Lo lamento, Kaiev, no pretendo impugnar su visión del mundo, pero usted sabe perfectamente bien que esta nave puede caminar por encima de la suya con zapatos de clavos.

Kaiev pareció perplejo.

—¿Cómo? ¿Es algún tipo de arma?

Una sonrisa contenida alzó una de las comisuras de la boca de McCoy.

—Eso no tiene importancia. Podemos destruirles, en, ¿cuánto...?, ¿unos diez minutos, Sulu? ¿Cinco? Gracias. En unos cinco minutos, comandante. Si llegamos a tanto. Mi gente está un poco irritada por su actitud.

Tal vez lo que Kaiev veía en la pantalla le confirmaba aquello. McCoy no se volvió para mirar. En cualquier caso, el hombre parecía legítimamente nervioso... puesto que tenía derecho a estarlo.

—Comandante —dijo Kaiev—, usted sabe que no puedo pedirle condiciones. Lo sabe perfectamente.

—Por supuesto que lo sé. Lo crea usted o no —replicó McCoy—, lo apruebo. No se preocupe del porqué, en este momento. Comandante, ahora mismo tenemos que freír otros pescados. Pero, primero, quiero oírle decir que el ataque planeado se ha suspendido.

Kaiev parecía aún más incómodo.

—Comandante, mis órdenes...

—Usted dispone de un cierto margen —le interrumpió McCoy—. Suficiente como para no tener que suicidarse... aunque sólo sea ese poco. Créame, comandante, será mejor que lo utilice. Si hace un movimiento cuyo aspecto no me guste, haré pedazos su nave y luego venderé los pedazos como recuerdo... porque no quedará lo bastante para venderlo como chatarra. —Sonrió fugazmente—. Y, además, incluso si usted nos promete no atacarnos ahora, no ha de hacer promesa alguna respecto al futuro. Conozco a los klingon lo suficiente como para no esperar algo semejante. Sólo una tregua, hasta que cambie esta situación.

Kaiev meditó la propuesta. McCoy sonrió. Los klingon no eran realmente traicioneros... ése era un concepto sentencioso nacido de la estructura mental humana. No obstante, eran tremendamente oportunistas. Eran capaces de hacerle a uno cualquier promesa, y mantenerla hasta que la situación cambiara en beneficio propio. Entonces todas las promesas y apuestas quedaban sin efecto. A McCoy no le importaba; al menos sabía lo que iba a suceder y, hasta que ocurriera, dispondría de un tiempo durante el que no tendría que preocuparse.

El tiempo podría marcar la diferencia.

—¿Y bien? —preguntó—. Vamos, Kaiev, no se quede ahí sentado, vacilante. Tenemos cosas de las que hablar. ¿Hacemos una tregua? ¿O les hago volar ahora,

recojo los recuerdos y regreso al planeta para buscar a los desaparecidos de mi tripulación?

—Muy bien —respondió Kaiev—. Lo prometo. No tengo muchas alternativas, porque estamos en desventaja. —Frunció el entrecejo—. Sigo sin entender por qué los suyos siempre se comportan de esta manera. Yo sí que les hubiera destruido a ustedes.

McCoy se encogió de hombros.

—Digamos simplemente que estamos tullidos a causa de nuestra propia visión del mundo —le respondió—, y continuamos a partir de aquí. Kaiev, creo que sabemos dónde están probablemente sus tripulantes.

Al oír aquello, los ojos del hombre se encendieron visiblemente de alivio. «Interesante —pensó el médico—. ¿Tendrá algún pariente en el grupo de descenso? ¿Un amigo íntimo?»

—¿Dónde? —inquirió Kaiev.

—Va a sonarle extraño...

—Comandante —dijo Sulu. «Resulta extraño que no me llamen doctor», pensó McCoy, mientras se volvía a mirarlo—. Señor, hay rumores en el subespacio. Se hacen cada vez más fuertes. Creo que estamos a punto de tener compañía.

—Comprendido. Prepárense, Kaiev, creemos que han sido desplazados a una corta distancia en el tiempo, a no más de unos siete o diez días en una dirección u otra. Ya le dije que iba a sonarle extraño —agregó mientras el rostro del klingon pasaba de la ansiedad al desconcierto, camino de la ira—. Simplemente límitese a asimilarlo. Haga lo que pueda con los datos, porque las cosas están a punto de cambiar. Pero le aseguro que estaban en el planeta... o lo estarán dentro de poco. Necesitamos...

—Incursión —anunció Sulu—. Entran en el alcance de sensores. Tres acorazados que salen del hiperespacio. A dos minutos luz de distancia. Desaceleran. Tiempo estimado de entrada en órbita, dos coma nueve minutos.

—Kaiev —dijo McCoy—, tenemos que sobrevivir a ésta. Tenga cuidado, porque si no salimos vivos de este encuentro no tiene ninguna esperanza de recuperar a sus tripulantes. Créame.

Kaiev parecía impresionado.

—Créame —repitió McCoy—. Es muy, muy poco probable que ustedes puedan duplicar los datos y los resultados obtenidos por nosotros. Yo no tengo ninguna mala intención para con ustedes, y quiero recuperar a mis tripulantes tanto como usted a los suyos. No destruya las posibilidades de ambos.

—Identificación positiva —anunció Chekov—. Acorazados klingon *Sakkhur*, *Irik* y *Lalash*. Todos completamente armados. Todos los sistemas de armamento preparados.

McCoy asintió con la cabeza y recorrió los diversos puestos con la mirada.

—Recibido. Damas y caballeros, preparados.

«¡Dios querido, ojalá estuviera en la enfermería, que es mi sitio!»

Pero debía sonreír. «Y que tampoco sea ésta la última vez que lo pienso...»

La pantalla mostraba los tres acorazados klingon que salían de la velocidad lumínica y se dirigían hacia el planeta. Eran naves gemelas de la *Ekkava*; en nada más grandes, pero entre las cuatro juntas podrían hacer lo que una sola no tenía esperanza alguna de conseguir. McCoy se removió un poco en el sillón de mando.

—Uhura —dijo—, un momento de silencio, por favor.

La mujer asintió, cerró el canal de sonido y sólo dejó entrar la señal de imagen.

—Spock, ¿cuánto calcula que podremos resistir contra el ataque de esas cuatro naves?

Spock pensó durante unos segundos.

—Algunos minutos. Menos, si no tuviéramos suerte o nos obligaran a maniobrar hasta una posición desfavorable.

«No quiero salir de órbita. Pero no parece haber razón alguna para no hacerlo. No es igual que si Jim estuviera ahí abajo, físicamente...» Suspiró. Además, había otras consideraciones. Tenía que pensar en los ornae y los lahit: inocentes, al menos relativamente, e indefensos ante cualquier acción que los klingon pudieran intentar con el fin de «asustarles» y obligarlos a devolver a los miembros de la tripulación de la *Ekkava*.

—Entonces, no permitamos que nos obliguen —decidió—. Debemos quedarnos cerca y proteger este planeta lo mejor que podamos. Devuélvanos el sonido, Uhura, Kaiev —dijo luego—. Eso es todo, de momento. —Sostuvo la mirada del otro durante un momento—. Cuide de su hígado.

Kaiev bajó los ojos y no dijo nada.

—Comandante —anunció Uhura—, nos llegan llamadas desde las otras naves. Exigen que usted se rinda.

—Hasta luego, comandante —concluyó McCoy—. Uhura, corte. —El rostro de Kaiev desapareció de la pantalla y fue sustituido por las naves que se acercaban—. Y en cuanto a esos otros, dígales que «a la porra». —Mientras la tripulación del puente le observaba con una mezcla de asombro y aprobación, él observó—: Bueno, es algo tradicional, ¿no?

—Doctor —comentó Spock—, no esperaba descubrir que era usted tan experto en ciencias militares.

McCoy volvió la cabeza por encima del hombro para mirar al vulcaniano que había descendido hasta el sillón de mando y se hallaba de pie cerca de él.

—Ya sabe cómo funciona eso, Spock —comentó—. Los que no conocen los errores del pasado, no podrán disfrutar de ellos cuando vuelvan a cometerlos en el

futuro.

Spock alzó las dos cejas y levantó la mirada hacia la pantalla.

Las naves klingon se habían detenido en una formación de ataque en torno a la *Enterprise*, una forma de diamante, en la punta de la cual estaba la *Ekkava*.

—Uhura, ¿hay alguna respuesta suya?

—Todavía nada, doctor. Deben de estar ocupados en un análisis semántico.

—¿Qué quiere decir? ¿Que nadie les ha dicho antes «a la porra»? —McCoy estaba atónito.

—Tal vez —observó Spock— todos los demás pensaban que ya se lo habían dicho antes.

—Muchísimas gracias, Spock. Vaya a afilarse el ingenio contra algo.

—Cursan mensajes entre la *Ekkava* y las demás naves, comandante —informó Uhura—. Pero ahora mismo no puedo decirle cuál es el contenido. Emplean un código nuevo.

—Oh, vaya.

—No, no hay ningún problema —le aseguró Uhura—. Déme más o menos quince minutos.

—¿Cree que podrá romperlo? Uhura sonrió.

—Veremos —fue su respuesta.

Reinó el silencio durante algunos minutos.

—Entra un mensaje de la *Irik*, doctor —anunció Uhura. —Páselo a pantalla.

La imagen mostró el puente de mando de otro acorazado klingon, pero esta vez el puesto de comandancia estaba ocupado por una mujer joven, de expresión muy apasionada y feroz, con unos sorprendentes cabellos dorados rojizos que McCoy no había creído que pudieran darse entre los klingon. «Sin duda no son teñidos. ¿Quizás una alteración genética?»

—¿Es usted el comandante McCoy? —preguntó ella en tono imperioso, con una voz que no sonaba en absoluto como la de un oficial feroz. Era una de aquellas vocecillas suaves que hacen parecer a su dueña unos treinta años más joven de lo que realmente es.

—Señora —dijo McCoy, e inclinó ligeramente el cuerpo sin levantarse del asiento—. Tiene usted ventaja con respecto a mí.

—Así es, en efecto. Pero ya hablaremos de eso después. Soy la comandante Aklein, comandante en jefe de estas fuerzas operativas.

—Encantado.

—Tengo mis dudas respecto a eso. —Ella se inclinó para mirarle con expresión suspicaz—. Debo reconocer que es difícil creer que usted haya matado al gran Kirk en un duelo. No tiene el aspecto de los tipos aficionados a los duelos.

McCoy se limitó a sonreír.

—Existen artes de matar que requieren algo más que meros músculos —replicó—. La astucia es casi tan buena... o un cuchillo clavado en la espalda, en medio de la oscuridad.

El médico no se atrevía a volverse para mirar el rostro de sus tripulantes. Aklein frunció levemente el entrecejo.

—Eso parece una página de nuestro libro, comandante —comentó—. Quizá guardemos más parecidos de lo que pensábamos.

McCoy se encogió de hombros.

—Comandante, discúlpeme, pero usted no ha recorrido toda esa distancia para realizar un estudio sociológico. ¿Qué piensa hacer su gente?

Aklein se acomodó un poco en su asiento.

—Señor —replicó—, el secuestro de nuestros tripulantes llevado a cabo en el planeta es una acción hostil que no puede permitirse, sea quien fuere quien lo haya perpetrado...

McCoy puso los ojos en blanco.

—No hay prueba ninguna de secuestro, comandante. Ni de nuestros tripulantes ni de los suyos. Los sondeos por escáner del planeta muestran muy claramente que ninguno de los nuestros estaba cerca de sus tripulantes cuando éstos desaparecieron. No se utilizó transportador alguno durante ese tiempo, como nuestros registros y los suyos le confirmarán...

—Eso ya lo sabemos. Y nos obliga a sacar la conclusión de que la responsable es una de las especies alienígenas del planeta. Aunque nuestra sospecha es que de alguna manera ustedes les incitaron a ello...

La carcajada de McCoy la interrumpió.

—Comandante —le dijo a la comandante klingon—, estaré encantado de proporcionarle los datos de nuestras conversaciones con los pobladores de ese planeta durante los últimos días. Incitarles a cualquier cosa, incluso obtener respuestas directas a preguntas claras, parece condenadamente imposible.

Aklein pareció un poco incomodada por aquello.

—No importa. Realizaremos nuestras propias investigaciones en la superficie del planeta con el fin de confirmar lo descubierto por la *Ekkava*, y luego comenzaremos las acciones punitivas contra los nativos hasta que...

—Yo no voy a permitir eso —la interrumpió McCoy.

—Le será muy difícil impedirlo —replicó Aklein, con una fugaz sonrisa.

McCoy no sonrió.

—Piénselo otra vez, comandante. Esta nave es la *Enterprise*. Es algo más que un hombre, aunque haya sido ese hombre quien la haya hecho famosa... o, entre ustedes, infame. Son las cuatrocientas treinta y ocho personas que la tripulan... para las cuales ustedes son un problema bastante interesante... pero que estamos acostumbrados a

solucionar desde hace ya tiempo.

—No me asusta usted, comandante.

—Eso es bueno —replicó McCoy—. Se exagera demasiado el valor disuasorio del miedo. La muerte funciona mejor. La klingon parpadeó.

—Comandante —anunció Sulu en voz baja—, detecto más rumores subespaciales. Se acercan otras dos naves.

—¿De veras? —inquirió McCoy, y levantó los ojos hacia la pantalla—. Creía que estaba usted al mando de esta fuerza operativa, comandante. ¿Es posible que alguien del alto mando haya reconsiderado su puesto? —Entonces se le ocurrió una feliz idea, por imposible que pareciese, y continuó—. ¿O podría ser que nuestros refuerzos hayan llegado?

Los ojos de ella se abrieron visiblemente más; bajó los ojos a la consola de mando que tenía delante y volvió a levantarlos.

—Pero Kaiev...

—Yo soy del sur, señora —le explicó McCoy—, y ni siquiera en esa zona, en la que somos gente cordial, les contamos absolutamente todo a nuestros propios amigos. Mucho menos lo hacemos con las personas que no son tan amigas.

—No son dos naves, comandante —dijo de pronto Sulu.

—¿Más?

—No. Una sola.

—¿Una? —McCoy se puso de pie y miró la pantalla por encima del hombro de Sulu.

—¡Dios mío! ¿Qué es eso? ¿Lo interpreto bien? ¡Parece enorme!

—Es enorme —comentó Spock mientras bajaba de su puesto ante la terminal científica y miraba a su vez por encima del hombro de Sulu—. También yo pensé al principio que eran dos naves. Pero hay un solo rastro. Entra a velocidad hiperespacial factor seis, y comienza a desacelerar para pasar a velocidad sublumínica.

—¿Qué le parece eso, comandante? —le preguntó McCoy a Aklein—. ¿Un poco sorprendida? No es ninguno de los suyos, según mis noticias. ¿Se pregunta quién será?

—Volvemos a estado de alerta —se apresuró a decirle Aklein a uno de los oficiales que estaba detrás de ella.

—Aklein, hiere usted mis sentimientos —declaró McCoy—. ¿Quiere decir que abandonaron el estado de alerta al vernos a nosotros? Tendremos que hablar de eso más tarde. ¿Estamos todos preparados?

—Preparados, doctor —respondió Spock.

—Acaba de pasar a velocidad sublumínica —anunció Sulu con voz alarmada—. Es una nave gigantesca, comandante. Reduce rápidamente a cero coma nueve nueve, coma ocho nueve, siete nueve, siete, cinco nueve...

Spock había regresado apresuradamente a su terminal.

—Tipo de nave desconocido —dijo pasado un instante—. Con unos motores excesivos para su tamaño.

—Extremadamente bien armada —declaró Chekov mientras miraba su consola—. Veinte baterías fásicas, todas cargadas, todas armadas. Torpedos de fotones, rayos tractores, generadores de plasma... ¿qué conclusión saca de eso? —le preguntó a Sulu.

Sulu también miró.

—Acelerador de rayo de partículas en los cargadores fásicos —replicó—. Salida de leptones. —Sacudió la cabeza y miró a McCoy—. Muy peligroso. Es un rasgador de escudos protectores. Afortunadamente, no pueden disparar mientras lo utilizan.

—¿Cuál es la identificación de esa cosa? —inquirió McCoy con voz apremiante.

—No identificada, comandante —replicó Spock—, pero la configuración encaja con alguna inteligencia que he visto recientemente.

—¿Quiénes son?

—Es muy probable que sea una nave pirata de Orión —respondió el vulcaniano.

La consola de armamento comenzó a hacer un ruido silbante que destrozaba los nervios; McCoy no lo había oído antes y deseaba fervientemente no oírlo tampoco en aquel momento.

—Sulu —dijo—, ¿le importaría...?

—Sí, señor —replicó el oficial, y apagó la alarma sonora—. Tiene la mira de disparo centrada sobre nosotros, sea lo que fuere.

—Mírela a los ojos —ordenó McCoy—. Prepárense a disparar si dispara. ¡Denme imagen en pantalla, por piedad! Maldito si voy a dispararle a algo que no puedo ver. Scotty, ¿cómo están los escudos?

Scotty parecía nervioso.

—Ese acelerador de rayo de partículas es un arma peligrosa, doc... comandante. El departamento de ingeniería de la Flota Estelar todavía trabaja para encontrar algo que lo contrarreste.

—¡Oh, vamos, Scotty, no me diga que usted no ha inventado ya algo!

—Bueno, a decir verdad, el problema me ha dado vueltas en la cabeza...

—Déjelo que dé más vueltas. ¿Qué podemos hacer mientras tanto?

—Disparar —declaró Sulu.

—Todavía no —le advirtió McCoy. Su juramento de preservar la vida, incluso las vidas de los piratas, le sonaba en la cabeza, pero estaba en conflicto con sus juramentos como oficial de la Flota Estelar, que le obligaban a proteger y preservar la nave, y la disputa era muy escandalosa—. Espere mi orden. Spock, ¿tenemos ya imagen?

—Ahora —replicó el vulcaniano, y la pantalla se dividió en dos campos para

mostrar la cosa que se aproximaba a ellos. La nave era efectivamente gigantesca, más de cinco veces el tamaño de la *Enterprise*.

—Eso de ahí es toda una ciudad, ¿no es cierto, Spock? — comentó McCoy, mientras la enorme silueta pulida y oblonga, tachonada y erizada de portillas y tubos lanzabombas y cañones de armas, se les acercaba lentamente—. Viven allí... debe de haber un par de miles de ellos en esa nave... van de mundo en mundo y roban todo lo que se les antoja.

—Eso es una suposición —precisó el vulcaniano—. No obstante, tenemos algunos datos sobre ellos. Tienen tendencia a intentar destruir cualquier nave con la que se encuentran y que no esté ya asociada con ellos.

—Les deseo buena suerte —comentó McCoy. Levantó la mirada hacia la comandante Aklein—. ¿Y bien, señora? —le preguntó—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Debo conferenciar —se apresuró a replicar ella, y cortó la comunicación desde su extremo.

—Dése prisa Sulu —dijo McCoy, al sacudirse ligeramente la nave—. ¿Ha sido eso un disparo de prueba de alcance?

—Sí. Rayos fásicos.

—Están demasiado lejos como para alcanzarnos —comentó McCoy, muy optimista.

—No, no lo están —lo contradijo Sulu—. Esos rayos han sido aumentados con dilitio.

—¿No es un poco caro, eso? —inquirió McCoy, mientras se sentaba nuevamente, con cierta precipitación, al sacudirse la nave una vez más.

—Si uno es un pirata de Orión... —comentó Uhura—. Una de las pocas cosas que sabemos respecto a su idioma es que la palabra que nosotros empleamos para el concepto «robar» ellos la traducen como «recibir en pago».

—Los escudos resisten —informó Scotty—. Pero no lo harán durante mucho tiempo si nos disparan con el rayo de partículas de fragmentación.

—Llámelos, Uhura.

—Lo he intentado. No responden a las llamadas.

—Maldición —exclamó McCoy, que sentía que sus opciones desaparecían una a una.

—Probablemente, ahuyentan a los cazadores furtivos —replicó Sulu—. Piensan que nos entrometemos en lo que ellos consideran su territorio. No aparecerían por aquí disparando a menos que ya hayan estado antes en el planeta y no quieran a nadie más por la zona.

—Conuerdo con el señor Sulu en que la hipótesis parece probable —asintió Spock.

—Maravilloso —dijo McCoy, mientras se aferraba a los brazos del sillón de

mando—. Preparados para disparar.

—Listos —anunciaron Sulu y Chekov.

McCoy esperó. Un aliento.

Uno más.

Otro más. La nave aumentaba en la pantalla. Uno más...

... y todo se puso blanco...

## 9

—Bueno —dijo Kirk—. ¿Estamos todos cómodos?

—Miraba uno a uno a los klingon, bastante disgustados. Esquivaban sus ojos, ahora que él les había despojado de todas sus armas y comunicadores, y estaban sentados por el calvero con aspecto muy mohíno. A Kirk no le importaba; eso era preferible a tenerlos a todos intentando saltarle enérgicamente encima.

Se volvió para mirar al Maestro de los ;at.

—Señor —le dijo—, he de ponerme en contacto con mi nave. La presencia de esta gente significa que muy probablemente se hallan en algún tipo de dificultad.

—Sin embargo, ya ha comprobado cómo se comporta su aparato —le respondió Maestro—. Me temo que no puedo hacer nada al respecto.

—Sí, ya lo sé. Pero tengo una idea...

Uno de los klingon, la mujer joven, miró a Kirk con asco no disimulado.

—¿Cómo puede fingir que comprende ese galimatías? —le preguntó—. O está loco, o sus intenciones son perversas.

—Discúlpeme, primera especialista —replicó Kirk—, pero usted no me conoce lo suficientemente bien como para acusarme de ninguna de esas dos cosas.

«Sin embargo —se dijo—, si es verdad que no entienden lo que hablamos, la situación está a mi favor. Por supuesto, también podría tratarse de un truco destinado a hacerme sentir libre de hablar de cualquier cosa con el ;at...»

—¿Qué clase de ideas? —inquirió Maestro.

—Hace poco rato, hablábamos de la habilidad de usted para... habitar... en otras partes del continuo espacio-tiempo.

—Así es, en efecto.

—Mi comunicador está bloqueado en este momento. ¿Pero habría algo que pudiera evitar que usted se trasladara a, eh..., un emplazamiento diferente del espacio-tiempo... e informara a mi gente de lo que sucede? ¿O de lo que sucederá?

—Desgraciadamente —respondió Maestro—, sí lo hay. Hace mucho tiempo que hemos aprendido a no entrometernos en el tejido de las cosas de esa manera. Invariablemente provoca más problemas de los que soluciona.

Kirk suspiró.

—Bueno, debía preguntárselo. Señor, perdóneme, pero mi lugar está con los míos en un momento como éste. He de encontrar una forma de regresar junto a ellos.

—Lamento profundamente su inquietud —le aseguró Maestro—. Corríjame si he comprendido su tecnología, pero si su comunicador no funciona, muy probablemente tampoco lo hará su transportador, puesto que las señales conductoras están interrelacionadas.

—Eso es verdad —respondió Kirk, sin sorprenderse porque el ;at lo supiera; él

había pensado eso un rato antes—. Bueno, en cualquier caso, debo regresar junto a los tripulantes de mi nave que están en el claro; me llevaré este grupo conmigo para mantenerlo alejado del cuello de ustedes.

—¿Qué se hará con ellos? —preguntó Maestro.

—Oh, bueno, los enviaré a su propia nave, no hay ningún problema al respecto. Su comandante probablemente se irritará conmigo, pero no tanto como voy a irritarme yo por haberse acercado furtivamente a nosotros sin siquiera un hola-cómo-están. Quiero descubrir cómo lo han hecho.

Kirk empezaba a sentirse de mal humor; no era típico de la tripulación de la *Enterprise* dejar entrar en el sistema a otra nave sin informarle de ello. Si, de alguna manera, era obra de McCoy, eso podía conferirle un carácter ligeramente diferente a la situación. Pero no mucho. Podía oír a Bones decir: «No vi motivo para preocuparle; no había nada que usted pudiese hacer al respecto y parecían inofensivos...»

«No —se dijo—, no sirve de nada intentar valorar la situación sin saber qué sucede realmente. Es igualmente posible que estos amigos que están aquí hayan encontrado alguna nueva forma inteligente de deslizarse a nuestras espaldas. ¿Quizás un nuevo sistema de camuflaje? De todas formas, ¿qué buscan aquí?»

—Oiga —dijo Kirk, con una feroz y significativa mirada a la mujer joven—. ¿Primera especialista Katur? —Ella inclinó la cabeza hacia un lado para asentir—. ¿Qué demonios hace aquí?

Miró el aparato de excavación y la senda que habían seguido los lahit hacia el macizo de plantas que crecía en el centro. Incluso en aquel momento, los lahit estaban detenidos en torno al calvero y hacían ruidos sibilantes de vaga agitación.

Katur le respondió con otra mirada de ferocidad.

—No voy a decírselo.

—Oh, sí que lo hará —dijo Kirk mientras avanzaba lentamente hacia ella—, o descubrirá la verdad de todas esas historias de horror que ha oído sobre mí. —Se inclinó para coger la pistola klingon, sobre la que el maestro de los ;at estaba más o menos apoyado—. ¿Puedo cogerle prestado esto? —preguntó—. Gracias. Nefasto artilugio —comentó—. No tiene programación de aturdimiento. Pero, por otro lado, se ha de reconocer que su gente ha tenido siempre una mentalidad bastante terminante.

Katur le miraba fijamente.

—Vamos, cuéntemelo —dijo él, dejando que la cólera aflorara a su voz—. ¿Qué son esas plantas?

—*Tabekh* —se apresuró a responderle Katur.

—¿Y qué es? —La mujer dudó—. Me refiero a qué hacen con ellas.

—No se lo digas —le advirtió uno de los otros—. Se lo llevarán para ellos.

—¿Para qué sirve? —preguntó Kirk con tono exigente mientras avanzaba un paso más.

Katur tragó con dificultad.

—Es la materia prima para hacer *tabekhte*.

—¿Y para qué sirve eso? —Tuvo un terrible pensamiento—. ¿Se trata de una droga?

Katur lo miró con ceñudo desprecio.

—¡Idiota! Lo ponemos en nuestra comida.

Kirk la miró fijamente.

—¿La planta misma?

—No. Hacemos un condimento con ella.

Se sentía interesado a su pesar. «Que el cielo nos asista; ésta es la materia prima que constituye el principal ingrediente de la salsa Worcestershire de los klingon —pensó Kirk. Luego pensó en las ocasionales quejas de Spock respecto a lo frescas que eran las verduras del cultivo hidropónico, y en las disertaciones de McCoy sobre la falta de sabor de la carne deshidratada y reconstituida, y en Scotty, que mascullaba acerca de la carencia de nabos y *tatties*—. Realmente he de averiguar qué son los *tatties* para el Día de Burns.» Sonrió fugazmente.

—Primera especialista, refunfuñar por la comida a bordo de las naves es uno de los derechos universales de la tripulación en cualquier parte, y si alguien lo ha declarado traición, en ese caso todos los que conozco son traidores. ¿Pero realmente no pueden arreglárselas sin esa planta?

Los klingon le miraron con ferocidad y no dijeron nada.

—Entonces deberán llegar a algún tipo de acuerdo con la gente que vive aquí para poder recogerla —les dijo Kirk—. Me pregunto qué otra cosa podrían hacer aquí... —Nadie dijo nada—. Bueno, supongo que eso es algo que debo preguntar a su comandante, no a ustedes. —Kirk arrojó la pistola klingon nuevamente al suelo y se tomó un momento para admirar la forma en la que el maestro de los ;at consiguió ponerse nuevamente encima de ella sin moverse de donde estaba. Al menos eso es lo que pareció suceder.

—Señor, voy a llevar esta gente a donde están los míos, en el claro. Los retendrán hasta que se hayan restablecido las comunicaciones y pueda averiguar qué sucede ahí arriba.

—Como quiera —respondió el Maestro de los ;at—. Además, si quieren algunas de esas plantas, pueden llevárselas. Los lahit las dejan marchar.

Kirk miró a los lahit que se agitaban con nerviosismo.

—¿Es que las utilizan para algo? —preguntó Kirk.

—Hablan con ellas —replicó Maestro.

Kirk asintió con la cabeza.

—Háganlo, pues —les dijo a los klingon, que avanzaron rápidamente y se pusieron a recoger hojas de la planta.

—En cuanto a usted, señor —continuó Kirk—, deseo que volvamos a hablar nuevamente mañana, si es que puedo. Creo que todavía tenemos algunas cosas que comentar.

—Probablemente, no —dijo el maestro de los ;at, pero su voz sonaba complacida. Kirk alzó las cejas—. En cualquier caso, volveremos a vernos cuando a usted le convenga, capitán. Pienso que probablemente está más ocupado que yo.

—Mañana por la mañana, entonces —propuso Kirk.

—De acuerdo —respondió Maestro.

—Muy bien, parece que eso es todo lo que son capaces de llevarse —les dijo Kirk a los klingon mientras sacaba su pistola fásica—. Delante de mí, por favor. Un poco más adelante. —Salieron del calvero con Kirk a sus espaldas—. Tenga usted muy buenas tardes, señor —saludó Kirk a Maestro—. Le aseguro que yo he pasado un rato muy agradable. Las cosas han estado tranquilas por estos contornos... muy relajantes.

—Me alegro de que así haya sido. Que pase un buen día, capitán.

Kirk saludó con un amistoso gesto de cabeza al monolito —si era de eso de lo que se trataba; estaría muy interesado en las lecturas de escáner realizadas por Bones— y siguió a su pequeño grupo fuera del calvero, ladera arriba, y luego nuevamente colina abajo.

—¡Maldición! —gritó McCoy—. ¿Estamos muertos?

—No —replicó Spock—, pero no sabemos cuánto tiempo tardaremos en estarlo.

McCoy tragó con dificultad. La nave todavía se estremecía a causa del último disparo, fuera de lo que fuese.

—¡Scotty, informe!

—Los escudos se mantienen —replicó el otro—. A duras penas. Doctor, aconsejo que nos movamos.

—¡También yo, condenación! ¡Sulu, emprenda su mejor maniobra evasiva! Sáquenlos de aquí. Uhura, póngame con las naves klingon, con todas ellas. Transmita.

—Está al habla, doctor.

—Damas y caballeros del imperio klingon —dijo el médico—. Aquí el comandante Leonard McCoy, de la *Enterprise*. Me perdonarán por romper la formación, pero la nave que entra en estos momentos en nuestro espacio no parece interesada en las formalidades. Después de que hayamos ajustado cuentas con ese visitante de la forma que mejor nos parezca a todos, regresaremos a la órbita y nos ocuparemos de cualquier otro asunto. Mientras tanto, les sugiero que cuiden de sus traseros. McCoy fuera.

—Hecho, doctor. Los klingon han acusado recibo.

—Les conviene hacer algo mejor que acusar recibo —masculló McCoy, mientras observaba el planeta que se alejaba de ellos. «Volveremos pronto, Jim —pensó—. ¡Eso espero!»—. ¿Nos siguen los de Orión?

—Afirmativo —replicó Spock.

—Maldición —dijo McCoy—. El precio de la fama. Si yo comandara esta nave de manera regular, le taparía los números con pintura. Uhura —agregó—, ¿qué utilizan los de Orión para sondear?

—Es difícil decirlo, doctor. Según la última noticia que tengo, escáneres estándar. ¿Señor Spock?

—Los escáneres estándar son lo más corrientes, según tengo entendido. No son demasiado diferentes a los nuestros.

—Bien. ¿Podemos bloquearlos? ¿O escondernos de ellos?

—Hasta cierto punto, a distancias de espacio profundo.

—Bien. Sulu, sáquenlos bien lejos de la órbita. Luego gire nuevamente hacia dentro: una bonita hipérbola, larga y cerrada. Chekov, trace el rumbo de forma que podamos salir disparados alrededor del planeta y salir nuevamente después sin necesidad de potencia adicional. Spock, una vez que estemos en órbita, antes de huir, quiero que apague todo lo que pueda apagarse. No quiero emisiones energéticas que podamos evitar.

Spock parpadeó.

—Doctor... —comenzó—, ésta es una estrategia que me suena familiar... muy eficaz. Si no le conociera, pensaría que ha estado leyendo a Jellicoe. O posiblemente a Smith. McCoy sonrió con timidez.

—Jim no dejaba de darme esos libros de estrategia y decirme que debía leerlos —recordó—. Entonces, nunca le veía sentido a hacerlo. Pero puede que haya tenido algo de razón.

Comencé a ponerme al día con mi lectura la pasada noche. —Doctor, una de las naves klingon abandona la órbita —informó Chekov—. Es la de Kaiev.

McCoy parpadeó al oír aquello.

—Me pregunto qué se traerá entre manos.

—Doctor —dijo Sulu mientras miraba su escáner—, le dispara a la nave pirata por detrás. Plena dispersión de torpedos de fotones... Ineficaces —agregó un segundo después—. Todos han errado limpiamente.

—¿Qué demonios hace? —comentó suavemente McCoy—. Debería salir de aquí y huir.

—Llamada de la *Ekkava*, doctor —dijo Uhura—. No es directo. Es un mensaje lanzado.

—Enséñemelo.

De forma abrupta, se encontraron frente al puente de la *Ekkava*, y a Kaiev. Éste

todavía sudaba. McCoy comenzó a preguntarse si la medicación de aquel hombre iba a ser ajustada alguna vez... o si el sudor tenía que ver con otra cosa.

—*Enterprise* —dijo el klingon—, se han comportado ustedes valientemente conmigo. Yo haré lo mismo con ustedes, antes de que todos muramos. —Hizo una pausa momentánea—. Y me he hecho aumentar la dosis de Tacrin —agregó luego—. *Ekkava* fuera.

McCoy sonrió. Aquélla era la única cosa que realmente le había provocado una sonrisa voluntaria desde hacía bastante tiempo.

—Mantenga un ojo sobre él, Sulu —ordenó.

—Aún dispara, doctor. Otra andanada de torpedos... Uno ha hecho blanco esta vez, pero sin resultados. La nave pirata está demasiado bien protegida por sus escudos.

—Son escudos reactivos —comentó Chekov—. Algunas de las naves klingon más modernas los tienen... no ésas, no lo creo. El campo de fuerza de los escudos está cargado con una potencia mucho más elevada que los habituales escudos defensivos; no sólo absorbe la potencia de los torpedos de fotones, sino que la hace rebotar y la devuelve. Es muy peligroso, especialmente si uno los sigue desde muy cerca.

—Tomo nota —respondió McCoy—. Sin embargo, es extraño. Los klingon habitualmente están ansiosos por incorporar a sus naves cualquier arma nueva que puedan conseguir.

—No en este caso, doctor —le explicó Spock—. Los escudos reactivos y los rayos de partículas que llevan requieren gigantescas fuentes de energía... mucho mayores de las que puede suministrar una nave del tamaño de las klingon, o incluso la nuestra. Probablemente no hay más que algunos cientos de personas a bordo de la nave de Orión, a pesar de su tamaño; la mayor parte del espacio está dedicado a los motores y las instalaciones de armamento. —Cruzó los brazos y adoptó un aire meditabundo—. Ésta es una situación que a veces han representado en un simulador, en la Flota Estelar... pero más como ejercicio de creatividad en las acciones evasivas que cualquier otra cosa.

—El señor Sulu es muy creativo —comentó McCoy mientras se apretaba los dedos doblados para hacerse sonar los nudillos y luego se regañaba por ello. Era un mal hábito que tenía cuando estaba nervioso—. ¿Qué hace Kaiev?

—Continúa disparando —replicó Chekov—. La nave pirata hace caso omiso de él.

—O bien intenta distraerlos —comentó McCoy—, o... —Se encogió de hombros—. Quizá, como él mismo ha dicho, se comporta valientemente. Ojalá se marchara.

—Dos de las otras naves klingon abandonan la órbita, doctor —informó Spock—. En formación táctica.

La computadora sacó a la pantalla frontal una visión táctica, que enfocaba el espacio del planeta desde lo alto de su polo norte. La *Enterprise* estaba casi fuera de la pantalla, en la parte inferior; sus números de identificación, sobre los ejes Y y Z, cambiaban rápidamente. Detrás de ella, la nave pirata se deslizaba hacia la izquierda y ascendía desde el plano del sistema para seguirla. Muy cerca de ella, la *Ekkava* disparaba por retaguardia. Más cerca del planeta, las otras naves klingon abandonaban la órbita en línea recta, por detrás de él.

—Pero bueno, ¿adónde van ahora —preguntó McCoy—, y qué van a hacer?

—Puedo proporcionarle una imagen visual, si lo prefiere, doctor —ofreció Spock.

—No, déjela como está —se apresuró a decir McCoy.

Cuando veía naves, veía gente, y vidas, y sus juramentos comenzaban a mantener dentro de su cabeza escandalosas discusiones con otras obligaciones. Pero cuando veía una imagen nítida y limpia de computadora, como aquélla, le recordaba más las lecturas de los aparatos de la enfermería que cualquier otra cosa: diagramas, quizá complejos, pero ordenados y comprensibles. Y entendía de táctica. Ajedrez de cuatro dimensiones, las damas, el gwyddbwyll, hacía mucho tiempo que no jugaba a ninguno de ellos.

Había también otras fuentes de buenas ideas.

—Esa gente —dijo mientras miraba el punto de luz que representaba a los piratas — no abusan mucho de las sutilezas, ¿verdad? Llegar y disparar, esa parece ser su táctica preferida.

—Estoy de acuerdo con usted —comentó Spock, mientras descendía de su puesto y se detenía junto al sillón de mando por un instante—. Históricamente, han preferido armarse excesivamente, y utilizan simplemente la fuerza para reducir a la ineffectividad cualquier resistencia. La sorpresa y la traición han sido siempre sus armas preferidas.

McCoy asintió con la cabeza.

—Eso es bueno.

—¿Bueno? —inquirió Uhura, ligeramente perpleja.

—Sí, Uhura. ¿Ha conseguido hacer algo con ese código klingon?

—¿Cómo? Ah, ya lo creo. Lo rompí hace un rato.

—¿El nuevo?

—Tuve unos minutos libres.

—¡Maravilloso! Envíe lo siguiente a la *Ekkava*: «Vamos a jugar al escondite. Observen órbita».

Spock parecía preocupado.

—Doctor... ¿es prudente eso?

—Ya lo creo. Hágalo, Uhura. Codifíquelo y láncelo.

La mujer trabajó durante un momento en su terminal.

—Hecho.

—¿Puedo preguntarle qué estrategia pretende emplear, doctor? —inquirió Spock. McCoy se inclinó hacia atrás.

—¿Está usted familiarizado con los métodos de guerra del siglo veinte? La idea era huir en silencio.

—La estrategia tiene algunas virtudes —observó Spock—, pero tenga en cuenta algunos aspectos de nuestra presencia, como las radiaciones y el calor residuales, que no podemos bloquear ni ocultar de ninguna otra forma.

—Eso ya lo sé. Pero, Spock, ¿no es cierto que estando tan cerca de la estrella dentro del sistema solar, el espacio está aún demasiado «caliente» para que nos vean fácilmente sólo por las radiaciones caloríficas?

—Eso es verdad —replicó Spock—, pero cuanto más nos acerquemos a la heliopausa del sistema de la estrella, menos protección tendremos ante ese método de detección.

—Lo sé —le dijo McCoy—. No tengo intención de alejarme tanto. Aunque espero que nuestros amigos piensen que sí. ¿Qué tal va esa órbita, Chekov?

—Trazada, doctor —replicó el interpelado, y pulsó un botón.

Apareció en la imagen táctica. Era una hipérbola realmente cerrada, casi la forma del recorrido de un cometa, o la de una antigua horquilla para el pelo. Una de las patas era tangente respecto al círculo de la órbita que la *Enterprise* había recorrido en torno al planeta. La otra pasaba a una distancia de unas cincuenta mil millas del mismo y después comenzaba a caer nuevamente hacia él en la curva de honda que McCoy había pedido.

Una parte de la horquilla de pelo, cerca del giro del extremo, estaba marcada en un rojo que la diferenciaba del blanco del resto de la hipérbola.

—Habrà de utilizar los motores en ese punto —explicó Chekov— para poder mantener la órbita, doctor.

—Comprendido. Éntrela y ejecútela.

—Hecho, doctor.

—Una vez que la hayamos ejecutado, corte la energía de todo lo que pueda cortarse. Scotty —continuó McCoy—, eso vale también para los motores hiperespaciales. Si recuerdo bien lo que Jim solía decir sobre los sondeos, ésa sería una de las principales cosas que les permitiría seguir nuestra pista.

—Sí —replicó Scotty, con tono de profunda infelicidad.

—No ha de mantenerlos apagados hasta que se enfríen —explicó McCoy—. Reencenderlos en caliente le llevará... ¿cuánto tiempo?

—En la actual configuración de recursos energéticos, seis minutos.

—De acuerdo.

—Mensaje de Kaiev, doctor —dijo Uhura—. Dice: «Recibido. Tomada nota

curso. Cambio a posición opuesta».

—Ésa es su órbita —comentó Chekov mientras su dedo bailaba por la consola—. Trata de decir que invertirá su propia parábola. Peligroso. Debe de haber planeado emplear los motores de reacción...

Calló durante un momento; luego Chekov sacó la órbita de la *Ekkava* a la pantalla. Giró limpiamente, se desvió de su curso visible hasta el momento y se alejó en línea recta del planeta, para luego girar nuevamente, en una curva de honda como la de la nave de McCoy, pero con otro ángulo y desde más arriba. Las dos órbitas se acercaban bastante en las proximidades del planeta y luego se separaban.

—Muy bien —comentó McCoy suavemente—. Cualquier nave que persiga a uno de los dos sin saber dónde está el otro acabará por encontrarse con cualquiera de ellos detrás de sí, sin sospecharlo. No es una gran ventaja —continuó McCoy—, pero es lo mejor que podemos conseguir de momento. No podemos vencer por las armas a ese tipo. Y no podemos correr más que él. No podemos hacer gran cosa hasta saber qué tipo de escáner tiene.

—Seremos vulnerables mientras los motores de propulsión estén en funcionamiento —comentó Spock.

—Eso ya lo sé. No podemos evitarlo. ¿Qué tal las computadoras de esa gente, Spock?

Spock adoptó un aire meditativo.

—Según los rumores que corren, han comprado algunas de segunda mano a los romulanos. Eso sería tan afortunado como desafortunado. Si las computadoras son de modelo antiguo, mucho mejor. Pero los romulanos fabrican computadoras muy buenas, son flexibles y pueden actualizarse con facilidad. ¿Está preocupado por la posibilidad de que procesen rápidamente los datos del escáner?

—Sí.

—Yo diría que no son tan rápidas como, digamos, las de los klingon —comentó juiciosamente Spock—, pero siempre existen factores impredecibles en cualquier valoración semejante. Como ha dicho usted mismo, doctor, la sutileza no suele ser el estilo de esa gente. La mayoría de los que se enfrentan con los piratas son destruidos, o huyen para evitar que los destruyan. No están habituados a un enfrentamiento prolongado... y menos aún con una fuerza combinada de la Flota Estelar y los klingon. Podríamos durar bastante tiempo.

A McCoy no le gustaba demasiado la forma en que Spock se había expresado, pero podía comprender por qué lo había hecho.

—De acuerdo. Apaguen todo lo que no sea esencial, incluidos los escudos. No me hace mucha gracia que nos quedemos sin escudos, pero resaltan como una bombilla eléctrica en la oscuridad, y si no pueden vernos, no pueden dispararnos. Al menos no con mucha certeza. Reduzcan la potencia de las luces, apaguen los motores

hiperespaciales, todos saben lo que deben hacer. Háganlo.

Todos se pusieron a trabajar en las diversas terminales del puente. Las luces redujeron su brillo al modo nocturno.

—Uhura —dijo McCoy—, haga que toda la nave pueda oírme, ¿quiere?

Ella asintió con la cabeza.

—Aquí el doctor McCoy —comenzó, y por primera vez en toda aquella historia se le quebró la voz. Carraspeó—. Lo siento. Damas y caballeros, estamos a punto de reducirnos a un total silencio para hacernos pequeños durante un rato, con la esperanza de que una nave muy grande que nos persigue nos pierda durante el tiempo suficiente para permitirnos hacer algo que la detenga. Ustedes no tienen por qué guardar silencio... —miró a Spock en busca de confirmación, el vulcaniano le hizo un gesto de asentimiento—, pero el pensamiento positivo es siempre una ayuda. Mientras tanto, por favor, eviten utilizar cualquier tipo de aparato que no sea imprescindible, recuerden que nuestros escudos están desactivados y que tendremos fugas de electrones bastante bonitas y visibles, si no tenemos cuidado. Se producirá una corta carrera con motores de propulsión dentro de unos... —miró a Chekov— veinte minutos. Después de eso navegaremos a la deriva, de vuelta al planeta, y consideraremos otras opciones para poder dominar esta nefasta situación. Mantengan todos la calma y piensen en cosas positivas. McCoy fuera.

Se sentó en el asiento de mando y esperó.

—Doctor, esto podría no resultar... ¿es usted consciente de ello? —preguntó Spock.

—Pensaba que podía confiar en usted para que lo señalara —replicó McCoy—. Spock, límitese a confiar en mí por esta vez. Además —agregó—, ¿se le ocurre a usted algo que tenga más probabilidades de mantenernos con vida en este momento?

Spock vaciló durante un momento.

—No me gustaría darle falsas esperanzas —respondió—, pero... no. La estrategia tiene mucho de encomiable.

—Con eso me basta, entonces. Lo peor que puede suceder —continuó, reclinándose contra el respaldo del asiento de mando— es que nos vuelen a todos en pedazos, pero Jim continuará vivo en la superficie del planeta... así que esta situación —agregó con un tono de voz más bajo— no será una pérdida absoluta. Es algo muy desafortunado... sí, pero los de Orión no nos habrán matado a todos.

Spock asintió con expresión pensativa y regresó a su puesto.

«Ahora viene la parte peor —pensaba McCoy—. La espera. ¿Cómo la soporta Jim? Permanecer aquí sentado, cuando lo que querría es estar ahí afuera y patearle el culo a alguien... y largarse del todo, no luchar en absoluto. Porque hay bastantes ocasiones en las que preferiría no hacerlo.» Aquella era una actitud mental con la cual, de momento, le resultaba curiosamente difícil simpatizar. McCoy mismo, en

aquel instante, quería desesperadamente ver la nave pirata estallar y desaparecer del espacio, sólo para reducir un poco la tensión.

«Pero las vidas...»

—¿Cuánta gente —le preguntó a Spock— dijo usted que había en esa nave?

—Es difícil hacer una estimación exacta —replicó el vulcaniano—, pero yo calcularía aproximadamente setecientos.

—Gracias, señor Spock.

McCoy volvió a repantigarse en el asiento y no dijo nada más. Había visto morir alrededor de setecientas personas, por una u otra causa, durante el primer año de facultad de medicina. De todas las enfermedades imaginables: infecciosas, crónicas, toda clase de síndromes, patologías y trastornos. La memoria bloqueaba el número de ellos que habían muerto por algo que les había hecho él, o que no les había hecho. No demasiados, era la esperanza que siempre abrigaba. Era todo lo que cualquiera podía hacer en su situación: tener esperanza.

Aquella era una buena práctica para la esperanza.

—Dieciocho minutos para motores de propulsión —anunció Sulu.

—¿Cuánta visión puede darnos a esta distancia? —inquirió McCoy.

—No mucha —replicó Sulu—. Con toda la energía cortada, no podemos sondear el área en la forma que nos gustaría; eso nos delataría. ¡Deberá arreglarse usted con el plano táctico aumentado, doctor!

—Con eso me basta.

—Debería bastarle.

Observó el plano táctico e intentó conservar la calma. ¡Tardaban tanto tiempo! Uno se habituaba a que la *Enterprise* fuera a donde le diera la gana con un chasquido de trueno y una nube de polvo. Aquel arrastrarse por las tinieblas era algo agónico. «Pero salvará la vida de Jim... y del resto de nosotros. Espero.»

—Sulu —dijo McCoy—, ¿obtuvo usted una imagen decente de la nave pirata?

—Me preguntaba cuándo iba a pedírmelo —replicó Sulu, y movió los controles durante unos segundos—. Ahí la tiene.

La pantalla se dividió en dos lateralmente; la nueva franja fue ocupada por la cosa enorme que había salido disparada hacia ellos procedente de la nada. En la luz relativamente brillante de la proximidad del planeta, su superestructura y agregados externos podían verse muy claramente.

—¿Qué es eso? —preguntó McCoy señalando un determinado rasgo—. Parece un invernadero.

—Creo que probablemente sea una cúpula de puntería —replicó Sulu—. Sensores instalados fuera de los escudos y cosas por el estilo.

—Esa cosa parece haber sido construida de restos y chatarra —comentó McCoy. Estaba habituado a la pulcritud y elegancia del diseño de la *Enterprise*; aquella cosa

parecía torpe e ineficaz comparada con ella. Pero ésa era una peligrosa falacia.

—Probablemente lo haya sido —replicó Sulu perezosamente, mientras se echaba hacia atrás y se desperezaba sin apartar los ojos del curso—. Habrán comprado los trozos aquí y allá... y cuando tuvieron todo junto lo embarcaron a algún apartado astillero, en la base del brazo de Sagitario, o quizás escondido en el Saco de Carbón... nos llegan rumores de lugares así. Unen los trozos en el espacio abierto. Muere mucha gente... pero mueren más cuando acaban de construirla, así se aseguran de que nadie haga correr la información de lo que lleva dentro esa nave, quién la ha hecho construir, cuánto han pagado por ella, con qué está armada... — Sulu parecía asqueado.

—Es curioso... Yo creía que a usted le interesaba la vida aventurera. La piratería de los grandes mares y otras delicias —comentó McCoy.

Sulu rió entre dientes.

—¡Oh, sí, como un anatema! Una espada y el viento en los cabellos... luchar con un barco cañón contra cañón y espada contra espada, llevarse sus doblones y enterrarlos en alguna bonita isla caribeña... —Parecía pensativo—. Ni siquiera ahora han podido encontrar los restos de la *Maria Rea* o la *Estevan*... —Sonrió—. Pero aquellos eran tiempos diferentes. Uno o dos barcos aquí y allá, un poco de redistribución de las riquezas, a esa escala no hacían mucho daño. Pero este tipo de cosas, como destruir un planeta cuando ya no puede rendir beneficios suficientes... —Sacudió la cabeza—. Eso no es para mí, doctor.

—No era ésa la idea que yo tenía. —McCoy parecía meditabundo—. ¿Qué es un anatema? —preguntó luego.

—Creo que es una maldición —replicó Sulu, con un tono exento de seguridad—. O un pez pequeñito que corre cuando hay luna llena.

—Debía preguntarlo. ¿Y cómo va nuestro anatema privado en este momento?

—Nos sigue a velocidad de propulsión —replicó Chekov—. Acelera a plena potencia.

—Vaya por Dios, realmente quiere negociar, ¿verdad? —masculló McCoy. En términos generales, un buen capitán de nave estelar intentaba evitar las velocidades próximas a las relativistas; tendían a hacer cosas raras con los motores de uno... y con la tripulación. Pero aquel perseguidor obviamente pensaba que el premio bien merecía la pena de unos desgarrones y un poco de desgaste.

—¿Cuál es nuestra propia velocidad?

—El ochenta por ciento de la suya, de momento. Estamos al límite. Correr demasiado sin escudos protectores no es muy saludable... pero las computadoras están bien hasta ahora, no presentan ningún problema de sincronización. ¿Señor Spock?

Ante su terminal, Spock asintió con la cabeza.

—Al menos por el momento. Pero si incrementamos mucho la velocidad sin ninguna protección, las computadoras acabarán por sufrirlo. No me gustaría llevarla mucho más allá de tres cuartos de impulso.

—De acuerdo —dijo McCoy—. Déme un grito si se encuentra con alguna otra cosa que yo deba saber.

—Por supuesto.

Aquello era lo mejor de todo, pensaba McCoy. A nadie le importaba que él fuera el comandante... no había competitividad, no había tensiones; todos deseaban que tuviera éxito. Pero, por otra parte, todos tenían el mismo pensamiento: él debía resistir hasta que Jim pudiera regresar al asiento central. Deseaban que Jim estuviese allí tanto como McCoy... si eso era posible. Por mucho cariño que le tuviera a la tripulación, y por bien que conociera la lealtad de todos ellos, McCoy tenía sus dudas.

—La nave de Orión acelera más —anunció nervioso Sulu—. Acortan ligeramente las distancias. Diez minutos para propulsión.

—¿Qué probabilidades hay de que vean la pista de nuestros motores? —inquirió McCoy.

Spock sacudió la cabeza.

—Eso dependerá de la dirección en la que apunte su principal instalación sensora al principio de ese período. Es muy posible, si aceleramos con bastante lentitud, que pierda la pista de ionización durante algunos segundos, quizás un minuto, más o menos. Si ése fuera el caso, todo eso serán datos de menos que tendrán para predecir qué curso tenemos intención de seguir.

—Cuanto menos vean de nosotros, mejor —concluyó Chekov—. Simplemente hemos de esperar que nos busquen mucho más afuera de lo que realmente estamos.

—Esta operación requiere demasiada suerte —refunfuñó McCoy—. No son las mejores probabilidades para un comandante novato.

—Muy al contrario, doctor —le contradijo Spock, que levantó la mirada de su trabajo—, un comandante inexperto tiene unas probabilidades mucho más altas de sobrevivir en una situación así que uno experimentado. El comandante novato no sabe qué errores puede cometer, y por lo tanto su adversario tiene más dificultades para juzgar dichos errores y las razones que los han motivado. Sus decisiones tácticas tienden a ser más impredecibles y, cuando tienen éxito, son de lo más eficaz. También existe una ligera ventaja, estrictamente estadística: por el hecho de que no haya estado recientemente en batalla, las leyes del promedio se combinan con la teoría del caos para...

—... provocarme un dolor de cabeza, básicamente —lo interrumpió McCoy—. Gracias, señor Spock... Chekov, ¿qué hacen los klingon?

—Están todos en órbitas cometarias largas, como la nuestra, pero trazadas de manera que les permiten tanto la salida rápida del sistema como la detención de la

velocidad hiperespacial y la caída rápida de vuelta al interior —replicó Chekov—. Todo muy cauteloso. Creo que saben que los de Orión nos superan en armamento, pero quieren ver si tenemos algún truco en la manga sobre el que deban informar al imperio.

—Una vez más, nuestra reputación nos precede —comentó suavemente McCoy—. Me parece que no me gusta eso de la fama. Impide llevar una vida apacible.

En aquel instante la nave se estremeció; una sacudida muy brusca y perceptible, diferente de la habitual, bastante suavizada. Pero se debía tener en cuenta que no llevaban los escudos activados, así que cada sacudida iba a ser tres veces más aguda de lo normal.

—¿Ha sido otro disparo de prueba de alcance? —inquirió McCoy.

—Creo que sí, doctor —le respondió Sulu—. No están seguros de dónde nos hallamos, así que prueban algún disparo ocasional hacia la oscuridad. Pero he visto hacia dónde estaba dirigido el rayo. Tienen nuestra posición bastante equivocada.

—Demos gracias a los cielos por los pequeños milagros. Cuando viremos, estará todavía más equivocada, ¿verdad?

—Exacto.

—Beberé por eso —declaró McCoy— más tarde.

Suspiró y pensó en Kaiev, que estaría en alguna parte de aquella oscuridad exterior, con su síndrome hepático y su aspecto nervioso. Nunca podía uno saber quién acudiría a ayudarlo en caso de apuros. «Decididamente, hay alguien a quien deseo invitar a una copa cuando todo esto haya terminado —pensó—, si los hados son benevolentes y tenemos unos cuantos minutos para colaborar después de que se hayan solventado todos estos problemas. Si sobrevivimos...»

En la pantalla, observaba cómo se acercaba lentamente el punto en el que volverían a encender los motores de impulsión. No faltaban ya más que unos pocos minutos. McCoy miraba fijamente el pequeño punto de luz que representaba a la nave de Orión y se preguntaba: «¿Qué hace que se comporten así? ¿Es que piensan que eso no es más que un trabajo, algo que deben hacer? ¿Llega a pensar alguno de ellos en la gente que matan y esclavizan, en los planetas que han aterrorizado a lo largo de los años? Algunos de ellos tienen que hacerlo. Seguramente algunos de los que van a bordo de esa nave han lamentado, con el paso del tiempo, cosas que han hecho. Algunos seguramente quieren dejarlo.»

Probablemente van a conseguir dejarlo, porque vamos a tener que matarlos... o al menos intentaremos hacerlo. No van a dejarnos en paz; somos una presa demasiado valiosa, y amenazamos su sustento. No tienes forma de escapar de ésta por medio de las palabras, Leonard, muchacho. Ahí fuera, el único recurso es la buena navegación estelar, y la buena y fría oscuridad para esconderse en ella...

—Dos minutos —informó Sulu—. Doctor, ellos todavía siguen su curso anterior.

Si continúan navegando en esa dirección, cuando demos la vuelta los perderemos definitivamente. Están demasiado lejos de nosotros para captar el calor de los impulsores, si están enfocados en la dirección equivocada.

—Conserve ese pensamiento —dijo McCoy.

Un nuevo minuto que se arrastró lenta, muy lentamente. McCoy contemplaba el diagrama y consideraba las opciones que tenía. ¿Qué iba a hacer en el caso de que aquel monstruo no girara también?

—Nosotros tenemos obligatoriamente una maniobrabilidad superior a la de esa cosa, a velocidad de impulsión —comentó.

—Así lo creo yo —replicó Spock desde su terminal—. Está muy bien provista de motores de impulsión, pero al mismo tiempo ha de mover tanta masa muerta que está peligrosamente próxima a su punto de disminución del rendimiento proporcional.

McCoy asintió con la cabeza.

—Dadas las circunstancias, parece un error dejarles que nos obliguen a entrar en el hiperespacio. —Incuestionable. Esa nave está sin duda mejor armada que la nuestra. Tendría una ventaja considerable a velocidad hiperespacial; yo resistiría, en efecto, la tentación. —Spock hablaba con una vehemencia insólita en él.

—Spock, si nuestra ventaja reside en la velocidad de impulsión, ahí nos quedaremos. No necesita convencerme.

Pero el problema era que no podrían permanecer a velocidad de impulsión durante toda la eternidad. Debería haber una resolución para aquel problema... y McCoy no podía ver dónde estaba.

—Treinta segundos —anunció Sulu.

McCoy contemplaba la pantalla, observaba el pequeño punto blanco que representaba a la *Enterprise*, que avanzaba centímetro a centímetro hacia la parte marcada de la parábola.

—Compruebe curso.

—Confirmado —replicó Chekov, y leyó una lista de números.

Sulu asintió con la cabeza.

—Yo le compruebo a usted —dijo—. ¿Doctor? Última oportunidad para dar una contraorden.

—Adelante —respondió McCoy.

Los motores de impulso se encendieron, todos a un tiempo, como solían hacer; no hubo un lento aumento de sonido que vibrara en los huesos de la nave, sino un poderoso ¡whoom! de energía. McCoy se irguió en su asiento, atónito.

—¿Funcionan bien esos motores? —preguntó.

—Se debe a que todo estaba apagado —respondió Sulu por encima del ruido... que realmente no era tan fuerte cuando uno lo oía durante un segundo—. Parece más fuerte por comparación.

—Ya lo creo —comentó McCoy.

El encendido continuó. Normalmente, el funcionamiento de los motores de impulsión era prácticamente indetectable, pero en aquel momento McCoy tenía ganas de llamar a la sala de máquinas y averiguar si no podían conseguir de algún modo que aquellas cosas hicieran menos ruido. Era absurdo; era imposible que los piratas pudieran oírlos en el espacio. Pero de todas formas, McCoy se crispaba.

El ruido continuó y continuó. Pareció continuar durante toda una eternidad, desde luego durante el tiempo suficiente para que alguien que no fuera completamente ciego pudiera ver la pista de iones que dejaban...

El ruido se interrumpió. El médico respiró con alivio.

—¿Y bien? —les preguntó a Sulu y Chekov.

Chekov miraba los listados de su computadora; Sulu no esperó: estaba ocupado en estudiar la órbita que ellos seguían y la de los piratas de Orión. Realmente parecía que sus perseguidores se alejaban más y más hacia el exterior del sistema...

—Ha funcionado bien —informó Sulu—. Hemos descrito la hipérbole cerrada, como estaba planeado, y obtendremos el efecto honda deseado. Por otra parte, no parece que nuestros amigos nos hayan visto...

«Espero que Kaiev sí lo haya hecho.»

—Felicitaciones, caballeros —les dijo McCoy—. Informe de los klingon.

—Kaiev ha desaparecido del campo de los sensores, doctor —replicó Spock—. Según mis proyecciones, debería estar por aquí. —En la pantalla, un pequeño punto de luz roja marcó la posición indicada, que se alejaba todavía del planeta y entraba en una órbita que eventualmente se cruzaría con la suya—. También él debe estar a punto de encender los motores de impulsión, por lo que ha tomado las mismas precauciones que nosotros para no ser visto. —Spock parecía satisfecho—. Preferiría no especular sobre si ésta es una táctica que él ya había considerado o si la copió de la nuestra, pero parece una elección sensata, en mi opinión.

McCoy pensó durante un momento.

—Veamos, Uhura, ¿nos queda alguna de esas boyas de datos?

Ella lo miró con expresión de infelicidad.

—Nos queda una, doctor, pero hasta ahora no he tenido tiempo de cargarla.

—Está bien. No quiero cargarla, como no sea quizá con un poco de basura. Mire... —Se levantó, se acercó a la pantalla y miró de cerca el punto en el que la órbita de la *Enterprise* se cruzaría más o menos con la de la *Ekkava*—. Lo que yo pensaba —continuó— era poner la boya por aquí... —Señaló un punto que estaba un poco más cerca del planeta que el punto de intersección— y hacer que comience a transmitir justo antes de que nosotros lleguemos a ese punto. Haga que parezca una fuga de datos. No, mejor aún... —Sonrió abiertamente—. Que transmita nuestra identificación y una señal de socorro. Haga que parezca que somos nosotros.

Uhura también sonrió, con expresión malvada.

—Puedo falsificar una respuesta, si quiere —le dijo—. La Flota Estelar informando que el grupo de operaciones llegará con un poco de retraso, que debemos resistir... o puedo dar a entender eso en el mensaje enviado por nosotros.

—Hágalo. Creo que eso último es un poco más astuto.

Spock contemplaba la pantalla con interés.

—Usted —comentó— pretende atraer a los piratas a un punto entre nosotros y la *Ekkava*.

—Correcto. ¿Alguna sugerencia?

Spock se puso a pensar.

—Yo sugeriría este punto en lugar del otro —replicó pasado un momento, y señaló uno más cercano a la intersección de las órbitas—. Postulando el peor de los casos, que en este tipo de situaciones siempre es sensato, lo deseable sería mantener la distancia máxima entre las naves de ambos y la de los piratas lo más reducida posible. Nuestra mayor maniobrabilidad, ventaja que también tienen los klingon, nos capacitará para reaccionar mucho más rápidamente ante los movimientos de la nave de mayor tamaño y ésta a su vez tendrá dificultades para reaccionar rápidamente ante los nuestros debido a la proximidad.

—Eso debe tener algún inconveniente.

—Naturalmente, también tiene desventajas. Si la nave de Orión nos ve y nos dispara, sus probabilidades de fallo son realmente muy bajas. Pero juzgo que el peligro queda más o menos compensado por nuestra ventaja.

McCoy sonrió irónicamente.

—¿Más o menos?

—Doctor, como bien sabe usted por su experiencia con el ajedrez, las situaciones tácticas de esta índole son expresables en porcentajes, o en términos de promedio estadístico. Existen demasiadas variables, incluido el surgimiento de una intuición repentina, o la intervención de factores que no han sido tomados en cuenta. —Spock parecía considerar el comentario del médico como una transgresión del buen gusto—. Pero el equilibrio de efectos es sencillamente lo mejor que podemos esperar en la presente situación. Su plan respecto a la boya está bien razonado. Los piratas de Orión creerán que la nave hace exactamente lo que hace en este momento, escapar en silencio, y atacarán ávidamente el punto en que la repentina fuga de señales les diga que está. Eso, si todo sale bien. La pregunta siguiente es entonces: ¿qué hacer a continuación?

—Tiene toda la razón —murmuró McCoy. Su mente estaba llena de imágenes de la *Ekkava* disparando a la nave pirata por la retaguardia, mientras los de Orión no le prestaban más atención que si se tratara de una mosca—. Simplemente espero que dos seamos suficientes.

—He estudiado las lecturas que los sensores han hecho de la nave de Orión, en busca de posibles áreas vulnerables —continuó Spock—. Ésa probablemente sea nuestra mejor línea de investigación. No es lógico intentar convertir una nave tan grande en algo completamente a prueba de balas; siempre habrá áreas consideradas menos prioritarias respecto a las necesidades de protección, y demasiado bien protegidas por otras defensas «activas» como para necesitarla. Señor Sulu, agradeceré su opinión a ese respecto, al igual que la suya, señor Chekov.

—Desde luego, señor Spock. Páselo a mi pantalla, le echaremos un vistazo.

Los tres se pusieron a trabajar. McCoy observaba el pequeño punto blanco de la pantalla que giraba y giraba para describir la parte más cerrada de su órbita, la vuelta de la horquilla para el pelo. La nave de Orión aún se alejaba del planeta; la órbita que seguía describía una ligera curva que la separaba de la suya y la elevaba fuera del plano del sistema. «Eso es lo que deben hacer —pensó McCoy—. Continúen alejándose del sistema, y lárquense con viento fresco.» Pero eso no era muy probable que sucediese, y él lo sabía.

«Puede que tampoco sea bastante con dos de nosotros...»

—Uhura, ¿cuánto tiempo hará falta para tener lista esa boya? —preguntó.

—No mucho —replicó la mujer—. En este momento trabajo en la programación.

—Perfecto —dijo McCoy, y bostezó.

Uhura miró al médico con una expresión peculiar.

—Doctor, ¿cuándo comió por última vez?

—¿Eh?

—Ya lo suponía —respondió ella, que no necesitaba más aclaraciones—. ¿No debería ir a comer algo?

—¿Cómo? —exclamó el médico, escandalizado—. ¿En medio de una batalla?

—Doctor, no sucederá nada durante al menos los próximos diez minutos, más o menos. Vaya a buscar un bocadillo o algo.

—Puedo hacer que me lo traigan aquí arriba —replicó él, mientras volvía a sentarse en el sillón central.

—Doctor —le dijo Spock mientras miraba la pantalla por encima del hombro de Sulu—, si va usted a mandar, tendrá que aprender a delegar. Hace ya bastante que no se ha tomado un momento de descanso, y ésta no es una batalla a velocidad hiperespacial, donde las condiciones pueden cambiar en cuestión de segundos. Dispone de un momento para refrescarse y comer algo, y le sugiero seriamente que lo haga. Ya le llamaré si surge algo que requiera su atención o su presencia aquí.

—Bueno, si está usted seguro...

Spock le miró con aquella expresión particular que siempre le recordaba a McCoy a un profesor instruyendo con suavidad a un acefálico.

—Ya me voy, ya me voy —dijo finalmente, y se encaminó hacia el turboascensor.

## 10

Se dirigió a la enfermería, ya que por fin le habían dado una excusa. Mientras caminaba por los pasillos que le eran familiares, le invadió una gran sensación de alivio, como si una vez que traspusiera la puerta todo fuera a arreglarse. El médico no ignoraba que aquello era una ilusión, pero le resultaba agradable.

Cuando entró por la puerta, se encontró con que el lugar estaba sumido en el caos... el tipo de caos que él sabía manejar. Las camas de diagnóstico estaban llenas de gente que se sometía a los análisis de rutina, y en la antesala había cuatro o cinco personas que aguardaban para ser atendidas; nada grave. Lia ponía una escayola de presión en una pierna del alférez Blundell y le daba una conferencia sobre los deportes de alto impacto en gravedad cero. McCoy respiró con alivio el aire de su lugar preferido y lo atravesó a grandes zancadas.

Hubo una alegría general al verle, aunque Lia levantó los ojos con una mirada medio burlona y le dijo:

—¿Qué hace usted por aquí? Él le lanzó una mirada feroz.

—¿No puedo comprobar cómo funciona mi propio departamento? —le preguntó—. He venido a investigar la forma chapucera en que usted dirige este lugar. Malgasta una escayola perfectamente buena en él. Mark, ¿cuántas veces hemos hablado con usted sobre la forma en que se lanza por la pista de squash?

—No quiere utilizar el regenerador rápido conmigo —protestó Mark Blundell.

—¿Y por qué habría de utilizarlo, cuando usted hace caso omiso de todo lo que le decimos? No, se quedará sentado y sufrirá un poco, muchacho. Además, Taka, que está allí, necesita protoláser más que usted y, en cualquier caso, ya le hemos regenerado ese hueso cuatro veces durante este año. Ya ha sobrepasado el umbral; no quiero que las células se olviden de cómo curarse por sí solas. Límitese a permanecer sentado durante las próximas cuatro semanas, y reflexione sobre lo erróneo de sus procedimientos.

—Esto es tortura, eso es lo que es. Presentaré una queja ante la Flota Estelar.

—Hágalo, y le pondré en régimen de pan y agua. Y vitaminas —agregó McCoy, mientras entraba en su oficina.

El silencio cayó momentáneamente al cerrarse la puerta. Se acercó a su escritorio unos instantes hasta que dio con el objeto que habitaba en el fondo. Había pasado demasiado tiempo. Sacó lo que buscaba, miró amorosamente el envoltorio blanco con su elegante impresión en negro y lo abrió.

—No debería comer eso —le dijo Lia—. Sabe muy bien que es malo para su piel.

—Después me dirá que me causará afecciones cardíacas —replicó él con desdén—. Siéntese y cállese, o no le daré ni un trocito.

McCoy se sentó y masticó el chocolate, un regalo que le había hecho Dieter

durante la última visita, una barra gigantesca del mejor agridulce, satinado como el manto de un pura sangre y muchísimo más sabroso.

—Tome —dijo mientras rompía un cuadradito y se lo tendía a la enfermera—. Para que no diga que nunca le doy nada.

—Pero ¿cómo podría, después de ese último resfriado?

—No se lo cuente a nadie —le advirtió él—. Arruinaría usted mi reputación.

Ella le sonrió.

—¿Qué tal se las arregla por ahí arriba?

—Lia, aquello es un puro infierno. Peor aún. En el infierno, uno puede alegar que le liaron con engaños. En esto me metí yo mismo, por tomarle el pelo a Jim en tantas ocasiones.

Ella sacudió la cabeza.

—Apuesto a que se dará de patadas cuando se entere de lo sucedido.

McCoy asintió, mordió otro pedazo de chocolate y se dispuso a guardarlo.

—¿Quiere otro trozo? —le preguntó a la enfermera.

—No. Alguien de los de ahí fuera lo olerá en mi aliento y se pondrá a exigir su parte.

McCoy rió entre dientes.

—Bien. Será mejor que me marche de aquí. Ni siquiera debería haber venido. Se lo prometí a Jim.

—Yo no le delataré —le aseguró Lia—. Por cierto, los resultados de esos análisis sobre médula ósea están a su disposición.

—Después —dijo McCoy mientras se marchaba.

Al salir miró el rostro de sus pacientes: todos serenos, todos contentos de verle.

—¡Todos ustedes —le dijo al grupo en general—, mejórense y lárquense de aquí!

Las risas le siguieron por el pasillo y el camino de regreso al turboascensor. La sensación de desgracia inminente, mantenida lejos de sí durante aquel corto instante, volvió a aplastarle.

«Al diablo con ello», se dijo, y la apartó por la fuerza. Había hecho muy poco ejercicio de control anímico últimamente, se había limitado a reaccionar ante las cosas a medida que se presentaban, en lugar de alterar creativamente su estado de ánimo para utilizar las situaciones en su propia ventaja. «Soy el amo de todo lo que conozco —se dijo con severidad mientras entraba en el turboascensor—. ¡Soy el amo de mi destino; soy el capitán de mi alma!»

«¿Pero lo saben los de Orión?»

Rió suavemente mientras el turboascensor se ponía en movimiento. Las dudas eran absolutamente comprensibles (dijo una de las secciones psiquiátricas del fondo de su mente). Repentinamente instalado en un trabajo nuevo y desconocido, cuyas sutilezas sabía sólo de oídas, si es que las conocía, y con las vidas de otros

dependiendo de él, era inevitable que se sintiera ahogado, sin control de la situación, incompetente. Pero al mismo tiempo, contaba con la ventaja de haber escuchado frecuentemente a uno de los practicantes de más éxito en el arte de mandar una nave, cuando, con una copa o el plato de la cena delante, se dedicaba a analizar en voz alta su propia actuación: qué había funcionado, qué no lo había hecho y por qué. McCoy sabía escuchar y había interiorizado mucho de lo que Jim comentaba, sin pensar siquiera realmente en ello cuando lo hacía. Y habían jugado juntos al ajedrez, lo cual era aún mejor que los análisis que Jim realizaba después del juego, porque le había proporcionado a McCoy pruebas y experiencia de primera mano de los caminos y medios empleados por un maestro de lo impredecible en estrategia y táctica. McCoy consideraba el ajedrez como una valiosísima y poderosa herramienta de diagnóstico, y en el presente caso iba a ser todavía más útil que todo eso. Podría salvar las vidas de todos ellos.

«Si soy capaz de conservar la cordura. Soy, efectivamente, el capitán de mi alma. Desgraciadamente, soy también el comandante de esta maldita nave. Algo un poco más peligroso, y que afecta a muchísima más gente... Así que conserva la serenidad, lancémonos de cabeza y hagámoslo lo mejor posible.»

Las puertas del turboascensor se abrieron ante él. Nadie levantó siquiera la mirada. Todos observaban sus respectivas pantallas y comprobaban el estado de la nave y las otras naves que había en el área.

McCoy fue a sentarse. En la pantalla frontal, la *Enterprise* aparecía en un punto muy avanzado de la segunda pata de la parábola. Sin embargo, el indicador de la nave pirata había desaparecido.

—¿Adónde han ido? —preguntó McCoy.

—No lo sabemos —replicó Spock. El estómago de McCoy comenzó a retorcerse otra vez—. Creo que podrían haber tomado medidas electrónicas para contrarrestarnos.

—¿Cómo qué? ¿Un camuflaje?

—Posiblemente.

—Oh, maravilloso. Era justo lo que necesitábamos. ¿De dónde pueden haberlo sacado?

—Posiblemente han comprado uno de segunda mano a los romulanos —replicó Sulu—. Han puesto en venta una parte de su tecnología más antigua. Pero si se trata del camuflaje antiguo, no habrá problemas. Conocemos su manifestación identificativa, y en cuanto nuestros sensores vuelvan a encenderse podremos localizarles sin problemas.

—¿Cuándo vuelvan a encenderse?

—Hemos sufrido un fallo leve, doctor —le explicó Spock en tanto tecleaba diligentemente en su consola—. Uno de nuestros escáneres de partículas se ha

fundido. En este momento lo reemplaza un grupo del departamento de ingeniería, pero el trabajo les llevará por lo menos media hora, y tendremos que proceder con cautela cuando hayan instalado el nuevo. No podemos realizar las secuencias de prueba a plena potencia mientras intentamos ocultarnos.

McCoy suspiró.

—¿Cuánto trabajo han realizado ya?

—Alrededor de la mitad —replicó Scotty—. Bajaría yo mismo, pero no merece la pena; no se trata de un trabajo creativo, sino de una simple tarea de sustitución. Yo no podría hacerlo más rápido.

«Comienza a salirle de dentro el hombre de Glasgow», pensó McCoy. Ésa nunca era la mejor de las señales. El acento de Aberdeen de la infancia de Scotty se dejaba oír habitualmente de vez en cuando, pero en los momentos de tensión se hacía más pronunciado y adquiría los matices más ásperos y los sonidos más guturales de Glasgow y sus puertos espaciales.

—Tiene toda la razón —le dijo a Scotty, y se volvió a mirar a Uhura—. ¿Qué tal va nuestra boya?

—Está casi lista —replicó la oficial de comunicaciones—. ¿Quiere hablar con el señor Spock respecto al curso? McCoy negó con la cabeza. —Spock, confío en su juicio.

La expresión con que le miró el vulcaniano era zumbona. —Posiblemente sea una decisión histórica —comentó—. Ciertamente, original.

McCoy le dedicó una ancha sonrisa.

—No espere que le devuelva el favor cuando le haga el próximo examen de rutina. Adelante, déle a Uhura lo que necesita. Quiero que esa cosa salga ahí fuera. Podemos alterar el curso una vez que la hayamos disparado, ¿verdad?

—Yo preferiría no hacerlo —respondió Spock—. La transmisión desde la nave a la boya probablemente sería captada, y eso podría muy bien denunciar que se trata de un señuelo.

—De acuerdo... ya quemaremos ese puente cuando lleguemos a él. Sulu, ¿dónde están nuestros amigos?

—Las otras tres naves klingon están aún muy fuera de alcance, a la derecha de la pantalla —informó Sulu—, fuera de órbita. La *Ekkava* mantiene silencio; creemos que está más o menos por ahí... —señaló un punto de la hipérbola de la *Ekkava* que estaba un poco más lejos de la altura a la que se hallaba la *Enterprise*—. Llegaremos al punto de mayor proximidad dentro de unos veinte minutos.

McCoy se frotó las manos sudadas una contra otra.

—Bien. Enviemos esa boya ahí fuera. ¿Uhura?

—Lista.

—Láncela.

—Afirmativo.

No hubo, por supuesto, ni sonido ni sensación alguna de retroceso, pero un momento más tarde apareció otro rastro en la pantalla, una diminuta señal verde que corría aceleradamente en dirección al punto de convergencia hacia el que la *Enterprise* y la *Ekkava* avanzaban lentamente.

—Voy a dejarla llegar hasta unas treinta mil millas de distancia del punto de encuentro —informó Uhura—, antes de hacer que comience a transmitir. Eso debería darle a la nave de Orión tiempo más que suficiente para oírla y reaccionar; darán media vuelta a gran velocidad...

Desvió la mirada hacia Spock.

—Probablemente a noventa mil kilómetros por hora, en este punto. Tendrán que aminorar un poco durante la maniobra. Les llevará, según estimo, unos seis minutos coma cuatro cambiar completamente de sentido, y otros ocho minutos llegar a ese sitio.

—Y hacer saltar la boya en pedazos —agregó McCoy—, creyendo que nos disparan a nosotros.

—Oh, el sondeo a corta distancia les dirá que no somos nosotros. Pero dispararán de todas formas para silenciar la boya. Además, al no vernos, puede que supongan que estamos también camuflados en alguna parte del área. Tal vez estén al tanto de las medidas de camuflaje que hemos adoptado, pero tanto si lo están como si no es deseable que efectúen algunos disparos en la zona. Si están camuflados o emplean otras medidas de encubrimiento, habrán de abandonarlas mientras disparan. Y mientras estén ocupados en eso...

—Haremos algunos disparos por nuestra parte. —McCoy se puso de pie y fue a mirar lo que hacía Spock—. ¿Qué tal va ese análisis de las lecturas de los sensores?

—En proceso.

«No tan rápido como a usted le gustaría», pensó McCoy, que conocía aquella forma de expresarse. Miró la pantalla de Spock, que presentaba una imagen de la nave pirata.

—Es una fea cosa gigantesca —murmuró el médico—. Parece un ladrillo cubierto de espaguetis congelados. Fíjese en todas esas tuberías y conductos.

—Conjeturo que la estética no es la preocupación central de los piratas de Orión —comentó Spock. Hizo rotar la imagen en la pantalla—. Observe, doctor —dijo luego—. Esta superficie, la cara más estrecha del cuadrángulo, parece no estar tan acorazada como algunas otras partes, a juzgar por la espectrografía. Podría tratarse de un fallo de diseño. Será difícil saberlo hasta que la nave comience a disparar.

—No puedo expresar con palabras lo feliz que me hace eso —masculló McCoy.

—También yo me siento poco impresionado por la situación —agregó Spock—, pero no tiene sentido quejarse en este preciso momento. Según las pruebas de que

disponemos, ese lado de la nave es nuestra mejor posibilidad. También hay puertas en ese lado, las de los puertos de las lanzaderas; sus naves, al igual que la *Enterprise*, no aterrizan nunca; recurren a grandes lanzaderas de carga para obtener la mayor parte de sus suministros. Cualquiera de esas puertas es un blanco potencial; deben ser bastante finas y ligeras, o resultaría imposible moverlas. Pero por otra parte, los armadores de la nave tienen que haber estado perfectamente al tanto de eso, y la intensidad de los escudos en esos puntos probablemente sea mucho mayor que en el resto. Habremos de poner a prueba la teoría en pleno vuelo.

McCoy suspiró.

—La historia de nuestras vidas. Bueno, preparémonos. ¿Sulu?

—La boya sigue su curso —informó el interpelado—. No ha transmitido hasta el momento, pero debería estar... allí. —Señaló la pantalla para indicar el diminuto punto de luz verde, mucho más adelante de donde había estado—. Las otras naves klingon comienzan a virar.

Aquello sorprendió un poco al médico.

—¿Cree usted que son capaces de captar lo que sucede?

Sulu se encogió de hombros.

—No hay forma de saberlo. La *Ekkava* no ha roto el silencio. Podrían haber observado el rumbo de Kaiev y deducido de ello lo que ocurre. Pero no demuestran voluntad de acercarse más. Avanzan de forma muy gradual... obviamente quieren permanecer como observadores neutrales.

—No han llamado a la *Ekkava*, ¿verdad? —le preguntó McCoy a Uhura.

—Ni una sola llamada, doctor. Ahí afuera hay un silencio de muerte.

—Busque otra manera de expresar eso —le sugirió McCoy.

Durante un corto rato, no hubo nada más que hacer excepto esperar.

Luego:

—Quince minutos para el máximo acercamiento con la *Ekkava*, doctor —anunció Spock.

McCoy se frotó las manos. Era realmente asombroso cuánto sudaba. «Podría hacerme rico si inventara un preparado antitranspirante para las manos y se lo vendiera a los capitanes de naves estelares. Hmm, hidróxido de aluminio... no, demasiado fuerte... quizá reconstruyendo las glándulas sudoríparas; podría coger un protoláser y... No, porque sólo podría hacerlo una vez. ¿Qué sentido tendría? Qué tal...»

—La boya llega a su posición, doctor —anunció Uhura—. A unos veinte minutos del punto de transmisión óptima, a partir de ahora.

—Tírele de la cola —le dijo McCoy.

Uhura pulsó un control. El puente se llenó con el suave parloteo de la transmisión de datos que la boya enviaba al exterior.

—Es un código antiguo —explicó Uhura—. No tendrán ningún problema para entenderlo.

—Muy bien.

Y aguardaron.

—Diez minutos para el encuentro con la *Ekkava*, doctor.

—Gracias.

Ya no servía de nada hacer ejercicios respiratorios. Todo lo que McCoy era capaz de hacer era permanecer sentado y sudar.

—Siete minutos, doctor. Ahí está la *Ekkava*... pista positiva, sondeo directo con energía reducida. —El indicador de la pantalla que había representado a la *Ekkava* volvió a encenderse muy levemente, cada vez más próximo al que indicaba la posición de la *Enterprise*.

—Recibido.

Era asombroso lo que uno podía llegar a sudar en cuestión de dos o tres minutos. McCoy pensó en escribir un artículo sobre la deshidratación de los tripulantes en los puestos de batalla.

—Cinco minutos. Doctor, la *Ekkava* da leves señales de estar apuntando sus armas. La pirata ha dado media vuelta y se acerca a buena velocidad. Está a seis minutos de la boya.

—Entonces, quiero todas las armas preparadas. No las armen todavía. Scotty, prepárese para procedimiento de reencendido. Podríamos necesitarlo.

McCoy tragó con dificultad.

La deshidratación, sí, eso es; resultaba fascinante cómo se le secaba a uno la boca, y cómo su vida comenzaba a pasarle por delante de los ojos. No había necesidad alguna de saltar por un acantilado. Las cosas que se lamentaban marchaban sobre uno, todas preguntaban con tono exigente por qué no había probado aquella comida, mirado esa puesta de sol, dicho a aquel amigo lo que pensaba...

¡¡WHAM!! Toda la nave se zarandeó como si un gigante la hubiera cogido y sacudido para ver si había algo en su interior.

—Los piratas disparan a la boya, doctor —dijo Sulu—. Ahora corren a más velocidad. Están a un minuto. —¿Le han dado?

—¡No! —replicó Uhura.

—¡Bien! Apáguela. Envíele a la *Ekkava* lo siguiente: «¡Ahora!». Sólo eso. ¡Programa táctico, Sulu!

La pantalla rieló y cambió de imagen. En el centro de ella se vio un gran bloque oblongo, como un enorme ladrillo feo cubierto de espaguetis congelados. La representación de los escudos que hacía la computadora destellaba con un halo rojo brillante. Los disparos fásicos salían de uno de sus flancos hacia un costado, sin acertar a la *Enterprise*, a un lado de la órbita de la nave pirata. La *Ekkava* estaba más

cerca de la nave de Orión, y ésta le disparó otra andanada de torpedos de fotones. «¿De dónde sacan todas esas cosas? —se preguntó McCoy—. Ahora entiendo por qué esas naves llevan una tripulación tan reducida. Todas ellas están llenas de torpedos, como una gallina de huevos...»

La nave de Orión no podía virar con demasiada rapidez, desde luego no lo bastante velozmente como para enfrentarse con la klingon. La *Ekkava* se desplazó apresuradamente a un lado mientras disparaba. Los piratas comenzaron a desacelerar, pero era una maniobra que requería tiempo. Giró lentamente, muy lentamente en verdad... y le presentó su flanco débil a la *Enterprise*.

—Ha llegado el momento de su mejor disparo, Chekov, Sulu... —dijo McCoy—. Spock, déles las coordenadas...

La imagen táctica se transformó en un primer plano de la nave pirata. El cruce de dos líneas rodeado por un círculo se centró en los puntos vulnerables.

—Disparémoslo todo al mismo tiempo, quizá tengamos la posibilidad de sobrecargar sus escudos —ordenó McCoy—. Quizás. Ahorren un poco por si llegáramos a necesitarlo, caballeros. ¡Fuego a discreción!

Dispararon. Los escudos de los piratas se encendieron como soles en el momento en que fueron alcanzados, a causa de la sobrecarga... pero no por mucho tiempo. Lentamente volvieron a disminuir hasta la luz roja.

Chekov no había acabado aún. Pulsó los controles de su consola de un golpe, y una descarga de torpedos de fotones salió volando por el espacio en dirección a la nave pirata.

Desde el otro flanco, la *Ekkava* también disparaba. Los torpedos, así como los rayos fásicos, golpearon al mismo tiempo los escudos en todos los puntos vulnerables.

Las pantallas se encendieron, para apagarse inmediatamente después.

—¡Le hemos dado! —dijo Sulu, con un susurro.

—¿De verdad? —inquirió Chekov.

La nave pirata se zarandó y describió un giro más cerrado, pero a una mayor velocidad que antes. Detrás de ella, la *Ekkava* se alejaba, sin acelerar, sin disparar. Lentamente, la gigantesca forma oblonga viró hacia ellos y se puso a perseguirles por el curso hiperbólico que les lanzaría hasta el otro lado del planeta.

—¡Vuelvan a disparar a discreción! —ordenó McCoy.

—Los torpedos de fotones están recargando —anunció Chekov—. Sólo cañones fásicos.

Disparó. Los rayos alcanzaron la silueta descomunadamente grande...

... y ésta los absorbió.

—Dios mío —susurró McCoy, horrorizado. Había calculado mal—. Ya somos historia.

La desesperación que había permanecido alejada cayó encima de él y le aplastó. No había forma de sobrevivir, no había forma de salvar la nave y la gente que iba a bordo, porque él mismo moriría...

La nave pirata se lanzó hacia la *Enterprise* mientras ellos disparaban, inútilmente, desesperanzadamente...

Todo se detuvo de repente. No había luz, ni sonido, nada: todo se había apagado. «La muerte...», pensó McCoy, desesperado, antes de apagarse también él.

Kirk descendió hacia el claro con los klingon que marchaban por delante, coléricos, pero incapaces de hacer nada mientras él tuviera el arma. Cuando se acercaron más al claro, Kirk se sorprendió al ver a través de los árboles verdiazules alrededor de otros diez klingon, de todos los rangos y tipos, que parecían aguardar algo. Algunos de ellos hablaban con los miembros del grupo de descenso de la *Enterprise*. Kirk vio que la teniente Janice Kerasus, a un lado, conversaba con uno de ellos, aparentemente un comandante, en fluido y veloz klingonés.

—Adelante, todos vosotros —le dijo el capitán de la *Enterprise* al grupo de klingon que le acompañaba—. Katur, ayude a sus amigos a regresar a la nave.

Los jóvenes klingon sintieron los ojos de su comandante sobre ellos y se desvanecieron con cierta prisa en el destellante zumbido del rayo transportador klingon. Kirk se encaminó hacia el hombre; éste le observó acercarse con algo parecido al placer en el rostro y se apartó de Kerasus para recibirle. De momento, Kirk mantuvo sus pensamientos alejados de la expresión del semblante.

—Capitán Kirk —dijo el klingon, que llegó incluso a hacerle una leve reverencia.

—Comandante...

—Kaiev, de la *Ekkava*, a su servicio.

«Eso ya lo veremos», se dijo Kirk.

—Comandante, ¿podría decirme por qué ha bloqueado las comunicaciones?

Kaiev se crispó ligeramente. «Ajá», pensó Kirk.

—No ha sido más que una terrible desgracia —replicó Kaiev—. Tuvimos un fallo de comunicaciones en uno de los paneles principales... se paró en una curva de pruebas y quedó atascado en el modo de bloqueo. También nuestros comunicadores quedaron inutilizados. Pero el problema ya está solucionado; las comunicaciones ya han quedado restablecidas.

—Me excusará si compruebo mi aparato...

«... ¡y su palabra!» Kirk sacó el comunicador y lo abrió.

—*Enterprise* —la voz de Uhura se oyó por el aparato.

—Aquí Kirk. Es sólo una comprobación, teniente.

—Sí, señor. ¿Necesita algo ahí abajo?

—No. He pasado una tarde libre muy agradable, dígame al doctor McCoy que

estaré a bordo dentro de poco.

Se produjo una brevísima pausa, luego volvió a oírse la voz de Uhura, que sonaba ligeramente perpleja.

—Sí, señor.

Kirk frunció el entrecejo. «Pero bueno, ¿a qué viene todo eso? ¿Habrás, McCoy...?»

—Capitán —inquirió Kaiev—, ¿hay algún problema?

—No —se apresuró a responder Kirk—, ningún problema. Eso es todo, teniente Uhura. Kirk fuera.

Guardó el comunicador y le hizo un gesto de asentimiento con la cabeza a Kaiev.

—Me alegro de que el problema se haya solucionado. Comandante, ¿puedo preguntarle qué les trae por aquí?

—Ahora, nada —replicó Kaiev. Su rostro tenía una expresión relajada que intrigó considerablemente a Kirk. Le asaltó el pensamiento de que el hombre parecía no tener levantada ninguna defensa. Kirk nunca había conocido antes a un klingon que no estuviera a la defensiva, la experiencia resultaba... intrigante... como mínimo—. Realizábamos algunas investigaciones —le explicó el klingon—, pero aquí no hay nada de particular interés para nosotros. Excepto —y se echó a reír— algunas de las formas de vida vegetal.

—Sí —comentó Kirk, y en aquel punto tuvo que sonreír un poco—. Tengo entendido que estaban un poco escasos. Si podemos serles de alguna utilidad por lo que respecta a la clonización, por favor, díganoslo.

—No hay necesidad —le aseguró Kaiev—, pero se lo agradezco. Capitán, no quisiera ser abrupto, pero tengo asuntos en otra parte y algunos temas disciplinarios que también requieren mi atención. Vamos a abandonar la órbita de inmediato.

—Muy bien —respondió Kirk—. Que tenga un buen viaje, comandante.

—Y usted también, capitán.

El klingon sacó su comunicador.

—Comandante —dijo Kirk, que se sentía ligeramente confuso—, ¿nos hemos conocido en alguna otra parte?

—Oh, no —fue la respuesta del otro—, pero MakKhoi me lo ha contado todo sobre usted.

El efecto del transportador klingon se llevó a Kaiev, pero no sin que antes tuviera tiempo de levantar una mano a modo de despedida. Kirk levantó a medias la suya propia, completamente confundido; luego la dejó caer mientras el hombre se desvanecía.

«Bones —pensó—, ¿en qué ha estado metido? Tengo intención de averiguarlo.»

El alférez Brandt se acercó a él en aquel preciso momento desde el otro lado del claro.

—Capitán —le dijo—, uno de los ;at está en el calvero de aquí al lado. Dice que le gustaría hablar con usted, si eso fuera posible.

—Por supuesto —replicó Kirk.

Avanzó por las plantas parecidas al césped que cubrían el suelo del claro y levantó la mirada hacia lo alto del impresionante edificio que unos doscientos ornae construían consigo mismos. Se trataba de una estructura fantástica que se parecía a medias a una antigua catedral rusa con sus agujas y cúpulas, y a medias a una stoa columnada en la tradición del Partenón... con algunos rasgos de danés moderno mezclados. Era ciertamente más grande que cualquier cosa que les hubiera visto construir hasta el momento. A un lado de la construcción había una especie de arco triunfal. Pasó bajo el mismo y fue recompensado con las miradas de ojos saltones de varios ornae y sus suaves y raspantes carcajadas.

Kirk les sonrió a su vez y se encaminó hacia el claro siguiente. Definitivamente, aquella había sido una de las tardes más placenteras que había pasado en mucho tiempo, si dejaba a un lado el fastidio momentáneo de tener que habérselas con el grupo de descenso klingon y su excesivo celo.

Los árboles le rodearon con su sombra fresca y agradable, la larga luz baja y dorada del sol de la tarde atravesaba las ramas en gruesos rayos y doraba las hojas e incluso las motas de polvo que flotaban en el aire. Avanzó lentamente por el sendero mientras observaba la forma de las hojas, el modo en que caía la luz. Sólo el cielo sabía cuándo volvería a tener tiempo de hacer nuevamente algo así. Al otro lado de aquella pequeña arboleda, había otro claro; en él se erguía el Maestro de los ;at.

Kirk se encaminó hacia Maestro y le saludó cordialmente.

—Señor, ¿ha olvidado algo?

—Nada hasta el momento, me temo —replicó el interpelado; pero su voz no sonaba particularmente temerosa—. Capitán, hay decisiones que tomar.

—Así es —le dijo Kirk—, pero no creía que las tomaría usted tan pronto.

—Tampoco pensaba yo que estuviera preparado para hacerlo. Pero debemos hablar; hay algo que debo contarle en primer lugar.

—¿Va a llevar mucho tiempo? Me sentaré —decidió Kirk.

—Hágalo. Capitán, he practicado un engaño con usted.

—¿Ah, sí?

—Sí. Y las consecuencias podrían ser muy caras. Probablemente se enfadará usted conmigo, lo comprenderé si lo hace. Pero era algo absolutamente necesario.

Kirk no podía ni imaginar de qué hablaba el otro. ¿Iba a ser aquello alguno de esos fantásticos puntos de vista alienígenas?

—Adelante, señor... Puede que me enfade, pero intentaré ser justo.

—Ya lo sé. —Se produjo una larga pausa; Kirk advirtió aquel lento y largo retumbar que le rodeaba por todas partes, como si la tierra percibiera la preocupación

del ;at y temblara un poco con él—. Capitán, cuando nos encontramos por primera vez, yo deseaba hablar con usted sin interferencias.

—Y así lo hizo, al menos eso creía yo.

—Su traductor... —El ;at parecía un poco perplejo—. La palabra «conversar» me temo que no expresa bien lo que yo quería hacer verdaderamente. Nosotros somos una especie que ve en profundidad.

Kirk creía comprender aquello. El traductor hacía todo lo posible por verter alguna palabra compuesta, pero lo que el ;at quería decir era que se trataba de un concepto telepático.

—Señor, hace bastante rato que he entendido eso, y no me molesta en lo más mínimo.

—Eso está bien. Lo que podría molestarle, sin embargo, es el tiempo que ha pasado aquí.

Kirk recorrió el entorno con los ojos, nuevamente confundido. Comenzaba a habituarse a aquel estado. —Sólo han transcurrido un par de...

—Días —acabó Maestro.

Inmediatamente, sin saber cómo, Kirk supo que aquello era verdad. Durante toda la tarde había visto las cosas con más detalle del habitual, percibido cada segundo que pasaba de forma más aguda que la corriente. El aire había sido como el vino a cada minuto, la luz tan rica como la de una antigua pintura flamenca, cada sabor y sensación más vívidas de lo normal. Él había supuesto que era una consecuencia de mantenerse alejado del trabajo durante unos minutos, entregado al ocio. Pero en aquel momento reconoció en todo ello las sensaciones causadas por la manipulación del tiempo; resultaba imposible confundirlo con ninguna otra cosa, cuando ya se sabía cómo lo percibía uno.

—Me dice —resumió— que, aunque yo sólo he experimentado el paso de unas pocas horas lejos de mi nave, para mi tripulación han pasado dos días...

—Un poco menos.

—¡Mi nave!

Se obligó a recobrar la calma, porque el efecto aún estaba activo y sus temores eran más agudos de lo corriente.

—El tiempo no ha sido concurrente —le explicó Maestro—. Yo le desvié ligeramente de su propia corriente temporal, a un momento futuro. A una semana, quizá. Le devolveré de inmediato cuando hayamos concluido esta conversación.

Kirk tragó con dificultad.

—Señor —dijo—, estaba usted en lo cierto. Estoy enfadado. Pero quiero oír las razones que ha tenido para hacer esto.

—Necesitábamos hablar, como ya sabe —le respondió el Maestro de los ;at—. No es usted el único que ha visto y sentido profundamente durante el tiempo que

hemos pasado juntos. También yo lo he hecho. Tenía decisiones que tomar, respecto a usted y a su gente. Necesitaba tiempo para tomarlas correctamente... tiempo extra. Hasta cierto punto, dado que tengo la capacidad de habitar brevemente en el pasado, como ya le he dicho, vi que ésta era la única forma de llevarlas a cabo. Porque los klingon venían hacia aquí, y otros con ellos, sobre su pista; y después de eso, se perderían todas las oportunidades.

—¿Otros...?

—Los piratas de Orión.

El estómago de Kirk se encogió hasta transformarse en una diminuta bola, y se anudó.

—Temo también por sus compañeros —continuó Maestro—, pero mi temor principal es por los míos, a los que veo sufrir a causa de ese ataque, y de otros. La ayuda que nos ofrece usted es muy tentadora, pero yo debo contrapesarla con los peligros de tratar con alienígenas. Los piratas no nos han tratado con mucha amabilidad. Ustedes llegaron con palabras de justicia, pero debía saber con seguridad que bajo esas palabras había algo más que justicia. Ahora estoy seguro de ello. Nuestras tres especies se unirán a la Federación y aprenderemos a compartir lo que tenemos y lo que somos. Nunca volveremos a ser los mismos; pero creo que el cambio debe producirse y opino que merecerá la pena.

Kirk asintió con la cabeza mientras conservaba la calma por pura fuerza de voluntad.

—Dicho eso —comenzó—, y le doy las gracias, ¿qué se hará respecto a mi nave?

—Creo que debe regresar a ella —le dijo Maestro—. Están en medio de una batalla y la situación es difícil para ellos.

—¿Bones, en una batalla...? Él... Ellos... ¿Cómo voy a llegar ahí arriba? —gritó Kirk, poniéndose en pie de un salto—. Tendrán levantados todos los escudos, no pueden utilizar el transportador...

—De esta forma —replicó Maestro.

Y todo se detuvo...

... Y volvió a comenzar. Se encontraba en el puente, las sirenas de alerta roja sonaban, todo el infierno se había desatado...

Como le había sucedido una o dos veces antes, sintió un auténtico estallido de fuego en la parte inferior de la cintura y una descarga de adrenalina le invadió la sangre.

—Táctica —gritó, y por todo el puente las cabezas se volvieron bruscamente con asombro y terror. Sólo McCoy no se volvió a mirarle; tenía los ojos clavados en la pantalla.

—¡Ya era hora de que subiera hasta aquí, maldición! —comentó—. Sulu, vuelva

a disparar...

—¡Sí! Y los escudos —dijo Kirk a toda velocidad—; Sulu, fuego concentrado, ¡ahora mismo! Chekov, visualización del estado de armamento...

Apareció en pantalla. ¡Qué fárrago! Naves por todas partes; una de las gigantescas naves de los piratas, nodriza de la lanzadera que él había visto al trasladarse hacia atrás en el tiempo junto con el ;at... y cuatro naves klingon, que también la atacaban...

—Tenemos ayuda —comentó Bones—. Fue Kaiev quien comenzó... con la *Ekkava*... los otros intervinieron después de un rato. Me parece que, sencillamente, no pudieron resistirse a una buena lucha.

Kirk asintió con la cabeza y miró la pantalla. La nave pirata se desplazaba a velocidad de impulsión, como todos los demás. Prudente, pero aquél no era momento para la prudencia.

—Reconozco esta última etapa táctica —le comentó a McCoy—. Es del almirante Jellicoe, ¿eh? No creo que vaya a resultar esta vez. Sulu, al diablo con eso, factor hiperespacial cuatro, y salgamos del sistema cuando esté preparado.

—El reencendido está aún en proceso, capitán —replicó Scotty desde su terminal—. Faltan cuatro minutos más.

—En ese caso, la mejor maniobra evasiva que pueda, señor Sulu. —Kirk miró a McCoy—. Deduzco que navegaron en silencio. Uhura, déme una libreta electrónica e introdúzcale todas las anotaciones del diario de a bordo desde que yo me marché. —Miró hacia la pantalla—. Una nave klingon, puedo entenderlo. Pero ¿cuatro?

—La primera perdió un grupo de descenso —le explicó McCoy—, lo mismo que nos sucedió a nosotros con usted. ¿Puede saberse dónde demonios se había metido?

—En el planeta —replicó Kirk—. Con su amigo el ;at.

—Eso era lo que decían constantemente los ornae y los lahit —comentó McCoy.

—Tienen algún tipo de conexión con los ;at. Parecen saber lo que hacen. Lo que hace, mejor dicho —se corrigió, y cogió la libreta que Uhura le entregaba—. Yo sólo vi uno. Sulu, describa una curva más abierta. Quiero más de espacio.

—En cualquier caso, nosotros no pudimos encontrarle —continuó McCoy—. Había desaparecido de los escáneres, y su comunicador no aparecía.

—Los ;at hacen cosas con el tiempo —le dijo Kirk mientras repasaba la libreta—. Le contaré los detalles concretos más tarde. Entre tanto, debo decirle que comprendo las razones que tenía Maestro para hacerlo —continuó, y se volvió a mirar por encima del hombro—, pero nos ha creado algunos problemas a todos nosotros, y voy a solicitarle asistencia a modo de disculpas.

—¿Maestro? —inquirió McCoy, y volvió los ojos hacia el lugar al que miraba Kirk.

Se quedó congelado, al igual que todos los demás que miraron en aquella

dirección; porque cerca de las puertas del turboascensor se erguía lo que al parecer era un enorme monolito tosco y amarronado. Era incuestionablemente demasiado grande para estar allí... el techo era demasiado bajo para su altura. Pero la piedra parecía atravesarlo sin causarle desperfecto alguno.

McCoy se levantó del sillón de mando, que Kirk se apresuró a ocupar.

—Señor... —dijo el médico.

—Doctor —replicó el monolito—, me perdonará que le hiciera llamar por el capitán, pero era con él con quien necesitaba hablar urgentemente; y había poco tiempo.

—Usted hizo que el capitán...

—El Maestro de los ;at es un ser de talento —comentó Kirk con tono ausente, mientras repasaba el contenido de la libreta—. Esta transmisión de la Flota Estelar, por ejemplo. Esa repentina pérdida de la señal. Señor, ha habido momentos en los que me habría gustado tenerle cerca. En fin... ¿Sulu?

—Ganamos un poco de distancia, capitán. Los klingon les ponen las cosas difíciles a los de Orión. Los escudos de los piratas se han recuperado totalmente y los klingon no pueden afectarlos mucho, pero son mucho más rápidos y se concentran en los puntos débiles del enemigo.

—Bien. Aléjese más durante unos minutos; hágame espacio. Necesito pensar un poco.

La nave se estremeció ligeramente.

—Torpedos de fotones —declaró Spock, que descendió para situarse durante un momento junto al asiento de mando—. Capitán, ¿puedo decirle que es agradable verle de vuelta?

—Amén a eso —dijo McCoy desde el otro flanco del asiento.

—Spock, puedo asegurarle que es bueno también para mí estar de vuelta. Pero será mejor en cuanto podamos hacer algo para neutralizar a esos piratas. —Kirk miró la pantalla y vio menos de ella que de una cierta noche en la superficie del planeta, una noche llena de fuego y de los gritos de los ornae y los lahit abrasados—. Scotty, ¿qué hay del reencendido?

—Aún faltan dos minutos, capitán.

Kirk dejó a un lado la libreta electrónica y tamborileó con los dedos sobre el brazo del sillón.

—Bones —dijo—, no tiene por qué quedarse aquí. Ya le he mantenido apartado de la enfermería durante demasiado tiempo.

—Así es, Jim. Pero yo empecé esto, y lo veré acabado.

—De una u otra forma, así será. En cualquier caso... ha hecho usted un buen trabajo. Esa parte relacionada con Delacroix ha sido inapreciable... yo mismo no podría haberlo hecho mejor.

Miró con cierta admiración la silueta de los piratas que tenían detrás.

—Es una nave respetable —comentó—. Realmente, la Flota Estelar debería investigar quién les vende tantas cantidades de nuestra tecnología de uso corriente. No todo el material soldado en ese casco es de origen romulano.

—He observado particularmente la batería de sensores que está cerca de la cola —dijo Spock—. Parece fabricada por la Flota Estelar, con algunas modificaciones.

—Sí es —Kirk frunció el ceño y consideró el asunto—. Hmm. Bones, ¿alguno de los klingon coopera con nosotros de forma directa?

—La *Ekkava*. Las otras simplemente fueron enviadas aquí por su alto mando, para que intentaran intervenir cuando se perdió ese grupo de descenso de la *Ekkava* y nosotros no quisimos decirles dónde reteníamos a los klingon que habíamos secuestrado.

Kirk profirió un bufido.

—Típico. Uhura, pídale al comandante Kaiev que interrumpa su ataque y suba hasta aquí para reunirse con nosotros. Advírtale que estamos a punto de entrar en el hiperespacio. Esa cosa nos perseguirá sin lugar a dudas... como yo pretendo que haga. Vamos a describir un bucle para regresar a través del sistema; voy a hacerlo pasar entre los otros klingon. —Se puso de pie y se inclinó sobre el asiento de Chekov para programar un curso—. Lea eso en su consola. ¿Ve este punto de aquí? Ahí es donde saldremos del hiperespacio. Considerando el tiempo de reacción, los piratas saldrán algunos segundos más tarde, pero nosotros habremos descrito un bucle y descendido a velocidad sublumínica. Acabaremos detrás de ellos. Haga que los otros klingon estén allí preparados para disparar cuando esa cosa emerja del hiperespacio. Le colapsaremos los escudos... y luego acabaremos con este asunto. Uhura, encárguese de que dispongan de la lista de puntos vulnerables que ha preparado Spock. Haga todo eso ahora mismo.

—Sí, señor.

—Luego nos ocuparemos de esa batería de sensores.

McCoy miraba fijamente a Kirk.

—¿Conoce usted a Kaiev?

—Nos hemos conocido —replicó Kirk—. Y en eso hay algunas cosas interesantes... pero no nos preocupemos por ello en este momento. —Kirk miraba con expresión pensativa el otro extremo de la pantalla, que estaba dividida en aquel momento y presentaba tanto la nave pirata como el diagrama táctico—. ¿Qué es esa pequeña pista verde de ahí?

—La boya de comunicaciones.

Kirk pareció sorprendido durante un momento.

—¡Ah! ¿Una señal falsa?

—Eso es —le respondió McCoy.

Kirk le sonrió.

—Empezaba a meterse en esto de verdad, ¿no es cierto?

—No tenía mucha elección —refunfuñó McCoy.

Kirk parecía incómodo.

—No, supongo que no la tenía. De todas formas... —Una cierta malicia afloró a los ojos del capitán—. Nunca deja escapar una experiencia instructiva, ¿eh, Bones?

—Jim, puede usted coger su experiencia instructiva y...

—Dígamelo más tarde. ¿Uhura? ¿Están preparadas las otras naves?

—Todas a punto, capitán.

Kirk miró a McCoy con momentáneo interés.

—Bones, ¿le importaría decirme cómo consiguió que toda esa gente luchara a nuestro lado, en lugar de contra nosotros? No es más que curiosidad. La Flota Estelar probablemente se mostrará interesada.

McCoy adoptó una expresión tímida.

—No puedo atribuirme mérito alguno por las otras tres. Por lo que respecta a la *Ekkava*, simplemente le grité a su comandante, le dije de todo.

—Hmm —fue el único comentario de Kirk, mientras pensaba en la cantidad de veces que él había deseado hacer precisamente eso. Sin embargo, él había soportado una buena cantidad de ese decir-de-todo de McCoy, y se le ocurrió que incluso un klingon podía sentirse impresionado por ello—. Parece haber funcionado.

Volvió a inclinarse sobre la consola del timón y tocó un control aquí y otro allá. Sulu le observaba con creciente interés.

—Eso es —dijo Kirk—. Mantenga esa instrucción en suspenso. Puede que tengamos oportunidad de utilizarla. ¿Scotty?

—Está preparada, capitán.

—Bien. Señor Sulu, factor hiperespacial cuatro, ahora. No pierda de vista los cambios del eje Z. Quiero subir directamente hacia arriba, como un turboascensor volante.

—¡Sí, señor!

La nave salió disparada.

—Volvamos a modo visual —ordenó Kirk.

La pantalla permaneció vacía durante un instante... y luego volvió a llenarse con la imagen de la nave de Orión, a bastante distancia detrás de ellos por el momento, que avanzaba quizá a factor dos.

—No les llevará mucho tiempo ponerse a la misma velocidad que nosotros. Dejémosles que piensen que pretendemos escapar —decidió Kirk.

Durante alrededor de diez segundos, la situación no cambió. Luego, lentamente, la nave pirata comenzó a aproximarse a la *Enterprise*.

—Scotty —dijo Kirk—, emplea usted la nueva configuración de combustible, ¿no

es cierto?

—Por el momento. —Scotty se volvió desde su consola con expresión algo preocupada—. Existen algunos problemas con eso; yo no lo emplearía durante mucho tiempo, no más de una hora. Después deberemos buscar alguna otra cosa que dé los mismos resultados; por ahora volamos alrededor del 110 por ciento del rendimiento normal de los motores. Puedo llegar a factor ocho... durante períodos muy breves.

—Tomo nota. De todas formas, podríamos llegar a necesitar ese factor ocho, así que si ha de hacer algo especial en los motores para prepararlos, hágalo ahora. Tengo intención de descubrir qué tiene a su disposición nuestro amigo, por lo que a motores se refiere.

Scotty suspiró y masculló algo, tras lo cual se volvió hacia su consola y se puso a realizar ajustes. Scotty siempre protestaba cuando uno exigía de sus máquinas un rendimiento máximo; pero, por otra parte, también se quejaba cuando uno no lo hacía... así que no cabía sino pasar por alto algunos refunfuños ocasionales.

—Por cierto, Bones —comentó Kirk—, respecto a ese grupo de descenso klingon que desapareció, ¿sabe qué buscaban?

—Estoy más interesado en saber si han vuelto sanos y salvos —replicó Bones.

—Lo han hecho. Eso creo. Al menos, yo les vi marcharse. En cualquier caso, a que no imagina lo que buscaban.

McCoy le miró y negó con la cabeza.

—Ni la más remota idea.

—La forma vegetal de la anchoa.

—¿Qué?

Kirk le habló de la salsa *tabekh*. Al oír aquello, McCoy asintió con un movimiento de cabeza.

—Sí —le dijo—, he oído hablar de eso. Sin embargo, no creo que a usted le interese probarla.

—¿Por qué no?

—Uno de sus ingredientes es el arsénico.

Kirk parpadeó.

—Aparentemente, les gusta el sabor amargo —continuó Bones—. Además, los arsénicos son bastante importantes en la dieta de los klingon. Pueden sufrir horribles deficiencias de arsénico si no se andan con cuidado, especialmente en las situaciones de estrés...

—Bones —le interrumpió Kirk—, gracias. Sulu, ¿qué tal le va a nuestro amigo?

—Acelera a factor cuatro. No hay nadie más en el hiperespacio, de momento.

—Bien. Factor cinco, señor Sulu. Acelere a medida que lo hagan ellos.

—Sí, señor.

Observaron cómo los de Orión se ponían lentamente a la misma velocidad que

ellos.

—No está mal para ser un material de tipo corriente —comentó Kirk con expresión pensativa—, pero de todas formas me gustaría averiguar cómo lo obtienen. Se supone que no le vendemos material a nadie que pueda entregárselo a los piratas de Orión, pero, por otro lado, deduzco que ingeniar y falsificar certificados de finalidad de uso es un juego muy, muy antiguo.

—Aumentamos a factor seis, capitán.

—Toma nota de ello. Nos siguen de forma descarada, ¿verdad?

Permaneció sentado en su sillón y los observó, mientras pensaba. Una parte de su cerebro advirtió lo bien que se sentía. Era mejor llevar a cabo las batallas espaciales por la mañana, si había que meterse en ello. Pero, no... ya era casi el anochecer, ¿o no?... para él, al menos. Resultaba extraño que su cuerpo se sintiera tan fresco y su mente tan despierta como si fuera de mañana. Le echó una breve mirada al ;at. Iba a tener muchísimas preguntas que formularle, más tarde...

—Igualan nuestra velocidad de factor seis, capitán —informó Sulu.

—Bien. Ahora imprimamos una bonita aceleración gradual, señor Sulu. Manténgala regular. Y vigile el curso. Si viramos demasiado pronto estropearíamos la sincronización.

—Ya le tengo la vista encima, señor.

Todos contemplaban la pantalla. La nave pirata se les aproximaba cada vez más, de manera constante... y de pronto estuvo un poco más cerca que antes, con un repentino impulso hacia delante, continuo.

—¡Rápido, Sulu, factor siete!

—Hecho, señor...

La *Enterprise* también se lanzó hacia delante. «Espera —se dijo Kirk—. Lo que necesitamos de momento es velocidad. No durante mucho tiempo más. Pero déjate ver un poco más...»

—Factor siete —anunció Sulu—. ¿Más, señor? —preguntó, porque la nave pirata continuaba acortando distancias.

«Al menos deben ir a factor nueve», pensó Kirk.

—Inicie el giro... no nos interesa alejarnos demasiado del sistema. Aumente a factor ocho.

—Ay de mí —dijo Scotty desde su terminal.

—No será por mucho rato, Scotty, se lo prometo —le tranquilizó Kirk—. Sólo unos instantes. Luego saldremos del hiperespacio y dejaremos que las cosas se calmen, aunque no para los piratas. —Dirigió una mirada ceñuda hacia la nave de Orión.

Tras de ellos, los piratas se aproximaban más.

—Ha alcanzado una velocidad de ocho coma cinco, capitán —informó Sulu.

—Suba a nueve coma cinco. Durante un minuto. Luego desacelere a factor cuatro, bruscamente, y salga del hiperespacio. Debemos igualar nuestra anterior velocidad intrínseca. Uhura, comunicación interna.

Ella asintió.

—A todos los tripulantes, aquí el capitán. —¿Fue un leve suspiro de alivio el que recorrió a los tripulantes del puente? ¿O sólo a McCoy?—. Estamos a punto de realizar una maniobra de reducción repentina de la velocidad dentro del hiperespacio —anunció Kirk—. Ya saben que eso a veces hace que el sistema de gravedad artificial fluctúe. Si tienen en la mano una taza de café, bébansela. La maniobra no debería requerir más de un minuto. Cuando hayamos acabado, les informaremos de ello. Kirk fuera.

Se repantigó en el asiento central y observó a los piratas que se aproximaban cada vez más y más. «Hacedlo así —pensó—. Pegaos a nuestra cola. Cuanto más cerca, mejor.» La maniobra de salto de vector que tenía intención de llevar a cabo en aquellos momentos había sido inventada por los pilotos de los aviones de despegue vertical en una de las antiguas guerras terrícolas; era tan eficaz, y junto con otros de sus inventos les habían hecho tan mortíferos, que los pilotos del otro bando insistían a menudo en que habían sido derribados por vectores del mismo nivel de vuelo, cuando algún otro aparato era el autor de la hazaña.

«Veremos si todavía funciona...», pensó Kirk. Hasta el momento, tenía buen aspecto. Quizá los piratas nunca habían oído hablar de ello, porque corrían alegremente pegados a la cola de la *Enterprise*.

—En cualquier momento nos dispararán —comentó Kirk.

Como si esperaran aquel comentario, el fuego blanco salió disparado de la nave pirata. Sulu lo esquivó antes de que Kirk pudiera decir una sola palabra. No fue nada espectacular, a aquella velocidad no se necesitaba demasiado; incluso la más ligera desviación a babor o estribor podía cambiar la posición de una nave en miles de millas. El primer disparo erró limpiamente, pero la nave de Orión insistió nuevamente; el problema de Sulu era la necesidad de mantener un curso específico; no podía desviarse demasiado del mismo sin correr el riesgo de salir al lugar equivocado del espacio real, lejos de sus aliados.

Los piratas dispararon una y otra vez, Sulu se desplazó hacia los lados y arriba y abajo, mientras Kirk se aferraba a los brazos del sillón de mando e intentaba que no se le notara el nerviosismo. Un buen disparo a aquella velocidad y estarían tan muertos que no se enterarían absolutamente de nada hasta que Dios les tocara el hombro y les pidiera la documentación. Detrás del capitán, Scotty mascullaba con tono de infelicidad ante su terminal.

—¿Qué tal van las cosas, señor Scott? —inquirió Kirk.

—De momento mantengo las cosas en buenas condiciones —replicó Scotty—,

pero no puedo decir cuánto podrá durar. La nave no está hecha para esto, realmente no...

—Recibido. Mantenga esas buenas condiciones durante sólo unos segundos más. He oído hablar de los desgarradores de escudos con que están equipadas esas cosas y no quiero que las empleen con nosotros... a esta velocidad, sólo la energía rebotada haría pedazos la nave. Sulu...

—Cerca del punto de salida, capitán. Ya lo tenemos en pantalla.

—No le quite la vista de encima y realice la cuenta atrás.

—Catorce —dijo Chekov, mientras la nave pirata se les aproximaba más y otro rayo fásico salía disparado hacia ellos. Uno les rozó y la *Enterprise* se sacudió lateralmente como un caballo picado por una avispa.

—Sulu... —preguntó Kirk.

—Pura suerte, capitán.

—¡Ellos y nosotros, los dos!

—... once, diez, nueve...

—Intercomunicación, Uhura. A toda la tripulación, desaceleración de velocidad hiperespacial en ocho segundos... ¡prepárense! Fuera...

—... seis, cinco, cuatro...

La nave volvió a estremecerse, esta vez con mayor fuerza.

—Hemos perdido el escudo número seis —informó Spock—. Cubrimos con el cinco y el siete...

—... dos, uno...

A Kirk le dio un vuelco el estómago cuando la gravedad artificial, fiel a las formas, se volvió loca. Ni siquiera Scotty había sido capaz de hacer nada al respecto. A una desaceleración desde velocidades tan altas como aquélla, las prioridades del escudo se centraban en el mantenimiento de la integridad estructural de la nave, y la gravedad sufría como resultado de ello. La gravedad volvió a la normalidad y enloqueció nuevamente. Los tripulantes se aferraban a sus terminales y no las soltaban. McCoy, junto a Kirk, parecía un poco tenso; era una expresión que Kirk había visto anteriormente en las personas que intentaban controlar las alteraciones cardíacas. Las suyas le causaban algunos problemas, pero en aquel momento no tenía tiempo para atenderlas. La pantalla mostraba la nave pirata que pasaba junto a ellos a factor nueve mientras clavaba los talones en el tejido del espacio y aminoraba, aminoraba. Los motores hiperespaciales aullaron. Ni siquiera Scotty podía conseguir que aquello les gustara.

—¡Factor ocho, siete, seis... cuatro!

—¡Ahora! —ordenó Kirk.

Sulu le quitó el control de la nave al piloto automático y realizó la salida del hiperespacio por sí mismo, sólo para asegurarse. La nave retumbó y resonó alrededor

de ellos al salir del hiperespacio, mientras continuaba la desaceleración.

—Visión táctica...

La pantalla mostró cuatro luces rojas pequeñas, reunidas delante de ellos... que aparentemente se aproximaban a toda velocidad, aunque era la *Enterprise* la que avanzaba.

—Uno —contó Kirk en voz baja—, dos, tres...

Por delante de ellos, la nave pirata salió del hiperespacio y fue a parar directamente al centro del grupo de klingon que la aguardaban.

—Señor Sulu —ordenó Kirk—, fuego a discreción. Señor Chekov, active la intervención que introduje en la terminal.

Los rayos fásicos alcanzaron a la nave pirata desde cinco direcciones diferentes. Sus escudos quedaron desactivados.

—Visión de cerca —pidió Kirk, aferrado al asiento con todas sus fuerzas. Si la sincronización de aquello salía mal, darían la vuelta para realizar otra pasada...

La nave pirata llenaba la totalidad de la pantalla. Sus escudos se activaron durante un momento y volvieron a caer. Los rayos fásicos de las naves klingon la golpeaban a máxima potencia por cuatro lados y la *Enterprise*, por el quinto. Algo más la golpeó: una cosa pequeña que llegó como un rayo salido de la nada, un pequeño trozo de metal de no más de una tonelada de masa... pero acelerada a casi la mitad de la velocidad de la luz. La boya de comunicaciones se estrelló contra la parte central de la nave. Ningún blindaje habría podido hacer nada para detenerla a semejante velocidad. Se enterró en el flanco de la nave pirata, y un gigantesco penacho de fuego y plateada atmósfera que se congelaba al entrar en contacto con el espacio salió disparado del costado de metal.

—Esa batería de sensores, allí —dijo Kirk, señalándola—. Desintégrenla.

Sin molestarse siquiera en aguardar a que la computadora de puntería le ofreciera un blanco seguro, Sulu apuntó y disparó. La lustrosa instalación colocada en el extremo de la nave pirata estalló en una nube de plasma.

—Con eso basta —declaró Kirk—. Dejemos que desaceleren.

—Los klingon les siguen, capitán —informó Chekov.

Kirk dejó escapar un largo suspiro. Sin duda, tenían viejas cuentas que ajustar; los piratas de Orión habían hecho presa en sus planetas durante más tiempo del que ellos eran capaces de tolerar. Tal vez pensaban que dejar escapar aquella nave sería una señal de debilidad por su parte, una invitación a mayores destrucciones.

Volvió la cabeza por encima del hombro para mirar a Uhura.

—Envíeles a Kaiev y las otras naves un mensaje para decirles que la estrategia ha sido nuestra y que reclamamos el derecho de disponer de la nave pirata —le ordenó.

Uhura asintió con la cabeza.

—Eso sí que lo aceptan, capitán —informó pasado un momento—, pero Kaiev

quiere hablar con el comandante McCoy.

Kirk se volvió hacia McCoy y le sonrió.

—¿Quiere recibir la llamada aquí, Bones? ¿O en la enfermería?

—En la enfermería, por favor —replicó McCoy—; pero, Uhura, dígame que en este momento estoy ocupado, que le llamaré yo más tarde.

—¿Debo continuar, capitán? —inquirió Sulu.

—No. Desacelere y deténgase.

—Sí, señor —respondió Sulu con voz ligeramente perpleja. Todos permanecieron sentados frente a la pantalla; observaron cómo la nave pirata aminoraba la marcha, observaron cómo comenzaba a estremecerse.

—A bordo de la nave pirata se produce una gran descompresión explosiva, capitán —informó Chekov—. Los sistemas de armamentos y motores están apagados.

—No lo están tanto como van a estarlo —dijo Kirk con un toque de severidad.

En la pantalla, vieron a los klingon que se aproximaron a la nave pirata, la anclaron mediante rayos tractores y comenzaron a tirar de ella para detenerla.

Kirk observó y esperó. Cuando la nave de Orión se hubo detenido completamente, a unos cien mil kilómetros de distancia, el capitán de la *Enterprise* se volvió para mirar al gigantesco bloque de piedra que aparentemente estaba sentado ante las puertas del turboascensor.

—Ahora, señor —le dijo.

Y nada cambió excepto la pantalla... que de pronto les mostró a no más de cinco kilómetros de la nave pirata y las klingon que la retenían.

Todas las cabezas de los tripulantes del puente se volvieron a mirar al ;at, y luego al capitán. Kirk sonrió muy levemente. «No sé si los piratas han podido verlo, pero dejemos que los klingon lo rumien y se pregunten cómo lo hemos hecho. Creo que las cosas estarán más tranquilas a lo largo de las fronteras entre la Federación y el imperio durante algún tiempo.»

El capitán de la *Enterprise* miró la nave pirata durante un momento.

—Señor Sulu, ¿están preparados los cañones fásicos? —preguntó luego.

—Sí, capitán —replicó el interpelado, muy rápidamente. —Jim...

Kirk sabía lo que McCoy estaba a punto de decir, antes de que lo dijera.

—Bones —comenzó—, éstos son asesinos, muchas veces asesinos. Han asesinado en este planeta y en los que nosotros protegemos, y en los que lo hacen los klingon. No creo que entiendan un golpe en la mano a estas alturas. Esa gente es para mí cien veces más ajena que los ornae, los lahit o cualquiera que conozca.

McCoy se limitó a mirarle y proferir un suspiro. —Usted manda, capitán —le dijo.

Kirk miró la nave para escoger el punto mejor y más rápido.

«Son del tronco de los homínidos —le dijo su memoria, insólitamente clara—. La mayoría de los homínidos han tenido ancestros que cazaban y mataban para vivir. El hábito está en nuestros genes. Es difícil de romper.»

Continuó sentado y en silencio.

«Pero en el caso de estos... ¡Necesitan que los maten, si alguien lo ha necesitado alguna vez!» Aquella noche de fuego, excesivamente vívida, los gritos y los seres abrasados, volvían a acompañarle. «Son terroristas, pura y simplemente. Se han ganado su muerte.»

—Sulu... —dijo.

—¿Señor?

Kirk respiró profunda y largamente y luego dejó escapar el aire.

—Quémeles todos los motores menos uno, el de menor potencia. No tiene sentido dejar que mueran todos de viejos antes de regresar al Saco de Carbón con la noticia. Y fúndales todas las bocas y portillas de armamento. Uhura, ¿funcionan los comunicadores de los piratas?

—Capto algunos débiles mensajes internos de la nave —replicó ella.

—¿Puede hacer entrar en esa red una transmisión?

—Desde luego.

—Comience ahora, entonces. Nave de Orión, ésta es la *USS Enterprise*. Les damos las gracias por la agradable persecución, pero, como han podido ver por nuestra última maniobra, ya no necesitamos ese tipo de compañía. En casos de menor importancia, disponemos ahora de la capacidad de desplazar nuestras naves, y partes de la misma, incluidas las armas que hemos utilizado contra ustedes, sin recurrir a los motores normales de impulsión o a la velocidad hiperespacial. El nuevo dispositivo de reemplazamiento instantáneo estará dentro de poco instalado en todas las naves de la Federación. Vamos a permitir que su nave regrese al puerto de origen para que puedan llevarle la noticia al resto de los suyos. Mientras tanto, les aconsejamos seriamente que permanezcan fuera de nuestro espacio... incluida esta zona, que a partir de este momento está protegida por la Federación gracias a un tratado recién establecido con las tres especies del planeta. —Las cabezas de los tripulantes se volvieron para mirarle cuando oyeron aquello, pero de momento Kirk hizo caso omiso de ellos—. Ahora pueden marcharse. *Enterprise* fuera.

En el puente se oyeron aplausos. Sulu no participó de ellos; daba fin al último de los diversos disparos delicados y diestros, que destruían exactamente lo que debían y nada más.

—Nos llega un mensaje de disconformidad de la comandante de la fuerza de operaciones klingon, señor —anunció Uhura—. Dicen que están decepcionados con usted.

Kirk sonrió al oír aquello.

—Respóndales: «Lo siento, sólo soy un ser humano» —replicó él—. Y dígales que deben dejar a la nave pirata tranquila durante su camino de regreso... a menos que quieran que aparezcamos de la nada encima de ellos.

Ella asintió con la cabeza y se volvió hacia el panel de comunicaciones. Kirk recorrió el puente con la mirada.

—¿Algún daño debido a todas esas sacudidas?

—No, señor —respondió Scotty—. Todo está bien. —Le dio unos golpecitos cariñosos a su terminal—. Construimos estas mozas para que duren.

Kirk miró al ;at.

—Señor —le dijo—, le doy las gracias.

—¿Volveré a verle mañana por la mañana? —inquirió el interpelado.

—Cuenta con ello.

—Así lo haré.

Y sencillamente desapareció.

—Me gustaría acompañarle —comentó McCoy. —Claro, Bones. No hay problema. Pero ¿no debe hacer usted una llamada?

—La verdad es que... —McCoy se encaminó hacia las puertas del turboascensor.

—Ah, por cierto, Bones...

—¿Mmmm?

—Queda usted relevado.

—Maldición, ya lo creo —replicó el médico, y las puertas del turboascensor se cerraron ante él.

—¿Qué demonios hacen todos ustedes aquí? —gritó alegremente McCoy al entrar con paso vivo en la enfermería—. ¡Ya les dije que mejoraran y se largaran de aquí! Morrison, ¿está usted de vuelta una vez más? Le alimentamos demasiado bien.

—Doctor —le dijo Lia—, tengo estos informes para que los firme...

—¡Ah, maravilloso, traiga eso aquí...!

Le quitó la libreta de la mano, sacó a la pantalla los formularios y firmó cada uno de ellos con cariño, artísticamente, con gran deleite. Ella cogió la libreta de vuelta cuando hubo acabado.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó la muchacha con tono de sospecha—. Puedo leer su firma.

—¿Qué le sucede? Yo adoro los formularios. Y si quiere que escriba una prescripción, también será legible —replicó alegremente mientras se encaminaba hacia su oficina—. Debo hacer una llamada. Si alguien me necesita, estaré aquí mismo.

Durante uno o dos minutos permaneció sentado mirando las paredes de su oficina. No tenían pantalla alguna, excepto la que mostraba los órganos internos del ser humano, y no se veía pistola alguna. Nada de armas, ni escudos, sólo su propia,

estúpida y querida terminal de computadora.

«Bienaventuranza.»

Tendió la mano hacia su intercomunicador.

—Puente —dijo—. Uhura, póngame en contacto con el comandante Kaiev, si es tan amable.

—No hay ningún problema, doctor. ¿Visual?

—Por favor.

Pasado un momento, la pantalla se encendió y en ella apareció el rostro de Kaiev. El klingon parecía bastante sorprendido... cosa que no era de extrañar.

—MakKhoi —comenzó—, esperaba que quisiera hablar conmigo antes de su partida.

—No creo que vayamos a marcharnos de inmediato —le respondió el médico—. Hay tiempo para eso. Pero Kaiev, quería disculparme por haberle mentado.

—¿Sobre eso de que había matado al capitán? —El klingon se echó a reír—. ¡Fue una buena mentira! Sin embargo, es una lástima que no fuera verdad. Pero no se sienta mal. Algún día comandará usted su propia nave. ¡Y lo hará bien!

—¡Ah, no, no lo haré! —exclamó McCoy—. Kaiev, yo soy un médico. No siento interés ninguno por el mando.

Kaiev le miró fijamente.

McCoy se encogió de hombros.

—Es la verdad —le aseguró—. Lamento si le he decepcionado.

—Si todos los médicos son tan hábiles en el mando como lo es usted, tengo que acordarme de matar al mío —reflexionó Kaiev.

—Puede que le interese hacer eso en cualquier caso —comentó McCoy, con un tono algo seco—, después de la forma en que ha desatendido su salud. No, no quería decir eso. Pero puede que le hiciera bien que lo amenazara un poco. No se cuida... y es posible que sea algo intencionado. Sabe Dios lo que hará con sus tripulantes.

Kaiev asintió con aire pensativo.

—Quizá. Pero, MakKhoi... una pregunta...

—Pregunte.

Kaiev miró en torno de sí para comprobar que nadie le observaba.

—Con esa nueva arma, sin duda no tenía nada que temer, ni siquiera ante cuatro naves más. Podría haberlas destruido todas.

McCoy se limitó a sonreír.

—Pero dialogó con nosotros como si fuese usted más débil. Eso no tiene ningún sentido.

—Tampoco lo tenía volarlos en pedazos cuando tenía la posibilidad de hacerlo —replicó McCoy—. No es más que una parte de la condición humana... esta semana, en cualquier caso. Tampoco usted hizo en todos los casos lo sensato, Kaiev. Quizá la

gente como usted y yo seamos la tendencia futura. Nuestros pueblos todavía pueden trabajar juntos.

Kaiev le miró con expresión meditativa.

—Imposible —dijo luego con alegre desdén.

—Bueno, en cualquier caso —continuó McCoy—, quizá me permita hacerle una revisión antes de marcharse, así podrá tener una buena base para comparar los resultados de su propio médico. Como un gesto de respeto... de un comandante Kaiev asintió con la cabeza.

—Buscaré el tiempo necesario para ello. —Y la pantalla se apagó.

McCoy se repantigó en su asiento y sonrió.

## DIARIO DEL CAPITÁN. Suplemento. James T. Kirk al mando... otra vez.

La situación a bordo de la *Enterprise* se ha calmado un poco durante el día pasado. El personal que había estado asignado con prioridad a los estudios lingüísticos —o, alternativamente, a buscarme a mí—, ha regresado ahora a las tareas de investigación científica de las pautas evolutivas y la historia, extremadamente extrañas, de 1212 Muscae IV. El señor Spock estima que deberemos permanecer durante al menos un mes para completar la recopilación de los datos más básicos y entregarles a los miembros del departamento científico de la Flota Estelar la información suficiente para que comiencen a formular las preguntas correctas acerca de este planeta. En cuanto a mí, no puedo decir que me moleste quedarme quieto durante algún tiempo.

He mantenido conversaciones con el maestro de los ;at, referentes a la exacta redacción y acuerdos del tratado que será firmado por nosotros y las tres especies de Cagada de Mosca. El maestro de los ;at no tiene ningún problema en que sea ése el nombre que figure en el tratado. Puesto que las tres especies le dan al planeta un nombre distinto, probablemente eso simplificará las cosas. El Maestro no desea que la Federación tenga una base permanente instalada en el planeta... dice que eso sería «una transgresión de su jurisdicción», una frase que espero que eventualmente me explique.

Las tres naves klingon que llegaron para ayudar a la *Ekkava* durante mi... ausencia ya se han marchado. La *Ekkava* permanece aquí, a petición del Maestro de los ;at. En términos generales, las relaciones que hemos mantenido aquí con los klingon han sido insólitamente cordiales y amistosas, tanto es así que a veces siento la tentación de pellizcarme. No estoy en condiciones de decir si eso puede atribuirse a los efectos de haber luchado del mismo lado que los klingon, o a alguna otra razón. Ciertamente, la superficie de este planeta es un lugar insólitamente sereno, y tanto los klingon como los tripulantes de la *Enterprise* lo encuentran relajante. Los grupos de permiso hace ya bastante que están bajando; no hay prisa ninguna, ni razón para que una buena parte de la tripulación no se tome unas vacaciones.

Las comunicaciones adjuntas de la Flota Estelar dejan bastante claro que se ha producido algún tipo de reestructuración organizativa dentro de la Flota, gracias a la cual Delacroix ha sido apartado de nuestro caso. De todas formas, a ese caballero le pusieron a cargo de nosotros sin proporcionarle la debida

información. Se lo han quitado de las manos, y el historial de McCoy continúa sin tacha, excepto por aquella vez en la que robó un cadáver.

El doctor parece haber sobrevivido a una experiencia tremendamente difícil y penosa, con problemas, pero también con gallardía. Lo más apropiado es recomendarle para que le otorguen una condecoración, aunque sospecho que la Flota Estelar se negará a ello porque creen que hacerlo así alentaría a otros a intentar meterse en situaciones semejantes mediante la manipulación. Pero con condecoración o sin ella, McCoy se ha conducido de manera espléndida. No puedo decir que volvería a ponerle voluntariamente en la misma situación, aunque resulta alentador saber que el sentido común del doctor McCoy le acompañó en el puente de la misma forma que lo hace en la enfermería.

Volveré a visitar el planeta y prepararé el terreno para las futuras negociaciones con los ornae, los lahít y los ;at. Hay muchísimas preguntas que formular, el Maestro ha sido ilimitadamente servicial, especialmente con los problemas de lingüística y modismos, que siempre constituyen un tropiezo. Al menos tenemos respuestas para algunas de las preguntas con las que llegamos aquí, aunque ciertas respuestas son confusas y requerirán largos y cuidadosos estudios para llegar a comprenderlas... si es que alguna vez llegamos a ello.

—¿Qué clase de chinche es ésa? —inquirió McCoy, que señalaba hacia arriba.

—Doctor —le dijo Spock pacientemente—, sus inexactitudes se hacen evidentes.

Una «chinche» es específicamente un miembro del orden...

—No me refiero a una chinche «chinche» —le interrumpió McCoy.

La criatura de brillantes colores que señalaba se posó en una rama que estaba muy por encima de sus cabezas y les miró fijamente con unos destellantes ojillos como chispas de fuego.

—No tiene nombre, me temo —les dijo el ;at—. Vuela; es brillante; busca determinados tipos de árboles para polinizarlos. Es lo único que puedo decirles de él.

Era muy temprano por la mañana; no habían transcurrido más de dos horas desde la salida del sol. Éste penetraba de lado a través de los árboles mientras McCoy, Kirk y Spock caminaban juntos por el sendero del bosque, el Maestro de los ;at les acompañaba a su manera silenciosa.

—Son ustedes una gente muy aficionada a los nombres —comentó Maestro—. Muy pronto, todo lo que hay aquí tendrá un nombre, si se salen con la suya.

—¿Y lo conseguiremos? Salimos con la nuestra, quiero decir —inquirió McCoy.

—Oh, no en nada que tenga verdadera importancia —replicó Maestro—. Ninguna criatura tendrá necesidad de conservar el nombre que ustedes le den, si no lo quiere. Ellos conocen su propia verdadera naturaleza; con eso basta.

Caminaron en silencio durante un rato. Kirk estaba sumido en el placer que le proporcionaba aquella mañana, sin preocuparse por las enigmáticas frases del maestro de los ;at.

—Magnífico —comentó, mientras salían a otro claro rodeado por árboles, en los que crecían cascadas de grandes velos de flores fragantes, todas transparentes como el agua y empolvadas aquí y allá con polen dorado.

—Son hermosos —asintió Maestro con gran satisfacción—. La mayoría de las cosas lo son, esta mañana. La nave de ustedes ha sido la estrella de la mañana; la primera que hemos tenido. Será una lástima perderla.

—Otras vendrán después de la nuestra —le dijo McCoy.

—Pero ninguna de ellas será ya nunca la primera —dijo Maestro—. No importa; los recuerdos son melancólicos. Y ustedes permanecerán aquí al menos una semana más.

—Sí, lo haremos —confirmó Kirk—, pero yo no recuerdo habérselo comentado. ¿Se lo ha mencionado algún otro?

—No, desde luego —replicó Maestro—, pero usted debe permanecer aquí al menos una semana.

—¿Debo?

El ;at se detuvo... o, para ser más precisos, simplemente dejó de avanzar con ellos.

—Sin duda debe hacerlo —explicó—, porque yo me lo llevé a una semana de distancia de su tiempo. Tras haber comprobado sus medidas temporales, puedo decírselo ahora con seguridad.

Kirk pensó durante un momento.

—Por supuesto —dijo luego—. La *Enterprise* aún ha de responder a las llamadas que hice desde la superficie del planeta. Por eso Uhura parecía tan perpleja.

—Sí —confirmó Maestro—. Y los jóvenes klingon a los que llevé hasta ese mismo tiempo para ver cómo reaccionaba usted ante sus más grandes enemigos al encontrarse solo, deben ser enviados a bordo de su nave entonces. El comandante de la *Ekkava* permanecerá aquí durante al menos ese tiempo. Pero yo diría que desearán alejarse de la zona muy poco después.

—¿Es eso una conjetura? —le preguntó McCoy—. ¿O es que usted encontrará alguna inteligente forma de conseguirlo?

—No existe diferencia alguna entre ambas cosas —replicó el maestro de los ;at con un tono ligeramente aturdido.

Avanzaron por el claro entre el aroma de las flores transparentes como el agua.

—Una cosa, señor —dijo Kirk—. Cuando hablamos... hablaremos... más adelante durante esta misma semana, usted tomó sus decisiones. Las tomará. ¡Maldición para esos tiempos verbales!

McCoy se echó a reír. El Maestro también hizo aquel sonido retumbante que Kirk había llegado a reconocer rápidamente como risa, porque el maestro reía con frecuencia.

—Usted había estado, o visto, o percibido de alguna manera este futuro —continuó el capitán de la *Enterprise*—. Sabía por tanto que yo había sido capaz de evitar que la nave fuera destruida en la batalla con los piratas de Orión.

—Pero no era así... y usted no la había salvado, aún no. Si yo lo hubiese sabido y se lo hubiera contado a usted, ese mismo conocimiento podría haberle arrastrado al descuido, o podría haber embotado el miedo, que es el arma que posee cuando defiende su nave. Aunque lo hubiera sabido, no me habría atrevido a decírselo.

—¡Pero usted debía saberlo! ¡Usted había estado en el futuro!

—Eso es cierto. Pero verá, ninguno de nosotros sabía que iba a hacer el presente. El presente lo es todo... más importante que el pasado con mucho, y el terreno y simiente del futuro... incluso cuando uno se encuentra en el futuro. El presente es peligroso, demasiado peligroso para manipularlo.

—Sin embargo, nosotros habitamos en él —comentó Spock.

—Sí —asintió Maestro—. Eso es una fuente de asombro para mí. Pero la forma en que funcionan otros mundos ha de permanecer en el misterio para mí, de alguna forma. En cualquier caso, capitán, yo no le conté más de lo que necesitaba para realizar su trabajo... ni menos de lo que le permitiría conseguir realizarlo.

Se detuvieron cerca del otro lado del claro, donde el sendero se internaba más en el bosque.

—Señor —comenzó McCoy—, ¿le alegra que hayamos venido?

—¿Alegrarme? Eso sería difícil de decir. Usted ha tenido una hija, doctor. Cuando esa hija comenzó a enfrentarse sola al mundo, ¿cómo se sintió usted?

—Nervioso —replicó McCoy—. Atemorizado por todas las cosas malas que podían sucederle. Aunque, al mismo tiempo... —El médico buscó las palabras adecuadas—. Yo había trabajado para eso —continuó—. Para verla hecha una mujer dueña de sí misma, madura y feliz, para que las cosas le fueran bien. Para verla decidir por sí misma y convertirse en lo que yo jamás habría sospechado...

—Exactamente —intervino el Maestro de los ;at—. En estos últimos días, los cambios han sido enormes. Los ornae ya me hablan con palabras que nunca les había oído emplear. El idioma de ustedes enriquece el suyo. Creo que algunos de ellos podrían salir algún día al espacio, con el pueblo de ustedes. Los lahit se hacen más habladores, más abiertos. No hay forma de saber adónde conducirá todo esto. Los cambios...

—Señor —le dijo Kirk—, dudo que acudan aquí muchos de los nuestros. Sólo unos pocos científicos, lingüistas y demás. No nos gustaría arruinar un lugar tan perfecto como éste... tan sencillo y pacífico...

Se produjo un breve silencio.

—¿Y paradisíaco? —preguntó Maestro—. ¿No han sido arruinados algunos paraísos en la existencia de su pueblo? Ya veo que sí lo han sido. Su preocupación le honra. Pero no debe obsesionarse por las sencillas criaturas pastoriles de la periferia de la galaxia, capitán —le dijo el maestro de los ;at con un ligero toque divertido en la voz—. Las noticias corren por medios que le sorprenderían. Y al margen de la culpa que puedan tener ustedes, no hay precisamente pocos paraísos... Pero eso no tiene importancia. Es una actitud noble por su parte preocuparse por que su propia cultura, las muchas maneras de ser de ustedes, puedan ahogar las nuestras propias. En realidad, ésa era mi preocupación al principio. Pero ya la he superado. Si yo lo he hecho, bien puede usted también dejar en paz su conciencia. Según mis estimaciones, no son ustedes lo bastante poderosos para hacernos otra cosa que enriquecernos... y mi especialidad es conocer bien a las tres especies que vivimos aquí. Más adelante, mucho más adelante, dentro de un millar de años, tal vez aporten ustedes algo que pueda cambiar realmente una o dos de nuestras propias ideas. Pero eso no sucederá de momento.

Kirk no dijo nada; sentía, como si aún la tuviera encima, la sombra de inmensa vejez y poder que se había inclinado sobre él la primera vez. «Nuestras intenciones son buenas —pensó—. Eso vale algo. Pero ¿qué nos hace creer que comprendemos todo lo que sucede en torno nuestro? De hecho, es la no comprensión lo que nos lanza al exterior una y otra vez. El misterio es mucho más interesante que el conocimiento...»

Continuaron avanzando, bosque adentro.

—No abrigo ninguna duda sobre el proceso de nuestro encuentro y nuestra negociación —comentó el Maestro de los ;at mientras les seguía sin moverse—. Hay muchas formas sutiles con las que usted podría haber intentado influir en mis decisiones. Pero no empleó ninguna de ellas; tampoco tenía intención de utilizarlas, como yo bien sé. En nuestras historias, que incluyen el futuro, su llegada había sido predicha... la suya, o la de alguien como usted. Ha llegado el momento de crecer. Así que... creceremos. Pero nunca piense que es obra suya —agregó el Maestro con tono divertido—. La historia que se escribe aquí es la nuestra. Y en cuanto a quién la está escribiendo... —Su voz se transformó lentamente en algo que se parecía sospechosamente a una risa entre dientes.

—Señor —intervino Kirk—, hagamos lo que hagamos, interferiremos en el planeta lo mínimo posible, y seremos tan cuidadosos como podamos con su gente.

—¿Dónde están los demás integrantes de su pueblo? —le preguntó Spock—. Los otros ;at parecen reservados.

Kirk tuvo la clara sensación de que el maestro de los ;at les sonreía.

—Así lo han sido, en su época —le respondió al vulcaniano—. Señor Spock, yo

soy el único de mi especie que se encuentra aquí en estos momentos. Hay muchos otros, pero éste no es su lugar.

Kirk alzó las cejas. Todos los sondeos del ;at habían salido en blanco; no podían obtener una demostración física de sus manifestaciones. Era lo mismo que intentar extraer una muestra celular de la piel de la *Enterprise*. Era posible que los ornae y los lahit tuvieran la misma conformación genética básica, pero nada probaba que Maestro tuviera en absoluto nada que ver con ellos... otra cosa en la que se había equivocado el informe de la exploración original. El Maestro de los ;at era un cero.

—Al ser el único de su especie en este planeta... —comenzó Kirk—, ¿no se siente solo?

Maestro se echó a reír.

—¿Con todo el planeta para vigilar y dos especies completas? Difícilmente podría sucederme eso. Y ahora con otra especie, a la cual no le es aplicable mi responsabilidad. ¡Se avecinan buenos tiempos!

—¿Responsabilidad? —inquirió Spock.

—Guardar, proteger. —Maestro se detuvo en la linde de otro claro—. En otros lugares suceden maravillas, de eso no cabe duda. Será un placer que algunas de ellas vengan hasta aquí.

—Señor —intervino McCoy—, ¿ha considerado alguna vez los viajes espaciales para usted mismo?

Se produjo un momentáneo silencio mientras todos contemplaban el espacio abierto, lleno de larga hierba verdiazul que ondeaba, alta hasta la cintura y enjorada con gotas de rocío, de forma que todo el campo destellaba con cada sople de viento.

—¿Quién no piensa alguna vez —respondió Maestro— en abandonar su puesto y hacer otra cosa, algún otro trabajo mejor? Pero antes o después, si el deber tiene peso para uno, le mantiene donde le ha colocado su palabra de honor. No, doctor, ésta es mi carga. Aquí me quedo. Pero tal vez —continuó, y el capitán sintió que miraba específicamente a McCoy—, usted, que conoce mi carga y conoce a su propio pueblo, regresará alguna vez por este camino.

Kirk creyó percibir algo melancólico en el tono de voz del ;at. Le hubiera gustado responderle que sí, pero decir la verdad a aquella criatura se había transformado en un hábito.

—Nosotros no somos dueños de nosotros mismos, señor —le explicó—. Nos gustaría regresar cuando ya hayamos acabado nuestro trabajo aquí. Quizá llegaremos a hacerlo, pero eso depende de los poderes vivos y de lo que ellos decidan.

—Así es —replicó Maestro—. Pero yo estoy habituado a eso. —Su voz era alegre.

Continuaron avanzando a través de la hierba y se mojaron hasta la cintura sin que les importara. El Maestro de los ;at no hizo estremecer ni una brizna de hierba, ni

hizo caer una sola gota de rocío.

—Bonito truco, ése —comentó McCoy, un poco molesto por alguna cosa. Nunca había sido madrugador ni en sus mejores tiempos, y aquélla era una hora demasiado temprana para él.

—Algún día lo conseguirán también ustedes —le aseguró Maestro—. Yo no me preocuparía.

—Yo no lo conseguiré, a menos que pierda una cantidad enorme de peso —respondió McCoy.

Llegaron a otra zona de bosque a través de la cual se veía una extraña clase de luminiscencia.

—Por aquí —les dijo Maestro, y los condujo por otro sendero.

Era más estrecho que la mayoría; unos árboles y arbustos con hojas de helecho les acariciaron mientras avanzaban en la luz verdiazul que le confería al entorno un ambiente crepuscular. Los árboles crecían allí en número suficiente para formar un techo impenetrable, la única luz que entraba era la que les venía de frente.

—Deseaba que vieran esto —declaró Maestro; y salieron del bosque, repentina y finalmente, a la playa. La suave luz dorada del sol matinal, teñida con tonalidades anaranjadas, bañaba las aguas azules y se reflejaba en las crestas de las olas que iban a morir en la arena de color melocotón.

McCoy sonrió.

—Gracias —le dijo al ;at.

—Pensé que quizá les gustaría —replicó Maestro—. No es más que uno de los muchos límites. Yo les agradezco que hayan cruzado el mío y lo hayan defendido.

—Señor —intervino Kirk—, no tiene por qué darnos las gracias. Yo le agradezco la hospitalidad que nos ha dispensado.

—Ah, en cuanto a eso —contestó Maestro—, uno debe ser cortés, después de todo. Nunca sabe uno a quién va a tener que recibir en su casa...

Se echó a reír y desapareció.

—Misteriosa criatura —comentó Kirk, tras observar durante un rato la maravillosa salida del sol—. Lamentaré tener que marcharme.

Spock contempló la dorada mañana otro largo rato.

—Bueno, capitán —dijo finalmente—, creo que la teniente Uhura querrá que suba a echarles una mirada a los algoritmos del traductor. Finalmente hemos conseguido identificar los pronombres y los verbos de los lahit.

—Puede marcharse, Spock —le respondió Kirk; el vulcaniano dio media vuelta y desapareció de vuelta entre los árboles para dedicarse a sus asuntos.

—No sirve de nada intentar retenerle cuando tiene cosas que hacer —comentó McCoy mientras miraba hacia el mar matutino.

—No —confirmó Kirk.

Se encaminó hacia un lado, donde había una enorme roca medio sepultada en la arena.

—Permítame —le pidió Kirk a la piedra, sacudió la arena de encima y se sentó sobre ella.

McCoy se acercó a él lentamente, se detuvo para recoger una concha que estaba en la arena y le dio vueltas entre los dedos.

—Juega sobre seguro, ¿eh? —le comentó al capitán.

—Bones, yo no soy geólogo. Todas las rocas de este lugar me parecen iguales y preferiría no sentarme sobre una que se pusiera a hablarme. Al menos, no lo haría sin antes presentarme.

—Es un extraño lugar, éste —reflexionó McCoy mientras se sentaba sobre la arena, junto a Kirk.

—No sé qué decirle —contestó Kirk—. Raro sí que lo es, pero no tan extraño como algunos sitios en los que he estado. Las cosas que han sucedido... ésas sí que han sido extrañas.

—¿Y a mí me lo dice? ¿Va a esconderse entre los arbustos de alguna parte y observar cómo usted mismo aparece dentro de unos días?

Kirk hizo una mueca.

—Probablemente, no. Estar en un sitio y en un tiempo ya es bastante para mí. El Maestro de los ;at puede hacer las cosas a su manera.

—No he tenido oportunidad de descubrir cómo se pronuncia su nombre —recordó Bones.

—Estaba usted un poco atareado —le respondió Kirk—. Bones... debo decirle que lo lamento. Si hubiera sabido que sucedería algo parecido...

—Ah, Jim, no tiene importancia. ¿Cómo podía saberlo? Las fuerzas fueron manipuladas en formas que nosotros no podíamos comprender. Considerando los porqués de todo esto, puedo decir que no me importa. Si el precio de conseguir que este planeta entre en la Federación es que yo me sintiera aterrorizado hasta la locura y muerto de cansancio durante dos días, creo que es bastante barato. ¿No le parece?

—Bueno...

—Y no olvide la experiencia instructiva. Jim rió entre dientes.

—No —respondió McCoy—, en serio. En todo momento sabía que esa nave era suya; pero era un conocimiento abstracto. Ahora es concreto; resultaba fácil criticar por detrás de su asiento. Pero ahora ya he estado sentado en él. Cuando no sucede nada, es encantador. Durante el resto del tiempo... Conservaré el trabajo que tengo.

Kirk asintió con la cabeza.

—De todas formas —continuó McCoy—, uno de estos días voy a encontrar una excusa para que me sustituya en una operación. Entonces sí que veremos quién es el más flexible de la nave.

—¡No, gracias!

Permanecieron sentados en un silencio de compañerismo durante un rato. Kirk miró el entorno matinal y suspiró.

—Odio marcharme de este lugar. Hay algo muy... relajante en él.

—Serenos —agregó McCoy—. Casi encantado.

—Protegido —comentó Kirk—. Sí.

—Eso se debe al Maestro, creo —dijo McCoy, y adoptó un aire pensativo—. Que viva mucho tiempo.

—Otros de su especie, dijo... —Kirk respiró profundamente el aire de la mañana—. Me pregunto dónde estarán.

McCoy meneó la cabeza.

—Por todas partes, si mis sospechas son ciertas.

—¿Sospechas?

—Oh, no realmente. Sólo un pensamiento gracioso, un chiste. Hace un rato pensé en una cita —explicó McCoy—, él la captó de mi mente, se mostró de acuerdo con ella y pensó que era graciosa. Algo relacionado con extremar la amabilidad con que se recibe a los extraños... porque muchos han recibido ángeles de ese modo, sin saberlo.

Kirk rió entre dientes.

—¿Quién sabe lo que las gentes de aquellas épocas remotas pueden haber pensado al encontrarse con criaturas sabias de una edad tremenda, y un poder enorme... —dijo McCoy— criaturas no físicas, seres buenos... que a veces pasaban por la Tierra en sus viajes, tocaban una vida o tres, y seguían su camino? Existen leyendas de criaturas parecidas por toda la galaxia, en todo tipo de formas diferentes. Se les llama con toda clase de nombres distintos. Sólo en la Tierra hay un centenar de nombres para criaturas que actúan y hablan como el Maestro de los ;at, si bien no tienen exactamente su mismo aspecto. También están todas esas leyendas de piedras «vivientes», que caminan y hablan de vez en cuando. En cualquier caso, si eso es algo que mis lejanos ancestros confundieron ocasionalmente con un ángel, debo decir que comprendo su confusión. Y también tiene sentido del humor. ¿Qué más se puede pedir?

Kirk inclinó la cabeza a un lado.

—Es una teoría interesante. ¿Otra especie como la de los preservadores, quizá? Pero que viajan por los mundos bajo varias formas y se dedican a cuidar planetas enteros, ecologías enteras. No es una idea tan extraña. Podría decirse que los organianos han hecho algo similar. —Sonrió, con bastante malicia—. ¿Y si no fueran alienígenas? ¿Y si esas criaturas fuesen realmente ángeles?

—En ese caso, me alegraría especialmente por su sentido del humor —replicó McCoy—, porque para tratar con nosotros y los de nuestra especie, lo necesitarán.

Kirk se puso a reír y se levantó.

—Vamos, comandante —le dijo al médico—. Ya hemos teorizado bastante. De acuerdo con las reglas, debo pedirle un informe de su período de mando. Ahora bien, en cuanto a haber olvidado levantar los escudos en medio de un combate...

—¿No es ya la fecha de su examen físico?

—Oh, no —replicó Kirk.

—¡Oh, sí...!

Se encaminaron de vuelta al bosque por entre los árboles, en la penumbra verdiazul. Detrás de ellos, la *Enterprise* asomó por el horizonte y pasó por el cielo, otra vez como una estrella de la mañana.

Si en alguna parte una piedra le sonrió, nadie lo notó.

FIN

# Notas

[1]Cefeida: Estrella que se caracteriza por la regularidad de su período y por la relación que existe entre ese período y la luminosidad. Son muy útiles para medir las distancias intergalácticas. (N. de la T)

[2]Terabytes: Trillones de bytes en lenguaje de computadora. (N. de la T.)

[3]ATP: Adenosintrifosfato; enzima rica en energía. (N. de la T)

[4]Dunsinane: colina sobre la que se hallaba el castillo de Macbeth. Acto IV, escena 1 de la tragedia de Macbeth. (N. de la T)

[5]Tachyon o taquión: Partícula hipotética que viajaría a una velocidad superior a la de la luz. (N. de la T.)

[6]Quarks: Partículas fundamentales que llevan una carga eléctrica fraccional. (N. del T.)